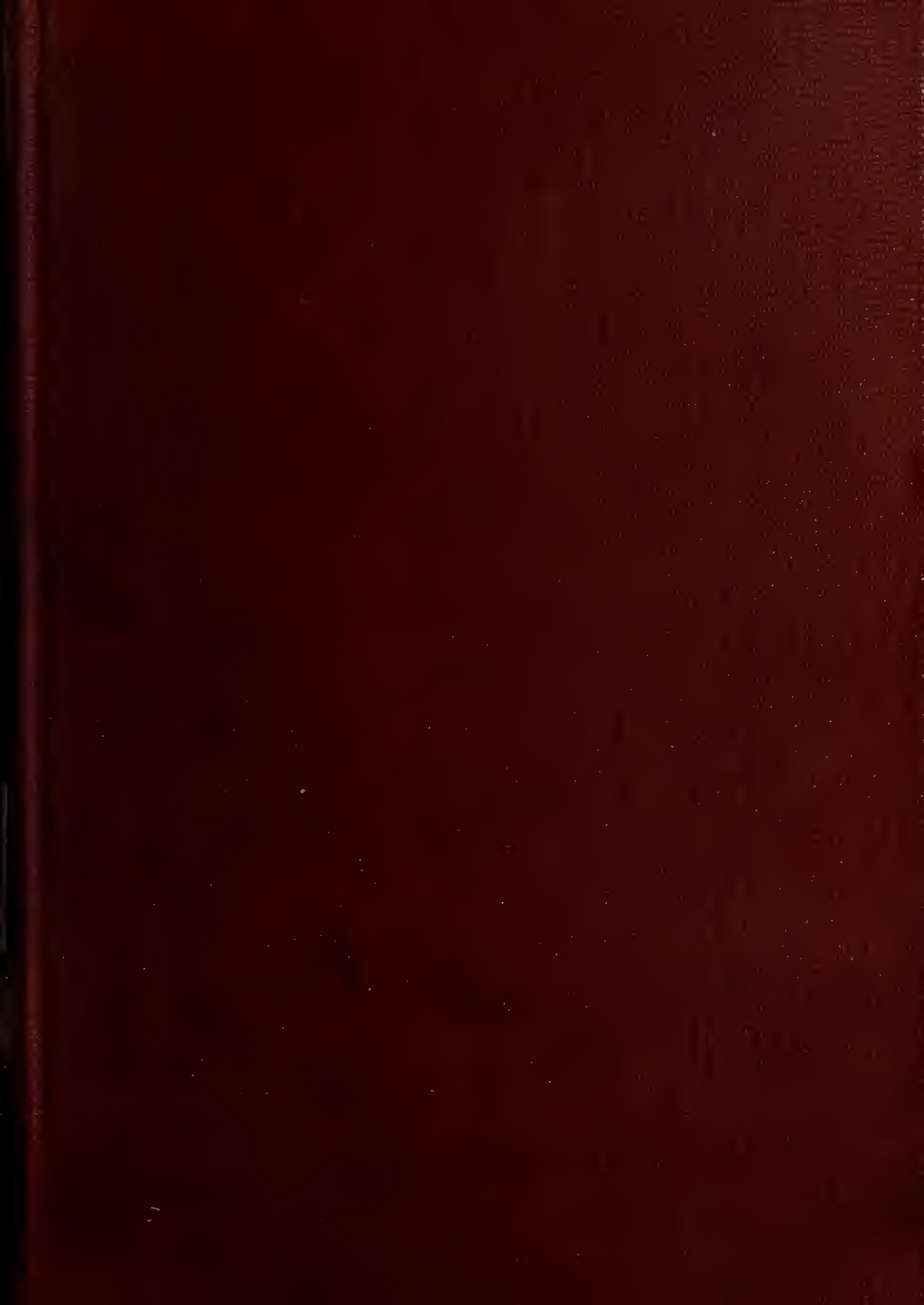



THE LIBRARY OF CONGRESS
1800



CUADROS

CONTEMPORÁNEOS

POR

DON JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1871

CUADROS CONTEMPORÁNEOS

Publicado por la Empresa de **La Moda Elegante Ilustrada**
y de **La Ilustracion Española y Americana.**

CUADROS

CONTEMPORÁNEOS

POR

DON JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NUM. 29.

1871

Sucédele al presente volúmen algo de lo que le pasa á la sociedad de nuestros dias: carece de pensamiento concreto y de tendencia uniforme. Bajo este punto de vista, su título de CUADROS CONTEMPORÁNEOS, revela con exactitud su índole y su desarrollo.

Dedicado el autor á pensar y á escribir sobre las cosas que le rodean, con ánimo siempre de que vayan unidos al recreo la utilidad y al pasatiempo la meditacion, compila hoy en estas páginas una série de estudios ó de cuadros que, áun cuando diversos entre sí, se ajustan por su

índole al pensamiento generador que acaba de enunciarse.

Compuestos unos exprofeso para proporcionar aliciente á la lectura; arrancados otros á la instabilidad de la prensa periódica para salvarlos de una efímera existencia que no merecen; rehechos y completados algunos por exigirlo así la precipitacion con que obtuvieron el ser; pulidos y limados todos segun lo exige un libro de esta clase, y segun sabe y puede el que lo forma, los Cuadros Contemporáneos lograrán quizá, en estos primeros dias de su vida, entretener agradablemente al que los examine; y conservar tal vez algun poco de interés histórico para quien, en época no lejana (hoy que los acontecimientos se precipitan con tal violencia), desee comparar tiempos con tiempos, costumbres con costumbres, cosas con cosas.

El autor además ha tenido presente en este libro la clase de lectores á que se destina. Dedicado por un Editor galante y entendido á recompensar la constancia con que muchos sostienen de largo tiempo sus bellas publicaciones ilustradas, el volúmen presente ha de caer en muy diversas manos de personas: justo es, pues, que

para todas haya en su contesto algun linaje de atractivo, y de aquí la conveniencia de su variedad.

Hombres y mujeres, sérios y frívolos, doctos y profanos, para todos, efectivamente, hay aquí alguna cosa; más ó ménos discreta, más ó ménos agradable, pero siempre bien intencionada. Podria comparársele á este libro con un gran periódico encuadernado: lleva sus artículos de fondo, su correo extranjero, su crónica del interior, sus estudios de viaje, su revista de salones, su crítica literaria, su necrología, y hasta su folletin. En una palabra: la familia donde se cuente un padre grave, una madre solícita, un jóven que estudie y una jóven que sienta, puede jugar al pase de este libro, diciendo:

—Ahora á mí.

—Ahora á mí.

—Ahora á mí.

—Ahora á mí.

¡Ojalá lo digan!

EL LIBRO

Tratándose de reunir *cuadros* para formar un libro, ¿quién puede quitar la preferencia al *libro* mismo?

El libro constituye por sí sólo el cuadro que quizá caracteriza mejor á la sociedad contemporánea.

Todas las turbulencias presentes proceden del libro; todas las amarguras y las vacilaciones se revelan en el libro; todas las esperanzas de un porvenir más dichoso, se esperan, y no sin fundamento, del libro tambien.

Descartes decia, que la lectura era una conversacion con los hombres eminentes del pasado; pero una conversacion escogida, en la cual no se descubrian más que los buenos pensamientos del autor.—Descartes juzgaba así, porque en su tiempo no eran por lo comun padres del libro más que los autores eminentes. Hoy, que el libro es patrimonio de todos y usufructo de todos, la conver-

sacion que sostiene es tan universal como su procedencia y como su objeto: hoy el libro es tan ángel como diablo, tan sirena como serpiente.

Hablar del libro es hablar de la sociedad; definir el libro es definir la civilizacion; establecer la legítima influencia del libro, es elevarse al pensamiento de Descartes.

Conversemos, pues, con el libro, á la manera que el libro ha conversado con nosotros.

EL LIBRO

I

No hay cosa en el mundo más indefinible que un libro.

Todos los objetos que rodean al hombre tienen una aplicacion y una explicacion perfectamente definidas.—Un piano, por ejemplo, sirve para sonar música; un gaban para vestirse; un coche para pasearse: sólo el libro es en las manos de cada cual un objeto diferente, y en ocasiones contradictorio.

Parece que el libro se separa del órden inanimado de las cosas, para elevarse á la categoría de sér viviente.—El perro, la paloma, el ruiseñor, con ser objetos domésticos como el piano, el gaban y el coche, participan de una pluralidad de alicientes que sólo ha otorgado la naturaleza á los séres que viven. ¿Será el libro un sér de cuya existencia animada no nos hemos dado razon todavía?

Él nace entre torturas y ánsias del que lo produce; corre en su niñez los caprichosos giros de la casualidad; obtiene juventud lozana y vigorosa, gustando los placeres de la fortuna; se hace provecto y pierde parte de sus encantos, áun cuando su belleza sea legítima; llega, por fin, á la vejez, y ó sufre una decrepitud miserable, ó alcanza la aureola de una ancianidad respetada y omnipotente.

Hay generaciones de libros, familias de libros, especies de libros, individualidades de libros, y hasta molas, hibridaciones y monstruosidades de libros. Hay historias de libros, guerras de libros, prepotencia y reinado de libros, catástrofes y abatimiento de libros, un mundo de libros, en fin, como el mundo de los hombres, de los animales y de las plantas.

Dios crió al hombre á su imágen y semejanza; y para que fuera así, lo hizo creador como él. La

 crea-

creacion del hombre es el libro: el libro está hecho á imágen y semejanza del hombre; el libro tiene vida; el libro es un sér.

La materia caótica del libro residió en la Naturaleza; tuvo el libro su paraíso en el alma humana; su Adam fué la Biblia, el libro de los libros; su infancia corrió entregada á los elementos naturales de la creacion, los minerales, los vegetales, los animales. El libro fué pastor, fué minero, fué herborista: todo lo que era el hombre. Se extendió por la tierra en vida nómada y errante; merodeó, peleó, viajó, abarcando con su pequeñez naciente toda la extension del mundo. Comprendió la necesidad de fijarse, y se hizo troglodita; despues fabricó tienda, más tarde casa; por último, necesitó familia y la creó.

Todo el mundo sabe que los antiguos escribian sobre pieles de animales, sobre hojas de palma ó sobre cortezas de árbol. Esta era la forma vulgar de exponer pensamientos propios á la consideracion de personas extrañas. Los grandes actos públicos, las leyes religiosas y civiles, las habia escrito el hombre desde su orígen en las piedras, en los metales, y ántes todavía en la memoria de los rápsodas.—El hombre no ha podido vivir sin escritura, porque la escritura es el lazo de union de la humanidad.

La propia condicion del objeto delgado y plano en que habia de escribirse, fuera pergamino, fuera papiro, fuera corteza interior de árbol *(liber)*, aconsejaba la aglomeracion de hojas, y por consiguiente la formacion del libro. El libro, pues, fué un descubrimiento natural que satisfacia necesidades naturales, por todos experimentadas. El pensamiento moriria con el pensador, si el libro no sobreviviese al hombre.

Reunir los libros y guardarlos fué el orígen de las bibliotecas. El primer estante de que se tiene noticia, es el Arca Santa de Moisés.

Pero mientras la materia sobre que habia de escribirse era escasa y costosa, el procedimiento difícil y la guarda punto ménos que imposible, la escritura era un auxiliar imperfecto y deleznable. El libro no ha sido libro hasta que hubo papel.

Créese que la invencion del papel es de orígen chino, y que se remonta á dos siglos ántes de nuestra era, es decir, á los tiempos en que la sabiduría griega y romana no habia alcanzado más que el libro imperfecto que se arrollaba sobre un cilindro, ó las tabletas enceradas donde se escribia con el punzon. Fabricaban los chinos su papel al modo que la última evolucion de la cultura moderna comienza á fabricarlo: con hojas secas, con paja, con fibras de árbol, con todo lo que es textil y

suave. Pero la China no se ha comunicado nunca con el resto del mundo sino por medios tardos é indirectos: pasaron siglos hasta que los tártaros se hicieron dueños de la invencion, y siglos hasta que los árabes aprendieron en Tartária á fabricar el papel. Árabes españoles fueron los primeros que fabricaron en Europa papel de algodon, y á provincias españolas se debe el nacimiento de la industria de mano, que áun existe invariable en sus focos de generacion Játiva, Valencia y Toledo. ¡Laborioso viaje de mil quinientos años desde Oriente á Occidente!—Hoy se tardaria media hora en comunicar de Bombay á Madrid un descubrimiento útil á los hombres.

Llega, por fin, el gran siglo de la cultura moderna, el siglo en que la pólvora se aplica al cañon, en que el vapor se aplica al movimiento, en que se establece el correo como institucion pública, en que se descubre la imprenta, en que renace el arte, en que la filosofía obtiene el desarrollo necesario para que en sus alas se vuele á la conquista de un nuevo mundo. El primer año de ese siglo nace Juan Guttemberg, es decir, nace el verdadero padre del libro.

Aun despues de generalizado el papel, el libro era muy costoso, y la difusion tan lenta como difícil. No hablemos de los antiguos tiempos en que

la carestía del pergamino y el gran salario de los copistas elevaba el precio de cualquier libro á mil, dos mil, tres mil, cuatro mil reales de nuestra actual moneda; tiempos aquellos en que un libro raro constituia el patrimonio de una familia, en que un libro era una buena dote y se cambiaba por tierras de labor ó por hatos de ganado ó por las alhajas de un príncipe; tiempos aquellos en que lectura, ó riqueza del alma, era sinónimo de fortuna, ó riqueza de la persona. Concretándonos al tiempo del papel, el libro era, no sólo costoso, sino ocasionado á grandes errores y falsedades. El arte del copista se desnaturalizaba como todas las cosas, y pasando á la esfera de oficio, participaba de los engaños y arterías á que por lo comun está sujeto todo lo que cae bajo la mano codiciosa del vulgo. No se copiaba de fuentes originales y puras, sino que se hacian copias de copias; y éstas con tal abandono y ánsias de especulacion, que los capítulos eran abreviados, los pasajes suprimidos, y la nota del texto quedaba adulterada y viciada en tal forma, que ni los autores hubieran conocido sus propias obras, ni los lectores adquirian la verdadera ciencia á que les inclinaba el amor de la lectura. No en balde los antiguos monjes hicieron del arte de copiar una especie de sacerdocio.

Urgía, pues, una invencion que reprodujera el libro con fidelidad, que lo multiplicara indefinidamente, que abaratase su precio, que redujese su volúmen, que mostrara sus caractéres en correcta y clara formacion, que esquivase, en una palabra, los innumerables escollos que se oponian al civilizador ejercicio de la lectura, y esta fué la obra de Guttemberg.

Pero ¡qué obra! ¡Cuántos dolores, cuántas amarguras, qué espantosa conmocion la que experimenta el mundo al advenimiento del libro!

II

Sólo un suceso hay en la historia que pueda superar en importancia y en trascendencia á la venida del libro, y es la venida de Dios. Cuanto en este infinito suceso se produce en el mundo de dudas, de perplejidades, de persecuciones, de ódios, de martirios y de sangre, vuelve á reproducirse catorce siglos despues, cuando aparece la obra del pobre impresor de Maguncia.

Casi puede creerse en el orígen divino de la imprenta, al considerar las analogías dichosas y desgraciadas que acompañan y siguen á su humano advenimiento. Analicémoslas.

El libro tuvo dos clases de adversarios: los del órden material y los del órden moral. Entre los primeros merecen preferente atencion los copistas y dibujantes, quienes de un solo golpe veian por tierra la floreciente y lucrativa industria á que se hallaban dedicados. Ejerciendo, como ejercian, el monopolio de un oficio, que no sin razon habia sido elevado á la categoría de arte, sus esfuerzos por destruir al rival que se levantaba, no podian ménos de ser tan rudos como copiosos y autorizados. Seguíanles los mercaderes y negociantes de libros, cuyo comercio se desviaba de la forma establecida, para seguir caminos en que tal vez iban á tropezarse con terribles competidores. Por último, los coleccionistas y amantes platónicos del libro cerrado, que á costa de grandes dispendios habian adquirido el tesoro de sus estantes, veian con rencor profundo germinar un procedimiento que abarataba, multiplicaba y vulgarizaba las joyas que hasta entónces eran patrimonio exclusivo de los poderosos. Para éstos, el libro era la piedra de Francia, que iba á confundirse en el escaparate del joyero con la perla de Olmuz y el diamante de Golconda.

Los adversarios morales del libro pertenecian aún á clases más elevadas é influyentes: eran los sabios que monopolizaban la ciencia; los eruditos

que habian absorbido ellos solos la literatura; los moralistas que vinculaban en sí el conocimiento de la verdad, y que temian decaer ellos mismos ó que ésta decayese con el embate público en las manos profanas de la multitud.—Y es que el mundo llevaba muchos miles de años de existencia, pero sin que hubiese dado un solo paso la guarda del misterio con relacion á las fuentes de la sabiduría. Los sarcófagos de piedra en que los pueblos primitivos encerraban sus hojas escritas, no habian hecho más que cambiar su forma por la de estantes, hasta el descubrimiento de la imprenta. La absorcion, que era sacerdotal, se habia extendido algun tanto en manos láicas, pero continuaba siendo absorcion.

¡Qué de horrores vomita la rabia contra el nuevo invento!—Primeramente se le hace depender del diablo. ¿Quién sino el diablo, á la verdad, puede haber dispuesto las cosas de manera que sea labor de un dia y de un brazo ignorante la labor de años afanosos y de inteligencias elevadas? Sólo al diablo puede ocurrírsele una cosa parecida.

Otros más cuerdos no apelan al auxilio del demonio, sino que niegan sencillamente el hecho, lo cual es más cómodo y concluyente. La imprenta no es verdad; el libro seguirá siendo como

 án-

ántes; todo lo que se dice sobre la materia es una fábula.

Por fin, algunos se ocupan del caso en tono serio, y dan la voz de alarma sobre los peligros de la difusion de la ciencia, sobre los males que contra la clase privilegiada y docta pueden acaecer con la concurrencia de la instruccion, y más que nada, sobre la ruina de los infinitos operarios que viven de la copia, de la iluminacion y del dibujo de los libros. Pídese que se prohiba el invento, que se condene el invento, que se anatematice y confunda al inventor.

Oigamos á un sabio del tiempo definir la imprenta en sus albores: —«Anfibio monstruoso que brota de las orillas encenagadas del Rhin, entre Strasburgo y Maguncia; bestia inmunda que se alimenta de trapos sucios y despojos repugnantes, que bebe un licor amargo y negro compuesto de resinas y humo, cuya horrible boca armada de filas de dientes desiguales y ferruginosos vomita todo género de errores, todo linaje de mentiras y toda suerte de impiedades, absurdos y abominaciones...»

De este modo es recibida la imprenta entre el vulgo de las gentes doctas; y ¡cosa singular! los Pontífices, los reyes y los grandes son los que admiran sin reserva el nuevo invento, y lo prote-

gen y lo honran y lo propagan. Honráranlo los demás con mucho mayor motivo, si no hubiera lastimado sus intereses particulares.—El Papa Sixto IV nombra conde al primer impresor de Roma; el rey Eduardo IV de Inglaterra se hace grande amigo del que comenzó á imprimir en sus Estados; Felipe II de España titula tambien á su impresor; Francisco I de Francia gustaba de presenciar por sí mismo las operaciones del nuevo arte; por último, Luis XII decia de la imprenta estas bellas palabras:—«Esa invencion que más parece divina que humana, la cual, Dios sea loado, nace para la industria en nuestro tiempo, engrandece, aumenta y corrobora la santa fé de nuestra religion, ayuda á extender y á administrar mejor la justicia, y permite que el divino servicio sea más dignamente hecho, dicho y celebrado.»

Juan Guttemberg era pobre como Cristóbal Colon, como San Juan de Dios, como todos los que en el siglo xv realizaron las más grandes maravillas de la historia. Él perseguia desde su juventud el problema de abaratar el libro sacándolo de las garras de los copistas y de los estampadores, cuyo oficio manual era tan imperfecto como costoso. Tal vez conocia las palabras de San Jerónimo, cuando dice:—«Casi me he arruinado para

 com-

comprar las obras de Orígenes, con objeto de refutarlas.»

Hizo Guttemberg conocimiento y compañía en Maguncia, despues de haberlo intentado en Strasburgo, con Juan Fausto, á quien pidió capitales para emprender la obra. Pero áun cuando la teoría de los caractéres movibles que acariciaba en su imaginacion era practicable, y tan perfecta, que áun hoy subsiste en su primitivo ser, el éxito alcanzado con la impresion de la Biblia fué como negocio un acontecimiento deplorable. La guerra que se le hacia al innovador no pudo ménos de refluir por el pronto en el mercado: la Biblia de Guttemberg era hermosa y barata; pero no tan hermosa como las que escribian los copistas y pintores, ni tan barata aún como de allí á poco podian serlo otros libros que se imprimieran. Fausto riñó con Guttemberg, y deshizo la sociedad por medio de la justicia.

El triunfo, sin embargo, era evidente; y ni la intervencion del demonio, ni las denuncias á la autoridad, ni la indiferencia de los compradores, nada fué bastante para derribar al coloso. Fausto se quedó con la imprenta y Guttemberg puso otra: el mecanismo se fué perfeccionando por momentos; la máquina singular se propagó por encanto; los libros se difundieron con la rapidez de lo mi-

lagroso. En la segunda mitad del siglo xv nació y se desarrolló la imprenta casi en las mismas proporciones relativamente á lo que es en el dia. —Las cosas que son, son, á despecho del mundo entero que se empeñara en que no fueran.

El mónstruo ha aparecido y ha procreado: no hay que pensar en que no sea: lo que hay que pensar es en combatirlo. Aquí principia la verdadera lucha contra la imprenta.

El libro, á la verdad, dice lo bueno y lo malo, salva y condena, civiliza y pervierte. Mas ¿qué le hemos de hacer? Antes del libro impreso existia el libro manuscrito, y Orígenes no necesitó de la imprenta para vulgarizar sus errores: lo que se necesitó fué un santo como San Jerónimo, que se arruinara por refutar á Orígenes.

III

Era tan palmaria la fuerza del libro, era tan concluyente su invencion, iba á generalizarse tanto su uso, que todos los poderes de la sociedad se armaron en el instante contra el nuevo coloso. Ya hemos dicho que al propio Guttemberg se le tachaba de nigromante por la forma del libro; pero esto era entre el vulgo: los hombres ilustrados cundian que la nueva invencion estaba hecha para falsificar las Santas Escrituras. La guerra, por lo tanto, se hizo religiosa desde el primer momento.

A pesar de ser la Biblia el primer libro que se im-

imprimió, y de seguir á él otros opúsculos y producciones de Santos Padres, la religion fué el tema favorito de la controversia. ¡Como si la religion no hubiera padecido nunca hasta que se inventaron los caractéres movibles de la tipografía! El nuevo arte iba á matar la fé.—*Esto matará á aquello.*

Inventóse, en vista de este temor, una legislacion especial para la imprenta; la misma legislacion que hoy se encarece al cabo de cuatro siglos: la censura, la destruccion, el fuego. Eran delincuentes el autor, el impresor, el librero; los mismos que hoy. Se disparataba y maldecia contra el pobre libro; como hoy.

Pero nó, seamos justos: la guerra de aquel tiempo era bien distinta en sus actos de la presente. Entónces se quemaba el libro, pero se quemaba tambien el autor, el impresor y el librero: solia quemarse á los lectores, y, por extension, eran quemados de vez en cuando los oyentes. La quema era general y jurídica: hoy hay tambien quema, pero es especial y revolucionaria. Cuando no se conocian las revoluciones, los libros eran destrozados y quemados en nombre de la ley: despues del descubrimiento de las revoluciones, los libros son destrozados y quemados en nombre del progreso. Hoy apenas se quema por la autoridad;

pero en cambio se quema siempre por el vulgo.

¡Pobre libro, destinado al fuego desde los nebulosos albores de tu concepcion!—Hay la comun idea de que los libros no han sido quemados brutalmente sino por el califa Omar, destructor de la célebre biblioteca de Alejandría. Todos los furores de eruditos á la violeta y de moralistas de ocasion, se ceban en ese infeliz mahometano que, despues de todo, quemaba lo que no entendia, y usaba del pergamino seco á falta de otro combustible mejor.—Pero, ¡qué iniquidades las de la historia!

Los primeros libros hebráicos de la ley de Moisés que se conservaban en el santuario, como primera y divina biblioteca, perecen en el templo de Salomon cuando éste es incendiado por los babilonios; y desde entónces la humanidad no ha hecho más que erigir bibliotecas y quemarlas.—Julio César incendia, Omar incendia, Neron y Tito incendian; en tiempos de Commodo un incendio destruye la biblioteca de Roma; Leon el Isáurico quema en Bizancio la biblioteca que inauguró Constantino; Amurates IV vuelve á incendiar la segunda biblioteca de Constantinopla; Cárlos V destruye en Roma la primera biblioteca vaticana de libros impresos; y Napoleon el grande quema libros; y los conquistadores de todos los

 tiem-

tiempos, y los reformadores de todos los tiempos, y los invasores de todos los tiempos, países y sectas, todos sin excepcion han quemado libros en el vértigo de las luchas materiales, y en el vértigo, no ménos horrible, de las luchas de religion y de conciencia.—El más irresponsable de todos los incendiarios de libros es Omar.

Y ¡si sólo los libros hubiesen sido los quemados! Pero apenas nace la imprenta, nace la moda de quemar los libros y los autores.—Savonarola, cuya fé cristiana le ofusca hasta el punto de hacer quemar los escritos de Dante y de Bocacio, no se libra por esto de que la censura lo queme á él envuelto en sus obras inmortales. Galileo, con ser una de las lumbreras del mundo científico, consume su ancianidad en una cárcel; y si no perece en la hoguera, es porque se retracta de su propio saber, pronunciando aquellas célebres palabras que á nada como á la máquina de Guttemberg pueden aplicarse:—*Y sin embargo se mueve.*

La Inquisicion se opone al movimiento del tórculo, como se habia opuesto al movimiento del mundo: en todas las manifestaciones del nuevo invento, ve peligros y catástrofes para la fé y para la sociedad. En su guerra no hay cuartel, en su legislacion no hay gracia.—Dentro de nuestra propia España, que es uno de los países donde con

mayor rapidez se ha propagado la imprenta, el lujo de persecucion y de crueldad es inaudito. El sabio Nebrija, maestro de la reina Católica, exclama así en un arrebato de indignacion:—«¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? ¿Qué tiránica dominacion es esta que tanto oprime los ingenios? No basta, no, que yo cautive mi entendimiento en obsequio de la fé, sino que en materias en que se puede hablar sin ofensa de la piedad cristiana, no se me permita publicar lo que estoy viendo. ¿Qué digo yo publicar?... Pero ni áun pensarlo, cuanto ménos escribirlo á puerta cerrada y para mí sólo. ¡No puede llegar á más la esclavitud!»

Los *Indices expurgatorios* todo lo comprenden y anatematizan. En ellos se halla encarcelada casi por completo la historia del saber nacional, al paso que fuera de ellos puede compilarse una enorme biblioteca de absurdos, extravagancias y errores. No basta llamarse Fray Luis de Leon, ni Pablo de Céspedes, ni el Brocense, ni Carranza, ni tantos otros nombres tan piadosos y sabios como ilustres. El rasero del coraje todo lo troncha por igual, como si legítima defensa fuese sinónimo de exterminio.

La imprenta, sin embargo, sigue moviéndose por el piélago inmenso del espíritu humano, con la pertinacia y fuerza incontrastable de las olas

del mar. El libro vence en todas las pruebas; y si se esconde por momentos bajo la capa oscura del terreno de la inteligencia, como la semilla se esconde bajo la capa del terreno de los campos, es tambien para, como la semilla, germinar y reproducirse á los calores de una fortuita primavera, en la proporcion de ciento por uno.

Guttemberg ha vencido: la creacion del hombre se consolida: el libro es el amigo y no el adversario de la humanidad. Todas las criaturas inteligentes aman, buscan y utilizan el libro: ya no se discute sobre lo indiscutible; ya se raciocina sobre lo raciocinable.—La montaña de aluvion que forman los libros constituye una ciencia, y dá orígen á unas costumbres dignas de estudiarse.

IV

El libro no es considerado por todos de una misma manera: para unos es sujeto; para otros es objeto. Los que lo consideran como sér viviente, pueden quedar comprendidos en la denominacion comun de lectores; esto es, de amantes del interior, ó como si dijéramos, del alma del libro. Los que lo consideran como objeto, constituyen una familia dilatada, en la cual se cuentan diversas y curiosas especies.

De la raíz originaria *Biblia*, ó sea libro de los libros, han brotado las diferentes ramas que en el mundo intelectual se conocen con las denomina-

ciones de *bibliotecario*, ordenador y conservador de libros; *bibliógrafo*, escogedor de buenos libros; *bibliófilo*, amante de los libros como libros; *bibliómano*, rebuscador de libros raros; *bibliótafo*, acaparador y ocultador de libros; y por último, una rama que nosotros injertamos ahora con el título de *bibliórrapos*, ó sea, secuestradores y rapiñadores de libros.

Decir que todas estas especies de aficionados, áun cuando extravagantes algunas de ellas, han sido y siguen siendo utilísimas á la bibliografía, que es la ciencia de los libros, estará demás para la perspicacia de nuestros lectores. Sin el bibliotecario seria punto ménos que imposible el estudio y hasta la lectura; sin el bibliógrafo, se careceria de método para la consulta y de mentor para la ciencia; sin el bibliófilo, se perderian todas las revelaciones del ingenio humano que no interesasen á gran número de personas; sin el bibliómano, habrian desaparecido para la historia multitud de datos interesantes; hasta el bibliótafo y su legítimo descendiente el bibliórrapo desempeñan un importante papel en la ciencia bibliográfica, porque esconden y conservan tesoros que de estar á la vista podrian perderse, ó que al caer en manos indoctas se consumirian en la esterilidad de la ignorancia.

Pero ¡qué cómico resulta el estudio de algunos de estos hijastros de la librería!—Antes, sin embargo, de llegar á ellos, la justicia aconseja que nos ocupemos un instante del lector.

El lector se halla fuera de la ciencia bibliográfica: no es tipo, ni siquiera carácter; lee por leer, estudia por estudiar, adquiere el libro para hacer lo que decia Descartes: para hablar con los ingenios en su conversacion más escogida. Vedlo aislarse del mundo de los que hablan alto, para reducirse á la sociedad de los que hablan por señas. Un libro le despierta á la cabecera de la cama, y un libro le despide en las altas horas á que le rinde el sueño. Libros pueblan su estancia, libros obstruyen su mesa, libros asoman por sus bolsillos, libros interrumpen los bocados de pan de su comida.

Un aficionado á la lectura le escribia á cierto autor, acusándole el recibo de su obra:—«He recibido tu libro; lo estoy leyendo; mándame otro. No puedes comprender lo destrozado que está; tiene hojas rotas; se me ha llenado de manchas; el lomo lo he tronchado en fuerza de apretar para que se doble. ¡Dichoso libro; no se separa de mí! ¡Cuán desgraciado debe ser el autor cuyos libros se quedan nuevos! Mándame otro.»

Hé ahí el retrato del lector entusiasta y asíduo:

 esa

esa carta es una fotografía.—No le pregunteis al lector qué edicion lee, ni si el libro está encuadernado, ni á qué biblioteca ha pertenecido: él lee el libro por dentro, lo ama en su sustancia, lo devora en una lucha de imaginacion con imaginacion.

De codos sobre la mesa, y las manos deteniendo las sienes, interroga los caractéres del libro con la fijeza del magnetizador: rie ó llora, se entusiasma ó se abate, medita ó pasa de corrido, aplaude ó censura, como si se hallara en contacto con séres vivientes. En lo único que se distrae es en soltar un libro para coger otro. Leyendo y leyendo se hace bibliógrafo.

El bibliógrafo es el sabio. Conocer los libros por materias, las materias por épocas, las épocas por autores, los autores por su número, es hallarse en posesion de la sabiduría. El bibliógrafo no ha podido ménos de leer y de raciocinar sobre todo lo que ha leido. Índice viviente del ingenio humano, ántes de servir para guia de los demás, ha tenido que roturar y allanar las sendas escabrosas del saber. Operario de la inteligencia con tanto de esfuerzo moral como físico, puede ser ecléctico en filosofía, contemporizador en historia, cosmopolita en literatura, que á tales confusiones suele conducir la omnisciencia; pero á falta de un mote ex-

exclusivo con que adornar su propio escudo de pelea, ofrece á los batalladores un campo inconmensurable donde justar las lides del ingenio.

El verdadero bibliógrafo es, en medio de su biblioteca, un libro más. Pero un libro cariñoso y complaciente con los otros libros, como el abuelo con los nietos. Ni le asustan las altas concepciones del gran filósofo, ni desdeña los sencillos conceptos del poeta infantil: todos son libros; todos han llevado y llevarán á la cultura su grano de arena; todos contribuyen al monumento; todos constituyen la bibliografía.—Éste por decir lo que nadie ha dicho, esotro por decirlo mejor que ninguno, estotro por explicarlo al nivel de las inteligencias vulgares, el último por deducir del principio las más felices aplicaciones, todos son beneméritos de la ciencia, operarios de la cultura, nietos del abuelo.

Sí, del abuelo. El bibliógrafo no suele ser padre, pero es padre de los padres: además es anciano, porque no puede ser jóven; es benevolente porque es sabio; es cuidadoso y asíduo, porque teme que le falte la vida sin dejar organizada la prole. El bibliógrafo es un patriarca.

Pariente muy cercano de él, áun cuando más contenido en el límite de sus aficiones, es el bibliófilo. Amante del libro en cuanto significa al-

 gu-

guna cosa que no es precisamente la ciencia, el bibliófilo podria compararse al viajero que sin tratar de escribir una obra de geografía, viaja por completar los elementos científicos del geógrafo. —Filántropo de los libros, especie de San Vicente de Paul del papel impreso, á quien acongojan el abandono y la dispersion de los frutos del ingenio humano, su carácter participa ya de los rasgos inherentes al que se apasiona. Prescinde del género para buscar la especie; olvida la colectividad por seguir los pasos del individuo.

Para el bibliófilo, el libro tiene ya tanto por lo ménos de físico como de moral: aquello de que trata es secundario ante la consideracion de la propia existencia; hay que hallar el libro á cualquiera costa, hay que traerlo al mundo de la bibliografía; no importa que esté cerrado: lo que importa es el libro. Volvemos á compararlo con el explorador de mares remotos: necesita buscar el paso del Norte y encontrarlo; no para utilizarse de él, sino para que la navegacion y el comercio se utilicen cuando lo encuentre. El bibliófilo es un navegante de libros desconocidos.

Pero ¡ay! ¡que tras del amor suele aparecer la locura!—El seso y la continencia del bibliógrafo, el ímpetu y apasionamiento del bibliófilo, degeneran á veces en la extravagancia, ya que no

digamos en la insensatez del bibliómano. Para éste, el libro ha dejado de pertenecer al órden moral; es un objeto físico.

En manos del bibliómano, el libro permanece casi siempre cerrado: ¿qué importa lo que dice? ya se lo supone. Lo interesante del libro es su fecha, es el lugar de su orígen, el nombre de su impresor, el papel de sus hojas, el estilo de su cubierta, el hierro de su marca, la alcurnia de su antiguo dueño, las apostillas ó anotaciones del que lo ha leido.—Se cuenta de un inglés que reunió trescientos sesenta y cinco Ovidios, uno para cada dia del año: no contento con esto, mandó que le imprimieran un Ovidio en seda blanca, y se hizo amortajar con él. Lo que calla la historia es si el inglés habia leido á Ovidio. Si no lo leyó, puede pasar por el apóstol de la bibliomanía.

Nos quedan los bibliótafos y los bibliórrapos, raza pecaminosa del mundo del papel impreso. Estos urracas, que participan del rapiñar y del esconder, son los avaros de la riqueza inteligente. A sus arcas afluye y en sus arcas se oculta todo lo selecto que poseen los otros; porque profesan la doctrina de que es lícito robar lo que en buenas condiciones no puede adquirirse, y de que es útil esconder lo que perderia su mérito si se vulgarizase. Sus dispendios y sinsabores, que suelen ser

 mu-

muchos, no van encaminados al lustre de la literatura ni á los progresos de la ciencia: su única satisfaccion consiste en estas frases:—«Yo lo poseo. —Nadie lo leerá.»

Se cuenta de un bibliórrapo de Barcelona que, cansado de ofrecer dineros y cambalaches por un libro, decidió robarlo y pegarle fuego á la casa de su poseedor. Hízolo así, con salvaje frialdad, pero fué descubierto en todos los pormenores de su empresa. El juez le condenó á muerte; y cuando su hábil abogado justificaba en la súplica que el delito era absurdo, por cuanto el libro de que se trataba no era único en su clase, como merecia una determinacion tan horrible, el bibliórrapo comenzó á llorar con amargura.

—Celebro (dijo el magistrado) que la conciencia principie á remorderos por tan atroz delito.

—No lloro por eso, señor (murmuró el acusado ahogándose de pena): lloro por saber que mi pobre libro no era el único de su clase.»

Hé aquí por qué procedimientos el libro que comenzó siendo espíritu, viene á convertirse en materia. Bibliórrapos y bibliótafos momifican el libro, le arrancan su alma y lo reducen á un objeto arqueológico, tanto más apreciable, cuanto más es inútil y desconocido. La aficion, que fué en su orígen virtud de ciencia, acaba por pecado

de avaricia: el libro, que nació abierto, muere cerrado; la lectura se ha convertido en contemplacion; las letras movibles son adornos; el ideal de los libros es no leerlos.

Hasta ahora, sin embargo, todo es amor.

V

Hay en el mundo quien busca libros y no los lee; pero hay otro sér más extravagante todavía: el que menosprecia los libros. Comunmente escuchamos en la sociedad la voz campanuda de un espíritu fuerte, que anatematiza la imprenta y sus autores. Ya porque el libro ha ocasionado contiendas y desdichas sin cuento; ya porque ha producido guerras, cismas y catástrofes; ya porque el embate de las ideas provoca perplejidad y ofuscacion en el ánimo; ya, y esto es lo primero de todo, porque el hombre de ciertas luces necesita justificar su apatía, su ignorancia y su torpe educa-

cion, ello es que hay quien inventa razones para probar que la lectura es un vicio, y pretextos para excusarse honrosamente de pertenecer al número de los aplicados.

Pero ¡castigo providencial! Los que más menosprecian el libro ignoran que son esclavos de él.—El médico que les asiste en sus enfermedades, no sabe más que lo que ha leido en los libros; el abogado que les defiende sus pleitos, no tiene más ciencia que la que ha sacado de los libros; el juez que les hace justicia, ha aprendido á administrarla en los libros de la ley; el arquitecto que les fabrica la casa, el sacerdote que les consuela en su infortunio, y hasta el cocinero que les guisa lo que comen, todos han sido educados en la lectura de los libros. El que considera, pues, que vive sin libros, ignora que los libros le cercan y subyugan por todas partes. Su propia falta de lectura le hace esclavo de la lectura de los otros; y cuando se juzga dueño soberano de sus pensamientos, no sabe que es criado sumiso de los pensamientos de los demás.

Para menospreciar los libros es necesario leerlos. Sólo un sabio que consumió su vida en la lectura, pudo decir al término de su carrera:—*Sé que no sé.*—Esta frase, sin embargo, se hallaba bien distante del menosprecio.

La lectura es la gran conquista del hombre; por eso Guttemberg, que tuvo la fortuna de inventar el método de generalizarla, es tenido, y con justicia, por uno de los más grandes conquistadores.

A él se debe la propagacion de ese sér cariñoso que, segun las bellas palabras del preceptista latino, es el maestro que nos instruye sin férula ni disciplinas; á quien si consultamos por la noche, no duerme; á quien si perseguimos no se esconde; á quien si objetamos no murmura; á quien si descubrimos nuestra ignorancia, sabe excusar con su discrecion nuestra vergüenza.

Hay, á pesar de todo, quien se aparta de ese sér, quien lo esquiva, quien lo menosprecia; y no es ciertamente en nuestra España donde ménos puede lamentarse este desamor. Aquí donde, como ya ántes hemos dicho, tanto y tan brevemente se propagó la imprenta, el libro ha descendido, en lugar de seguir el innegable progreso de la cultura. Nuestra produccion de libros, que un tiempo caminó al nivel de la de los pueblos más adelantados, es hoy punto ménos que insignificante: ¿cómo explicar este absurdo?

Nosotros nos lo explicamos bien. El aluvion de ideas que ha creado, analizado y propagado el siglo presente en la Europa civilizada, buscó un desagüe á nuestras puertas y halló el periodismo.

La nueva ciencia estaba ya formada en otros puntos; no venia á formarse aquí, no buscaba ayuda: buscaba difusion. Nosotros, en medio de una lamentable decadencia, recibíamos lo que nos querian traer, y lo recibíamos con el alborozo de quien lo necesita y lo agradece.

El libro en España, por lo tanto, ántes de encontrar el dique de los lectores serios, halló el desagüe de la multitud. Ya hemos dicho que este desagüe es el periódico. España se ha montado, en punto á periódicos, á la altura de las principales naciones europeas: cuenta con un periodismo político numeroso tanto en Madrid como en las provincias; sostiene un periodismo literario, numeroso tambien, no ya en el centro y en las capitales, sino hasta en poblaciones de escasísima vecindad; costea revistas especiales de ciencias físico-matemáticas, de ciencias morales y políticas, de artes bellas é industriales, de espectáculos y diversiones, de educacion pública, de modas y adornos, de curiosidades y hasta de extravagancias. Todo lo que el español necesita saber por el momento, todo se lo dice el periódico; y como el periódico ha llegado á sus manos ántes de que el libro tuviese carta de naturaleza, el rápido crecimiento del uno ha dejado en mantillas al otro: el periódico ha suplantado al libro.

No hay, efectivamente, en España más movimiento intelectual de libros, que aquel indispensable para la cultura y recreo de un limitadísimo número de personas: éstas, además que por su esmerada educacion conocen otros idiomas que el nuestro, se han habituado á leer en francés especialmente, y á no esperar de ingenios ni de libreros de España libro que pueda ser útil por su fondo ni bello por su forma; en lo cual quizá no les falte razon.

El libro, pues, se halla reducido entre nosotros á dos condiciones antitéticas: á la de granjería y á la de ruina. Pertenecen á la primera condicion los libros llamados oficialmente de texto, es decir, aquellos libros que se producen de cualquier modo y se compran á la fuerza; los cuales rinden enormes ganancias á sus autores ó editores: pertenecen á la segunda los libros que nosotros llamamos particularmente de testa, esto es, aquellos que se producen con gran trabajo del entendimiento y no los compra nadie, ocasionando por ende la ruina del infeliz que se atreve á imprimirlos.

Los libros de texto se confeccionan, por lo comun, con trozos de obras extranjeras, más ó ménos hábilmente escogidos y más ó ménos propiamente castellanizados. Esta labor, de la que suele hacerse cargo un catedrático ó sustituto que á lo sumo

 co-

conoce la lengua francesa, se imprime en un papel casi de estraza, con letras viejas y defectuosas á modo de clavos; no sin advertir en el frontispicio que el *autor* perseguirá ante la ley al que la reimprima, y que su precio de venta asciende á una cantidad no despreciable de reales vellon. —Tres ó cuatro amigos del cocinero ó pinche que ha confeccionado aquel pisto, se encargan de obtener para él la elevada aprobacion de un consejo, academia ó junta, que siempre hay preparada para reglar este linaje de negocios; junta, academia ó consejo á quien hacemos el honor de creer que lee el libro de prisa, para no hacerle el agravio de publicar que sanciona con su respetable voto las rapsodias, antiguallas y errores que con frecuencia salpican el engendro de que se trata. Así las cosas, se obliga á los estudiantes á que lo compren, se circula á los compañeros para que lo recomienden, se adopta el sistema de numeracion y rúbrica para impedir que dos escolares aprendan en el mismo ejemplar; y con estos y otros procedimientos, ya sabidos, la obra alcanza considerable número de reimpresiones, y reporta á veces enorme cifra de millares de duros.

Tal es el sistema de la granjería. Veamos ahora el sistema de la perdicion.

Ráscase la cabeza un pobre ingenio meses y

años sobre el pupitre de su modesto escritorio, evocando ciencia que ha adquirido, deduciendo teorías que ha utilizado, enunciando verdades que ha recompuesto, y ni áun así obtiene todavía más que el boceto ó cróquis de su composicion. Consulta textos vivos y muertos, escudriña bibliotecas y archivos, emprende viajes de compulsa, adquiere á grande costa libros extraños, se inicia en ramos del saber que considera indispensables para su fin, frecuenta los centros sabios, sostiene correspondencia numerosa; y al cabo de mucho tiempo, mucha constancia y muchas vigilias, dá término y remate á las dolorosas gestaciones de un buen libro. Ha terminado la época de los afanes: ahora sólo falta que el libro se imprima y se publique, que se aplauda y que se venda. Los dolores del autor van á convertirse en dicha.

Pero ¿quién imprime el libro? ¿Quién lo publica? ¿Quién lo aplaude? ¿Quién lo compra?—Verdaderamente que no habíamos caido en esto. Oigamos las contestaciones de los editores más renombrados:

—Hombre, ¿está usted loco? Nadie se atreve hoy á imprimir un libro de ciencia.

—Su obra de usted me gusta mucho; pero dudo que le guste á la gente.

—Señor mio: con estas cosas políticas, crea usted que nadie piensa en libros formales.

—¿Quién diablos le ha aconsejado á usted que se dedique á eso?

—¡Si siquiera le hubiera usted dado así una forma como la de *La Dama de las Camelias...!*

Estas y otras contestaciones por el estilo, constituyen la primera cosecha de flores del autor. Al cabo se decide por publicar la obra á sus expensas, único medio de que no se la manoseen cuatro ignorantes, y de que no se la desprecien cuatro burros. Manos, pues, y dinero á la obra.

Que si hay papel ó si no hay papel (en España no hay jamás del papel que se busca); que si el impresor tiene bueno ó mal gusto; que si las pruebas se corrigen bien... ¡ah! ¡las pruebas!!— Un poeta francés se pegó un tiro, y dejó una carta escrita, que decia:—«He terminado un hermoso tomo de versos; pero me suicido por no corregir las pruebas.»

Todos estos segundos trabajos experimenta el padre de la criatura en su crianza. Al fin le pone los andadores y la echa á la calle.—«¡Qué hermosa va (murmura para sí): cuántos requiebros la aguardan en la vía pública!»

Pero pasa el tiempo y nadie despliega sus labios: el muchacho no le ha parecido hermoso más

que á su padre. ¿Será posible? ¿No hay crítica en España? ¿Es cierto que hay que mendigarla ó retribuirla?—No: por fortuna aquí no se mendiga ni se compra; pero tampoco hay costumbre de ejercerla. Lo más que se acostumbra es deslizar un parrafillo en esta forma:—«Hemos tenido el gusto de ver el libro del señor Fulano. Sin tiempo todavía para saborear su lectura, nos limitamos hoy á decir que está bien impreso, y que se vende en tales ó cuales librerías.»—Ni una palabra más.

Hemos mentido. El autor pasa el primer mes oyendo los reclamos que siguen:

—Hombre, sé que ha publicado usted un libro: mándemelo usted.

—Amigo: estoy esperando recibir ese librejo para dedicarme á leerlo. Supongo que no ha olvidado usted las señas de mi casa.

—Compadre: sé que ha regalado usted su libro á Fulano: me parece que no seré yo ménos.

—Chico: recibí tu obra; la presté, y no me la han vuelto. Si quieres que la lea, mándame otro ejemplar.

Un escritor amigo nuestro conserva un autógrafo que dice así:—«Muy señor mio: recibí el ejemplar de su libro de usted para mi prima. Muchas gracias en su nombre. Mi tio el canónigo quiere

otro; y yo espero no ser de peor condicion que mi tio.»

El autor, al volver á su casa cargado con tanta gloria, halla una cuenta del papelista, otra del impresor, otra del encuadernador, otra del encargado de correos con una crecida suma por razon de portes, y una nota que dice: *Se han perdido los paquetes.* Por último, entre aquellos mandamientos de prision ó de pago, hay un anónimo en que le llaman ignorante por decir que la conquista de Granada se verificó en 11492.—¡Ah! ¡qué bien hizo el poeta en pegarse un tiro ántes de imprimir su obra!

VI

No hay que quejarse, sin embargo, de los progresos de la lectura en nuestra patria. Hace treinta y cinco años leian muy pocos hombres y casi ninguna mujer: hoy leen casi todos los hombres y la mayor parte de las mujeres. España (dígase lo que se quiera en contrario por los que nos desconocen ó nos desaman), es de las naciones en que más rápidos progresos ha hecho la lectura. Dijeran que no ha corrido la misma suerte la materia legible, y tal vez tendrian razon.

En efecto: ¿qué es lo que se lee entre nosotros? Fuerza es contestar á esta pregunta con entera franqueza: mucho, pero malo.

 Apar-

Aparte de los que leen en idioma extranjero, que son, como ya hemos dicho, las gentes doctas en su mayoria, los que cultivan la ciencia, los que estudian el arte, los que desentrañan la historia y la filosofía, y hasta los escolares que cursan en escuela especial alguno de los ramos distinguidos del saber; aparte de estos y de los que leen el periódico como síncopa de mayores estudios á que no pueden dedicarse, como materia más sencilla y variada del desenvolvimiento intelectual, ó como pasto para satisfacer voracidades políticas únicamente,—áun hay en España multitud de lectores en cuyo obsequio sudan y gimen las prensas de imprimir, despues de haber sudado y gemido no ménos que ellas los infelices ingenios que las abastecen.—Nos referimos á la literatura de á dos cuartos.

Quisiéramos poseer una estadística comparada del movimiento literario de Europa, para justificar con números nuestra persuasion de que España es uno de los países donde más pronto y en mayor escala se ha desarrollado la lectura popular.—Basten algunas cifras empíricas en apoyo de esta idea, tales como las de que hay publicacion de á cuarto y dos que alcanza veinte, treinta, cuarenta y hasta sesenta mil y más suscritores; que hay triple ó cuádruple número de casas editoriales de

estas obras, que de las científicas y literarias de diversa índole; que multitud de fábricas de papel ordinario apenas dan cumplimiento á los pedidos; que la renta de correos recibe en pago de conduccion cantidades considerables; y, por último, que no hay dia ni hora en que el domicilio privado se vea libre del repartidor que introduce ó retira la *entrega;* bastan estas cifras, de todos conocidas, para probar la extension y alcance á que ha llegado entre nosotros la al parecer insignificante industria de la lectura popular.

Obtiénense crecidas ganancias en ella por editores y autores; hánse creado fortunas respetables á su sombra; débensela reputaciones especiales en el órden literario y en el comercial; en suma, se han alterado fundamentalmente, por su influencia, las costumbres un tanto usurarias y mercenarias que oprimian la factura y publicidad del libro español.

¿Cómo, pues, si tales ventajas ha producido la novísima industria, no se dedican á ella y de ella sacan abundante y legítimo premio los escritores más ilustres de nuestra patria?

Para resolver este problema, necesitamos asistir como espectadores á algun contrato de literatura económica.

Figurémonos una habitacion decentemente

amueblada, no una bohardilla como en tiempos antiguos; y un hombre decentemente vestido, no melenudo y sucio como los poetas de otro tiempo. Un señor, con porte de tal, no de judío como los editores de antaño, entra en la habitacion, y con gran finura dice al ingenio:

—Venia, señor de Fulano, á ver si podia usted escribirme una novela.

—Precisamente (responde el interpelado) traigo entre manos un pensamiento que se me figura de gran porvenir.

—No es el pensamiento de usted el que yo necesito (interrumpe el editor con aplomo): el pensamiento lo traigo yo, y lo que busco es que usted subordine su pensamiento al pensamiento mio.

—Oigamos, pues.

El editor echa mano á su cartera, y saca un papel con varios renglones escritos en forma lapidaria, añadiendo:

—Necesito una novela de ochenta entregas que se llame cualquiera de las cosas consignadas aquí:

El pobre escritor examina el documento, y lee en alta voz para enterarse:

El Triunfo de los Mormones;

Los Infanticidas Chinos;

El Hijo de la Monja;

La Estrangulacion de un Obispo,

 y

y otros y otros de este jaez, que aluden á la chocarrería más desvergonzada, ó al rumor populachero más indecente de los que circulan por plazas y tabernas.

—Señor mio (dice al editor): yo no sé una palabra de los mormones, ni he estudiado las costumbres de la China, ni creo que las monjas puedan tener descendencia, ni me figuro que es posible estrangular, bajo ningun pretexto, á un señor obispo. Yo tenia pensada una novela en que pruebo que de la primera educacion depende todo el porvenir de la especie humana. En ella me proponia pintar al hijo de malos padres, que educado casualmente...

El editor se levanta, toma el papel de las manos del ingenio, y se dirige á la puerta murmurando:

—Veo, amigo, que vamos á perder la mañana. ¿Con que usted no puede escribirme eso, eh? Otro lo hará.

—Otro lo hará, que no yo (responde el novelista con tono de indignacion profunda).

Y efectivamente; su noble designio de no plegarse á exigencias que conceptúa criminales, ó poco ménos, halla inmediata recompensa en la visita de un nuevo mercader de literatura.

—Deseo, señor Fulano (exclama el nuevo pre-

 ten-

tendiente en tono melífluo), que me escriba usted una novela de las entregas que guste, del país que más le agrade, de la época que se le antoje mejor, y sobre el asunto á que más cariño le tenga: no soy yo de los que creen que al ingenio se le pueden poner trabas de ninguna especie.

—Gracias á Dios (prorumpe el novelista lleno de gratitud y gozo), gracias á Dios que doy con un editor razonable y discreto. Estoy á las órdenes de usted.

—Una sola advertencia tengo que hacerle.

—¿Cuál?

—Que en la primera entrega haya un ahorcado.

—¡Un ahorcado en la primera entrega! Y ¿para qué?

—Precisamente, cuando lo exijo, mis razones tendré para ello. Suponga usted que he comprado unas láminas viejas de mucho mérito, y habiéndolas dado á restaurar, la primera que tengo concluida representa un ahorcado. Excuso decir á usted que con la primera entrega ha de repartirse esa lámina.

—Pero señor, ¿por qué no habilita usted otra? Yo no veo inconveniente en que ahorquemos al traidor al final de la obra; pero ahorcarlo al principio... entónces...

—¡Ah! se me olvidaba (continúa impertérrito

el editor): en la segunda entrega ha de haber un baile de máscaras; y en la tercera, ¡esta lámina es preciosa! en la tercera un ama de cria asustando á un niño con unos cuernos.

—Pero señor (repite el novelista), ¿cómo he de componerme para aglomerar todas esas majaderías en las primeras páginas?

—¡Que diga usted eso! Usted que tiene tanta imaginacion... y tanto pesqui. Mire usted lo que á mí se me ocurre y soy un topo. Un marido que está separado de su mujer, comete tales crímenes que le ahorcan: la mujer, para aturdirse de aquel horror, que al fin es un horror, se va á un baile de máscaras; y como abandona su casa toda la noche, el ama de cria, que es un animal, se entretiene en asustar al niño con los cuernos, y hasta puede matar á la criatura del susto si á usted se le antoja. Con que... ¿se hace la novela?

—Con esas condiciones no me es posible.

—Pues otro la hará. Ella ha de salir...

Un tercer personaje, por último, busca al escritor para encargarle obra. Éste ni trae títulos predispuestos, ni láminas pregrabadas. Éste solicita sólo que una novela francesa que tiene en vías de terminacion, y ha alcanzado diez y ocho mil suscritores, se alargue veinticinco ó treinta entregas más para redondear el negocio.

 Pero

—Pero hombre (exclama el novelista), ¿no se está publicando esa novela?

—Sí, señor.

—Y ¿no está para concluir?

—Sí, señor.

—¿Cómo entónces ha de alargarse?

—Ahí verá usted.

—Pero ese autor de la novela, ¿no habrá dispuesto el asunto de modo que tras de ella...

—Ahí verá usted.

—Pero eso es un crímen literario...

—Ahí verá usted.

—¿Y si en Francia lo saben...?

—Ahí verá usted.

El escritor, en fin, echa á la calle al último proponente; sigue pensando en su verdadera obra, y se muere de hambre.

Pero no por esto los libros dejan de escribirse. La palabra del editor, gota persistente de agua que agujerea, no ya una peña, sino la palma de la mano del ingenio poco acostumbrada á taladros de oro, ejerce una accion poderosa, si no sobre éste, sobre otros desdichados escritores, dignos de mejor patria; y hoy con cierta aprension y escondiendo el nombre, mañana con más desenfado y exponiéndolo al público, al otro con completa indiferencia, y tomando por oficio lo que ha de-

bido ser punto ménos que sacerdocio,—hermosas imaginaciones, frescos talentos y aptitudes lozanas que podrian emplearse en bien de las letras, provecho de las costumbres y regocijo de los espíritus, se emplean, sin quererlo, en referir las más absurdas historias, en mantener las más vulgares preocupaciones, en sublimar los vicios más repugnantes, en urdir, establecer y propalar una literatura escandalosa y falsa, que hace echar de ménos la ignorancia del leer en el vulgo desdichado que la deletrea.

Existe, sí, en España el libro para la multitud; existe mercado para el ingenio; existe progreso para las masas ántes incultas; pero ¡qué progreso, ¡gran Dios! qué mercado, qué libro! Más valia que no existieran, áun cuando nuestro pueblo vegetase en la barbarie, y nuestros ingenios terminaran su vida en el hospital.

VII

La señorita de Laredo es un personaje digno de pasar á la historia.

Ficticia ó real su existencia, en la forma con que aparece á las gentes, ello es que habita en los bordes del mar cantábrico un espíritu fuerte, capaz de las mayores empresas, cuando se dedica con incansable solicitud á la lectura de las entregas de á cuarto. Fiscal doméstico de esta clase de libros, y admonitor severo de sus autores, la señorita en cuestion sostiene activa correspondencia con los que escriben y publican literatura barata, para advertirles los dislates en que incurren con fre-

frecuencia, y los tropezones de cuyas resultas pueden caer á cada paso. Si no nos separara mucho de nuestro propósito el dibujo de esta figura singular, contentaríamos al lector describiéndola minuciosamente; pero bastará que copiemos algunas de sus cartas, para que se forme completa idea del carácter que la distingue. Dicen así, poco más ó ménos:

Sr. D. Fulano de Tal.

Muy señor mio y de mi estimacion: en la obra que está usted publicando con el título de *Los crímenes de la aristocracia*, se dice, al final del capítulo tercero, que la Duquesa tenia los ojos azules. Advierto á usted que en el primer párrafo de la segunda entrega se dice que eran negros.

Dispense usted la confianza á su segura servidora que besa sus manos,

La señorita de Laredo.

Sr. D. Citano de Cual.

Muy señor mio: en la última entrega que acabo de recibir de *Las prostituciones monacales*,

veo consignada la especie de que Lucrecia, al clavarse el puñal, maldijo á su pariente el Papa. Arregle usted eso más adelante como pueda, porque Lucrecia la romana no era Lucrecia Borgia.

Soy de usted, etc.

LA SEÑORITA DE LAREDO.

Sr. Editor de LOS ENTIERROS CLANDESTINOS.

Muy señor mio y dueño: me atrevo á suplicarle á usted que influya con el autor anónimo de esa novela, para que no se pierdan las dos hijas del hortelano. ¿Qué necesidad hay de eso? Basta y sobra con que se haya perdido la mujer.

Perdone usted la impertinencia á esta su constante suscritora,

LA SEÑORITA DE LAREDO.»

Infinitas serian las cartas que pudiéramos reproducir de esa doncella insigne, de esa Juana de Laredo, émula de la de Arco, que pretende levantar en su patria el estandarte del sentido comun contra la irrupcion de los bárbaros de la literatura. Tambien ella está sola en esta tarea, como la de Orleans lo estaba en la suya; y líbrela

Dios de un martirio semejante en las hogueras de los periódicos, atizadas por gacetilleros y editores interesados.

Porque para nosotros no cabe duda de que sólo la señorita de Laredo es la persona de buen sentido que lee esa clase de obras en España. Si las leyeran las gentes instruidas y de buen gusto, no se hablaria de otra cosa en la sociedad: los padres de familia aguardarian con una estaca tras de la puerta al repartidor de las entregas; los magistrados se devanarian los sesos para buscar fórmulas legales con que oponerse á la nueva criminalidad de los espíritus; y los académicos pasarian dia y noche llorando sobre la tumba del patrio idioma.

Sucédele á tales libros, lo que á esos pantalones de color de pimiento en vinagre con flores encarnadas y azules: que están fabricados exclusivamente para el que los compra. Escríbense, publícanse y léense con abstraccion de la parte culta de la sociedad, y como si á nadie más que al vulgo le interesara el negocio. Y, efectivamente, el vulgo, que es el interesado, dá buena cuenta de sus lecturas en cuanto la ocasion lo requiere; y testigo sean sus explosiones de estos últimos tiempos, sus tendencias de estos últimos tiempos, sus teorías, sus deseos, sus propósitos públicamente

manifestados en la época contemporánea; la mayor parte de los cuales, si no todos, se deben al influjo de la literatura de tres al cuarto.

Mientras esto sucede, el libro serio, el libro útil, el libro honrado, necesita emplear esfuerzos heróicos para abrirse calle. No bastándole el auxilio de los aficionados, que áun siendo numerosos, relativamente á tiempos de atrás, escasean todavía para formar séries de compradores especiales, necesita el apoyo de la administracion pública, y ni áun así consigue á veces recompensa legítima para sus autores.

La administracion pública de España, justo es confesarlo, ha hecho mucho en favor del libro durante la época constitucional; pero, justo es confesarlo tambien, lo ha hecho con mejor deseo que fortuna y eficacia. La Casa Real, el Ministerio de Fomento, las Academias y otras corporaciones del Estado, consignan en progresion creciente desde hace muchos años fuertes sumas á la adquisicion y premio de los libros; sumas que si hubiesen sido invertidas con arreglo á un plan severo y meditado, estarian hoy representadas por una biblioteca moderna de grande estima. Pero desgraciadamente se ha carecido de plan; hánse protegido obras inútiles ó estrafalarias; hánse comprado volúmenes de pacotilla, que no

 en-

encontraban, por su escaso mérito, quien los quisiera leer; y el favor antepuesto á la justicia, el compromiso personal ocupando por lo comun el puesto reservado al ingenio que no pordiosea, han hecho escasamente fructuosos, si no estériles, tantos y tan laudables dispendios.

A muchos millones asciende la proteccion literaria de estos últimos años; y sin necesidad de acudir á estadísticas que harian patente nuestra censura, ¿cual es el escritor, preguntamos, cuya existencia se deba á esas protecciones? ¿Cuáles son los libros á quienes la patria literatura debe el sér por virtud de esos fondos desembolsados?—Breve seria la lista de las obras, y más breve aún la lista de los ingenios.

Nosotros propondríamos desde luego la supresion de todos esos gastos, si no habian de invertirse de una manera diferente que hasta ahora. Mientras la educacion primaria tenga los libros desdichados que hoy tiene; mientras la instruccion popular reuna bibliotecas bajo los auspicios que en la actualidad se reunen; mientras las publicaciones civilizadoras y honestas arrastren la vida miserable á que la administracion las tiene relegadas, no merece la pena de distraer sumas crecidas del presupuesto, para una soñada proteccion.—Mucho concurso público para satisfacer

necesidades morales del país, y mucho premio *à posteriori* para los que no habiendo concurrido merezcan la gratitud del poder, tales son las palancas que en buena lógica han de impulsar el movimiento del libro castellano. O para decirlo mejor: ménos dinero y más cordura.

Por otra parte, las protecciones directas no suelen influir con eficacia en el progreso de los ramos sobre que se otorgan; es preferible que los gobiernos protejan indirectamente los frutos del talento público, á que adjudiquen y justiprecien por sí propios ese mismo talento, con las artes imperfectas de que dispone toda administracion.— El libro, por ejemplo, que hoy paga su trasporte á precio más crecido que la entrega, deberia satisfacer uno más bajo ó casi nulo, para competir ventajosamente sobre ella que le oprime. El libro, cuyo importe tarde ó nunca llega á manos de su dueño como no sea desde los grandes centros de poblacion, podria ser auxiliado por medio de esos talones-letras que existen en Alemania y otras naciones, á merced de los cuales el giro del Tesoro facilita la liquidacion de las más pequeñas sumas en los puntos más insignificantes, ejerciendo de paso la influencia eficaz que todo documento público lleva aparejada contra los deudores morosos ó de mala fé. El libro, finalmente,

 pue-

puede ser protegido con el establecimiento de ferias centrales que el gobierno convocaria, proporcionando local, costeando los transportes y utilizando la afluencia de ejemplares, para hacer por sí propio las compras de sus bibliotecas públicas y privadas.

Estas ferias, ó mejor dicho, esa feria anual que nosotros instituiríamos en Madrid por el tiempo de las incalificables ferias de Setiembre; que situaríamos provisionalmente en la Plaza de Toros, mientras se construia bazar más adecuado; y que relevaríamos al principio de todo gravámen y derecho fiscal, constituiria un gran centro de contratacion que animase y enalteciese el comercio de libros. A él acudirian los libreros de todo el reino para cambiar sus obras provinciales, poco conocidas en la corte, con otras centrales que no hubiesen llegado á tiempo ó en proporcion suficiente á las provincias; acudirian los negociantes de libros de América para hacer sus acopios; acudirian los que por resultas de fallecimiento, ó de otras causas, enajenan librerías particulares de mérito y de importancia; acudirian los bibliógrafos y los bibliófilos de todas partes como punto y hora de adquisiciones felices; acudiria, en fin, y esto es lo principal, público numeroso que se aficionase á los libros, que pudiese escoger los libros,

que se acostumbrase á ver en los libros una cosa digna (como lo es en todos los pueblos cultos) del afan de la administracion, del entusiasmo de los doctos, y del respeto y amistad del vulgo.

La feria de libros en Madrid haria indirectamente más en favor de las letras, que todas las protecciones de reyes y gobiernos; porque no hay proteccion tan fructífera y tan constante, como la que dispensa la multitud guiada por el prestigio de una elevada idea.

VIII

Sí: el abatimiento del libro es el abatimiento de la inteligencia humana. Todo lo que tienda á enaltecer el libro, propende á hacer al hombre digno de su Creador.

El libro no es malo, como muchos creen, ó por mejor decir, no ejerce en absoluto, áun siendo malo, la influencia perniciosa que muchos se figuran. El periódico puede ser fatal; la entrega, su hija (que no es otra cosa que el libro *aperiodicado)*, puede ejercer funesto influjo en las masas mal dirigidas ó torpemente predispuestas; pero el libro verdadero y formal, ese libro que se extrae de la

 enor-

enorme biblioteca de los sabios, que se medita en el gabinete, que se confecciona en la soledad, que se rehace y atilda despues de concluido, que exige serios dispendios para su publicacion, que cuesta caro, y que por lo mismo va derecho al que lo necesita y lo aprecia, ese libro no debe inspirar temores al moralista, ni al estadista: su maldad, si la tiene, es momentánea; su influencia no traspasa los límites harto estrechos de una generacion.

Los libros matrices de la humanidad, el de Confucio, el de Zoroastro, el de Mahoma, y sobre todos la Biblia, el libro de los libros, que es la fuente de todas las civilizaciones cristianas, únicas perfectas, hasta donde es posible la perfeccion, en los cinco ó seis mil años de la Historia, han engendrado enormes bibliotecas de contradictores, sin perder por eso un solo polvo de su cimentacion granítica. Su moral está en pié, su filosofía está analizada, sus peligros son conocidos, su preferencia no es dudosa.

El libro bueno, en cambio (¿qué libro no es bueno si se le buscan los sagrados destellos de una inteligencia que es divina, áun cuando momentáneamente se halle perturbada?), el libro honrado, decimos con mayor propiedad, es la hechura más acabada del hombre. ¡Con qué humildad y li-

gereza se pliega bajo nuestro brazo; con qué frescura de ánimo nos recibe, con qué pureza nos habla, con qué oportunidad nos instruye, con qué desinterés nos recrea!

Terreno moral á donde agarra todo linaje de sembradura, él es en unas ocasiones flor que huele, en otras espiga que alimenta, en estas arbusto que acompaña, en aquellas árbol que cobija; él es jardin y huerta y prado y bosque; él con la poesía nos encanta, con la ciencia nos enseña, con la historia nos advierte, con la filosofía nos alumbra, con la ficcion y el apólogo nos embelesa. El hombre ha hecho de su libro la historia natural de las almas. No teniendo que crear nada para su cuerpo, creó un mundo en abreviatura para su espíritu; y de tal modo se amalgamaban ambas ideas, que ya uno de los más grandes pensadores de los siglos, Ciceron, dejó consignada esta admirable síntesis, áun ántes de que existiera el verdadero libro:

El ideal de la vida humana es una biblioteca en un jardin.

LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES.

Si el siglo actual recibe con el tiempo un mote histórico, es posible que se llame el *siglo de las Exposiciones.*

En efecto: ni el vapor, cuya admirable fuerza va perseguida hoy por la áun más maravillosa de la electricidad; ni el carbon, llamado de piedra, cuyo poder calefactor va perseguido por el de los aceites que circulan en el centro de las montañas; ni el globo aerostático, cuya direccion es punto ménos que un sueño, áun cuando sublime; ni el telégrafo mismo, que constituye la más portentosa de las creaciones del ingenio humano, nada ha de aparecer tan característico á los ojos de la gente venidera, como esos certámenes universales del arte y de la industria, en que el siglo presente ha condensado los prodigios del vapor, los prodigios de la electricidad, los de la hulla, los del petróleo, los del gas y los del telégrafo, en sus múltiples y mágicas aplicaciones.

Grandes son, ciertamente, los elementos de que ha dispuesto el siglo para enorgullecerse de su propia obra; pero la misma grandeza de cada uno de ellos, no ya sólo en el órden material, sino en el órden moral de todos los conocimientos, ha de inducir á que se reconcentre la memoria sobre el foco de donde irradiaron con esplendor comun. Ese foco ha residido en las Exposiciones universales.

Discurrir, pues, acerca de ellas, es dibujar uno de los cuadros más característicos del siglo XIX.

QUÉ SON LAS EXPOSICIONES.

I

Ni las Exposiciones universales de la industria son esencialmente nuevas en el mundo, ni París y Lóndres son dos ciudades que deben exclusivamente su existencia á la accion civilizadora del siglo XIX.

Algunos miles de años ántes del en que escribimos estas páginas, y á distancias enormes de la en que nos hallamos al hacerlo, otros pueblos y otras razas habian llegado á constituir capitales

como esas, y ostentaban exposiciones muy semejantes á las que admira el mundo de nuestros dias.

La causa de este paralelismo moral no es otra que la que preside siempre á todos los efectos materiales:—allí ocurre lo que debe suceder, cuando no es posible que suceda otra cosa.

Los hombres han experimentado constantemente, en mayor ó menor escala, necesidades exteriores: esas necesidades han exigido, para ser satisfechas, el concurso de hombres exteriores tambien; y la teoría del viaje, la teoría del cambio y la teoría del comercio, han ido dando de sí progresiva y naturalísimamente, la tienda, el almacen, el depósito expositivo; ó como si dijéramos, el bazar, el dock, el palacio de la industria.

Ningun fundamento esencial de la constitucion del mundo es invencion del hombre. El hombre no ha inventado ni inventará jamás las bases que preceden á su manera de vivir socialmente: esas bases las descubre, porque existen en el gérmen mismo de la naturaleza; y todo su espíritu de inventiva, la libre accion de todo su ingenio, campean entónces sobre las bases preexistentes, produciendo efectos, en la índole unos, en la forma varios, segun las condiciones de los tiempos, las vicisitudes de los países y el grado en que se encuentra la civilizacion.

Si el hombre inventara, como algunos creen, la manera de constituir su vida social con independencia de los fundamentos naturales del globo, no habria ido ciertamente á habitar las islas situadas en medio de los mares, batidas por las olas, amagadas por la tormenta, impelidas de contínuo á la destruccion; no habria ido á situarse en las márgenes de los rios cenagosos y pestíferos, cuyas emanaciones enturbian la atmósfera, envenenan el cuerpo y abaten el espíritu del ribereño; no habria ido á establecer ciudades en desiertos sin fin, faltos de agua, de vegetacion, de elementos de vida y hasta de materiales para construir su casa; no habria ido á plantar su tienda en medio de los bosques, cercado de las fieras, contenido en su movilidad, expuesto de asechanzas, y burlando, hasta donde es posible hacerlo, las inclemencias de una temperatura glacial, ó el tórrido reflejo de los ardores tropicales. El hombre buscaria el valle ameno y templado, circuido de montañas, roturado de arroyos, cubierto de flores y verdura, anidado de aves, y empedrado de peces; fiel trasunto de un paraíso á que convida el mundo frecuentemente, si no enseñara en su fondo la esterilidad de la holganza, el hambre de la incomunicacion, la muerte de la vida.

Por eso el hombre, que descubre y no inventa, se-

segun ántes decíamos, se ha situado en el pico de una peña suspendida hácia el mar, por donde más cercano se divisa el pico de otra peña que con la suya pueda comunicarse; y ha poblado la ribera de un rio, no importa su color ni el gusto de sus aguas, con tal de que conduzca por breve y fácil camino hácia el extremo opuesto de su curso; y ha creado ciudades y construido pueblos en llanuras estériles al parecer, pero que cortan la comunicacion de hemisferios poderosos, á los cuales la nueva ciudad pueda servirles de posada; y desdeñando, en fin, lo que á primera vista hubo de cautivarle y seducirle, se lanzó en otros tiempos, se lanza hoy y se lanzará siempre, no al ideal soñado de la conveniencia, sino á la práctica tangible de la necesidad.

Ahora bien: entre las necesidades especiales del género humano, la primera, sin duda, y la más punzante de todas, es la que se refiere á la satisfaccion de las exigencias del cuerpo, así en su manera de desarrollarse, como en su manera de cubrirse y en su manera de cobijarse. Pan, vestido y techo fué lo primero que necesitó el hombre en este mundo; y en tal suerte sentia esas necesidades por instinto quizá, que por instinto hubo de hacer alto en la vida nómada de devastador, para constituir la vida estable del ciudadano.—

 Cor-

Correr por esos campos consumiendo las producciones vírgenes de la naturaleza, cazando al bruto para vestirse con su piel, y aprovechando el hueco de una peña para guarecerse de la tempestad ó entregarse al descanso, no fué nunca una vida definitiva, ni siquiera una vida transitoria en las razas humanas: fué una vida que se hace á influjo de la necesidad, que se sigue á impulsos de la presion de un clima ó de otras razas, que se acepta ínterin fórmulas mas cómodas y más en armonía con los secretos resortes del espíritu, no aparecen en el terreno de las especulaciones factibles. El hombre cazador fué siempre el hombre fábula.

Al contrario: si un destello divino no hubiese inclinado siempre al hombre hácia el punto de la sociabilidad, el agotamiento de los frutos silvestres, el cansancio de las jornadas, los contratiempos y peligros de la roturacion perpétua, le hubieran inducido á pararse en un sitio determinado, á pedir y otorgar los elementos de defensa comun, á establecer recíprocos deberes y derechos mútuos con sus semejantes; en una palabra, á constituir la poblacion y el hogar.—Todo esto es rudimentario, clarísimo, incontestable.

Constituido el pueblo, detenida la raza, implantada la tribu, aparece una nueva necesidad

que nadie inventa, pero todos descubren: la necesidad de la comunicacion.—Para no perecer de hambre en un desierto, es forzoso traer de otro punto lo que falta en aquél; y para conseguir eso que se busca, no hay como ofrecer aquello que se posee. El viaje y el cambio nacen, por consiguiente, no ya del recinto de la ciudad, sino del seno mismo de la ranchería; porque la nivelacion de productos y consumos, que hasta el tiempo de ahora no ha sido ley averiguada por las ciencias sociales, era hace cuarenta siglos ley fatal y constante de la ciencia infusa de los hombres.

Alárgase la distancia con la esquilma del campo ó con el deseo de frutos nuevos que florecen en zonas diferentes; y ya la porcion activa y codiciosa del pueblo consumidor, no se contenta con escudriñar en terreno vecino lo que ha de proporcionarle goces ó ganancia, sino que se arroja por sendas extraviadas en busca de lo bueno y abundante, para que su retorno le compense con gloria y con provecho del afan empleado en su peregrinacion.

Anda, pues, la caravana un dia y otro, una y otra luna, una y otra estacion, segun que avanza el tiempo y la escasez aumenta, hasta que el curso natural de las cosas llega á exigir que los valles se surtan de las montañas, y el suelo frio

requiera las producciones de templados climas, y el habitante del interior necesite el fruto de las costas, y los de un lado busquen á los del lado opuesto, y los de un hemisferio no puedan pasarse sin la relacion y el cambio con sus antípodas.

Entónces la tierra, ya poblada y en contacto más ó ménos frecuente, se divide en dos partes esenciales: la abundante y la escasa, la que tiene y la que necesita, la que ha de adquirir y la que puede dar. Juzgamos casi inútil exponer cuál de las dos partes acrece en poblacion, en riqueza, en poderío y en concurso de hombres: vamos asentando la teoría de la necesidad, y la necesidad no se satisface más que donde hay. El punto productor por naturaleza fué evidentemente el punto primero donde la tribu, la raza y la nacion se cimentaron: allí se formó el mundo, díganlo ó no historias ó leyendas; y allí, si en ese allí subsisten los focos de la produccion, allí volverá el hombre sus miradas y enderezará sus pasos constantemente, si evoluciones incomprensibles de sociabilidad le apartaron algun dia de la tierra feliz en que meció su cuna.

Veámoslo si no.

II

El mundo geográfico consta de varias partes ó zonas; pero el mundo social no cuenta más que dos:—Oriente y Occidente. El uno es la mañana, el otro la tarde; el uno es la juventud, el otro la vejez; por el uno sale el sol, por el otro se pone; el uno es la vida, el otro la muerte.

Un secreto presentimiento de la humanidad, impulsa abinicio la gran lucha entre estos dos colosos del Universo: Oriente se desliza casi por su propio impulso hácia Occidente; mientras que Occidente ansía abrirse los caminos del Oriente, á costa, si es necesario, de su tranquilidad y sus

 teso-

tesoros. Es este un remedo de la perpétua lucha del individuo, que cuando jóven desea, quizá indiscretamente, la virilidad, y cuando viejo se afana por retroceder á los primeros dias de su juventud.

Un tiempo hubo en que el Oriente contenia, como hoy el Occidente, los fundamentos todos de la civilizacion y actividad humanas. La industria y el comercio, la filosofía y la religion, el vasallaje y la preponderancia, producciones y consumos, ciencias, artes, navegacion, descubrimientos, empresas atrevidas, imposibles que se vencen, expediciones que se organizan, monumentos que se alzan, obras públicas que se realizan, puertos, canales, minas, roturacion, simiente, beneficio, —todo lo que hoy embarga la atencion y el ingenio de los pueblos de Europa, todo se agitaba y bullia en aquellos lejanos orígenes del sol, con increibles brios y nunca bien comprendidas actividades.

Seis mil años ántes que en Occidente, habia en las llanuras de la Asiria un Babilonia y un Nínive, dignos rivales del París y Lóndres que hoy monopolizan la resquebrajada y montañosa Europa. Cortadas por el Tígris y el Éufrates, como el Támesis y el Sena de nuestros dias, ambas ciudades, con la rivalidad instintiva de ingleses y franceses, la

 ma-

mayor seriedad de unos y el más fácil acceso de los otros; una comunicacion breve y directa entre ambos, pero sin que esto les fusionase ni confundiese; con designios análogos, alianza forzada, intereses discordes, raza semejante y distinta, áun cuando de comun empuje y ardimiento,—ninivitas y babilonios cortaban hace seis mil años, decíamos, el camino de Oriente, y disponian en consecuencia de las llaves del mundo.

Si se nos exigiera la designacion de semejanza entre cada dos de las cuatro ciudades, diríamos que Babilonia era el Lóndres, y Nínive el París de la antigüedad. Poco se sabe todavía de esta última, y líbrenos Dios de presentir que la suerte de los franceses sea su vencimiento y dominacion por los ingleses, como la de los ninivitas fué por los babilonios; pero dejando corrido el velo del porvenir, no contrariemos las experiencias y certidumbres del pasado.

Babilonia, segun los inmediatos estudios de un autor eminente, reunia cuantas condiciones pueden desearse para sostener el comercio con todas las naciones del mundo entónces conocido. Situada junto á un rio navegable que traia á sus muelles el producto de los climas templados de la Armenia; rio cuyo curso, acercándose por un extremo al Mediterráneo, mezclaba por el otro sus

aguas al Océano índico, era el punto de interseccion, y la posada, digámoslo así, entre el Oriente y el Occidente de la tierra.—Paralelo al Éufrates, corria á la vez el Tígris, menor en importancia, como el Sena respecto del Támesis, pero que, derivado tambien de las colinas de la Armenia, caminaba por los fértiles distritos de Asiria, llevando sus variados frutos á las ciudades babilónicas.

Los ingleses del mundo antiguo no despreciaban tampoco las ventajas comerciales de que les habia dotado la naturaleza; y sus canales navegables, sus comunicaciones con aquella Francia cuya cooperacion necesitaban, sus muelles, sus depósitos, sus construcciones navales, sus sistemas hidráulicos para aprovechar el desnivel de los rios, sus caminos reales á través del Desierto, provistos de hospederías y fondas para las grandes caravanas en una extension de noventa jornadas; esos palacios, esos templos, esos mausoleos cuyos restos arrojan las excavaciones en montañas de piedra armenia, cincelada con arreglo á un arte viril y propotente;—todo lo que de Babilonia aparece y de Babilonia se sabe, indica á no dudarlo que el Lóndres del Oriente, nada desmerecia ni achicaba con relacion á la Babilonia occidental, ántes de que se cumpliesen los vaticinios del Profeta.

 —— Ní-

Nínive su rival, amiga y enemiga á un tiempo, hermana y hermanastra, vencedora unas veces y al fin vencida; ciudad de la alegría y los placeres, del fausto y los jardines; centro de la voluptuosidad oriental, segun los tiempos y las circunstancias podian consentirlo; núcleo de una filosofía anti-egipcia que del culto y contemplacion de la muerte, con resurreccion divina, pasa al culto y glorificacion de la vida con fin humano indefinido; orgullosa representante de la sabiduría, de la ciencia, del arte y de la industria; emporio de la actividad y transacciones universales del muńdo antiguo; última muestra, en fin, de la corrupcion y vicio de costumbres que originaron su santa maldicion: tal era la Francia de entónces.

Ambas ciudades, pues, celebraban tambien hace seis mil años exposiciones públicas. Reuníanse en ellas los hombres de Oriente y Occidente, aportando los objetos de lujo que en sus respectivas tierras se producian; y las perlas y piedras preciosas; el algodon, la seda y lana; las especias, incienso, marfil, ébano y tintes, eran los frutos de mayor transaccion. Allí se exponian las alfombras babilónicas, célebres áun contando con la imposibilidad de haberse conservado; las ricas telas de lana y seda tejidas y bordadas con

figuras de animales míticos, cuyas labores, al modo de las de Lyon, eran famosas no solamente por su mecanismo complicado, como por la elegancia y armonía de sus colores; los estimados sindones ó trajes flotantes de Babilonia, que debieron ser industria tan arraigada, como que sobrevivió á la ciudad misma que de ella se vestia; y por último, el trigo, que oriundo, á creer la tradicion, de los campos incultos de Mesopotamia, se importó por primera vez en estas ciudades y comenzó á ser comido por los hombres.

Los mármoles, los granitos y las maderas bajaban por el Éufrates y el Tígris á proveer las construcciones asirias, tanto de templos y palacios como de muelles y embarcaciones. Y es presumible, áun cuando no conste expresado en parte alguna, que esos extranjeros presentes á las grandes ferias de Babilonia y Nínive, contemplarian tambien los instrumentos y las máquinas que aquellas civilizaciones empleaban para sus grandes obras; pues si los templos y palacios se construian con tan asombrosa profusion; si los diques y almacenes de los puertos eran obras maravillosas que indujeron á Alejandro á restaurarlas; si los navíos podian contener al pueblo entero, que era toda la nacion, cuando un genio enemigo les vencia en la guerra; si tales y tan repetidos por-

tentos de mecánica ejecutaban diariamente, ¿qué podorosas no serian sus gruas, qué firmes y qué colosales sus andamios, qué finos sus telares, qué vulgar su química de colores, qué potentes sus dragas, qué adelantado, en fin, y qué ingenioso todo su mecanismo para elaborar y construir en tal escala?

Convengamos, por consiguiente, en que las exposiciones de los asirios tendrian muy poco que envidiar á las de los europeos, como no fuera considerando que el progreso del mundo es una realidad, y que la ley de ese progreso no permite la vuelta de las cosas en idéntico modo, cuando las separan seis mil años de distancia.

Los hombres de nuestra época no han inventado las exposiciones: ellas existian porque fueron una necesidad del tiempo antiguo, como lo fueron del tiempo medio, como lo son del tiempo coetáneo.—Desde los Faraones del Egipto hasta los reyes constitucionales de nuestros dias, todos los poderes públicos extensos, fuertes y majestuosos, han celebrado exposiciones universales. El Templo de Salomon, el Parthenon de Perícles, el Capitolio de Cláudio, la Catedral de Colonia, la Alhambra de Alhamar, el Escorial de Felipe II, son otras tantas exposiciones universales de artes y de industria. Donde quiera que estuvo la gran-

 deza,

deza, el poder, las relaciones, las conquistas, y con ellos el dinero del mundo, allí estuvo la facilidad de producir, allí la conveniencia de mostrar, allí el núcleo del cambio, allí la arteria del comercio, allí un símbolo á donde refluian las riquezas, los primores y la sávia toda del ingenio humano.

Pero el hombre del dia, al descubrir, que no inventar las exposiciones, inventa la fórmula de resolver en provecho práctico del mayor número, lo que hasta ahora no habia sido más que provecho teórico del poder central de las naciones. El progreso que nació absolutista, se ha hecho liberal insensiblemente; y lo que los esclavos fabricaban para grandeza y goce del señor, lo fabrican hoy los señores del ingenio para goce y comodidad de los mismos esclavos de la pobreza. El progreso tiende á generalizar la instruccion, la industria, el arte, el alimento, el vestido, la propiedad, la ciencia, todos los recursos, en fin, que de la tierra puede arrancar el hombre con el trabajo.

Bajo este punto de vista, las exposiciones universales no podian existir sino en el tiempo presente. ¿Qué son, pues?

III

Háse creido por algunos que las exposiciones universales, á la manera de las particulares de los pueblos, son una especie de bazar ó vasto almacen de preciosidades, rarezas y objetos maravillosos, cuya afluencia se provoca para encanto de los sentidos, ó cuando más para uso de profesores y potentados. Nada, sin embargo, más erróneo que esta opinion.

Las exposiciones universales, emblema material del siglo en que vivimos, son, como acabamos de decir, la fórmula resultante de todo el progreso humano.—Desde que el pensador mo-

 der-

derno proclamó como axioma la libertad comercial; desde que el correo dejó de ser una renta para ser un servicio de los pueblos; desde que el vapor ahuyentó la calma de los mares y acortó las distancias de la tierra; desde que el embajador principió á ceder su importancia al cónsul; desde que el telégrafo niveló los precios de los mercados; desde que el crédito sustituyó al movimiento de los metales; desde que todas las fuerzas confluentes de la civilizacion moderna dilataron el caudal de la industria; cuyo fundamento es producir, cuya consecuencia es abaratar, cuyo fin es extender el mayor número de comodidades á la mayor masa de criaturas posible,—las exposiciones universales del trabajo humano aparecieron por sí mismas en el mundo: no fueron una invencion; fueron, repetimos, un descubrimiento.

Era necesario, y más que necesario posible, que todos los resultados de la produccion, de la manufactura, del embellecimiento, de la utilidad, se reuniesen en un punto dado para que todos los hombres los vieran, todos los estudiaran, los comprendieran, los desearan y quisieran imitarlos ó adquirirlos.

Reunidos en inmenso muestrario, en prospecto viviente y de universal lectura aquellos productos, un dia sólo bastaba para economizar viajes re–

remotos, correspondencias numerosas, estudios profundos, cálculos infinitos á que ántes se dedicaba el comercio para decidirse á adquirir lo que tal vez luégo no correspondia á sus necesidades é intereses. Un solo dia bastaba tambien para que los hombres de los más distantes países se encontrasen cara á cara con aquellos á quienes la conveniencia mútua les instaba á avistarse, pero á quienes jamás hubiesen conocido sin la ocasion de un punto céntrico de cita universal. Un solo dia de esta exposicion acortaba en años el progreso comercial del mundo.

Pero no era eso todo. Tan gran concurrencia de gentes de todas partes, prestaba ocasion á los moralistas y pensadores para sacar provecho del espíritu, con motivo de los adelantos y exhibiciones materiales. Los hombres, al reunirse con un objeto industrial, podian reunirse tambien en conferencias de otro órden, cuyas ventajas irradiasen despues en los diversos países á que pertenecian. Los grandes problemas sociales, los políticos, los económicos, los de simple aplicacion moral, hallaban ocasion propicia de ser desenvueltos, discutidos y aceptados por quienes ántes desconocian sus soluciones, acortando á la vez distancias, tiempos y vigilias. Los Congresos para el adelanto de la ciencia social, los Congresos de beneficencia,

 los

los de estadística, los de sanidad, comunicaciones, sistema monetario, y cien institutos más que en el mundo moderno se agitan con ánimo de difundir la civilizacion, la utilidad y el bien, todos ellos aprovechaban, decíamos, el concurso atraido por la exhibicion industrial para celebrar sus sesiones, allegar la suma de conocimientos individuales, y extender en su dia el resultado práctico de una observacion y una ciencia emanada de todos.

Los gobiernos, por su parte, enviando hombres ilustres á título de representacion nacional, enviando profesores á título de investigacion científica, y hasta simples operarios y escolares con encargo de aprender y adelantar en sus estudios privados, contribuirian á dar á conocer y á adquirir conocimiento relativo de una á otras naciones; formando grupos de inteligencias cosmopolitas, allí donde hasta entónces sólo tenia grupos de individuos más ó ménos eminentes, pero ignorantes é ignorados en el exterior.

El sacudimiento, en fin, que experimentan los pueblos al ponerse en contacto inmediato con los que desconocian; la lucha noble y arrogante que se promueve en el espíritu humano ante las conquistas de otros pueblos y otros hombres; la honrada vergüenza del atraso propio; el patriótico

anhelo de una nivelacion intelectual; la verdadera fórmula del progreso, por último, tales fueron las bases del raciocinio con que un inolvidable príncipe de la Gran Bretaña promovió la primera Exposicion Universal de la industria en 1851.

Tenemos, pues, que la extension civilizadora de estos certámenes alcanza á puntos desconocidos para la generalidad, y á mayor altura de la que por lo comun se les concede entre algunos pueblos y gobiernos. La concurrencia atinada y bien dirigida á uno de estos concursos, puede producir en pocos meses mayores resultados prácticos para el progreso de una nacion, que muchos años de enseñanza en las aulas y de discusion y embate en los Parlamentos. — Sólo á la vista de lo que otros hacen y nosotros descuidamos; sólo en presencia de lo que otros crean y nosotros destruimos; sólo abarcando en rápida pero influente mirada la febril agitacion que domina en el centro de Europa hácia elevadas y trascendentales conquistas, es como puede sacudirse la glacial indiferencia con que solemos permanecer retraidos del concierto civilizador, ya que no entregados á miserables é indignos entretenimientos.

Tal es la verdadera y legítima explicacion de esas ferias de la industria y el arte para que las grandes naciones de Occidente citan hoy á todos

 los

los demás países del globo. No van, como en Alepo y en Medina, á servir sus palacios de centros de contratacion comercial y alhóndigas de granos para el abasto público: doble comercio de efectos y de ideas, de productos é invenciones, de bellezas y baratura, de exclusivismo moral y generalizacion física, van á servir de palenque á las luchas del entendimiento y de vehículo á los manantiales de la civilizacion.

En esto como en todo obedecen las sociedades á una ley de progreso, que inútil seria empeñarse en desconocer. Desde que Jesucristo arroja de la basílica romana á los mercaderes que profanan la nave central del templo con los contratos usurarios que celebran en las naves laterales, hasta que diez y ocho siglos despues se construyen basílicas de cristal y de hierro, en cuyas naves se invoca el nombre de Dios, como en Lóndres sucedia veinte años hace, para que proteja y ampare los adelantos del espíritu humano, la historia nos refiere gradaciones de la misma índole, que prueban el incesante curso del progreso.

Las ferias de Alejandría y de Sevilla no se parecen ya, á fines del siglo XV y principios del XVI, á las ferias de Tiro y de Ménfis en cuanto al carácter exclusivo de sus transacciones. Emporios de riqueza y esplendor ambas ciudades, camino

de las Indias del Oriente la una, y de las Indias de Occidente la otra, son á la vez campo fecundo de comercio de ideas, en el que brotan pensamientos humanitarios, empresas civilizadoras, hombres eminentes dispuestos á alguna cosa más que comerciar.

Si no nos separase este estudio del fin y objeto á que nos dirigimos al presente, haríamos de buen grado consideraciones cronológicas que vinieran en apoyo de nuestra teoría; pero por fortuna, nuestra teoría es harto vulgar y de dominio público, para que necesite especie alguna de comprobacion.

IV

Remontándonos, pues, al orígen de las exposiciones universales, que parte siempre de la necesidad, que abona la conveniencia y que la ocasion de circunstancias topográficas y sociales favorece, hallaremos una ilacion armónica entre estos mercados extraordinarios y el progreso político y moral de las sociedades.

Si los pueblos primitivos, pastores ó guerreros, filósofos ó indiferentistas, laboriosos ó abandonados, no acudian periódicamente á los grandes centros de contratacion sino en alas de la necesidad y con el móvil del más egoista de los intereses,

el interés personal y exclusivo, los pueblos modernos han conquistado un nuevo móvil, que es el orígen á la vez de todas las nobles y patrióticas empresas: el móvil de la gloria, del servicio de los otros, de la utilizacion del ingenio y del estudio, del provecho y bienestar del género humano. —Entre los primeros á quienes congregaba el hambre, y los últimos á quienes congrega el entusiasmo, media el abismo de la civilizacion. Y es que entre el Oriente y Occidente, además está Jesucristo.

En eso, pues, es en lo que se diferencian las exposiciones modernas y las antiguas: el fausto por el fausto, la abundancia por la necesidad, era ó podia ser el lema de los primitivos mercados: el fausto por lo bello, la abundancia por la difusion, es ó puede ser el lema de los modernos. — Los príncipes y magnates antiguos se rodeaban de las riquezas y objetos preciosos, para realzar con ellos su propia gloria y absorber la magnificencia y esplendor de sus Estados: hoy, por el contrario, las preciosidades y los objetos ricos se le dedican á cualquiera, con tal de que tenga para pagarlos; y áun en esta parte se tiende á la generalizacion en vez del monopolio, pues á eso y no otra cosa conduce la competencia industrial con sus precios variables y reducidos. En cuanto á los objetos de

uso comun y productos asimilables, no hay que decir cuál sea la fórmula con que los ofrece el trabajo moderno: bello y bueno, fácil y barato, para todo y para todos.

Tal vez se diga que el espíritu predominante hoy en las elaboraciones de la industria, es tan interesado, ó acaso más, que en tiempo alguno; pero sin negar nosotros esta proposicion, que se funda en el primer principio sobre que gira y girará siempre la actividad humana, debemos advertir que al interés pueden marchar unidas nobles y dignas prendas, que sin abolirlo ni minorarlo, porque esto no es posible, le honren y distingan áun á los ojos del más exigente moralizador.

Si del fondo pasamos á la forma de las exposiciones, no puede ya dudarse de su absoluta novedad; hay entre ellas la distancia que separa al remo de la caravela, de la hélice del clípper.— El dia en que nació el crédito, víspera de ese otro dia en que el vapor fué generado, el mundo cambió de faz completamente. Pitt dando impulso á la rueda de los recursos, y Fulton dando impulso á la rueda de la locomocion, alteraron la forma del hacer: ¿cómo no habian de alterar la forma del discurrir?—Entre el crédito y el vapor nació la industria que se llama moderna; esto es, la in-

industria reglamentada y científica, la industria que se apodera de la naturaleza y del arte; que con una cara mira al interés y con otra al hombre.

Crece la industria, pues. A medida que su genio poderoso va desarrollando por donde pasa gérmenes de riqueza y haciendo brotar con su calor fecundo objetos útiles y civilizadores, los pueblos que principian á obtener sus beneficios, que tocan con sus manos esas ventajas, y que disfrutan cómoda y tranquilamente del progreso industrial, se apresuran, tal vez con inadvertencia, pero con razon sobrada, á erigir culto á la nueva divinidad que los protege, creyéndose dichosos por nacer y vivir bajo su amparo. Y no dejan de serlo ciertamente, desde el punto de vista de los intereses materiales; pues si revolviéramos el osario de nuestros progenitores, á pesar de cuanto en elogio de sus tiempos se dice por algunos, no oiríamos otra cosa que lamentaciones y amargas quejas por lo estéril y pobre de su vida, con algo de manifestaciones envidiosas por gozar las comodidades y adelantos que á esta generacion moderna nos regala la actividad económica del siglo XIX.

Embriagados, decimos, los hombres de la industria con sus propias conquistas, instituyen fiestas en honor del talento y del trabajo; galardonan el afan y la perseverancia; acarician á otros

 hom-

hombres, sus vecinos, para buscar su asociacion y amistad, su concurso y su trato, sus producciones y elementos singulares; logrando de este modo que, al levantar palacios encantados cuya atmósfera aromática cuidaron de difundir por todas partes, se apresuren hasta de las regiones más remotas á venir en ayuda del movimiento universal, con los ojos abiertos á la luz y la codicia puesta en el botin que es producto de la victoria.

Para lograr estos objetos, nació tambien, coetánea á la evolucion industrial del pasado siglo, la idea de establecer campos de exposicion, donde á la vez que se evidenciase el adelanto obtenido hasta una fecha dada, brotase con el estímulo el afan de la mejora y perfeccionamiento. De aquí datan las exposiciones modernas de la industria; pues no nos ciega el amor patrio hasta el punto de que achaquemos á un princesa española el orígen de estos concursos, por más que ella, comprendiendo el espíritu del pensamiento y hermanándolo amorosamente con la piedad, fuese la que por vez primera convocara en las iglesias de Flandes una exposicion de productos florícolas.—Permítasenos, sí, recabar para España la gloria de esta idea, y cubramos con esa alfombra de históricas y legítimas flores el sepulcro de la virtuosa hermana de Cárlos V.

 In-

Inglaterra pretende ser el fundamento de las exposiciones de la industria, haciéndolas brotar de su reunion tipográfica de 1757. Francia imperial, que con un patriotismo hasta cierto punto loable, todo lo ha referido siempre á la cuna del cesarismo napoleónico, consigna la existencia de una breve exposicion industrial en 1798, durante las guerras de su revolucion, para venir á conceder al primer Cónsul la gloria de inaugurar por sí mismo en el palacio del Louvre la exposicion extensa y reglamentada de 1801. Fué Napoleon, en efecto, el primero que dictó leyes para la convocacion de concursos anuales, donde la industria mostrara sus adelantos y la emulacion produjera sus naturales consecuencias; fué el primero que albergó en palacio de reyes los frutos del trabajo y de la civilizacion; el primero, en fin, que organizó un sistema de recompensas parecido, si no igual, al que hoy se usa, y un sistema de estudios semejante al que por bueno é irreemplazable se tiene hasta ahora.

Pero los ensayos más ó ménos eficaces, más ó ménos extensos que en toda la primera mitad del presente siglo se han realizado, y que como cuna de las exposiciones deben contarse, no privan al príncipe Alberto de Inglaterra de haber dado la forma, el tono y la viril esencia á los certámenes

 in-

industriales y artísticos que en la segunda mitad celebre el universo. Él, desde el puente de ese navío anclado que se llama Inglaterra, y que á bordo conduce treinta millones de viajeros cosmopolitas, fué quien con elevados impulsos y nobles pensamientos convocó á las naciones para el palacio de Hyde-Park en 1851, ofreciéndolas alojamiento, honor y recompensa. Quizá á nacion alguna hubiera podido ocurrírsele este paso, por miedo de quedar desairada en cuanto á la calidad de su propia industria ó en cuanto al número de los concurrentes á la cita; pero si la Gran Bretaña era quien podia inspirar confianza á los demás pueblos y no temer la concurrencia de sus productos; si ella sola habia conquistado hasta entónces tan preciosos privilegios con la ilustracion, la actividad y el severo trato de sus hijos, siempre le queda al Príncipe la gloria de haber comprendido el verdadero estado de su país, y resuelto el problema de la asociacion universal.

Cuatro exposiciones, por consiguiente, son las únicas que con carácter propio y genuino del siglo actual se han verificado hasta la fecha:—Lóndres en 1851, París en 1855, Lóndres en 1862, París en 1867.—De estas cuatro, nosotros hemos asistido á tres: estamos, puede decirse, saturados de su forma y carácter; las conocemos como

 ami-

amigas y hermanas; por lo cual, deseosos de trasmitir al público nuestras impresiones sobre ellas para que se forme idea segura de su marcha, aplicaremos los sentidos del cuerpo á su exámen exterior, diciendo lo que se ve, lo que se oye, lo que se huele, lo que se gusta y lo que se palpa en las exposiciones universales de la industria.

CÓMO SON LAS EXPOSICIONES

I

Hace un momento decíamos que cuando el espíritu y la materia, la religion y los intereses mundanos se habian confundido y enmarañado en Roma hasta el punto de que los dioses fuesen frecuentemente pretexto para especular con los recursos y la conciencia ajena, la basílica romana se convirtió en campo de transaccion y granjería, donde predominaba el culto del oro, y donde con los sacrificios á la divinidad se terciaban los sa—

crificios de los hombres ante el agio y la usura mercantil.

¡Cosa extraña, por cierto!; dos mil años despues, las exposiciones universales de la industria y las artes se celebran en la misma basílica romana, ó en edificios que difieren poco de la traza y disposicion general que á ella le eran adecuados y característicos. Una sola variante esencial se advierte entre ambos templos: en el romano los dioses se quedaban á la puerta; mientras que en el europeo de los tiempos actuales, el verdadero Dios lo puebla y preside todo.

Esta analogía de edificacion concuerda, como no podia ménos de suceder, con analogía de intereses y necesidades.—Roma que fué un tiempo, mucho tiempo, casi todo el tiempo que pudiera aplicarse á un mundo, si los mundos tuviesen edades y extension limitadas, el centro de la tierra, y más que eso mismo el director y soberano de la humanidad, experimentaba, áun en aquellas épocas de escaso desarrollo mercantil, necesidades semejantes á las de estas épocas, más avaras de produccion sin duda, pero más abastecidas por diversos y numerosos puntos. Roma, que segun la exacta apreciacion de un malogrado publicista de nuestra patria, no era Italia, ni Europa, ni Occidente, ni áun region templada del

 he-

hemisferio Sur, sino Roma sólo, absorbia por su propio sér y en su seno íntimo, tanta existencia comercial, tanta vida industriosa como hoy pueden concentrarse en cualesquiera de las tres grandes capitales del mundo: París, Lóndres ó Nueva-York.

Un pueblo de semejantes condiciones tenia que pedir á las artes los elementos de su desarrollo económico, como les habia pedido los de su desarrollo moral; y las artes de Roma, con una cara vuelta á la Grecia y con la otra al Egipto, imaginaron la basílica, que, áun cuando en nada se parece á sus modelos respecto á la forma de sus proporciones, es sin embargo hija legítima y directa del Parthenon y del Serapium, como éstos lo fueron á su vez de artes embrionarias y primitivas.

Cuando el hombre se encontró por el suelo una piedra cuadrilonga y la puso de pié, ejerciendo por este solo acto la más patente muestra de su soberanía, pues contrariaba el reposo de la naturaleza, lo primero que hubo de ocurrírsele fué allegar una piedra semejante y colocarla rectamente al lado de la primera, cubriendo una y otra con un tercer monolito, que le dió en tan sencillo procedimiento la pauta de un tinglado donde guarecerse de las intemperies atmosféricas.

 Créa-

Créase ó no en la existencia de un arte troglodita que limitaba su accion á horadar las montañas para cobijar al hombre, el hombre no fué libre, ni soberano, ni imágen de su Dios, hasta que ejerciendo el acto que hemos referido de contrariar el reposo de la naturaleza, comenzó á utilizar los elementos con que el mundo le brindaba desde su orígen.

Pudo, pues, por sucesiones de monolitos inarticulados, llegar hasta la articulacion de las piedras que le proporcionaran la casa, el recinto y el muro; únicas primitivas necesidades del vivir, asociarse y defenderse. La casa saldria de las piedras limítrofes, el foso lo formaba la extraccion de esas mismas piedras, y el muro se produciria natural y sencillísimamente con los escombros del foso y de las casas; quedando en breve término constituida la ciudad perfecta y habitable.

Así debió encontrar Egipto el arte cuarenta siglos atrás, cuando á él, mientras á otros pueblos ó continentes no se les descubra primacía, se refiera el orígen de las construcciones atrevidas y de los grandiosos monumentos humanos. Así debieron encontrar el arte los Faraones al edificar á Tébas, Ménfis y Alejandría.

Egipto, sin embargo, no podia sustraerse de su único pensamiento moral y filosófico: la reli-

gion de la muerte, el misterio de la tumba, la santidad y veneracion del no ser.—Levanta las pirámides, los templos y los palacios con la magnificencia exterior de las razas potentes y varoniles; pero sus pirámides son sarcófagos, sus templos cementerios, sus palacios mausoleos de reyes y de sacerdotes. Espíritu filosófico que está de paso en este mundo, religion fatalista que todo lo principia y lo concluye fuera de sí, raza que nace de la muerte, vive con la muerte y á la muerte dedica su pensamiento entero y su actividad completa, los egipcios no construyen edificios para vivir en la vida de su tiempo, sino para morir en la muerte de sus personas; lo cual no se opone, sin embargo, á que en las tumbas y cenotafios que su grandeza les inspira, progrese el arte bajo las extensas bóvedas, los espacios enormes, las galerías inmensas de que todo puede y debe salir, cuando filosofías y religiones diferentes varíen la forma de la construccion.

Asiria se apodera, en efecto, del Egipto, no sólo como pueblo invasor y conquistador que avasalla y destruye, sino como pueblo que con espíritu de asimilacion y reforma absorbe la utilidad de sus adversarios, áun en el momento mismo en que los pisotea y desdora. Pueblo vecino al otro, pero de opuesta índole por sus tendencias re-

religiosas y sociales; pueblo que ama la vida por la vida, que prefiere la inmortalidad de hoy á la inmortalidad de mañana, que se agita y bulle en el mundo humano con preferencia al mundo divino del despues, arranca á la arquitectura egipcia sus secretos de arte y sus medios de forma; pero abriendo las tumbas á la luz, resucitando el cuerpo de las pirámides, animando la aplicacion de los obeliscos, convirtiendo templos en alcázares, recintos murados en jardines, la lobreguez en esplendor, la seriedad en alegría, lo que se imaginó y ejecutó para morir, en lo que se adopta y destina á vivir indefinidamente en el espacio y el tiempo de la especie humana.

¡Cuán natural y armónica no se desprende de esta marcha el arte de la Grecia, que con el ideal de la forma por base, y por vértice el fin de la belleza, recoge de egipcios y de asirios el fundamento de su inútil cuanto espléndida y noble arquitectura!

Grecia, cerebro humano, que piensa en su rincon por todas las criaturas, que por todas estudia, que por todas controvierte, á todas las enseña y de todas aspira el hálito de lo verdadero y lo sublime; Grecia, que domina más por el poder de su discurso que por la fuerza de sus armas, y se engrandece más á medida que más difunde las

 ela-

elaboraciones de su espíritu; Grecia se apropia el fundamento general de los bárbaros que la anteceden, y atildando la línea, modelando la hoja, estriando la columna, ennobleciendo el pórtico, alumbrando el recinto, oprimiendo la bóveda, naturalizando é idealizando el adorno vivo y muerto, llega desde Ramsés hasta Perícles por una sucesion de deducciones científicas que apenas se parecen á su modelo, como dijimos ántes, pero en las que el heráldico distingue el movimiento contínuo de la genealogía.

¿Necesitaremos ahora decir lo que hace Roma cuando se apodera del cetro de la Grecia? Ya lo hemos dicho más arriba, y áun cuando no, claro se deduciria de las apreciaciones que preceden. Voltea el arco; eleva la techumbre del salon hasta convertirlo en nave; arma la cúpula con tan atrevidos pensamientos de su uso, como potencia de ascension atrevida; superpone los cuerpos, alterando sus trazas en proporciones naturales; invade los géneros y los estilos; agranda lo que ve; adorna con lo que roba; perfecciona con lo que descubre; se engalana con lo que sus procónsules la envían; y al dar á sus emperadores la basílica por casa y á sus dioses la basílica por templo, apenas puede sospecharse, tal es el adobo original con que los ofrece, que aquellos palacios sean

religiosas y sociales; pueblo que ama la vida por la vida, que prefiere la inmortalidad de hoy á la inmortalidad de mañana, que se agita y bulle en el mundo humano con preferencia al mundo divino del despues, arranca á la arquitectura egipcia sus secretos de arte y sus medios de forma; pero abriendo las tumbas á la luz, resucitando el cuerpo de las pirámides, animando la aplicacion de los obeliscos, convirtiendo templos en alcázares, recintos murados en jardines, la lobreguez en esplendor, la seriedad en alegría, lo que se imaginó y ejecutó para morir, en lo que se adopta y destina á vivir indefinidamente en el espacio y el tiempo de la especie humana.

¡Cuán natural y armónica no se desprende de esta marcha el arte de la Grecia, que con el ideal de la forma por base, y por vértice el fin de la belleza, recoge de egipcios y de asirios el fundamento de su inútil cuanto espléndida y noble arquitectura!

Grecia, cerebro humano, que piensa en su rincon por todas las criaturas, que por todas estudia, que por todas controvierte, á todas las enseña y de todas aspira el hálito de lo verdadero y lo sublime; Grecia, que domina más por el poder de su discurso que por la fuerza de sus armas, y se engrandece más á medida que más difunde las

 ela-

elaboraciones de su espíritu; Grecia se apropia el fundamento general de los bárbaros que la anteceden, y atildando la línea, modelando la hoja, estriando la columna, ennobleciendo el pórtico, alumbrando el recinto, oprimiendo la bóveda, naturalizando é idealizando el adorno vivo y muerto, llega desde Ramsés hasta Perícles por una sucesion de deducciones científicas que apenas se parecen á su modelo, como dijimos ántes, pero en las que el heráldico distingue el movimiento contínuo de la genealogía.

¿Necesitaremos ahora decir lo que hace Roma cuando se apodera del cetro de la Grecia? Ya lo hemos dicho más arriba, y áun cuando no, claro se deduciria de las apreciaciones que preceden. Voltea el arco; eleva la techumbre del salon hasta convertirlo en nave; arma la cúpula con tan atrevidos pensamientos de su uso, como potencia de ascension atrevida; superpone los cuerpos, alterando sus trazas en proporciones naturales; invade los géneros y los estilos; agranda lo que ve; adorna con lo que roba; perfecciona con lo que descubre; se engalana con lo que sus procónsules la envían; y al dar á sus emperadores la basílica por casa y á sus dioses la basílica por templo, apenas puede sospecharse, tal es el adobo original con que los ofrece, que aquellos palacios sean

 de

de la propia estirpe que el de Amenófis en Tébas y el de Salomon en Babilonia.

El pueblo romano, cuyas circustancias sociales ya conocemos, no puede meterse á contratar en el palacio de sus monarcas; pero el templo sí le permite dejar al culto de los dioses la gran nave central que casi lo constituye, y repartirse las naves laterales que con más baja techumbre corren paralelas á la mayor, ofreciendo cómodo asilo á escritorios y mercancías.—Bien pronto del uso tolerado se pasa al abuso intolerable: los dioses, dueños del sagrado hogar, se ven invadidos por la multitud que negocia y trafica; al culto se antepone el negocio, á la súplica el contrato, á la ofrenda la exaccion; y sacerdotes y devotos, en los últimos dias de aquella bacanal histórica cuyas convulsiones agonizantes duraron mil años, convierten en Banco y Bolsa la casa de los ídolos y las divinidades.

Las santas disciplinas del que despues fué crucificado, arrojan á los mercaderes del templo: ese dia toma el Señor por sí mismo posesion de la basílica romana: el mundo se conmueve; el imperio pagano comienza á desfallecer; hombres y naciones se transforman por la virtud de un código que predica la paz y la mansedumbre; todo parece que se cambia; y al terminar esa primera parte de la his-

historia del mundo, todo se cambia, con efecto, todo desaparece en el órden moral; pero el arte subsiste con su fondo y con su forma característicos, para seguir sirviendo á los humanos, quizá hasta el término de los siglos, segun lo reclamen sus intereses y necesidades futuras. El arte no perece jamás.

II

De las cuatro exposiciones universales celebradas hasta ahora en Lóndres y en París, tres se han verificado en edificios cuya construccion tuvo por fundamento la basílica romana; la cuarta fué congregada en un circo, quizá romano tambien; y como conocemos los unos y los otros, vamos á intentar que el lector perciba, hasta donde es posible, lo que se ve en estos suntuosos palacios modernos, cuando se hallan henchidos con los productos de las artes y la industria.

Casi deberíamos decir que no ve nada el espectador, poco acostumbrado á espectáculos de esta

 na-

naturaleza, al atravesar por primera vez el pórtico de uno de esos templos politeistas, donde se rinde culto á todos los dioses de la fábula. Es tan extraño por lo comun el aspecto exterior de tales edificios, y tan escasamente bellas su traza y decoracion, que por el pronto defraudan las ilusiones del que se ha formado con justicia una elevada idea del fausto y magnificencia que en ellos ha de dominar. Pero apenas se dá vista á la gran nave del centro que corta en ancha vía el eje mayor de toda la planta, y se descubren, sobre el fondo gris de las paredes, el baño caliente de la luz caida por entre cristales de colores desde la extension completa de la techumbre, y los objetos de infinita forma, en infinito número y con infinito y variado tono luchando entre la reposada tinta de su asiento y el reverberante fulgor de la claridad que les sale al paso; y se contemplan el aspecto colosal de los unos, la pequeñez relativa de los otros, la posicion severa del que se destaca por su pesantez y amplitud, la juguetona del que pende ú oscila en alas del voluble destino á que se le entrega; y se perciben de una vez todas las combinaciones de la geometría, todos los divisores del tamaño, todas las variantes del prisma, todos los escalonamientos de la colocacion, todas las rivalidades del brillo, todos los incidentes de

la amalgama, todas las ondulaciones de la curva, todos los caprichos, en fin, de la casualidad sorprendida, no en los antros de la muchedumbre andrajosa, sino en los magníficos almacenes de la belleza culta y deslumbrante;—entónces, si el espectador, á la manera de cuando entorna los ojos frente á frente del horizonte de las nubes al caer de una tarde primaveral, entrega su fantasía mitad á ver y mitad á sentir, con abstraccion completa del discurso; y allí percibe un leon que se desmelena, más allá la silueta de un fantasma que avanza, en ese lado dos pajarillos que se persiguen en amoroso voleteo, en el otro la montaña candente de un volcan aplastado, pero espantoso, ahora una pierna cortada, despues una cabeza sin tronco, luégo un toro con cuerpo de elefante, y siempre el rojizo sol que desciende al ocaso, y la blanca espuma de una nube que se disipa, y el tornasol de los árboles que sirven de reverbero á la claridad que se pone á su altura;—si á esa manera entónces el espectador, decíamos, entorna los ojos en el centro de aquella nave colosal, cuyo descenso hácia las naves laterales, que la apoyan por los costados, permite que la luz hiera en reflejos de poniente á otros horizontes no ménos revueltos que los horizontes del espacio; su fantasía tambien se entrega, sin que el discurso tome

 par-

parte, á las vagas creaciones de los fantasmas, descubriendo formas vivas en la aglomeracion de objetos muertos, danza y vaivenes en lo que está parado, guerras en la paz, choque y embate en el reposo armónico, ofuscacion en el órden, fatiga, placer, cansancio, gozo de haber venido, deseos de marcharse, opresion moral por las fuerzas centrípetas que se le vienen encima, desprecio hácia su propia pequeñez, soberbia ante la magnitud que le anonada, y por último, insensibilidad semejante al arrobamiento del necio, cuando se empeña en comprender lo incomprensible.

Tal es lo que se ve desde el centro de las exposiciones universales, al avocarse el hombre frente á frente con ellas en el primer momento que las visita.

Pero si los ojos fueran únicamente los atacados por la agresiva multitud de objetos que se les pone delante, todavía la reaccion era fácil provocarla con un movimiento análogo al que por instinto se ejerce cuando de la oscuridad más profunda se pasa á una atmósfera luminosa en extremo, y apretándonos los ojos con ambas manos permanecemos así algunos instantes, hasta templar poco á poco los nervios de la vision al tono caliente que los perturba. Mas como las exposiciones no sólo se muestran, sino que hablan, y su

 len-

lenguaje no es el de la conveniencia del auditor, sino el destemplado y estridente del mercader que pregona la mercancía, es preciso aún luchar en el centro de aquella nave con otro adversario más poderoso que el de los ojos, con el adversario de los oidos, para vencerlo si es posible, ántes que el raciocinio adolezca de las presiones que en contra suya se concitan.—Examinemos, pues, lo que se oye en las exposiciones universales.

Hay griterías y tumultos más ó ménos armónicos, segun que se refieren á la suma de individualidades descompuestas ó á la suma de multitudes atronadoras. Cuando dos instrumentos suenan á la vez en diapasones distintos ó con tonalidades diferentes, nadie, ni áun el más lego en la teoría de la armonizacion, puede soportar la discordancia: una cosa semejante sucede cuando tres ó cuatro personas habladoras prorumpen á destajo en bachillera disputa, y cada cual aspira á hacerse oir de las restantes sin consideracion á lo que ellas dicen ó vociferan. Pero si los instrumentos fuesen mil en vez de dos, y el espacio sonoro, en vez de habitacion ó calle, fuese ciudad ó campo; si la charla de las gentes no se limita á media docena de voces, sino que se extiende á la exclamacion de angustia de todo un pueblo, ó al tonante vociferío de un motin espantoso, ó á la

 exha-

exhalacion de patriotismo de toda una comarca, entónces la inarmonía musical se convierte en el concierto admirable de la naturaleza, y la disputa intolerable de aquellas cuatro personas, en el más imponente y sublime estrépito de la humanidad.

¿Con qué timbre se afinan la garganta del ruiseñor, las alas del grillo, el balido de la oveja, el cacareo de la gallina, el canto de la rana, el ladrido del perro, los címbalos del campanario de la ermita, el toro que muge, el leon que brama, el caballo que relincha, el cuco que enmiedece, el lobo que aulla, la serpiente que silba, el cordero que llora y los pajarillos que pían sobre las copas de los árboles? ¿Qué metrónomo regula y concuerda el compás del torrente que se desborda, del viento que zumba, del arroyo que corre, del bosque que se cimbrea, de los disparos del cazador que hienden con estrépito el aire, de la aceña del molino que desmenuza el agua, de la intemperie de la atmósfera que retruena con eco asolador y espantable? ¿En qué pentágrama, por qué leyes tónicas y de contrapunto humano se ha escrito ó se dirige ese divino concierto de los prados y de las selvas, de los bosques y de las montañas?—Hé aquí una nueva ley de sonoridad: la ley del espacio.

En espacios pequeños y reducidos, la audicion

agradable ha de ser perfecta y reglamentada; pero en espacios extensos y de ancho horizonte, donde la visualidad no tiene término sino en la apariencia, ni la audicion tiene límites sino en la fantasía, no hay más que un timbre para afinar, ni más que un metrónomo para medir, ni más que un contrapunto para establecer las reglas melódicas del concierto; timbre, metrónomo y contrapunto que residen sencilla y libremente en la inmensidad de la creacion.

No de otra suerte podria vivirse y gozarse por dias y horas de permanencia fija, en los palacios de las exposiciones de la industria. Allí donde el hombre apaga por respetos la vocinglería de su natural expansion y produce mayor ruido con sus movimientos que con sus voces, aunque con todo produce mucho; allí donde las máquinas crujen, los peines de filatura chirrean, los ejes del vapor trepidan, los émbolos contunden, las campanas tocan á rebato, las trompetas atruenan, los órganos salmodian, las flautas pían, los tambores redoblan, las campanillas titilan, los telares carraquean, los tornillos gimen, los husos zumban; y donde todo lo que en la soledad parece muerto, se despierta á la hora de la visita, aseado parlanchin, entrometido voceador, ó energúmeno escandaloso; allí donde todo habla delante de las gentes

 ató-

atónitas, como si, trocados los frenos, un lector examinando silencioso el escaparate de una librería, se encontrara con que todos los libros se abrian de repente y comenzaban á relatarle, cada cual en su tono y tamaño, los pensamientos consignados en las páginas; allí, en fin, donde todo es inarmónico y desafinado, ¿cómo hallar la afinacion seductora, la armonía sublime, el majestuoso concertante que, sin embargo, existe en el recinto? ¡Cómo hallarlo, y cómo saborearlo y repetir cien veces su audicion, si no fuera por la teoría de las armonizaciones, desligada de la gramática musical en virtud de la ley suprema del espacio!

Sí: el espacio diluye los sonidos en partículas numerosas y sutiles que se amalgaman, por caminos contrarios al contrapunto, en un contrapunto universal á que los palacios de las exposiciones se prestan admirablemente por su amplitud.—En ellos se oye un ruido que no aturde, una parlería que no incomoda, un tumulto que no asusta, una explosion permanente de sonidos exagerados y discordes, que ni molesta, ni acongoja, ni daña: lo que hace es asombrar y rendir.

Pasemos, pues, á otro sentido, como descanso de los dos anteriores.

En los palacios de la industria hay mucho que oler; olamos.

III

Nadie podrá negarnos, ciertamente, que existen sitios de olor, ó para bien decir, olores de sitio.—El teatro, por ejemplo, huele á teatro, la iglesia huele á iglesia, el paseo huele á paseo; y no sólo con relacion á los olores agradables, sino que áun relativamente á los malos olores, la diversidad y la especialidad se notan con absoluta distincion: el cuartel no huele á hospital, el pudridero no huele á cuadra, la cocina de fonda no huele á cocina de convento; y hasta en la especie misma de géneros armónicos, se distinguen diferencias esenciales: el teatro de una provincia

no huele á teatro de Madrid, la calle no huele á plaza, el coche de camino de hierro no huele á diligencia, el pueblo no huele á ciudad.

(Perdónenos el lector lo resbaladizo del terreno á que la verdad nos obliga á conducirle).

Preguntadle á un ciego dónde se halla, y os sabrá responder sin vacilacion si es en una tienda de comestibles ó en un almacen de ultramarinos, si es en una iglesia de monjas ó en una catedral, si es en un museo de pinturas ó en un salon de baile. Todos los espacios, todas las construcciones, todos los recintos tienen por derecho propio un olor esencial y característico que se relaciona con su uso, con su concurrencia, con su ejercicio y aplicaciones preponderantes.—Si el olfato de algunas razas las diferencia de otras hasta el punto de constituir especie humana casi distinta, es por expreso don de la naturaleza, que afinó en ellas la percepcion de los olores definidos. El perro no busca á su amo por el rastro que el amo deja, lo cual seria absurdo y hasta ocasionado á creer en la disolucion perenne de todo el que ama á un perro, sino por el enlace sucesivo de capas de olor que median entre el punto de donde el amo acostumbra á salir y acostumbra á volverse: si el olor fuera del amo y no de los lugares ó zonas de tránsito, el perro no encontraria su casa nunca cuando

 se

se pierde solo.—Existe, pues, el olor de lugar, como existe el olor de cosa.

Ahora bien: las exposiciones universales huelen á exposiciones universales, y nada más. No nos pregunteis cómo se llama ese olor, porque no sabremos contestaros: los olores, como los colores, no tienen nombre cuando rebasan la esfera generadora del prisma: rojo y negro, pueden tener nombre y lo tienen; pero las amalgamas de negro y rojo, las combinaciones de cada uno entre sí y de ambos con todos los cinco, sus hermanos, son infinitas, indescriptibles, innominables. La teoría del color en la pintura abandona entónces el sistema de vocabular; no llama amaranto, ni habana, ni marron, ni pensamiento á aquellas tintas que salen de la esfera del color definido: generaliza en tonos, y llama tono caliente ó tono frio, pintura clara ó pintura oscura, luz ó sombra. De la propia manera los olores, que, no perteneciendo al órden tangible, ni áun el prisma puede fijarlos en clases originarias y matrices, sólo pueden clasificarse en dos grupos: fuertes ó flojos, buenos ó malos, agradables ó pestilentes. El de las exposiciones universales es fuerte y agradable; pero no puede ser definido sino con el nombre de olor de exposicion universal.

El edificio, por su propia índole y circunstancias,

cias, ha de oler á nuevo. Maderas recien aserradas, hierros recien pintados, cristales recien unidos, cortinas recien puestas, pavimentos de tabla recien aljofifados, cañerías recien abiertas al paso de los líquidos, vapor recien hecho en las calderas, aseo general recien encomendado por los que mandan y recien cumplido por los que obedecen; de otro lado, armarios de maderas diferentes y charoles distintos, telas de imprimacion variada y estampaciones diversas, cueros en todos los estados de su manufactura, semillas en todas las fases de su produccion, minerales con sus múltiples exhalaciones, frutos con sus infinitos aromas, perfumerías y objetos saturados de esencias; en esta parte del local, máquinas nuevas que por primera vez evaporan con la rotacion de su engranaje el claro aceite de olivas, cilindros cuya evolucion favorecen sustancias grasientas que con el calor se derriten, nieblas de aire caliente con emanaciones de fábrica en movimiento, humos que se escapan dilatándose en la atmósfera del espacio, vendavales perfumados que corren por las galerías desde el fondo de los jardines circunstantes, plantas de exposicion á quienes ataca y descompone el calor general, productos químicos y farmacéuticos que despiden flúidos concentrados y de penetrante aunque limpia trascenden-

cia, frutas en sazon, linos y sedas, cáñamos y espartos, especias y municiones, tabaco y grasas, gas y calefaccion; en otra parte, por último, y esto constituye principal materia de exposiciones, una muchedumbre de gentes, que engalanada en su mayor número, escasamente cuidadosa en su minoría, y no exenta de lunares de vestido y aseo en alguna porcion, puebla el espacio por su superficie y sus alturas, comiendo y bebiendo muchos, agitándose todos, dedicados al servicio ó la confeccion de manjares y bebidas algunos, ó bien á la manipulacion de las industrias y al ejercicio de su comercio y habilidad exponibles..... (pero no confundamos lo que al gusto y al tacto corresponden con lo que se limita al olor)..... todo esto, decíamos, contribuye á formar esa atmósfera *sui generis*, esa emacion esencial, ese aroma, esa fragancia, ese olor diluido en millares de metros cúbicos de ambiente, que en nuestro sentir debe ser apellidado OLOR DE EXPOSICIONES UNIVERSALES.

En efecto: sin apercibirnos de ello nos pasábamos hace poco del olor hácia el gusto y hácia el tacto, como si á un solo sentido pudieran referirse sensaciones tan distintas.—Tambien se gusta y se palpa en los palacios de la industria, segun va á revelárnoslo el hilo subsiguiente de nuestra narracion.

IV

La circunstancia de que las exposiciones universales se establecen en puntos retirados de las poblaciones para buscar espacio donde extender con desahogo todas sus dependencias, es causa de que los concurrentes necesiten dedicar muchas horas á cada una de sus visitas, y encontrar por lo tanto en el recinto mismo de la Exposicion los menesteres oportunos para satisfacer su sed ó su apetito, reposar su cansancio, fumar, leer, esparcirse, etc., etc.

Entra, pues, para mucho en las exposiciones el sentido del gusto; y á satisfacerlo ámpliamente

se dedican, no sólo los comerciantes de beber y comer, sino los directores y comisarios del certámen, para quienes la cuestion de confitería, pastelería, café, fonda y fumadero no es de las ménos complicadas y difíciles cuestiones. Porque, en efecto: servir en hora dada á ochenta ó cien mil personas de gustos diferentes, costumbres distintas y paladares diversos, todo lo que en el deseo ó capricho se les ponga, es uno de los asuntos que harian temblar al superintendente de los ejércitos de Jerjes, cuanto más al senador civil que representa la voluntad de un monarca pacífico.

Encárgase al ingeniero constructor del palacio la traza del albergue del gusto, con tanto ó mayor empeño que el de todos los objetos exponibles; y no es maravilla que la instalacion de las cocinas, salas de ambigú, cuartos de fonda, despachos de bebidas, tiendas de helados y aposentos de fumar, sea una grave y delicada cuestion de ingenio, como el lector mismo, áun siendo profano en distribuciones de local, puede suponerse fácilmente.

Ello es, que por todos los ámbitos del palacio, en su planta y en su altura, en su centro y en sus córtes, tropieza el espectador, cuando lo desea, con salones henchidos de comestibles y bebidas, alimentos y pasatiempos, estimulantes y re-

refrescantes, restauradores todos de su debilidad, de su sed ó de su cansancio, que la industria le ofrece en ejemplares cosmográficos para satisfaccion del gusto universal, ó en ejemplares universales para satisfaccion del gusto de cada uno.—Gústase, pues, en todas partes y de todas las maneras posibles.—La cocina francesa, la italiana, la rusa, la inglesa, la de Oriente como la de Occidente, la que constituye género como la que se queda en especie por el eclecticismo de los que la usan, todas encienden sus fogones por mano de los más hábiles cocineros, para agradar á sus nacionales que las buscan, ó conquistar extranjeros que las adopten. Nadie quedará defraudado de su gusto cuando pida, desde el nido de golondrina del extremo oriente de Asia, hasta el jamon con tomate del extremo occidental de Europa. Los pasteles de Francia, las salsas blancas de Italia, las carnes de Inglaterra, las salazones de Holanda, las conservas de América, el café de Turquía, el chocolate de España, se ofrecen por donde quiera alternando con sorbetes italianos, licores rusos, cervezas inglesas, sidras asiáticas, vinos alemanes y españoles, y cuantas especialidades disfrutan con mayor ó menor justicia el aura de la fama ó la predileccion de los pueblos.

Cuando todo se ha visto, todo se ha oido y se

 olió

olió todo, puede gustarse todo tambien; así como cuando todo se ha gustado, quédale al espectador la gracia de tocar, completando al fin la ilacion correlativa de sus sensaciones.

Llegamos al tacto, en efecto, y de seguro que todos cuantos con interés nos siguen en esta no impertinente revista de los sentidos corporales, se están preguntando hace una hora:—¿Qué será aquello que se palpe en las exposiciones de la industria? Bueno que se vea, que se oiga, que se huela y que se guste en esas grandes convocaciones del gusto, del olor, del oido y de la vista; pero, ¿palpar tambien? ¿Qué será lo que pueda palparse en unos salones ó recintos donde sobre cada objeto que se cuelga hay un cartel que dice: —« Ne touchez pas ici, Messieurs?»

En las exposiciones universales se palpa de dos modos: con el sentido moral y con el sentido físico del tacto. Se palpa y se compalpa, se toca y se contoca; hay tactos y contactos maravillosos.

Pues qué, ¿no palpa el entendimiento, por impresiones del órden físico, la grandeza moral de los espacios y de los objetos, ántes de discernirla con el discurso? ¿No son palpables la novedad, la belleza, la armonía, el ingenio evidente, la perfeccion útil, la abundancia consoladora, el mecanismo industrial y la pureza artística? ¿No

 se

se palpan los frutos del trabajo, áun ántes de examinar y discurrir sobre el trabajo mismo?

Nadie podrá negarlo; pero lo que el espectador toca en estos concursos universales, y á lo cual aludimos nosotros, no es la especialidad de la materia expuesta, sino la universalidad de los concursos humanos que la rodean. El tacto y el contacto de que nosotros conceptuamos exclusivamente privilegiadas á las exposiciones universales, son el tanto y el contacto de gentes. Nunca como en ellas se reune la produccion escogida de todos los ámbitos del globo, y nunca como en ellas pueden confundirse, infiltrarse, y para valernos de una expresion gráfica, oprimirse y codearse los hombres de todas las razas y todas las categorías. Oriente y Occidente, el Norte y el Sur, envían con su materia exponible su personal exponible tambien; y como ese personal es, por lo comun, ó inteligente ó sabio, ó rico, ya que no todas las cosas á la vez, y por añadidura le sigue y acompaña la belleza, dudan algunos, y no sin fundamento, si debe preferirse en los palacios de la industria al exámen de lo que en ellos se coloca, el estudio y contacto de lo que por sus salones y galerías circula.—Príncipes y magnates, estadistas y profesores, mecánicos é ingenieros, literatos y artistas á quienes tenemos

 ele-

elevado dentro de nuestro corazon el altar que á sus raras dotes pertenece, descienden de su altura, como cualquier viajero de ferro-carril, y vienen á confundirse con nosotros en fraternal bullicio de personalidades. Estudiando la masa que circula por esos recintos, deben romperse todos los *álbums* de fotografías.

¿Quién es ese hombre?—El que ha saneado la industria mineralógica y salvado la vida con una plumada á millares de infelices mineros.—¿Quién es ese otro?—El que ha perfeccionado la tintorería con el régulo de las máquinas de vapor.—¿Quién es aquel?—El que ha arrancado á la naturaleza el secreto de regar las arenas abrasadas.—¿Y ese?—El que rotura los caminos de África exponiendo su vida cada minuto.—¿Y el del lado?—El apóstol incansable que predica la moral y el amor.—¿Quién nos empuja?—Un arqueólogo que consume su hacienda y su vida en excavar remotísimas comarcas para el progreso de la historia.—¿Quién espera nuestro turno al ingreso de ese salon?—El artista eminente cuyo cuadro ha merecido el asombro del mundo.—¿Quién come á nuestra mesa?—El matemático á quien se debe la apertura del canal de Suez.—¿Quién nos pide perdon por una leve incomodidad?—¡El ingeniero que acaba de tender el cable tras-

trasatlántico!—¿Quién nos mira, quién no escucha, quién nos toca, á quién palpamos?—La humanidad inteligente y sábia, la humanidad rica é ilustre, la humanidad escogida y bella: á toda esa humanidad la envuelve nuestro hálito, la toca nuestro cuerpo, la palpan nuestra imaginacion y nuestras manos.

No olvidemos tampoco que las mujeres siguen á los hombres en sus lejanos viajes, ni que ellas, además de componer parte activa muchas veces del círculo productor de la ciencia y el arte, constituyen siempre por sí solas el círculo del encanto, y la decoracion de la concurrencia humana.—Inglesas mucho más bellas que el tipo convencional de la hermosura, con sus blondos cabellos y sus azulados ojos; alemanas blancas como azucenas oreadas, de mirar dulce y tranquilo; francesas vivas é independientes, que recuerdan la moda pintada; italianas arrogantes, fiel trasunto de las matronas antiguas; rusas de espléndido contorno, lozanas como la naturaleza que brota de entre el hielo; españolas de mirada orgullosa y soberana, que desafían la hermosura de los países tropicales; escandinavas, rubias como la seda de los capullos; asiáticas y japonesas, de tez morena y ojos penetrantes; americanas, lánguidas de cuerpo y fogosas de espíritu,

como el sol perenne y ardoroso á cuyo influjo nacieron; masas, en fin, de mujeres á quienes parece que se ha buscado para exhibir el tipo, el género y la especie de la belleza característica del universo,—tambien ellas nos codean, tambien nos oprimen, tambien nos ofrecen su contacto en los palacios de las exposiciones universales.

V

Resumamos, pues.

Nunca puede decirse, con mayor propiedad, que un espectáculo embarga los sentidos, como se debe decir del espectáculo á que el lector asiste con nosotros desde hace algun tiempo en estas páginas.—Confusion sorprendente de lo que se ve, de lo que se oye, de lo que se huele, de lo que se gusta y de lo que se palpa, un palacio de exposicion universal es un pequeño mundo, embellecido, como todo lo pequeño cuando se extrae y recolecta de lo grande, con el artificio del buen gusto y los modelos más perfectos de la civilizacion progresiva y fecunda.

En medio; de pié en aquella nave, el hombre físico se achica todo lo que se agranda y eleva el hombre moral. Los sentidos del cuerpo, por robustos y sanos que se hallen, son débil elemento para sostener la pesadumbre de aquella mole, producto del trabajo. Semejante al pintor que no pudo concluir la pintura del infierno, porque le espantaba la cara de su propio diablo, el hombre se anonada y asombra de la efigie de sus propias hechuras.—Allí se sofocan y se aturden los generales que mandan ejércitos, los estadistas que gobiernan naciones, los príncipes que avasallan razas, los filósofos que abren horizontes á la luz de la ciencia, y hasta el artista que primero tuvo dentro de su númen la traza de lo que ve, pero cuya realidad sobrepuja á la idea abstracta de sus concepciones. Allí desaparece la ilusoria majestad de la figura humana, ante la majestad real y efectiva del consorcio del alma con el cuerpo; se humilla la soberbia de los altivos, ante lo incomprensible de los más sencillos procedimientos; se calman las dudas de los incrédulos, ante la solucion ingeniosa y fácil de los que se tenian por insolubles problemas; se refrenan los alardes de los osados, ante el cúmulo de contrariedades y estudios que ha sido forzoso vencer para llegar al límite de un proyecto: allí es donde

 tie-

tienen razon el justo, y el aplicado premio, y el laborioso recompensa, y el débil apoyo, y el hábil galardon, y el necio y el inútil hallan remordimiento ó vergüenza: allí no basta hablar, es necesario producir; no basta criticar, es necesario hacer; no basta ostentar y presumir, es necesario manifestar la cosa que se produce y sostener la competencia con los que la producen. Allí, por último, todo parece humano, y sin embargo apenas se percibe más que lo divino; allí se simulan cosas y se palpan ideas; se fingen objetos muertos, y de su inmovilidad sale vida; allí se cansa la vista de mirar hácia abajo, é involuntariamente se la levanta al cielo; allí (digámoslo en una sola palabra) se eleva un himno al hombre por el hombre, con la sorpresa y el asombro del hombre mismo.



EL BAILE

El baile es una institucion social que acompaña y distingue á la cultura moderna.

Todos los pueblos, en todas las épocas, han tenido rasgos sociales característicos que en el lenguaje de la historia se han llamado religiones: —los indios, la religion del éxtasis; los egipcios, la religion del misterio; los griegos, la religion de la belleza; los romanos, la religion de la gloria; los occidentales de los siglos medios, la religion de la piedad; los europeos del tiempo presente, la religion del baile.

En nuestra época todo se baila. Se baila la guerra y la paz; se baila la caida y la elevacion de los imperios; se bailan los aniversarios públicos y las dichas particulares.—El nacimiento, el matrimonio, la vejez bien traida, se bailan en el seno del hogar doméstico: la fecundidad, las alianzas, las separaciones eternas, se bailan en el palacio de los reyes: las victorias populares, las

constituciones políticas, y hasta los sacudimientos más temerosos, se bailan en la plaza pública de las ciudades.

El baile se ha introducido en la moral social, y se baila la ereccion de una iglesia, se baila el establecimiento de un asilo, se bailan los niños expósitos, las dotes de doncellas honradas, los premios á la virtud, las escuelas de párvulos abandonados, y hasta la casa de arrepentidas donde han de ir á sepultar su vejez las extraviadas en el baile.

Las antiguas luchas de fieras, las lides de guerreros, las cañas y lanzas, todas las manifestaciones del festin público se han refundido en el baile. No puede, pues, negarse que nuestra época es esencialmente bailadora.

Cómo se baila, y cuáles son las tendencias del espíritu moderno contra los abusos del baile, parécenos materia pertinente y sabrosa para constituir uno de nuestros CUADROS.

EL CAN-CAN

I

Una de las noches del verano de 1870, madama Tostée, artista dramático-lírico-coreográfica de los teatros de París, electrizó á la sociedad más culta de la corte de España, no con los encantos de su *vis* cómica, ni con las bellas modulaciones de su garganta musical, sino con ciertos esperezos libidinosos de sus bien configuradas caderas, á los cuales se dá hoy el nombre de *alto can-can* entre las gentes peritas del gran mundo.

Nos hemos equivocado en decir que toda la so-

 cie-

ciedad culta fué la electrizada. Más en lo cierto estaremos consignando que toda la sociedad culta asistia á la fiesta; pero que la electrizada fué sólo una parte del público, mientras la otra protestaba en silencio, y con su ausencia precipitada algunos, de aquel realismo impudoroso á que se pretendia dar carta de naturaleza en la patria del honesto zorcico y del inocente fandango.

Aun hoy dura la controversia en el seno de las tertulias elegantes, sobre la oportunidad de que dejemos introducir en nuestros pueblos un baile cuyo nombre no podia pronunciarse sin rubor hace algunos años. Pero contra la discusion privada de los moralistas está el hecho consumado de los empresarios, segun el cual los can-canes alto y bajo, discreto ó escandaloso, son del dominio público hace tiempo; y tanto más atraen á la concurrencia con su aplauso, cuanto mayores son los grados de descoco que en sus carteles de anuncio se deja comprender.

Efectivamente: el can-can parece que ha tomado carta de naturaleza entre nosotros. Al género bufo lírico-dramático se debe su importacion, como formando parte de la farsa escénica; siguió despues escueto y libre de toda traba, con ocasion de unas pobres mozuelas á quienes se dió dinero porque hicieran en público lo que ni áun

en París se hace sino en privado; continuó por conquistar á nuestras famélicas bailarinas, cuyas mollares y boleros se habian proscrito, forzándolas á emprender un arte para el que en verdad tienen desdichadísimas condiciones; y á la hora presente, en fin, admitido ya en la nomenclatura y en la forma, en la esencia y en el hecho, no hay teatro donde no se anuncie, ni café donde no se baile, ni casa donde no se discuta, ni espectáculo donde se omita; siquiera la infeliz mujer que lo desempeñe tenga más cara de santa que de bribona, é ignore al ejecutarlo, como de seguro ignoran las que lo ven, que aquello que se pretende hacer pasar por moneda corriente de la alegría, no es sino la moneda falsa de las diversiones.

Es necesario, pues, hablar del can-can como se habla de la peste en tiempo de epidemias, para precaucion de los unos y alivio de los otros; y no por mogigatería ni espíritu anticuado de sermoneo (que en punto á debilidades, tan grandes son las propias como las ajenas), sino en pro de la misma danza que se pervierte, en defensa del baile que se prostituye, en honor de una de las bellas artes de la antigüedad, que tanto ha recreado y recreará eternamente á la especie humana.

Porque no hay que perder de vista la impor-

 tan-

tancia del baile. El baile es uno de los mayores y más naturales recreos de la humanidad. Los antiguos lo consideraban como el enlace armónico de dos virtudes, la fuerza y la templanza: no lo convirtamos en el enlace armónico de dos vicios, la licencia y la molicie.

Aristóteles ha dejado dicho que los movimientos del cuerpo, arreglados á la música, dan idea de las costumbres, las pasiones y los actos del hombre. Otro filósofo de no menor estima, Luciano, en su *Diálogo sobre la danza*, considera al bailador como representante vivo de la poesía, la geometría, la música y hasta la filosofía. Él halla que es buen retórico, puesto que expresa con verdad los movimientos del alma; pintor y escultor, en cuanto reproduce las actitudes y los aspectos más apropiados; lo halla vivo de imaginacion, sutil de ingenio, inventivo, juicioso y de fina oreja. No ha de ser el que baila, dice, ni alto ni bajo, ni delgado ni grueso; necesita firmeza y ligereza: en una palabra, el buen bailador ha de ser el más perfecto de los hombres.

De tal manera se consideraba en lo antiguo el arte de la danza; y áun cuando en lo antiguo tambien la danza se prostituyó como ahora, no olvidemos que fué durante la decadencia del imperio romano.

 Me-

Mesalina dió un baile de máscaras en que los asistentes no tenian tapada más que la cara. Pero en los tiempos de Mesalina y todo, Cláudio mandó degollar á cuantos concurrieron á la fiesta.

Ahora no hay Cláudios, por fortuna; pero por desgracia no faltan Mesalinas: razon de más para ponerse en guardia contra sus artes.—La danza es una cosa bella, repetimos, y digna de que se la tenga amor, no prevenciones. Léjos de ser, como parece ahora, una faena desordenada, representa precisamente en su orígen todo lo contrario. El hombre, cuando se alegró la primera vez (dice un ingenioso escritor), saltó y gritó sin medida ni tiempo. Reglamentar los gritos y reglamentar los saltos, fué indudablemente el orígen de la música y del baile. Son, pues, ambas artes elementos de órden, no de disolucion ni de encanallamiento.

El pueblo, sobre todo, casi no tiene otro recreo que el del salto y el grito reglamentados: es el único que se le proporciona de balde, y al que acude en todos los momentos tranquilos de su existencia. Cuidemos, por lo mismo, de que lleguen á él más consejos de honestidad que de malicia; así y todo, no faltan en el pueblo instintos naturales de maliciosa gracia á que hay que mostrarse indiferentes, cuando no ciegos.

 Fe-

Fenelon decia á un cura de su diócesis que habia prohibido el baile en su parroquia, con algun motivo:—« No bailemos nosotros, señor cura; pero dejad á esos pobres que bailen. ¿Por qué impedirles que olviden un momento que son desgraciados? »

II

El orígen del *can-can* se pierde en las nebulosidades de los siglos medios. ¿Qué significa *can-can?* ¿Por qué se llama así un baile desordenado y libidinoso? Nadie lo sabe á ciencia cierta.

El sabio profesor M. Littré, que ha dedicado su vida á la investigacion del orígen de las palabras francesas, cree en una etimología tan extraña como digna de saberse, y héla aquí.

Durante el reinado científico de los escolásticos, las universidades eran el foco de la vida social, y casi podria decirse de la vida política de los pueblos. Las reacciones y las revoluciones se verifi-

caban en los cláustros de las escuelas y en los cláustros de las catedrales: los unos eran teatro de la controversia científica, bajo la modesta capa negra del escolar; los otros eran teatro de la controversia masónica, bajo la escuadra y el compás del alarife constructor. Unos y otros cláustros producian contiendas terribles y luchas encarnizadas de partidos, con ocasion á veces de los más fútiles pretextos. El hombre ha sido siempre el mismo.

En una de las universidades de Francia, fué objeto de discusion ergotista la manera cómo debia pronunciarse la conjuncion latina *quam*. Unos estudiantes, que hoy llamaríamos los conservadores, opinaban porque quedase subsistente la tradicion antigua de *quam* con toda la pronunciacion de sus letras; otros, los progresistas ó revolucionarios, querian que se contrajese la *u* y que se pronunciase *qan*. Hubo, pues, *quam-quam-istas* y *can-can-istas;* pero como de tiempo antiguo los revolucionarios han apelado siempre á la estaca para reforzar sus razones, los cancanistas metieron á barato la discusion gramatical, y apalearon más de una vez á los retrógrados en nombre de la libertad del discurso. Era, por consiguiente, can-can, sinónimo de zambra y de jaleo, de injurias y de alboroto, de escándalo y de zahurda. —Si despues del triunfo de la revolucion los ven-

 ce-

cedores danzaban en posturas indecentes para celebrar la derrota de sus contrarios, tendremos aquí el orígen, poco noble por cierto, pero bastante gráfico y verosímil, del celebérrimo baile á que hoy se rinde escandaloso culto con el nombre polichinesco de *can-can.*

¿Cuándo principió este baile á ser de dominio público? Nuevas nebulosidades de la historia.— Nosotros, sin embargo, lo hemos averiguado, y vamos á decirlo.

El can-can es una generacion espontánea de la sangre francesa. Donde hay franceses, hay can-can. Felipe Augusto debió hacer las cortesías acancanadas, como hoy las hace el presidente del Consejo de Ministros de Francia.—Los ingleses nacen de mal humor; los alemanes colorados de cerveza, y los franceses bailando can-can.

Hay en la sangre de los pueblos un principio esencial, desconocido de la química orgánica, que establece profundas diferencias de índole en los cuerpos similares humanos. A la manera del peral, por ejemplo, que siendo peral siempre, dá peras grandes é insípidas en Francia, pequeñas y sabrosas en España, duras y graves en Inglaterra, coquetas y almibaradas en Italia, del propio modo el hombre, sin dejar de ser hombre nunca, sale bailarin ó reposado, flexible ó tieso,

 rígi-

rígido ó cadencioso, segun la sávia que chupa el árbol de los terrenos donde se cria.

Trasponed la cordillera de los Pirineos, y observad al aduanero que registra vuestro cofre, la dama que os vende el billete de ferro-carril, el fondista que os induce á almorzar, el jefe de tren que os invita á subir al coche, el factor que canta la estacion y los minutos, el labrador que cultiva las tierras colindantes, el maquinista que hace silbar la locomotora, y en todos ellos descubrireis un airecillo colado de can-can.

No es esto echar á mala parte el aseo, la compostura, la urbanidad, el decoro con que cada uno de los dichos desempeña la comision que le incumbe: nada de eso. Nosotros, los que vamos en el tren, respiramos en cambio, no un airecillo, sino algo de ventisca fandanguera de candil en viga, que nos favorece poco en la opinion civilizada de Europa; pero conste que ellos cancanean en palabras y acciones, sin darse razon de lo que hacen, á la manera que nosotros, sin darnos razon de lo que hacemos, echamos las mollares y el vito por las ventanas de nuestros ojos, y jacarandeamos nuestras palabras y acciones en revancha del can-can sempiterno que se nos ofrece.

Sí: el can-can es idiosincrásico en el cuerpo francés. Ese *esprit* de la farsa y de la caricatura

 son

son el can-can del ingenio; ese ademan de sus cómicos y oradores, es can-can de los músculos; esa volubilidad alegre de su existencia, es can-can del ánimo; esa extravagancia encantadora de su vestido, es can-can de sus costumbres: pintan y esculpen un género conceptuoso, que es el can-can del arte; inventan formas de gobierno, que son el can-can de la política; predican sistemas sociales, que son el can-can de la filosofía; trabajan, investigan, descubren, crean un mundo de cultura, adelanto y progreso, como quizá no ha existido nunca en la historia; y, sin embargo, ¿habremos de decirlo?, ese mundo admirable constituye una especie de can-can de la civilizacion.

Pero no nos apartemos de nuestro asunto. ¿Qué es el can-can como baile?

El can-can es al baile lo que el *champagné* al vino. Una falsificacion del zumo de la uva.

Tomad una botella de mujer; echadle agua y azúcar en abundancia; un poco de alcohol de ese que se enciende, y un poco de carbono de ese que calienta; cubrid á la mujer con un vestido de gracia, cual si dijéramos, la etiqueta de las bodegas del Marne, y colocad encima un tapon de modestia, bien atornillado con alambres ó cabellos de oro. En esta situacion de jubiloso misterio, aguardad, teniéndola delante, á que el festin co-

 me-

medie, ó como quien dice, á que la formalidad de la concurrencia se vaya haciendo insoportable; y entónces, á una voz del anfitrion, que traduce exactamente los pensamientos del concurso, haced que el tapon salte, la etiqueta se rompa, el carbono prenda al alcohol, el líquido azucarado se vierta, las copas giren en torno de la Hebe que escancia, los labios secos se remojen con la turbonada embriagadora del falso néctar que comunica el fuego á los bebedores; haced que los taponazos se repitan con cadencioso intervalo, para que ningun vaso quede vacío, para que la espuma, apenas se liquide, vuelva á hervir cercana á todos los paladares; haced que la música rompa en desenfrenos de armonía, que la cancion se eleve en melodiosas confusiones, que el vértigo se civilice sin vergüenza y sin reparo, que la colectividad se vuelva botella, y la botella estalle en mil vidrios que punzan, pero que tornasolan la luz caliente del festin: hacedlo esto en el comedor con botellas, y es el *champagne* de la comida; hacedlo en una sala ó en un teatro con mujeres, y es el cancan del baile.

Habíase, pues, inventado el can-can de los sentidos, ántes que se inventara el can-can de los movimientos. Desde que se falsificó el vino echándole agua gaseosa, se atacó á los nervios con daño

 del

del estómago. La embriaguez clásica se ha volatilizado: Baco se ha casado con Terpsícore.

Nosotros recordamos á este propósito las palabras del profeta Jeremías, cuando apostrofando á los de Gomorra y Sodoma, les dice:—«Vuestra plata, tornado se há en escoria: vuestro vino, aguado se há con agua.»

Y un Jeremías moderno tendria hoy tanta razon para decir lo propio, como el santo escritor de los tiempos bíblicos; porque el baile se prostituye con perjuicio del baile; la fiesta de la locura, que es una fiesta noble, se envilece con perjuicio de la locura misma; los alborotados goces del *champagne* del baile, van á deshonrar los goces inocentes que proporcionaba el vino de Salerno.

No nos comamos, no, en un solo dia, la gallina de los huevos de oro.

III

Para probar que la danza es una cosa séria, no hay más que remontarse un poco en la investigacion de su orígen.—El hombre danzó ántes de pensar.

Música y baile han nacido de los primeros rudimentos vitales de la naturaleza humana. La madre que coge á un niño de pecho por la cintura, y lo zarandea en alto, sabe perfectamente que su hijo grita con jovialidad y mueve las piernecillas con aturdimiento, cantando y bailando como expresion suprema de su alegría. La sonrisa de la madre y sus palabras de ternura,

 sir-

sirven de orquesta á este baile rudimentario y encantador.—Los salvajes cantan y bailan como los niños.

El tiempo y la educacion constituyen, segun la bella frase de Plutarco, «de la música una danza parlante y del baile una música muda.» Porque la música es hija de la palabra como el baile es del gesto, y gesto y palabra existen en el hombre ántes que raciocinio y compostura; lo cual establece la perfecta diferencia que hay entre la explosion de la alegría como desahogo del alma, y el arte de manifestar la alegría como producto de la educacion del espíritu mismo. Una y otra danza son sinónimas de felicidad.

Los pueblos primitivos que han danzado sin que nadie los enseñe, creian, mirando al cielo, que las estrellas bailaban al rededor del sol. Por eso la primitiva danza era sagrada, y se bailaba al rededor de los ídolos para imitar los bailes del firmamento. Los egipcios han bailado siempre delante del buey Apis; y la historia cristiana, que parte de aquellos lugares, nos menciona una porcion de danzas sagradas que bastará apuntar para que todos las recuerden.

Moisés bailó despues del paso del mar Rojo; las jóvenes de Silos bailaron en la fiesta de los Tabernáculos; los hebreos bailaban al rededor del

Becerro de Oro; David bailó en torno del Arca Santa; y si hemos de creer á historiadores serios é imparciales, han bailado en la Iglesia cristiana desde los obispos de los primeros siglos, hasta los seises de la catedral de Sevilla que bailan áun hoy en la Octava del Corpus.

El baile, como todo lo bello, es armónico, y como todo lo armónico es sagrado. Los poetas griegos, que fueron los primeros á reconocer en Dios todos los atributos de la armonía, aconsejaban siempre la danza como la plegaria más propia de la divinidad.—¡Quién habia de decirles á ellos que muchos siglos despues de estos consejos paganos, aunque espirituales, los fieles de una iglesia de Francia rezarian á San Marcial en esta forma!: — «Señor San Marcial, rogad por nos, que nos bailaremos por vos.»

Sabido es que los miembros del Areópago griego se acercaban bailando á emitir su voto despues de las deliberaciones; y nadie ignora que los padres del Concilio de Trento cerraron sus sesiones con un baile, como digno final de aquella santa y por tantos títulos importante asamblea.

No hay, pues, que esforzarse mucho para persuadir al lector de que el baile, expresion natural primero de humanas alegrías, y expresion artística despues de humanas armonías, ha sido

en sus orígenes una cosa séria, y tras de séria sagrada. El pueblo bailaba como los niños y como las estrellas; la sociedad bailaba como Fidias esculpió y como Apeles pintó. El baile fué un arte.

Sin embargo, las corrupciones vienen tras de las reglas, y así en la historia pagana como en la cristiana, el baile se ha envilecido más de una vez; porque la danza propende por su forma á que se truequen las gracias en liviandades.

Llegó á su apogeo como espectáculo en el siglo de Augusto; fué padre de la tragedia, ó por lo ménos hermano; era noble y seductor en las tablas, y noble y seductor en los palacios: tenia algo, aunque rebajemos el tono del discurso, de la influencia que se concede hoy á la cuestion de forma en la cria caballar. Los humanos habian de ser hermosos para bailar bien, y bailaban tanto más bien, cuanto más hermosos podian presentarse. Recordemos si no las palabras de Luciano.

Con la decadencia y ruina del imperio de Roma decae la danza como arte, y viene á ser en los siglos medios una expresion religiosa á veces y profana otras; noble y villana á un tiempo, púdica y grosera, ordenada y repugnante: en los templos ayudaba á la oracion, y en las calles producia escándalo. En los unos fué menester reglamentarla, en los otros prohibirla.

 Esto,

Esto, por lo demás, no era nuevo: Tiberio arrojó de Roma á los bailarines por indecentes; Ciceron decia que los que bailaban de cierta manera no podian ménos de estar locos; y en cuanto á Cláudio, ya sabemos lo que tuvo que hacer con los comensales de su amada.

Siguiendo estas lecciones de la antigüedad, el cristianismo no puede ménos de lanzar su anatema, con mayor razon aún, sobre la danza desordenada. San Ambrosio llama al baile «el escollo de la inocencia y la tumba del pudor;» varios Concilios lo prohiben, y el de Tours le apellida «artificio del demonio;» por fin, un teólogo de gran autoridad (Gerson), emite esta terrible proposicion sobre la danza:—«Todos los pecados bailan en el baile.»—*Omnia peccata chorizant in chorea.*

Así, revuelto y confundido lo sagrado con lo profano, lo culto con lo grosero, llega el baile hasta los tiempos modernos, convertido casi exclusivamente en expresion del regocijo popular. Las victorias, los aniversarios, las dichas públicas y privadas, son el principal objeto del baile: divídese entónces en alto y bajo baile; el artístico ó de salon, y el característico ó de aldea: nace la caballeresca pavana, que es española; el delirante vals, que es aleman; la grave contra-

 dan-

danza, que es inglesa; y por último, el aturdido cotillon, que es francés y engendró en sus entrañas el aire del can-can. Báilase en este renacimiento con mesura y decoro: las formas femeninas, áun cuando veladas por el traje moderno, permiten, con su estrechez de medio paso, que la figura semeje los contornos artísticos que al desnudo mostraban griegas y romanas. El baile vuelve á ser arte en tiempo de nuestros abuelos, como vuelven á ser artes la pintura, la música y la estatuaria: es mezcla de regocijo y de comedia; hay en él aturdimiento y galantería, comunicacion y continencia, olvido de la gravedad y recuerdo del pudor.

En tal estado las cosas, estalla en Francia el cataclismo social de 93: la revolucion de la filosofía y de la política influye inmediatamente en las artes y en la vida privada. Se desnuda la diosa Razon, y convida á un baile de máscaras sin más traje que la careta: Mesalina ha resucitado; pero ahora no hay un Cláudio que degüelle; ahora hay que apelar al convencimiento, á la cultura, á la predicacion, al análisis para sustituir las tremendas represiones de la autoridad: ahora no cabe otra cosa que libertad de baile y libertad de sentido comun. Todo el que quiera puede ser obsceno; pero todo el que pueda debe

 ser

ser decoroso. La revolucion, en medio de todo, es civilizadora, y sus males se han de curar con el propio embate del libre albedrío.

La revolucion, pues, del siglo XIX es la verdadera madre del can-can. Ella, sin embargo, ha producido otros hijos espúreos, y ya se los ha tragado: la fiesta pública de Baco y otras fiestas peores que presenció el siglo en sus orígenes, han quedado relegadas á tabernas y zahurdas. Hoy reina el can-can en la corva escena de los Talma, de los Maiquez y de los Kean: ¿lograremos echarlo á la taberna y la zahurda, de donde no debiera haber salido?

Antes de contestar á esa pregunta, es necesario saber lo que significa ese baile.

IV

Ya hemos indicado más de una vez, que la danza en sus orígenes fué religiosa y guerrera: lo que no hemos dicho todavía es que el bailarin siempre era hombre. La mujer no tomó parte en el baile hasta que éste fué popular y de regocijo. Hoy mismo entre los orientales que subsiste el baile guerrero, las mujeres no figuran en él sino como espectadoras.

Vése, por consiguiente, que en la danza primitiva faltaba la ocasion de la liviandad. Y es que el hombre ha podido ser estátua, ha podido inspirar pasiones por la forma; pero nunca más

que á la mujer se han concedido los honores de la admiracion plástica. Vénus es la ley general de la belleza: Teseo es la excepcion.

Aun despues de que las mujeres entraron en el baile, ellas eran las bailadas, no las bailadoras. Cuando el hombre hizo descender su admiracion y entusiasmo desde los dioses hasta las criaturas, la mujer se colocaba en el centro, vestida de adornos y de flores, para que se le bailase como se bailaba á la divinidad. El baile se hacia profano, pero no licencioso, porque faltaba la ocasion de la licencia. Sólo cuando la mujer bajó de su pedestal de diosa para ser actriz, pudo comenzar el peligro del baile.

¿Habeis reparado en el teatro la insistencia con que el público pide que su actor favorito se coloque por sí propio en las sienes la corona que la admiracion popular arroja á sus piés? Pues ese delirio que se apodera de la multitud cuando el artista sucumbe á la irregularidad de la accion, consiste en que dentro del alma humana hay un secreto placer hácia las profanaciones; y no contento el entusiasmo con la pureza de la apoteosis que acaba de otorgar, desea en su malicia instintiva que la apoteosis se profane, creyendo descubrir en esa falta un punto mayor de regocijo y de gloria. El actor coronado por sí propio, se arroja

roja con el público en el desenfreno del entusiasmo.

Pues bien: de la misma manera, la mujer, que es la belleza y la gracia personificadas; la mujer, que ya en sí misma es una apoteosis, desciende de su trono donde es bailada, para bailar ella propia á una belleza y una gracia que han de ser mayores aún; y como esas dotes no se encuentran sino en ella, la belleza y la gracia desconocidas han de buscarse fatalmente en la exageracion de la gracia y la belleza que posee el alma y el cuerpo de la mujer. Es, por lo tanto, la danza más inocente y pura, cuanto menor parte tome la mujer en ella; y es tanto más profana y licenciosa, cuanto más recargada esté la accion de la belleza y la gracia femeniles.

Un hermoso pueblo de nuestra España que pretende ser aborígen de los pueblos, el pueblo vascongado, conserva en su tradicional zorcico la traza más elocuente de su antiquísimo abolengo. En el zorcico no baila la mujer, que es bailada. El mancebo ó los mancebos la colocan á la vista del público en el centro de accion de sus flexiones coreográficas. Allí de pié la hermosa, en actitud de estátua viva, á quien conturban las miradas indiscretas del público, bajos los ojos por la modestia ruborosa, y el ánimo embargado por el ho-

honor de que es objeto, se deja bailar como la diosa primitiva, adornada tambien de cintas y de flores, aplaudida por la multitud, victoreada é incensada por el alegre requiebro de los bailadores; bella y graciosa en sí misma, y por sí misma, sin accion que profane la gloria, sin ademan que destruya la apoteosis.

Si el pueblo vascongado no conservara en su lengua la antigüedad prehistórica que pretende, podria con su modesto baile persuadir de aborígen á los arqueólogos y numismáticos más rebeldes.

Cabalmente el can-can es el reverso de la medalla del zorcico: en el can-can no baila el hombre sino como acompañante; quien baila, y quien requiebra, y quien persigue, y quien con anhelosa procacidad excita al hombre, es la pobre mujer que, sin saberlo, pulveriza su gracia y su belleza al calor del aplauso público, hasta tocar en los límites de la disolucion. Es este baile antítesis del baile primitivo, trastrueque de papeles en una comedia honesta: la dama se viste de hombre y prostituye su belleza; el hombre se viste de mujer y prostituye su dignidad: es el ídolo que se baja del solio para hacer genuflexiones cómicas á sus guardianes.

Los tiempos medios, esos que podemos llamar

 ante-

ante-revolucionarios, habian arreglado las cosas de mejor manera. Admitida la mujer en el baile, ya fuese éste de salon, ya popular, reservaba al hombre la parte de iniciativa y de respeto; dejaba á la mujer la parte de adoracion y de condescendencia.—La contradanza de los ingleses se cultivó con entusiasmo en tiempo del duque de Buckingham (dice un autor coetáneo), para que éste pudiera acercarse á Ana de Austria, darle la mano y pasar frecuentemente cerca de ella, sin que las gentes pudieran motejar el desahogo de los amantes. El vals de los alemanes, ese encantador torbellino de la danza, más carnal, si se quiere, y de mayores enlaces entre el cuerpo del hombre y el de la mujer que otros bailes obscenos, es con todo un ideal de la fusion de los sexos en la alegría. Es cierto que las manos se entrelazan, que los contornos se ajustan, que las respiraciones se confunden, que el vértigo se apodera del grupo; pero hay una equidistancia personal que nunca se traspasa; hay un paralelismo visible que, como el paralelismo matemático, sólo puede tocarse en lo infinito; hay una mujer que huye, y un galan que persigue; hay modestia en la inmovilidad relativa; hay rubor en los ojos que se bajan; hay decoro en la diafanidad de los huecos; hay, en fin, algo de ese bai-

le de las estrellas al rededor del sol que santificaba la danza de los antiguos.

Los bailes populares de esta nuestra noble y morigerada España, el fandango de Andalucía, la jota de Aragon, la manchega de Castilla, ¿quién no descubre en ellos el baile del hombre hácia la mujer? Si el mozuelo se acerca demasiado, huye la moza como asustada; si él insiste y pretende arrinconarla, ella dá media vuelta y aparece á la espalda del hombre; si él la mira con procacidad, ella baja los ojos con pudor; si él la requiebra y grita, y la arroja el sombrero, ella enmudece, se ruboriza y le baila al sombrero, pero no al hombre. Digámoslo en una palabra: el baile del hombre con la mujer, es y puede ser un atrevimiento; pero no es ni puede ser una desvergüenza.

Hasta entre los salvajes hay instinto de pudor en la misma danza desordenada. Verifícase en el Japon (al decir de los viajeros) un baile de mujeres parecido en su índole á nuestros juegos de prendas. Asidas las muchachas de las manos, danzan y cantan con cadenciosa armonía, hasta que á una señal se detiene la rueda y se pronuncia una palabra de difícil repeticion. Si la mujer á quien toca decirla se equivoca, como es natural, pierde una prenda de su traje; y como los japoneses usan muy pocas prendas para cubrirse, por

poco torpes que sean, quedan pronto desnudas las muchachas ante los espectadores.

El viajero comprende que esta es la malicia del baile; pero tambien comprende que hay decoro relativo en la exposicion.

Nosotros, por el contrario, vamos siendo más salvajes que los japoneses, indios y patagones. No nos metemos á justificar el desnudo, no nos cuidamos de cubrir la apariencia de la forma: bebemos el vino de la danza, no para regocijarnos y olvidar momentáneamente las penas, que esto es justo y honrado, sino para que nos produzca la embriaguez y nos acometan las náuseas.

Los franceses, al convertir su cotillon en cancan, han inventado un licor espumoso, alegre y dicharachero, locuaz y aturdidor hasta lo sumo; vino que por su natural propension á la alegría se sirve en todas las mesas, se amolda á todos los paladares, se consume con cualquier pretexto; pero vino que embriaga inadvertidamente por su propia dulzura; vino que convierte á los hombres en locos y á las mujeres en bacantes.

Hace poco tiempo que una dama rusa preguntaba á un diplomático francés en presencia de un baile de cierta especie:—Caballero, ¿es esto el bajo imperio?—No, madama; esto es el imperio del bajo.

Hace tambien poco tiempo, que los jefes de los dos gobiernos más liberales del mundo, el de Inglaterra y el de los Estados Unidos, han tomado medidas sérias contra el baile moderno: el lord Chambellan de Lóndres, por medio de una carta á los directores de los teatros; el presidente de Washington, expulsando de la república á los bailarines, lo mismo que hizo Tiberio. El asunto, pues, parece que va mereciendo la pena de ocuparse de él.

Nosotros, ménos déspotas que el Lord y el Presidente, no aconsejamos proscripcion ni destierro contra los bailarines: pedimos sólo que el vino de la jovialidad y de la alegría esté en todos los comedores; pero que el vino de la embriaguez y del tétanos no se venda más que en las tabernas.

La sociedad es la que ha de proscribir el baile indecente. No nos quejemos del termómetro (dice un escritor agudo) porque á veces señala diez grados bajo cero: haya templanza en la atmósfera, y el termómetro marcará el suave calor de los gusanos de seda.

No olvidemos, sobre todo, que hace cerca de tres mil años dijo ya Confucio en el libro canónico del Liki:—«Se puede juzgar de un pueblo por las danzas que en él se usan.»

CAPELLANES, MABILLE Y CREMORNE-GARDEN

I

Hé aquí tres nombres del tiempo presente que equivaldrian en el tiempo pasado al Zocodover de Toledo, el Anfiteatro de Nîmes, la Torre de Lóndres.

Capellanes, Mabille y Cremorne-Garden son tres simbolizaciones del regocijo loco de tres pueblos. La inmensa celebridad de estos tres lugares de fiesta pública, asume casi la representacion de los tres países á que cada uno pertenece: conocer á

Mabille es haber estado en París; celebrar los jardines de Cremorne es haber visitado á Lóndres; hablar de Capellanes es indicio seguro de haber frecuentado la corte de España. Verdaderos puntos rojos de una gran estacion social, aseméjanse á esas linternas de ferro-carril que á un tiempo avisan de que por allí va la vía, y de que nadie se acerque porque hay peligro. Pero faros ó boyas, el caminante se dirigè á ellos creyendo para sí que evitará los escollos, si los hay, y seguirá la corriente por donde todos los demás transitan de contínuo.

En efecto: cuantos viajeros abordan las tres ciudades, tienen casi estereotipada en los labios la respectiva pregunta de,—«¿Está abierto ese demonio de Mabille? ¿Qué noches dan funcion en esa sentina de Cremorne? ¿Por dónde se va á la zahurda de Capellanes?»

Y los intérpretes ó amigos del curioso, conociendo que el viajero no tiene un gran interés en concurrir á esos lugares de perdicion, suelen dejar la visita para el primer dia.

Despues de todo, nada hay tan natural como el estudio de las costumbres de los pueblos por donde se viaja. Libres ó severas, extrañas ó vulgares, ello es que el curioso ni las ha inventado ni las sostiene. Las halla y las visita, las observa y las juz-

juzga: quizá no se divierte, quizá mortifica su espíritu; pero puesto que se baila, bailemos.

En Madrid no se bailaba hace treinta años. Dentro de las casas particulares solia haber fiestas de danza; pero el baile público, el baile institucion, el baile espectáculo, era entónces punto ménos que desconocido.—Sólo en Carnaval solian abrir sus puertas algunos teatros á media noche, y tal cual salon de Liceo ó cosa parecida, para recibir, con la cara tapada y el cuerpo velado por un disfraz, á la juventud distinguida de la corte. Así y todo, el concurrir á estas fiestas tenia algo de liberal, ó como si dijéramos, de maleacion de las costumbres. No se hablaba del caso sino en familia; absteníanse las personas sérias de dar á entender que habian concurrido; y una de las mayores diversiones del lance, era estarlo negando un año entero. ¿Qué decimos más? El baile público de Madrid era conocido con el nombre genérico de *Villahermosa*, en razon á que en el palacio de este título se verificaban los más suntuosos. Pues bien: la literatura del tiempo produjo una obra notable, que se llamó *Desde Villahermosa á la China;* es decir, desde el baile de máscara hasta el martirio entre los infieles.—El baile necesitaba un Jordan.

Y, sin embargo, ¡qué inocentes no debian ser aque-

aquellas diversiones! ¡Cuántos casamientos honrados salian de allí! ¡Cuántas familias honestas sostienen aún queridos tratos con familias conocidas en Villahermosa!

Los bailes de máscara, á pesar de todo, cayeron durante aquella época en el descrédito más profundo. Villahermosa concluyó; los otros bailes fueron declarados infames; y baste decir que en los teatros se apolillaron y vendieron por leña los tablados que unian el proscenio con la sala, para probar el desprestigio de la institucion. Las personas decentes no podian ya asistir á los bailes públicos.

Ante este nublado provisional, un filósofo diria hoy que se elaboraba en el seno misterioso del asunto el gérmen de violentas transformaciones. Porque, en efecto: ¿cómo explicar que en los momentos mismos del anatema, brote con mayor furia lo mismo que se persigue? ¿Cómo explicar que de la muerte de Villahermosa honrada, brote Capellanes impúdico?

Aquello habia sido evidentemente una transformacion caótica, del seno de la cual brotó el desnudo. Lo que murió con Villahermosa y los teatros, fué la careta y el disfraz: lo que parecia pecaminoso con veladuras, principió á ser moneda corriente á cara descubierta. Podria decirse de aquel interregno, que fué una convencion tácita

 en

en que mujeres y hombres gritaron á la fiesta:—«Espérese usted, que vamos á desnudarnos.»

¡Capellanes! ¡Qué ideas despierta este nombre en el corazon de la juventud contemporánea!—Capellanes significa, *yo quiero escaparme á Madrid;* significa, *la noche se ha hecho para divertirse;* significa, *ya no hay Pirineos sociales;* significa, *¡viva la Pepa!*

Desgracia ha sido de nuestro país que al local destinado para símbolo de nuestros bailes públicos, se le dé un nombre de iglesia. Mabille no significa nada en francés, el nombre de un sitio; los jardines de Cremorne no significan en inglés más que el nombre de otro sitio; pero una fatalidad ha hecho que el Mabille y Cremorne español, obtenga por el vulgo el dictado equívoco de *Capellanes*.

Tenémoslo por desdicha, en razon á que los extranjeros, poco conocedores de nuestro país y acostumbrados á creerlo patrimonio de una teocracia numerosa y ridícula, han de figurarse que el local de la zambra española debió su orígen á unos clérigos que, con la sotana remangada y el bonete sobre la oreja, echaban al aire sus negras pantorrillas, ni más ni ménos que echan las suyas sonrosadas cualesquiera bribonas de otras partes en su Mabille y en su Cremorne.—No: digá-

 mos-

moslo en alta voz para que todo el mundo lo sepa: *El baile de Capellanes* se llama capellanes, porque está en la calle de Capellanes; como el *Teatro de la Zarzuela* se llama Jovellanos, porque está en la calle de Jovellanos. Por lo demás, ni el insigne astur, ni los pobres clérigos, han tomado nunca parte activa en ninguna de ambas diversiones.

Comenzó Capellanes su carrera al modo que la principian todos los perdidos: extralimitándose una vez de lo que mandan las leyes. Habíase preparado el local para bailes de máscara durante el período de Carnestolendas; y concluido éste con buen éxito, ocurrióle al empresario proseguir la explotacion afortunada de su negocio, anunciando durante la Cuaresma bailes de sociedad. Un poco escándalo produjo esta noticia entre las gentes acostumbradas á reirse del gracioso de *La Pata de Cabra*, cuando, para ponderar los absurdos que hay en la luna, dice que ha visto una compañía de cómicos ajustada en Cuaresma. Nuestros padres no concebian diversiones en el tiempo santo. Pero no faltó público que asistiese á aquel baile serio de Capellanes, en que se invitaba á las señoras á concurrir *de sala*.

La sala, pues, se hizo un receptáculo de la calle. Todas esas damas que no tienen miedo de andar

 solas

solas por esos mundos, y otra porcion que pasan el dia entre escasez y trabajos crueles, hallaron en el nuevo establecimiento un campo de actividad para sus ejercicios, ó un punto de esparcimiento y reposo contra sus desdichas. Estudiantes y forasteros de menor edad, formaron el marco de la lámina; y bien pronto aquella abigarrada mescolanza de gentes que no se habian juntado nunca, constituyeron un completo cuadro del género popular, digno de Goyas y de Alenzas.

Muy pintado se tiene en la imaginacion de muchos, y en los escritos de cuantos á la pintura de fiestas populares dedican las gracias de su pluma; por lo que, burlando el peligro de la relacion que en ciertos pormenores existe, creemos excusada una pintura más. Baste decir que la fama de Capellanes, y el humillo atrayente que todo desórden organizado produce, atrajeron, en efecto, á aquellos salones otra parte de la sociedad que quiere verlo todo, y áun alguna que, diciendo que no quiere ver nada, aprovecha cuantas ocasiones se le ofrecen para contemplar lo ménos digno de ser mirado.—Al tercer año de organizada la institucion, no habia persona en Madrid que no hubiera estado en Capellanes.

Capellanes se hizo el centro de la juventud estudiosa que no estudia, de los trabajadores hon-

rados que no trabajan, de los moralistas severos que no practican, de los hombres graves que no ejercen, y de los forasteros timoratos á quienes asusta la corrupcion de las grandes capitales, pero que las sostienen casi exclusivamente con su persona y su dinero.

En Capellanes nació la polka íntima, el vals y el rigodon íntimos, la tostada de abajo que se sopeaba en la intimidad de los adolescentes de filosofía, el sueño íntimo de las madres durante el bailoteo de sus mozuelas, la indiferencia íntima de comisarios y celadores de seguridad, el íntimo consorcio de la bacanal con el sarao, y, por último, el convencimiento íntimo en todo el mundo de que aquello, léjos de ser reprobable, constituia un desahogo á la moderna, copiado y mal copiado de los grandes desahogos de su especie, que con encanto de los viajeros se referian de las capitales que van á la cabeza de la civilizacion y el progreso humanos.

Lo único que ya habia que discutir, era la manera de elevar la institucion á la altura de un Mabille ó un Cremorne: Capellanes era un adelanto indudablemente, pero un adelanto *cursi*.

II

Efectivamente; los viajeros que venian de Francia, contaban y no acababan de Mabille. No hablemos de los de Inglaterra, que esos eran muy escasos; pero el que se arriesgaba á las nebulosidades del Támesis, habia que alquilar balcones á su vuelta para oirle referir las maravillas de los jardines de Cremorne.

Hemos indicado ya que en estas poblaciones los intérpretes suelen dejar para el primer dia la visita del extranjero al baile. Viájase, por lo comun, en primavera y verano, y este es el tiempo á propósito para los jardines. París, sobre todo, es la

corte del verano: sus nubes veladas á media luz; su lluvia pertinaz, parecida en este tiempo al rocío; su sol, muchas veces penetrante y duro, pero generoso á las noches para con la brisa, predisponen á los esparcimientos campestres.

El primer golpe de vista de Mabille produce un efecto singular.—Figuraos todo cuanto la imaginacion más acalorada y voluptuosa ha podido inventar de mágico y de bello, con la ayuda de la oscuridad de la noche, el ambiente de la primavera, el aspecto severo de los árboles, la clara luz del gas, el aroma purísimo de las flores, la armonía de las aves, el murmullo del agua, los acordes de una música fantástica; y el arte francés, por añadidura, reproduciendo, contrastando mágias y efectos hasta donde la exigencia de una sociedad refinada y sibarítica puede pedir; figuraos los jardines de Palmira y Babilonia segun la leyenda nos los refiere, sólo más mundanales, con más animacion, con mayor gracia; figuraos, y esto es lo más eficaz, las fiestas de los pueblos gentílicos dirigidas por el artista que fabrica el primoroso candelabro de vuestra chimenea, y os podreis formar juicio aproximado del golpe de vista que os aguarda en la primera galería del jardin de Mabille.

Callejitas enarenadas con polvo rojo, ya circu-

 lares,

lares, ya rectas, sembradas de flores en sus orillas, valladas por antepechos de yerbas olorosas y contenidas entre hileras de espesos árboles, cuyas copas cortadas, bien en bóveda circular, bien triangular ó plana, las transforman en caminitos cubiertos, velados á veces por la oscuridad, deslumbrantes otras por los reflejos de cien luces; fuentecillas, arroyuelos, estanques, cascadas, montañas, valles, todo en miniatura, todo reluciente de oro y adornado con un millon de estrelluelas, que semejan por la variedad de sus matices focos de diamantes, topacios y rubíes; pájaros que cantan, quizá porque la empresa quiere, pero que cantan; un templete magnífico elevado en el centro, cuyos arcos, columnas y barandas doradas despiden claridad por todas partes, y desde el cual se lanzan al espacio los acordes de una armoniosa orquesta; canapés, hamacas, divanes, esparcidos de aquí para allá convidando á sentarse, á columpiarse, á recostarse al lado de un arroyo, en la falda de una montaña, en el centro de una gruta sonora; brillantes letreros escritos en la extension de la atmósfera por mano invisible, anunciando la fiesta que se prepara; y casitas al volver de cada camino con juegos de billar, de bolos ó de naipes, con tiros de pistola, carabina y florete, con cafés, pastelerías, confiterías,

 ca-

canastillos de frutas, ramos de flores, guanterías, perfumerías, tocadores, roperos para alquilar, carruajes para salir, libros, periódicos, estampas, y cuanto puede redundar en distraccion, encanto, goces y delicia de la criatura, todo previsto, todo dispuesto, todo á la mano; figuraos, en fin, lo que teneis oido de los edenes turcos, de las zambras israelitas, de las bacanales romanas, y todavía habreis de fingir torpeza en los piés, asombro en los ojos y admiracion en los sentidos, para posesionaros real y positivamente del jardin de Mabille.

Cremorne-Garden es de un género diferente.

Fundado en el lugar que de antiguo se destinaba para plantel de flores y yerbas olorosas; extenso y desahogado como todo lo inglés; severo en su apariencia exterior y con algo de monumentalidad en todas sus proporciones, el jardin de Cremorne es al de Mabille, lo que la capital de Francia es á la de Inglaterra.—Los árboles de Cremorne han crecido; sus calles son dilatadas; en sus lagos puede uno ahogarse; en los juegos de azar puede uno perderse; en los de fuerza puede reventarse. Si la comparacion no fuera de mal gusto, diríamos que Mabille es una parroquia y Cremorne una abadía.

El desórden mismo es en este punto más gran-

dioso: hay más caños de luz, hay más mujeres, hay más hombres, hay más policía, hay más olor á aguardiente rojo. El baile está más apartado del público que no quiera verlo; una alta verja lo separa del espectador é impide su mescolanza con los curiosos. El baile, además, es frio, seco, tonto y escasamente provocativo, por lo mismo que es más libre. Despues diremos lo que esto significa.—En cambio el teatrillo de Mabille, que apenas cobija dos docenas de espectadores, puede contener en Cremorne dos mil, y representan en él sus farsas los primeros cómicos de Inglaterra. En cambio, el arbolillo de fuegos artificiales que en el jardin francés embellece por algunos segundos la atmósfera, es castillo encantado en el jardin inglés, que finge por el aire, en letras y figuras de incendiados colores, el acontecimiento público más notable de la época. En cambio, lo que en Mabille casi se circunscribe al baile y al can-can, es en Cremorne ejercicios aerostáticos que admiran, cantores de poderosa voz que arrebatan con sus armoniosos corales, polichinelas de todo género que entretienen, asustan ó hacen reir; ciudad de locos cuerdos que suspenden el ánimo del espectador, y en cuyas calles se derrama el bolsillo sin saber cómo.

Adelantemos la revelacion de una industria

 com-

comparativa.—En Mabille, apenas se ha saludado á una dama, viene una ramilletera y coloca en sus manos un precioso manojillo de flores: el caballero paga naturalmente el precio algo subido del *bouquet*, y acto contínuo la dama, que es sacada á bailar, deposita las flores en poder de la ramilletera á título de guarda. Este cambio de manos se traduce despues en una cuestion de reales: es lo que en el comercio se llama *entrada por salida*.—Cremorne ha arreglado el asunto más positivamente. Como allí los espectadores pueden bailar y bailan con las espectadoras, porque el baile, repetimos, es libre, la dama se excusa siempre con que sus guantes están rotos: y en efecto, los preciosos dedos de la inglesa se asoman con cierto descaro torpe por las puntas injuriadas de la cabritilla. El jardin está poblado de guanterías; casi siempre tambien, la conversacion de esta desgracia remediable se tiene á la puerta de uno de esos establecimientos: compremos, pues, unos guantes nuevos. La operacion dura un segundo; la señorita de la tienda conoce la medida de la jóven terpsícore. Hay par de guantes que se venden cada noche veinticinco veces.

Esta sola muestra indica ya que el espectáculo en Inglaterra es más sólido y positivo. Los criados de cafés y restauranes cobran un tanto por

 cien-

ciento por el consumo. Hay locales donde se está de pié; en que el llegar á un puesto cuesta *tanto;* pasar de allí cuesta otro *tanto* más, y acercarse para ver bien lo que se enseña, muchos otros *tantos*. A lo mejor se va por una calle medio oscura, atraidos por cierta claridad en lontananza que deslumbra los ojos, y un dependiente, con librea negra y collarin de plata, interrumpe los pasos del viajero para exigirle unas monedas por seguir andando. En más de una ocasion, pífanos y tambores, tañidos como sólo los ingleses los tañen, impulsan inconscientemente al curioso hácia algun sitio donde va á suceder alguna cosa; pero ántes de llegar á ella, se le pide un billete por su curiosidad ó se le obliga á volver grupas sin más explicacion.—Cinco reales cuesta la entrada en Cremorne, pero hay que acertar con ellos un pleno á la ruleta para costear la noche. Añadamos que los plenos no existen, y se formará idea del desembolso.

Pero no nos apartemos de nuestra consigna.—Hemos dicho ántes que el baile de Cremorne es más libre que el de Mabille, y sin embargo que es más insulso. La cosa depende de lo que entendamos por la palabra libertad.

En el jardin Mabille las bailarinas y los danzantes son alquilados. Todo lo que se hable de de-

 pra-

pravacion de las costumbres privadas, refiriéndose á los que hacen piruetas escandalosas en este sitio, es cuestion de pura ignorancia. Aquellas infelices mozuelas y aquellos estudiantes perdidos, son unos actores á quienes se paga para que diviertan al público que lo exige. Deteneos, como nosotros lo hemos hecho, á la puerta del local impuro, y un cuarto de hora despues de la funcion vereis salir á la descarada saltimbanqui, á la procaz pizpireta, á la escandalosa pierníloca, que, con un bulto de ropas en la mano derecha y su brazo izquierdo entrelazado al de un novio de tercer órden, vuelve tranquila al seno de su quinto piso, comentando los lances de la fiesta y examinando el cuño de las pesetillas que le dió el empresario. En Mabille no baila ninguno de los concurrentes: el baile de Mabille es un baile en seco.

Cremorne, por el contrario, abre cada noche sus puertas á los bailarines de buena fé. Allí donde las cosas ni las personas están reglamentadas; allí donde la libertad es libre, y sólo se experimentan coacciones de la policía que ejerce un poderoso influjo en nombre de la sociedad coaligada, allí baila todo el que quiere; y como muchos quieren, muchos bailan. El empresario no tiene que contratar mozuelas ni rufianes: en cambio los bailarines carecen de la coquetería que

 acom-

acompaña á todo el que se adorna y á todo el que ejecuta un acto, cuyas lindezas se han preconcebido. Báilase, pues, en Cremorne, como se bailaria en una casa de locos, ó en un aduar de indios, ó en una zambra de borrachos. Las mujeres son bellas ó no lo son, están bien vestidas ó no lo están, se mueven con gracia ó con desgarbo: lo que sí hacen es bailar con toda la fuerza de la juventud, con todo el desprendimiento de la liviandad, con todo el fuego y posibles eterizaciones del ron de la Jamaica.

Abarcando, pues, en un conjunto los bailes de Capellanes, Mabille y Cremorne-Garden, podria decirse que el primero es la infancia descuidada, el segundo la virilidad corrompida, y el tercero la vejez caduca que se arrepiente. Hay, en el uno, falta de azotes; en el otro, abandono total inexplicable; en el último, un propósito de la enmienda que dá lugar á la esperanza.

Analicemos estas proposiciones soltadas al vuelo.

III

Es de tanto interés en nuestro tiempo el estudio de la moral pública, que el escalpelo del disector no debe dar punto de reposo allí donde encuentre economía humana en que ejercitarse. El escalpelo, sin embargo, ha de ser fino, si ha de distinguir entre lo que está dañado fortuitamente, y en poco ó nada perjudica á la vitalidad del sér, y lo que está dañado por vicios generales de conformacion, y puede producir la ruina de la especie.

La contemplacion de esos bailes, por ejemplo, induce á raciocinios que pueden carecer de exac-

 titud

titud. Si España, se dice, está atrasada y su baile es licencioso; si Francia la precede en cultura y su baile lo es más; si Inglaterra camina por delante de Francia, y su baile lo es infinitamente, ¡qué pavor no se apodera del ánimo al reflexionar sobre el curso del progreso! ¿Adónde llegaríamos, puede preguntarse, si la febril tarea del adelanto no encuentra un punto de reposo?

Y hé aquí cómo una cuestion de baile, se complica y ensancha hasta obtener las proporciones de una cuestion político-social.

Acometiendo, sin embargo, con ánimo sereno el estudio de esos bazares de la alegría, lo primero que se halla es una verdadera transformacion de costumbres en el seno de la sociedad que los ha instituido. Los bailes públicos no son una cosa nueva más que en la forma: su fondo es el fondo de antiguas liviandades. Llamámosle bazar hace un momento al espacio en que se verificaban, y bazares son, ciertamente, de contratacion ilícita y mundana. El tugurio doméstico ha ensanchado sus paredes y se ha salido al jardin.

A la manera, pues, que el aumento de la riqueza pública y el ensanche de las operaciones bursátiles ha exigido en nuestro siglo la creacion de la Bolsa, del propio modo el ensanche y multiplicacion del goce público ha exigido la crea-

cion del mercado de los placeres.—Así como así, ambas instituciones se asemejan; pues lo que tienen de satisfactorio en su orígen, lo tienen de abusivo en la práctica. Cambiáranse los valores, únicamente, en el mercado de la deuda, y nadie se arruinaria en la Bolsa: bailárase, únicamente, en los asilos del placer, y ninguno se perderia en el baile.

Repetimos, por lo tanto, la idea emitida anteriormente, de que el baile público es una cuestion social de los tiempos modernos.

Si la miramos bajo el prisma antiguo, esto es, bajo la férula de las prohibiciones, la cuestion no haria más que cambiar de lugar, pero no de esencia: cambiaria de forma, pero no de índole. Hay, pues, que mirarla bajo el aspecto moderno, que es con el que nosotros pensamos resolverla.

Indicábamos hace poco, que la policía apenas figuraba en nuestro Capellanes; añadíamos que en Mabille se hacia la indiferente ante el espectáculo; pero no nos olvidamos de consignar que en los jardines de Cremorne casi lo abarcaba todo.

Es la policía en los tiempos modernos el único moderador posible de las necesarias libertades. Todo país que abre las puertas á la libertad, contrarestando la institucion de la policía, se convierte por su propio impulso en país de bandidos:

todo país que modera el ejercicio de la libertad con la sola coaccion de una policía política, puede ser un país de rufianes; pero el país que se entrega al disfrute de la libertad, por ámplia que ésta sea, teniendo de moderador una policía omnipotente, temerosa y bien reglamentada, es un país habitable, donde pueden permitirse, no ya los goces, sino hasta los extravíos que suele traer consigo la civilizacion.

Nosotros recordamos, á este propósito, el espectáculo á que hemos asistido en las calles de Lóndres.—Hay una calle en Lóndres, de la cual hubiera dicho Balzac, cuando personificaba las vías públicas, que era una calle de cadena perpétua. Llámase Haymarket, y su fama, desde la media noche arriba sobre todo, repudia el paso de las gentes honradas, atrae batallones enteros de policía municipal, y obtiene las prevenciones de la ley y el anatema de las buenas costumbres. Baste decir que un magistrado, absolviendo en juicio de faltas á cierto jóven distinguido, que era acusado de escándalo, exclamó:—«Id, jóven, libre á vuestra casa, que el Código no os señala pena; pero bastante castigado quedareis cuando mañana sepa todo Lóndres que os hallábais ayer á media noche en Haymarket.»

Pues bien: en esta calle se reunen todos los

 per-

perdidos de ambos sexos que pululan bajo la sombra de una capital de tres millones de almas. Libres los presidios y galeras del mundo, por haber sido vaciados en la Fuente Castellana de Madrid, no darian tal vez un espectáculo semejante al que ofrece la calle maldita que nos ocupa. El tal espectáculo se resiste á la descripcion, y no seremos nosotros quien intente hacerla; pero sí nos conviene consignar que en ninguna parte se perpetran ménos delitos que en Haymarket, y que en punto alguno de la ordenada metrópoli se reprimen más prontamente las faltas que pueden ocurrir.—Es allí libre el desenfreno, como libre es el vagar de las fieras en los bosques; y sin embargo, ante la explosion más repugnante de la libertad humana, el ánimo se consuela con la espectativa del influjo que ejerce el poder público.

Vuelto apenas de su asombro el viajero por lo que vé, por lo que teme y por lo que confía, comienza á observar que, entre los grupos de canalla grosera y de milicia civil, que obstruyen literalmente á Haymarket, se deslizan de cuando en cuando personas de aspecto distinguido, cuyo traje de etiqueta contrasta con los abigarrados ó harapos que predominan en el resto del lugar. ¿Qué son aquellas gentes? ¿Cuál puede ser su mision en semejante sitio?—Nadie se mete con ellos;

 po-

pocos ó ninguno les hacen caso, y sin embargo, aquellos señores van repartiendo papeles impresos, que poco más ó ménos dicen así:

«Extranjero, que vagais por esta calle maldita: retiraos á vuestro albergue, y no propagueis la aficion á visitarla entre vuestros deudos ó compatriotas. Aquí se abate el espíritu, se rebaja la dignidad y se enferma el alma. Aquí se roba y se disipa lo robado; se pervierte la juventud y debilita sus fuerzas; domina el vicio y se consume el cuerpo. ¡Huid, huid!»

Aquellos señores pertenecen á sociedades que ayudan con su dinero y con su presencia al poder público, en la árdua, pero sublime tarea, de contener, moderar y reprimir el vicio y el escándalo. Son unos misioneros seglares que, comprendiendo adónde podia llegar en su país el abuso de la libertad omnímoda que se goza, comparten, decimos, con la policía del gobierno, la mision de corregir á las multitudes desbordadas. Y es el hecho que lo consiguen en gran parte, como consiguen impresionar al viajero con la oportuna advertencia que siempre le dirigen en su peculiar idioma.

Justo, por consiguiente, será ya decir por qué juzgábamos á Cremorne-Garden de una manera distinta que á Capellanes y á Mabille. En estos

nuestros focos de corrupcion alegre, el poder público se encoge de hombros en nombre de la libertad, y los poderes particulares renuncian á toda ingerencia en nombre de un egoismo cómodo y barato. Pero al retirarse al gabinete de tertulia ó de estudio, desde donde se pide á los gobiernos el imposible de que prohiba el baile, como si se le pidiese que prohiba la Bolsa, hay que convenir en que si la civilizacion acarrea males ostensibles de gran tamaño, dentro de la civilizacion tambien están los instrumentos para moderarlos ó corregirlos.

Nosotros no olvidaremos nunca lo que nos acaeció en la segunda visita que hacíamos á Cremorne. Habíanos comprometido un sugeto respetable para que le condujéramos allí y le explicáramos los pormenores de aquella fiesta. Entrábamos, apenas, por la magnífica calle central del encantado jardin, cuando uno de los señores de que ántes hicimos mencion, acudió á poner en nuestras manos el papel de que ya se tiene noticia. Habia equivocado nuestra nacionalidad, y nos lo dió en italiano. Decia así:

«Nada tiene de particular que un extranjero desee ver las bellezas como los horrores del pueblo que visita. Seais, pues, bien venidos; pero tened en cuenta que en estos lugares, á más de otros

 per-

perjuicios, puede tropezarse con el de incurrir en alguna falta, caer enfermo ó morir. ¿Cuál seria la deshonra de vuestro nombre y la consternacion de vuestras honradas familias, si uno de esos naturales accidentes os ocurriera aquí? Pensad en esto, y resolved despues lo que os acomode.»

El sugeto á quien llevábamos al baile palideció con la lectura del papel, y comenzó á fatigarse de cuanto veia.—«Creo que me pongo malo (nos dijo);» y en el momento un carruaje nos condujo de regreso á nuestra casa. Nunca volvimos á hablar de aquella indisposicion repentina.

IV

Sí: el baile, al salir de la esfera del recreo familiar, en cuyo punto es inocente, encantador y magnífico, se convierte en una nueva forma de licencia pública. Los renombrados establecimientos que se llaman Casino Cadet, Sala Valentino, Assembly-Room, Argyle-Room y otros célebres de Europa, de que por fortuna no tenemos aún en España ejemplo, son bolsas de contratacion mundanal, casas de juego del honor, garitos en que se talla la decencia y el decoro públicos.

A la manera, pues, que se legisla sobre las transacciones del papel mercantil y sobre los jue-

gos de envite, hay que legislar sobre las casas de baile. La policía no puede concretarse á ser mera espectadora de este nuevo linaje de diversiones. Y sobre todo, el público, lo que se llama la buena sociedad, las clases media y elevada, á quienes compete dar el tono y matiz de los espectáculos, son las que deben arrojar de su seno el espíritu de tolerancia que hácia ellos se concede hasta ahora.

Vuelva el baile á ser gimnasia del cuerpo, regocijo del alma, expresion de alegrías y felicidades supremas. Salga del terreno de la industria, para volver al taller casero de la familia. Y cuando se hallen deslindados los campos; cuando los bailes públicos no gocen ni de la indiferencia de la autoridad ni del favor de un concurso distinguido; cuando pasen á ser, como lo son, lugares vergonzosos de desórden, no haya miedo de que se considere prostituido uno de los mayores elementos de la felicidad humana; pues al modo que un padre tierno y afectuoso juega con sus hijos á los naipes, y les enseña el tute y la malilla, lo cual no obsta para que al pasar por ciertas calles les diga con horror: —«¡Esta es una casa de juego!», —de la misma manera las muchachas seguirán bailando con los muchachos; las mozas y los mozos continuarán con alegre inocencia dando brin-

cos al aire en las fiestas de sus lugares; las damas y los señores proseguirán el fastuoso y elegante sistema de sus saraos; pero muchachas, mozas y damas; caballeros, campesinos y jóvenes cultos, al pasar por ciertos sitios en que se oiga cierto género de música, exclamarán, si no con horror, con algo de vergüenza:—«¡Esta es una casa de baile!»



LETRAS Y ARTES.

En los tiempos desdichados que corren para toda inteligencia tranquila y de juicio recto, no hay más posada en que detenerse, sin miedo de vivir con zozobra, que las que suelen ofrecer, á grandes distancias por desgracia, las Letras y las Artes.

Cuando todos los espíritus se hallan agitados por preocupaciones filosóficas, sociales y políticas; cuando una potente civilizacion, que casi todo lo sabe, no ha encontrado todavía la manera de establecerse en una forma rudimental de existencia; cuando por término á las más prodigiosas conquistas del ingenio humano, hay gentes en gran número que sólo piensan en destruir, para levantar sobre las ruinas no saben qué cosa, preciso es vestir el hábito del indiferente é ingresar en esos asilos de la paz literaria y artística, donde al corazon y al entendimiento se les ofrece de consuno reposo y esperanza.

Tal ha sido nuestra línea de conducta en estos últimos años, durante los cuales no es precisamente nuestra España la nacion que ha gozado de más tranquilidad y ventura. Entre el fragor, pues, de las luchas políticas, y ante la subversion de los principios morales que presenciábamos, nuestra caminata se dirigia casi constantemente hácia un hospital y un cementerio. En ellos hemos encontrado algo de grandeza y de gloria.

Invitamos, por consiguiente, al lector á que nos siga al *Refugio de las Letras* y al *Panteon de las Artes*.

EL REFUGIO DE LAS LETRAS.

I

Desde que San Juan de Dios inventó, á fines del siglo xv, los cuerpos colegiados de la desgracia, no ha habido humana desdicha que deje de obtener, más ó ménos pronto, un asilo ó refugio de caridad. Siempre que una nueva plaga ha amenazado á los hombres, los hombres mismos se apresuraban á crear un refugio para ella, llevados del cristiano principio de que la fortuna es varia, y puede conducir un dia desde el banco del fundador al lecho del asilado.

Las buenas letras, como las bellas artes, como las gayas ciencias, obtuvieron desde entónces asilos ú hospitales para su refugio. Al principio llamáronse Academias, ó cosa parecida, y eran costeados por los reyes; despues se llamaron Ateneos, ó cosa semejante, y eran costeados por el público. En los primeros, las camas eran contadas, y por consiguiente, el ingreso era privilegiado: en los segundos, las camas eran libres, y por lo mismo, quien podia obtener el privilegio era la asociacion.

El gran poeta duque de Rivas, con haber pertenecido á casi todas las Academias reales de su época, describia de este modo unos y otros refugios del saber:—«El producto de aquellos (decia aludiendo á las Academias) fueron flores cultivadas con esmero en las cerradas estufas de un régio jardin, donde halagaban el olfato y la vista de los cortesanos; el producto de éstos (aludiendo á los Ateneos) han sido plantas lozanas y jugosas criadas al aire libre en los bosques de la naturaleza, más que para recreo, para utilidad de los hombres.»

Efectivamente: en Madrid existe un refugio de las letras, que más que para recreo, ha servido y sirve para utilidad de los hombres.—Subid por la calle de la Montera, y en un caseron destartalado, frente á la iglesia de San Luis, en el piso prin-

principal, á donde se entra sin más que empujar una mampara y saludar al conserje, encontrareis unas galerías y salones de aspecto humilde y plácida tranquilidad, como deben poseerlos las casas de convalecencia. Estantes con libros en las paredes, denotando que ha de leerse mucho; numerosos aparatos de iluminacion, advirtiendo que la noche es la hora favorita; butacas y divanes viejos, pero cómodos, manifestando que allí se hace la vida sedentaria; periódicos por doquiera, libros que tapizan todas las paredes, escribanías que ocupan el centro de todas las mesas, papel blanco en las manos de los servidores, escaleras sobre los muros para alcanzar legajos empolvados ó añejas crónicas, todo indica que en aquel lugar se lee, se escribe y se piensa. En vano el viajero, á quien se abren las puertas con sólo desearlo, busca allí la sala de billar, el gabinete de tresillo ó del ajedrez, la cocina en que se guisa ó la ruleta en que se juega; allí no hay nada de casino, nada de club, nada de divertimiento al uso de las asociaciones modernas; allí no se juega más que al vocablo, no se come ni se bebe más que instruccion, no se lucha más que en la polémica del ingenio. Aquel es un gimnasio de la palabra, un tiro de la idea, un palenque de juicios de los hombres: aquel es el Ateneo de Madrid.

¡Pobre viejo! Acaba de cumplir por estos dias cincuenta años. Nació en 1.° de Junio de 1820. Oigamos el propósito de sus fundadores:

« Sin ilustracion pública (decian) no hay verdadera libertad: de aquella dependen principalmente la consolidacion y progresos del sistema constitucional y la fiel observancia de las nuevas instituciones. Penetrados de estas verdades varios ciudadanos celosos del bien de su patria, apenas vieron felizmente restablecida la Constitucion de la monarquía española, se propusieron formar una sociedad patriótica y literaria, con el fin de comunicarse mútuamente sus ideas, consagrarse al estudio de las ciencias exactas, morales y políticas, y contribuir, en cuanto estuviese á su alcance, á propagar las luces entre sus conciudadanos.»

Esto decian, en los albores de la regeneracion de España, Pons, Heceta, Lagasca, Foronda, Calderon de la Barca, Castaños, Luzuriaga, Surrá, Palarea, Flores Calderon, Lasagra, Onís, Palafox, Vallejo, Alcalá Galiano, Ferraz, duque de Frias, y hasta otros noventa y dos personajes ilustres en las ciencias, en las artes ó en la política, al inaugurar con entusiasmo patriótico el primitivo círculo á que llamaban *Ateneo Español.*

Recibióse en Madrid la nueva institucion con bene-

beneplácito de las gentes ilustradas, y con especial deferencia del gobierno. Éste, al ver los asíduos trabajos de sus secciones sobre materias científicas no cultivadas hasta la fecha, encargó al Ateneo varias consultas importantes, y entre ellas un proyecto de Código penal, que corre impreso, con otras apreciables obras de los ateneistas, en un volúmen últimamente descubierto en la biblioteca del Real Palacio. Los nombres más ilustres de aquel tiempo se hallan unidos á las civilizadoras tareas del Ateneo Español, en los escasos restos que nos quedan de su fecunda cuanto breve existencia.

En efecto: el período histórico conocido en España bajo la denominacion del 20 al 23, fué demasiado corto y terminó en forma harto desdichada, para que pudieran quedarnos muchos restos materiales de su obra de libertad. Los que al cerrarlo con bayonetas extranjeras cerraban tambien las universidades para abrir escuelas de toreo, no se descuidarian (demás está el decirlo) en perseguir de muerte al Ateneo Español y á sus liberales fundadores y asociados, cuyas doctrinas quedan consignadas en el trozo que copiamos de su Reglamento. Persiguióseles, pues, con implacable saña, como á feroces enemigos de la feliz barbarie en que nuestro país vivia, y como á yerbas

dañosas nacidas en un instante de abandono sobre el tranquilo campo de la ignorancia.—Un socio valeroso entre los más, y entusiasta sin duda como ninguno, don Pablo Cabrero, pudo esconder como restos sagrados, en su casa-palacio de la Platería de Martinez, los pobres muebles y embrollados papelotes de la conturbada Sociedad, que se deshizo en cárceles, destierros y emigraciones.

El Ateneo Español muere con la libertad de 1823; pero no muere como los muertos: muere como el Guadiana, absorbido por la mancha del absolutismo ignorante, y como el Guadiana deja ver sus ojos en un oasis de humilde apariencia, aunque de poderosa y sábia organizacion. La *Sociedad Económica Matritense*, que sin duda no se habia hecho sospechosa ante el vulgo de los gobernantes, recoge la herencia del Ateneo y la coloca á buena cuenta en sus cajas, acumulando interés y capital, con insistencia loable, hasta que nueva era de progreso se abre sobre la cuna de la niña llamada al trono.

Lo primero que intentan los reformadores de 1834, auxiliados para todas las empresas útiles por la Gobernadora del reino, es restablecer el antiguo Ateneo, desmembrándolo de la Sociedad Económica, cuyos estatutos, aunque civilizadores, no concuerdan con los de aquél; y los pobres li-

 bros

bros y muebles de Cabrero, que tras largo escondite vuelven á poder de sus primitivos dueños, constituyen, con el Reglamento y Estatutos entónces acordados, la base del que ahora se llama Ateneo de Madrid.

Olózaga se pone á la cabeza de este movimiento. Secúndanle los viejos del año 20, aumentados con nombres como el del duque de Rivas, Donoso Cortés, Breton de los Herreros, Vega, Caballero, Vazquez Queipo, Mesonero Romanos, Espronceda, duque de Gor, Argüelles, Gil y Zárate, Martinez de la Rosa, etc., etc. La reina Cristina concede local del Estado al Ateneo en el convento de Santo Tomás, por considerarlo institucion digna de los estímulos y auxilios del poder público. El infante don Francisco de Paula y sus hijos los príncipes don Francisco de Asís y don Enrique, son inscriptos en las listas de socios, con objeto (decia el infante) de que «todos tres participen de la enseñanza de este cuerpo y de la ilustracion de sus individuos.» En una palabra, el Ateneo renace de sus cenizas, con empuje suficiente para no perecer jamás.

Desde el 6 de Diciembre de 1835 en que se verifica la inauguracion oficial con 309 socios, bajo la presidencia del duque de Rivas, hasta igual época de 1845 en que comienza el esplendor ruidoso

doso de la Sociedad, el Ateneo ejerce un trabajo de elaboracion en su seno mismo y en el de la poblacion ilustrada de la corte, comparable en su fondo, aunque en forma opuesto, al trabajo literario de los benedictinos.

Allí se refugian, durante el conturbado decenio de nuestra revolucion política, los hombres que aspiran al poder ó los que han bajado de su cumbre; y de esta mezcla de posiciones y de este contínuo embate de inteligencias, brota un caudal de instruccion y de entusiasmo que produce el gran período de 1846 en adelante.

II

Efectivamente: el Ateneo acababa de salir de su edad-media y entraba en pleno renacimiento literario. Él, que habia nacido á la sombra de la libertad, como todas las bellas instituciones, no gozaba de esplendor sino desde que la libertad se habia moderado; porque es ley comun de los pueblos que nunca se goce de verdadera libertad, durante las épocas en que esta hermosa palabra anda en boca de todo el mundo.

La calle de la Montera se hallaba obstruida de hombres desde las siete de la noche: el público ansiaba ganar la escalerilla del patio, para inva-

dir el local destinado á los oyentes gratuitos. Los numerarios eran reconocidos en la portería de la Sociedad, para precaver intrusiones que por toda clase de gentes se intentaban. ¿Qué espectáculo iba á gozarse allí? ¿Qué artistas iban á representar? ¿Qué dramas iban á desarrollarse ante los ávidos espectadores?

En un tabladillo de madera, cercado por cortinas de lana pintada y cubierto con un doselete de lo mismo, festoneado de chapas de laton; ante una mesa con tapete encarnado, y entre dos candelabros que parecerian de bronce cuando nuevos, una cabeza de vejete, arrugada y caida sobre su hombro izquierdo, temblorosa y perlática al modo de muñeco de goma, torcida de facciones y no muy derecha de mirada, producia, con sólo su aparicion, los aplausos entusiastas de la concurrencia.—Era Galiano.

Nadie sabia lo que iba á tratarse aquella noche. Podia ser de la civilizacion española del siglo XVIII; podia ser de la revolucion de Inglaterra; podia ser del tema filosófico ó literario que las secciones estaban controvertiendo: podia ser de cualquiera cosa.—Al decir Galiano «señores,» parecia que saltaba el tapon de la elocuencia: un primer período, familiar, grotesco en ocasiones, pulido y literario siempre, denotaba que el céle-

 bre

bre orador lo traia aprendido de memoria. El público saboreaba las bellas frases del comienzo, como se saborean ántes de comer los aperitivos que bordan la mesa de un festin.

Galiano entraba en materia; pero ¿cómo?—Cuatro frases soltadas á media voz, con la indiferencia del que murmura la oracion que todos tienen en el olvido, recordaban al público la última conferencia que en la noche presente debia continuarse. Tambien este período podia estar aprendido de memoria, segun la sobriedad de su composicion y la tersura de su discurso. Mas al paso que la materia avanzaba por los confines del resúmen, la lucidez se iba haciendo trasparente, el donaire bordaba las puntas del período, la erudicion cundia como manantial que se derrama de su concha; un paréntesis amenísimo apartaba por momentos la imaginacion del fondo del asunto, para más aclarar su esencia, y desde allí otro paréntesis anecdótico atraia la sonrisa del auditor refrescando su númen: nuevo paréntesis asomaba en aquel ya confuso torbellino de frases puras, de oraciones modelo de gramática, de trozos cervantinos escapados al calor de un alma de fuego, hasta el punto de que los oyentes se considerasen perdidos en el fogoso enredo del orador; pero Galiano, que sabia de memoria todos sus discursos, por-

que sabia de memoria la ciencia, el arte, la literatura, la historia, la leyenda; griegos y latinos, ingleses y alemanes, franceses é italianos; que tenia en la memoria la ortografía de la palabra y la sintáxis de la oracion, él no se habia extraviado en aquel laberinto de gracias, sino que cogiendo aquí y allá flores de bello matiz, ramas de penetrante aroma, hilos dorados de poderosa fuerza, habia compuesto un ramo con mágia singular á la vista del público, y lo ofrecia en aquel momento como producto fortuito de su elocuencia incomparable.

Eran los dias de Galiano, decíamos, pero eran tambien dias aquellos de otros oradores eminentes, á quienes la patria debe memoria.

Interpoladas con las fantásticas oraciones del antiguo tribuno de la *Fontana de Oro*, y algunas, aunque pocas, del no ménos fogoso adalid parlamentario á quien se llegó á llamar Lopez *el divino*, oíanse en aquel ilustre salon las sábias y más tranquilas conferencias de Pacheco, Donoso Cortés y Pastor Diaz. La palabra reposada y tersa del primero, los arranques titánicos del segundo, la novedad de las teorías del último, llevaban al ánimo de la juventud, con encanto singular, el conocimiento de los derechos políticos y sociales, el curso de la filosofía á través de las máximas

 mo-

modernas, el amor al estudio de la jurisprudencia y de la administracion patrias.

Todos estos han muerto, por desdicha; pero ni su ciencia, ni su oratoria, ni su fantasía, han desaparecido del modesto sitial en que asombraban, instruian y recreaban al público. Tambien hoy, es decir, en esta última época, se ha aglomerado el concurso en el patio y en los pasillos del Ateneo, para oir á Mata, el médico filósofo, el científico poeta, cuya palabra galana y fácil conseguia retener el interés del auditorio, áun sobre los más prosáicos asuntos; á Sanchez, el sacerdote polemista, modesto en la vida privada y arrogante retador en el palenque público, cuya dialéctica inflexible, sembrada de causticidad y de brio, sale constantemente á la defensa de los intereses católicos; á Echegaray, demasiado poeta para la ciencia y demasiado científico para la poesía, pero poeta y profesor consumado, cuyos resortes oratorios le conducen hasta persuadir y ser aplaudido en el terreno del absurdo; á Moret, el jóven economista de elegante porte y pasmosa precocidad, que retratando á Pitt parece que se retrata, y cuyo tono, tal vez demasiado caliente, eleva las cuestiones desde el primer instante por encima de su aspecto dulce, gracias á la potencia de su entendimiento; á Fernandez Jimenez, el jó-

 ven

ven diplomático de Roma, rayo de palabra, sol de lucidez, tormenta de imaginacion, que en galanos conceptos embellece las discusiones áridas, los temas materiales y prosáicos, cuya ciencia múltiple adquiere novedad á cada momento con la interpretacion siempre original y aguda de su generalizador discurso; á Moreno Nieto, el profesor no importa de qué, de filosofía ó de lenguas, de religion ó de historia natural, torrente de ideas que se atropella con el amontonamiento de palabras, orador castizo y de correccion desesperante, á quien se ha supuesto que sabe de memoria lo que dice, porque, como Galiano, sabe de memoria los libros antiguos y los modernos, lo que se ha pensado y se piensa en el mundo intelectual de los pueblos sabios; á Rodriguez, el orador matemático, ecuacion viva de las ideas, que reduciendo las letras á números, queda siempre incontestable en la suma exacta de sus períodos, polemista que acomete para defenderse y que hiere con cortesía, machuca con gracia y mata con noble muerte; á Emilio Castelar, en fin (que ha conquistado el derecho de hacer una sola frase con su nombre y apellido), Galiano de la palabra, Pacheco del pensamiento, Pastor de la fantasía, Donoso de la intencion, príncipe reinante de la elocuencia moderna, quizá extraviado en su ideal, quizá peli-

 gro-

groso en su marcha, quizá sofista á sabiendas en sus muy nobles, aunque locos deseos, pero potente, maravillosa, incomparable organizacion de tribuno con que España puede mostrarse envanecida;—todos estos, decíamos, y otros que no se nos vienen por el momento á la memoria, áun cuando lo merezcan tanto como los dichos, todos ellos han sabido sostener en la época presente el lustre del Ateneo de Madrid, y continuarán, sin duda, sosteniéndolo en adelante.

Porque el Ateneo es la escuela, mejor dicho, la academia libre del pensamiento y de su manifestacion; allí se incuban las ideas y allí se vierten; allí están el manantial y el rio; allí están los granos de oro y el cuño de la moneda. Del Ateneo puede decirse lo que del Archivo de la Corona de Aragon decia el eminente Bofarull:—«El que no ha pasado por esta casa no sabe historia.»

III

El Ateneo de Madrid posee una de las mejores bibliotecas particulares de España. Los diez mil volúmenes que pueblan sus armarios, son riquísimos en ciencias filosóficas y filológicas, en obras ilustradas y en revistas. Estas últimas, sobre todo, constituyen una coleccion inapreciable. Hoy se dá la postrera mano á un catálogo científico de los libros del Ateneo, y se proyecta el índice de los artículos de las revistas: en cuanto esto se termine, no podrá emprenderse obra alguna moderna sin recurrir á aquel arsenal del ingenio contemporáneo.

Tres mil sesenta y siete miembros han sido hasta ahora inscriptos en la asociacion, y de ellos forman la presente sobre cuatrocientos cincuenta de pago, y como cincuenta de honor, ó sea exentos de cuota. Porque el Ateneo, segun sus antiguos Estatutos, releva de cotizacion mensual á los socios que han ocupado sus cátedras; y asimismo, por disposicion novísima, á los pintores que retratan sus celebridades. Esta última idea ha proporcionado á la Sociedad el concurso y amalgama del elemento artístico, que sólo por analogía entraba, y rara vez, en su seno. Hoy los jóvenes pintores que regeneran el bello arte de nuestra patria, ejercen su pincel perpetuando las figuras de los que fueron presidentes ó miembros notables del Ateneo, con gloria para sí y regocijo para las ciencias y las letras; pues ya penden de las paredes de la casa los retratos del duque de Bailen, marqués de Valdegamas, Pacheco, Martinez de la Rosa, duque de Gor, marqués de Pidal, Mendez Nuñez, Posada Herrera, Gallardo y Mesonero, pintados por Dióscoro Puebla, German Hernandez, Mélida, Maureta, Mendoza, Fierros, Suarez Llanos y Casado; y dentro de poco lucirán tambien obras de Gisbert, Rosales, Diaz Carreño, y de cuantos con entusiasmo y gloria se dedican al noble arte de la pintura.

 Pre-

Preside en la actualidad el Ateneo don Antonio Cánovas del Castillo, jóven que honra á la juventud contemporánea; y lo han presidido por órden de ascension, don Laureano Figuerola, don José de Posada Herrera, don Juan Donoso Cortés, don Antonio Alcalá Galiano, don Pedro José Pidal, don Joaquin Francisco Pacheco, el duque de Gor, don Francisco Martinez de la Rosa, el duque de Rivas, don Salustiano Olózaga, y el general Castaños, que fué, como ya hemos dicho, presidente del antiguo Ateneo Español.

Sobre la calidad de los socios bastará decir, que habiendo negociado en 1870, con patriótico acierto, nuestro ministro en Lisboa el canje de libros originales contemporáneos españoles y portugueses, el Ateneo ha podido remitir de solos sus individuos (y no todos ciertamente) setenta y tres obras diversas sobre asuntos científicos y literarios; y áun podria añadirse tambien, como dato de calidad, que sea cualquiera el gobierno que mande, la mitad de los ministros, por lo ménos, son ateneistas.

Hay, pues, dentro de esta casa una atmósfera especial de desden hácia todo lo grande humano, que nadie, á no respirarla por sí mismo, pudiera comprenderla. Sólo meditando en el colegio de Cardenales, donde cada uno puede ser Papa, y

 todos

todos son príncipes de la Iglesia, se viene en conocimiento del trato íntimo de esta Sociedad, donde nadie envidia á nadie, nadie teme á nadie, y nadie espera de nadie. Bajan por aquella escalera los futuros ministros á jurar en manos del monarca su ascension al poder, sin que por esto el conserje les incline más la cabeza á la salida que los dias precedentes; y cuando vuelven á subirla, nadie les pregunta tampoco dónde han estado. Tiénese por de mal tono dirigirles recomendaciones ni memoriales; si alguna vez (rarísimas) se dignan pisar la casa, hay lujo de no atenderlos ni distinguirlos; y suele suceder, que si indiscretamente se deslizan en un aposento, oigan su desapiadada anatomía, escalpelada con lenguas más agudas y de mejor temple que los bisturís del Colegio de San Cárlos.

El Ateneo es una casa de oposicion. ¿Pues no ha de serlo? En el Ateneo reside la ciencia y la experiencia, el conocimiento del mundo y el conocimiento de los hombres. El Ateneo es, con relacion al teatro de la vida social, una compañía de actores sin ajuste: al que se ajusta se le muerde. Por eso quizá concurren poco los socios que están ajustados. Pero cuando vuelven, ¡qué humildad la de sus rostros, qué sencillez la de su apostura, qué compañerismo el de su trato, ya

vulgar y pedestre! A las veinticuatro horas de caer, forman ya coro con los murmuradores.

En cambio el Ateneo no es casa de malicia, y mucho ménos de conspiracion como algunos sándios la suponen. Jamás en medio siglo ha partido de allí reyerta alguna pública ni privada que pueda comprometer la tranquilidad ni los intereses de nadie. Palenque de controversia al aire libre, ningun Gobierno puede jactarse de haber sido alabado; pero ningun Gobierno podria justificar el que se le haya sido faccioso. Sala de armas de caballeros, cada individuo tiene su florete; pero todos los floretes tienen boton.

Cúlpase asimismo con ignorancia completa á esta Sociedad, de ser centro retrógrado y doctrinario. ¡Retrógrado el Ateneo, que ha producido la escuela economista y dotado á las masas inconscientes de nuestro país de sus únicos miembros distinguidos! ¡Retrógrado el Ateneo, que ha abierto sus salones para que expliquen democracia á Rivero, Castelar, Moret, Echegaray, y todos los de su escuela! ¡Retrógrado el Ateneo, que nació con la libertad, padeció por la libertad, renació con la libertad, y fué en 1852 el único baluarte de la patria donde se enarboló la bandera del sistema representativo contra los partidarios de la reforma!

 Lo

Lo que ha sido siempre el Ateneo, políticamente considerado, es fiel á su orígen y á las sábias ideas de sus liberales fundadores. Los patriarcas de 1820, encareciendo la instruccion á que iban á dedicarse, decian en los Estatutos del establecimiento: —«¿Qué libertad puede disfrutar el ignorante, siempre á discrecion del primer charlatan que se le acerca?»

Y añadian despues con profético tono hace cincuenta años:—«Acaso se vé aquí el gérmen de un establecimiento que creado por nuestro puro patriotismo, y desarrollado por nuestra vigilancia esmerada y contínuos cuidados, podrá algun dia aparecer en todo su vigor, y presentar á la faz de Europa entera el árbol majestuoso de las ciencias y de las artes, á cuya sombra benéfica descanse tranquila la libertad de la patria. Tal vez anhelarán por venir á disfrutar el aura pura y virginal que bajo esta casa se respire, los desgraciados de ambos mundos.»

Sí: esto es lo que hace el Ateneo: regar incesantemente el árbol majestuoso de las ciencias y de las artes, á cuya sola sombra puede descansar algun dia tranquila la libertad de la patria. El Ateneo abre sus puertas á todas las opiniones honradas, sus cátedras á todas las doctrinas cultas, sus fondos á todas las adquisiciones civilizadoras.

El que quiera estudiar la libertad, apenas encontrará libros en Madrid como no vaya á la biblioteca del Ateneo. El que quiera conocer los peligros de la libertad, apenas encontrará en Madrid bocas que se los expliquen como no vaya á su salon de discusiones y de tertulia. El Ateneo no es retrógrado ni puede serlo nunca; el Ateneo es un ateneo.

Si hay épocas desdichadas en que con el nombre de libertad, y á la sombra de un árbol podrido, se santifica el espíritu de insurreccion, se enaltece la ignorancia y se persigue al mérito, se conceden derechos á la chaqueta indocta y se le merman á la levita civilizada, se atropella todo lo noble y se saca á la superficie todo lo fangoso, se condenan al hambre la moral y la instruccion, y se tienden los manteles del festin para la ignorancia y el vicio; si hay épocas, decimos, tan desdichadas como esas, el Ateneo saca el libro de sus patriarcas de 1820, y dice:—«¡Qué libertad puede gozar el ignorante, siempre á discrecion del primer charlatan que se le acerca!»

Por eso suele parecerle retrógrado á algunos; porque el Ateneo santifica el trabajo, enaltece la sabiduría, concede derechos á la luz, atropella á la ignorancia, niega manteles á la inmoralidad; y trayendo siempre á la memoria las ideas de los pró-

próceres de 1820, repetimos, cierra sus puertas á todos los vulgos, murmura de todas las profanaciones, se subleva ante todas las injusticias, se mofa de todos los ídolos, desprecia á todas las falsas celebridades; y encerrándose en su modesto caseron de la calle de la Montera, hace hospital y refugio lo que debia ser palacio y parlamento, para que vengan á disfrutar en su humilde recinto el aura pura de la instruccion, los desgraciados de ambos mundos.

¡Ateneo científico y literario de Madrid! nosotros (el último de todos los hijos) te saludamos con efusion al comenzar el segundo medio siglo de tu existencia.

EL PANTEON DE LAS ARTES.

I

¿Qué fatalidad pesa sobre las artes de nuestra patria, para que así se disipen como humo vano las más legítimas esperanzas de su juventud regeneradora?

Treinta años van pasados apenas desde que se inició la restauracion artística de España, y en tan corto espacio de tiempo van consumidas dos generaciones de ingenios distinguidos.—¡Malditos treinta años! (podríamos decir con el poeta):

plazo simbólico y fatal, que así mira con una cara al orígen dichoso del bello arte, como con la otra señala el término de la vida de los que á él consagran su númen.

Empujemos, si no, la puerta del cementerio.—¡Bande! treinta años: ¡Hispaleto! treinta años: ¡Manzano! treinta años: ¡Zamacois! treinta años: ¡Becquer! treinta años: ¡Ruiperez! treinta años... ¿Será que el ingenio artístico no puede vivir? ¿Será que el arte español no debe regenerarse?

No. El ingenio artístico vive, y por fortuna más que otros ingenios: el arte español se regenera tambien, áun con el númen mismo de los que mueren. La desgracia, pues, es una desgracia casual: la desgracia es una desgracia desgraciada. Nuestros jóvenes artistas se van, como se van nuestros jóvenes literatos, como se van nuestros jóvenes científicos, como se van nuestros jóvenes industriales, como por desdicha se va la juventud. Lo que tiene de más ruidoso el fin prematuro del artista, es que sus obras se han formado ya áun en los primeros años de su carrera: el artista, al morir, deja cuadros ó estátuas, cuando el filósofo no ha podido dejar filosofía, cuando el profesor no ha podido dejar textos, cuando el mecánico no ha podido dejar fábricas, cuando el héroe no ha podido dejar victorias. ¡Dichoso, pues,

 el

el artista sobre sus pobres compañeros de corta existencia! A él le es permitido dejar renombre, cuando para los otros no queda más que el olvido.

No nos pregunteis, vosotros los que vais á seguir el curso de estas líneas, dónde se halla el Panteon de las Artes á que hemos prometido acompañaros. El panteon de las artes españolas no existe más que en la imaginacion de los que viven y desean morir en ellas. El campo material de su fundacion no se ha elegido todavía; los sepulcros no se han fabricado; las lápidas están sin labrar; las flores y los sáuces que han de embellecer las modestas tumbas, están aún en semilla: lo único que está ya conquistado entre nosotros, es el derecho á la perpétua existencia de eso que no existe.

Entrad en el estudio de un pintor, de estos que por fortuna han traspasado la terrible edad, y que fueron compañeros ó amigos de los difuntos, y en cada una de estas mansiones provisionales de arte, encontrareis el panteon que todavía no han construido los hombres. Allí hay un boceto de Manzano, una caricatura de Zamacois, un tipo de Becquer, un apunte de Hispaleto, y cuando ménos una carta de Pascual en que desde París refiere los trabajos que se pasan en Francia ántes de que, como él, pueda un jóven ganarse la vida

 di-

dibujando; ó un telegrama de Pagniucci en que consulta qué colocacion debe dar á una obra de arte de las que tiene encargo de exhibir en el certámen universal de 1867; ó una nota de Bellver sobre el discurso que preparaba para ser recibido en la Academia de San Fernando, pocos dias despues de que le sorprendiera la muerte.—En esos estudios, decíamos, está el panteon provisional de las artes españolas, nacidas apenas á los albores de una dichosa regeneracion, y abundantes ya en triste y desapiadada necrología.

Efectivamente: las artes españolas han despertado á la luz del progreso contemporáneo delante de nuestros propios ojos. Hace cuatro dias que el arte español reposaba aún en ese sueño letal que, para casi todos los ramos del ingenio, ha durado entre nosotros cerca de dos siglos.

Despertaron, como las letras, con las auras de la libertad; pero, como las letras tambien, no adquirieron desarrollo hasta que la palabra libertad dejó de andar en boca de todo el mundo. Los gobiernos de órden y de civilizacion, comprendieron que habia llegado el caso de proteger con poderosos auxilios á una juventud ávida de proseguir la senda artística de nuestros mayores; é imitando el camino de nuestros mayores tambien, proporcionaron recursos para viajar por los países del

 arte,

arte, á cuantos demostraban aptitudes y preparacion convenientes.

No se hizo esperar demasiado el éxito de esta forma de proteccion libre.—Vivas están en la memoria de todos aquellas raquíticas exposiciones de bellas artes que se celebraban en el local de la Academia de San Fernando, durante las ferias de Setiembre. En aquellas escaleras tortuosas, en aquel patio húmedo, en aquellas estrechas salas alumbradas por luz de balcon, media docena de retratos del gran maestro Madrazo, algun interior brillante del paisista Villaamil, y hasta tres ó cuatro docenas de lienzos mediocres, pintados por artistas que lo habrian sido seguramente, si en vez de vegetar en el rincon de una escuela de chicos, hubieran respirado los horizontes del arte, constituian, con un haraposo cortejo de aficionados y principiantes, lo que con cierto énfasis meridional se llamaba en Madrid Exposicion de pinturas. Y llamábanla propiamente de este modo, porque la Arquitectura y la Escultura estaban poco ménos que relegadas al olvido.

Parten, pues, á Italia con recursos del gobierno, y á Italia y Francia con recursos de otras corporaciones ó á veces propios, todos esos jóvenes cuyos apellidos son ya populares en nuestra patria: Montañés, Madrazo (Luis), German, Lozano,

Aznar, Gisbert, Haes, Gonzalvo, Sainz, Pascual, Casado, Puebla, Avendaño, Rico, Dominguez, Navarro, Cano, Álvarez, Tousquet, Sans, Carreño, Suarez Llanos, Pellicer, Rosales, Fortuny, Palmaroli, Vallés, Madrazo (Raimundo), Navarrete, Domingo, Mendez, Hispaleto, Ferrandiz, Manzano, Ruiperez, Castellano, Hiraldez, Vera, Mercadé, Zamacois, Miravent, Fierros, Gimenez, Valdivieso, Ocon, Belmonte, Utrera, Gimeno, Francés, Rodriguez, Sala, Monleon, Domingo, ¿qué sabemos cuántos más? Y en poquísimos años pagan á su patria el corto sacrificio con obras populares ya tambien: Saul, Santa Cecilia, Sócrates, San Pablo, Los Comuneros, Los Carvajales, Cristóbal Colon, Séneca, San Lorenzo, San Francisco, Los Náufragos de Trafalgar, El Lazarillo de Tormes, Isabel la Católica, La Vicaría, Juana la Loca, La Capilla Sixtina, El Marqués de Bedmar, La Muerte de Villamediana, La Jura en Santa Gadea, Guzman el Bueno, La Independencia de Cádiz, Santa Clara; países, marinas, bodegones, animales, flores, interiores, adornos, ¡qué sabemos cuántas obras y géneros más! que colocan el arte, si no al nivel, en honrosa comparacion, por lo ménos, con las naciones que nos aventajaban en un siglo de cultura!

Comienza, como por ensalmo, á formarse un mu-

museo viviente, allí donde no habia más arte que el de retratar y copiar: la escultura y la arquitectura, empinándose á su vez por sobre los hombros de su hermana más accesible á la inteligencia y recursos de las gentes, adquieren dignos representantes en Pagniucci, Rodriguez, Vilches, Bellver, Figueras, Elías, Suñol, Martin, Valmitjana, Gándara, Inza, Mendivil, Cabello, Avalos, Cubas, Marin Baldo, y otros diversos; de cuya moderna educacion artística responden ya obras como el Monumento de O'Donnell, las esculturas del Congreso, estátuas como Pelayo, La India convertida, San Juan de Dios, Andrómaca, El Descendimiento de Cristo, Dante, Matatías, Santa Teresa, y tantas más que no se nos vienen ahora á la memoria; porque la arquitectura, pobre en empresas monumentales contemporáneas, no utiliza aún como puede hacerlo el númen de los arquitectos y escultores distinguidos con que cuenta el arte.

La mano protectora del poder público, decíamos, encuentra buena semilla que arrojar á la tierra donde siempre brotaron, por procedimientos parecidos de reyes y magnates, artistas de primer órden. Renacen los concursos en su actual forma de Exposiciones, como equivalencia de los que se verificaban en los cláustros de los monas-

terios y en las galerías de los palacios: háblase de artistas y de obras, de géneros y estilos, de tiempos y de escuelas; estúdiase é investígase por el público lo que se habia relegado al olvido, ó lo que es peor, á la indiferencia; y marchando, como sucede siempre, acordes el poder que impulsa y el país impulsado, puede decirse al cabo de corto esfuerzo, que la patria de Ribera, Velazquez y Murillo vuelve á tener Arte, y arte nacional.

II

Pero no pretendamos seguir la historia contemporánea de ese arte, cuyos fundamentos se están echando aún en la actualidad. Otra tarea, ménos grata, áun cuando más cariñosa y justa, nos invita á abandonar la senda del progreso que corre, para detenernos en el dintel de la muerte que se para. No nos ocupen los que viven, que de esos se ocupa el mundo cada vez que se exponen sus obras; ocupémonos de los que ya no existen, y con preferencia de los que no han podido ni áun dejar rastros gloriosos de su ingenio malogrado.

¡Bande! ¡Pascual! ¡Utrera! ¡Sainz! ¿Quiénes

son esos nombres? ¿Qué significan esas existencias oscuras y ya pasadas?—Ciertamente: ¿quién se acuerda de Utrera, del primero quizá que pagó su tributo á la tumba, casi un niño, sin haber dejado de sus grandes talentos otra prueba que el cuadro de Guzman el Bueno, que se guarda en el palacio de Madrid? Este pobre jóven sevillano, discípulo de Esquivel, padre, y que anunciaba ser una gloria nacional, ni áun tuvo el gusto de ver colgada en la primera Exposicion del ministerio de Fomento su preciosa obra. La muerte tenia prisa de llevárselo.

¿Quién es Pascual?—Ménos aún conocido que Utrera, y sin embargo sus compañeros dicen á una voz que era el Overbeeck de nuestra patria. Hijo de Múrcia y artista de aficion desde sus primeros años, la Provincia lo mandó á París para que desarrollase ante buenos modelos sus raras disposiciones. Allí se vió prontamente solicitado por editores y litógrafos, no faltando quien crea que se le encargaban obras que firmaban despues las eminencias del arte. Pobre de espíritu, con todo, para la vida de taller y mucho ménos para alternar con la *bohemia* artística, el dibujante murciano principió á consumirse entre sus profundos pensamientos, su escasez de recursos y su falta ingénita de salud.

 Pas-

Pascual (dice un su biógrafo inédito) era el hombre más honrado, sabio, justo y virtuoso de cuantos he conocido. Tenia el temple de alma de todo el que es filósofo y artista y poeta, pero encerrado en un cuerpo enfermizo que desea emanciparse de una carga que no le pertenece. Platon, Rafael, Murillo, San Agustin, Bellini, le hubieran tomado por discípulo ó compañero: concebia y sentia como los grandes hombres, y era un hombre pequeño para la sociedad.—Su númen artístico se remontaba á la grandeza de Miguel Angel para las formas, y á la dulzura de Murillo para los pensamientos. Abundaba en correccion y en fantasía; era realista y era espiritual. Torpe de paleta, no hallaba en los colores el elemento de una expresion adecuada á sus ideas gigantes; de modo que, á haber vivido, sus obras no serian lienzos, sino cartones.

Arrinconado Pascual en la tierra que le vió nacer, donde los aires puros y templados de la hermosa huerta prolongaban artificiosamente su vida, trabajó y trabajó sin fruto y sin gloria. Algunos cuadros de devocion que pueblan iglesias y ermitas de aquel país, muchos dibujos para su cartera y muchos regalos para sus amigos, constituyen la produccion artística de Pascual. Algun dia tal vez salgan á luz sus composiciones, y entón-

 ces

ces será conocido de las gentes, el que hoy no es conocido más que de sus admirados compañeros.

Nosotros hemos visto un cuadro suyo que caracteriza al hombre y al pintor.—Representa un pollino de rollizas formas, á quien unos cupiditos encantadores disparan algunas flechas saliendo del Capitolio. El asno pone en dispersion á los ballesteros del amor puro, y la emprende á coces con el que ha tenido la torpeza de querer enamorarle dignamente.—«He querido pintar aquí (decia Pascual) al comun de los hombres que no tienen alma. El amor espiritual en la tierra es casi siempre recibido así.»

¿Quién es Sainz?—Sainz pertenece á la primera tanda de artistas que en 1848 ganaron la pension de Roma. *Tobías volviendo la vista á su padre*, fué la obra que le abrió las puertas del estudio extranjero. Era de condicion franca y atrevida para el arte, al propio tiempo que meticuloso y nimio para las conclusiones. Parecia, y así resulta efectivamente en el sentir de sus amigos, que luchaba con el propósito de amalgamar lo extraordinario con lo circunspecto. Pintaba un cuadro en un dia, y no lo daba por concluido en meses: queria formarse estilo propio y original; y en esta lucha, áun cuando multiplicó bellos estudios, no terminó una obra de importancia.

La Academia de San Fernando posee *Un gladiador ungiéndose en el baño*, que revela las grandes disposiciones del artista, y en el Museo Real existen suyos dos retratos de reyes. Pero su grande obra, la que le hubiera hecho entrar en la categoría y número de los ingenios privilegiados, era *La Destruccion de Sagunto*. Cuantos conocieron este gran lienzo que pintaba, despues de moderar sus ardores en el reposo clásico de las ruinas de Pompeya, aseguran que era una obra de primer órden. Desgraciadamente se ha perdido: creen unos que está en Roma, arrollada en los sótanos ó desvanes de algun edificio español: otros se figuran que en París es donde sufre tan mísera suerte: ello es que Sainz, cuando á los treinta años, y querido y respetado en Madrid, se disponia á volver al extranjero para terminar su Sagunto, una fiebre cerebral lo detuvo para siempre en el cementerio de la Puerta de Toledo.—Hay un deber sagrado de buscar esa obra: no pueden consentirse dos cadáveres de una sola muerte. ¡Pobre Sainz!

Bande seria áun más desconocido de lo que es hoy, sin un protector extranjero á quien se debe honrosa memoria en este lugar: Lord Howden, embajador que fué de Inglaterra en Madrid. Gustó tanto el inteligente general Caradoc del ingenio

 del

del jóven artista, que á sus encargos se deben, y en su poder existen la mayor parte de los cuadros de Bande. Para él pintó lo que llamaba su *Huida á Egipto*, que eran unos gitanos huyendo de una ciudad morisca; *Los Esquiladores*, que eran gitanos tambien, revueltos con primorosos burros; y no sabemos ciertamente si llegó á pintarle *Los cinco sentidos;* uno de los cuales, el del olfato, le suplicó el noble Lord que lo alterase de como habia concebido el boceto, por miedo de que *oliese demasiado* en Inglaterra.

Aunque hijo de Madrid, y sin más educacion artística que la de la Academia de San Fernando, Bande pintaba ya con singular gracia y notable perfeccion las costumbres españolas, especialmente las de Andalucía. Cualquiera hubiese creido que era de allí, ó que habia visitado tan hermosa tierra, segun las tendencias y amistades andaluzas que eran de su particular agrado. Pero no fué sino Lord Howden quien le realizó su sueño de oro, encargándole obras en consonancia con sus gustos, para las cuales hizo un viaje á Granada, de que despues vamos á ocuparnos. Fuera de estas obras, no sabemos que concluyera otras más notables que las dos que existen suyas en el Museo Nacional: un *Gaitero* de las provincias del Norte, y *El Artista enfermo*, interesante cuadro

 en

en que un jóven pintor muere de fiebre lenta al lado de su esposa que le sirve un caldo, y de un bello niño que juega en el mísero suelo de la bohardilla. ¿Era esto un fatal presentimiento? La fiebre lenta concluyó con él.

Bande quiso impregnarse en el sabor arábigo de nuestras provincias de Andalucía, porque adivinaba, como hoy sabe Fortuny, que siete siglos de moros dejan una huella profunda en el carácter del pueblo por donde pasan.—Aun cuando la Academia de la Historia no lo haya confesado todavía, la historia de los árabes es la historia de España, por lo ménos de siete siglos.

Hallábanse entónces en la morisca Granada una porcion de artistas á quienes los gobiernos de diversos países, y singularmente el de Rusia, habian mandado con pensiones para estudiar y reproducir ese arte de que no quieren desprenderse Moscow y Petersburgo. Habíalos entre ellos habilísimos, como Zorókin, que acertó á pintar los gitanos de la Alhambra y los interiores del Alcázar Real, de una manera que asombró á la Academia de Rusia, cuando verificó su regreso, despues de haber admirado en las exposiciones de Madrid y de Roma. Habíalos como Mizhailof, famoso copiante, á quien el emperador moscovita dió encargo de trasladar á los museos de su na-

 cion

cion las grandes obras de Rafael que nosotros poseemos en Madrid. Habíalos como Owen-Jones, el insigne arquitecto inglés que trazó y levantó el Palacio de Cristal de Sydenham, despues de haber dado á conocer al mundo artístico las maravillas de la Alhambra. Habia literatos como el baron de Schak, que ha escrito en Alemania la historia literaria y artística de los árabes españoles; como el sabio Hübner, comisionado por el gobierno de Prusia para estudiar la epigrafía ibérica; músicos como Glinka, que bajo la influencia de los cantos populares de nuestra patria compuso la grande ópera rusa *La vida por el Czar;* pintores escenógrafos como Aranda, el primero de nuestro país; viajeros distinguidos como el príncipe Adalberto de Baviera; como el infante Luis de Braganza, hoy rey de Portugal; como el soldado de Crimea Liprandi (ántes Espejo), hijo de Granada, y que tuvo el cariñoso interés de visitar su tierra volviendo victorioso del Cáucaso. Allí, por fin, existia aún ese núcleo literario granadino que goza de cierta celebridad en España, al cual, aunque el último de todos, nosotros nos gloriamos de pertenecer; grupo á que habian dado sávia y calor literario los Búrgos, los Martinez de la Rosa, los Fernandez-Guerra, los Cueto, los Castro y Orozco, los Lafuente Alcántara, y toda

 una

una falange de sabios y poetas que ha brotado el Genil en la primera mitad del presente siglo.

Bande habia ido á Granada con el pintor escenógrafo Bravo, para impregnarse, decíamos, el primero en el estilo de las artes moriscas, y hacer cuadros al general Caradoc; el segundo, para tomar apuntes con objeto de pintar un salon árabe de la duquesa de Alba, que habia construido, por encargo expreso de tan exquisita mujer, Rafael Contreras, el ya por entónces célebre restaurador del palacio de Alhamar el Magnífico.

Era á la sazon centro de toda aquella sociedad artística, que de allí voló como el humo á las embajadas, á los parlamentos, á las academias, á los museos, á los palacios y á los cementerios, un artista singular, arquitecto notable de la Academia de San Petersburgo, á quien el Czar de Rusia habia enviado para que redujese y se llevase entero el alcázar de la Alhambra. Llamábase Nocbek; pero en vano hubiera sido preguntar allí por semejante sugeto, pues nadie, áun viviendo cerca de diez años en Granada y siendo de todos conocido, nadie contestaria sino con la frase hecha de *Pablo*, ó *Don Pablo*, *el ruso*. Era hombre jóven, alto, de figura distinguida, excesivamente rico y excesivamente generoso. Gastaba su fortuna con especial donaire entre artistas, literatos y po-

pobres: hacia la vida alegre del caballero llano, del extranjero convertido, del artista cosmopolita y poligloto. Su popularidad, que entónces era indescriptible, y que es hoy en Granada legendaria, alcanzaba á todas las clases sociales; pues no hay hoy gitanillo en el Albahicin á quien no hubiese sacado de pila, ni lavandera en el Darro de cuyas bodas no hubiese sido padrino, ni aprendiz de arte que no recuerde sus dádivas cuando las merecia. Era soltero y lo visitaban las señoras de la clase media; era extranjero y se le consultaba para asuntos del país; era artista de yesos y escayolas, y todos, sin embargo, se descubrian cuando pasaba, como si fuera una especie de sacerdote. En una palabra: aquel arquitecto extraño, ¿á qué le buscamos más definiciones? era *Pablo el ruso*. Todo el que habla ó entiende algo de artes en España, lo conoce.

Pablo el ruso, pues, fué el anfitrion de la despedida de Bande. Iban á celebrarse en su casa los cuadros que el jóven artista habia de pintar con los apuntes y estudios hechos en Granada. Todo el cónclave artístico y literario estaba convidado á la cena que el Ruso daria en la fonda de San Francisco de la Alhambra, de que era único huésped. Los balcones estaban iluminados, y una murga tocaba aires escogidos en la puerta. Al-

 guno

guno que otro cohete avisaba, como era de costumbre, la funcion.

¿De qué se compuso la cena? ¿Qué pasó allí? Estas descripciones ocuparian un volúmen. Despues de cenar habia concierto mudo en el alcázar. Nadie puede formar idea de uno de aquellos conciertos. Las llaves del palacio árabe estaban en esta época en poder del Ruso. Cuando los criados le oian salir de noche con amigos, entraban un piano en el Patio de los Leones; preparaban luces de bengala en el Salon de Justicia, y cogian el armoni-flauta del uso de la sociedad, para esconderlo entre los arrayanes del Estanque. Tres naipes doblados, con los cuales se imitan muy bien los oboes, aunque más dulcemente que estos instrumentos de madera, aparecian doblados en los bolsillos de los instrumentistas. El Ruso tenia un ayuda de cámara que adivinaba los pensamientos y obedecia como un nubio á su amo.

La turba vocinglera de artistas, de literatos, de músicos, se desparramaba entónces por la mansion de Boabdil, no pisada durante la noche por profano alguno, desde que el desdichado rey exhaló su célebre suspiro. Los alicatados y filigranas de aquellas decoraciones imponderables; las ojivas trasparentes que envidiaria el punto de Bruxelas; los pavimentos de mármol de Macael

 en

en piezas gigantescas, como las que dan nombre al Salon de las dos Hermanas; las fuentes de abluciones, en cuyos fondos vé aún hoy el vulgo acongojado sangre de los Abencerrajes; el Tocador de Lindaraja, la Sala de Embajadores, los Baños de Fatima, ¿qué sabemos qué más?, todo resplandeciente de luces misteriosas, de armonías subterráneas, de recuerdos fantásticos, de canciones á media voz, que partian no se sabe de dónde, pero que entonaban clara y distintamente el *Adios* de Schubert, la *Serenata* de Mozart, ó la *Blanca Luna* de Rossini; y ningun punto fijo para los convidados, ningun programa para la fiesta, ninguna estancia en donde se hallasen más de dos personas; concierto anónimo, anfitrion irresponsable, música sin director ni papeles, zahurda séria, en fin, que provocando ora á la contemplacion de un panorama, ora á la fantasía de una morisca escena, ya al arrobamiento melódico de la soledad, bien á la busca de compañía que alejase el espanto, — aquellos conciertos *sui géneris*, y únicos en el mundo, decimos, no los han disfrutado jamás, reyes, odaliscas, ni emperadores de Roma.

Habia pasado la media noche cuando salíamos del alcázar, y era necesario entretener las horas hasta el toque del alba, en que partia la diligen-

 cia

cia para Madrid.—El Ruso tenia dispuesto un ponche en su casa; pero ¡qué ponche!

En el salon de la fonda, donde ya hemos dicho que no habitaba nadie, habíase colocado una enorme caldera, antiguo atabal morisco que el artista llevaba al Museo de Petersburgo, y sobre sus bordes se ostentaban en cruz dos viejas espadas de cazoleta, formando el más extraño trofeo que puede imaginarse. El timbal estaba lleno de agua caliente, y sobre la confluencia de las hojas se erguia, blanco como el armiño, un hermoso pilon de azúcar. Pablo vestido con el último traje antiguo que habia comprado, y hecho vestir á todos los comensales con su guarda-ropía arqueológica, salió derramando botellas de *cognac* viejo sobre el pilon, el cual cuando se hubo empapado, y prendido que fué de fuego, iluminaba la estancia con siniestra luz, mientras los criados apagaban todos los velones de las mesas, y repartian cojines para sentarse en el suelo al rededor de aquella nueva caldera de Macbeth.

Describir lo fantástico de los himnos, lo abigarrado de las figuras, lo chistoso de las ocurrencias, la novedad de los contrastes, el entusiasmo frenético de los artistas, seria tarea punto ménos que imposible. Noche de otoño era, y el alba pareció que sucedia al crepúsculo, como acontece en

 las

las noches de verano de la ponderada isla de Wight.—Aun recordamos á Bande subido en el cupé de la diligencia, con los ojos arrasados de lágrimas, abrazando al aire en un solo abrazo á todos aquellos amigos que le habian hecho pasar *la noche más hermosa de su vida;* á aquellos amigos á quienes no habia de volver á ver nunca.

En efecto: todos viven, menos el pintor que iba á pintar los cuadros. Una fiebre lenta lo consumió á poco: él se llevó á la tumba unas escenas que nosotros ahora adivinamos. ¿Cómo no haberlas descrito, si son los lienzos que el artista habria de animar? ¿Cómo no referir en este sitio la fiesta, si en las memorias juveniles de todos se llama *La noche de Bande?*

III

Hispaleto, que parece que vive, porque hay un pintor hermano suyo que ha adoptado el mismo nombre, murió sin embargo en París durante el cólera de 1854, en la más terrible situacion que á jóven alguno ha podido sorprender. Extranjero y sin amigos, pobre y bajo el peso de una enfermedad epidémica, cuéntanse de sus últimos momentos escenas que desgarran el alma.

Él se llamaba Rafael García, era sevillano, y su deseo de adelantar en el arte para el que se sentia con disposiciones nada comunes, le hizo marchar á Francia sin más recursos que su oscura

 pale-

paleta, ni más auxilios que los que presta á la fantasía un corazon de veinte años. El corazon le engañó esta vez, como tantas otras engaña á la juventud, y el artista encontró la miseria y la muerte, donde esperaba hallar la abundancia y la gloria. Ni áun de esta última le fué permitido disfrutar en vida; pues los preciosos cuadros que tenia pintados y con los que echó la base de su reputacion, no fueron expuestos en Madrid hasta dos años despues de su fallecimiento.—Aun recuerda el público inteligente *El Mendigo*, *El Buñolero*, *La Verdulera*, *La Vendedora de cacharros*, y sobre todos, el cuadro de *Quevedo leyendo* una poesía ante la corte y los literatos de la época, cuya verdad y gracia, entonacion y recursos de arte, valieron á la memoria del pintor el aplauso y las lágrimas de sus admiradores.

Comenzaba Hispaleto (nombre con cuya adopcion demostraba cierta infantil arrogancia, no exenta de mérito en quien se encontró llamándose García), comenzaba, decimos, por sorprender el natural en los tipos populares de su provincia, para irse elevando á los tipos nobles de la historia literaria de su nacion. El cuadro de Quevedo, colgado hoy en la galería del marqués de Salamanca; otro de *Alarcon en la corte de Felipe IV*, que posee el poeta dramático Eguilaz, y dos más de gé-

 nero

nero histórico tambien, que pintó para el embajador de Inglaterra, á quien ántes hemos aludido, forman, con algunos retratos de las familias Pezuela y Gomez de la Serna, el caudal que en tan cortos años pudo dejarnos Hispaleto.

Dejónos, sin embargo, un nombre ilustre que ya la patria aprovechó manifestando cómo adelantaba y renacia el arte nacional, y dejónos, con su buena memoria, el aliento de un hermano que sigue su propio camino, cual si deseara redondear cumplidamente la gloria del que falleció.

Y ahora que de hermanos hablamos, ¿cómo no correr por las calles de este cementerio en busca de la tumba de los hermanos Becquer? Los dos eran artistas, y los dos murieron desconocidos de la generalidad del público á quien hoy encantan con los restos informes de su espléndido caudal artístico y literario. De Sevilla eran tambien como los García, y á las costumbres populares dedicaron tambien su ingenio de niños, para irse elevando en rápida ascension hasta los primeros puestos de la literatura y del arte.

Gustavo Becquer, el poeta, era uno de los mejores ingenios que ha producido la España contemporánea. Evoquemos una memoria suya que no se remonta más allá de los últimos dias de Setiembre de 1870. Que él hable de su hermano.

 Nos-

Nosotros le vimos bajar por la calle de la Montera: venia pálido y abatido como quien sufre más de lo que puede; su traje era descuidado, áun más de lo que ordinariamente solia; no llevaba luto, como quien siente tanto, que no ha caido en vestirse de negro. Cuando nos vió se dejó abrazar, y, adelantándose á nuestra pregunta, dijo:

—Sí, ha muerto. El pobre Valeriano ya no vive.

—Y ¿cómo ha sido eso? (le preguntamos).

—¡Qué sé yo! Aun no lo sabe nadie. Ha muerto, porque sí.

Entónces le metimos en el Ateneo, decididos á dejarle hablar, para que desahogara su pena. Cuando Gustavo Becquer hablaba, no sabia que existiera en el mundo más que su conversacion. Era de los que hablaban con el cuerpo y con el alma.

—Ahora todos me dicen (prosiguió) que la muerte de Valeriano estaba prevista, que la llevaba en el rostro, que es, hasta cierto punto, un suceso natural. ¡Natural la muerte! ¡Natural el escape de la vida á los treinta años, cuando se han padecido todos los tormentos de la niñez, de la educacion, del arte de buscar la subsistencia, y no se han disfrutado aún los goces de la virilidad, de la gloria del bien vivir!...

Y quedó pensativo un momento. Despues continuó:

—Yo no he creido nunca en la muerte. Sé que los hombres se mueren; pero cada caso me ha parecido siempre una excepcion. Así, cuando oia decir: que se cuide Valeriano, que siga un plan, que adopte precauciones; contestaba yo: ¿y para qué? Valeriano ha tenido una niñez desdichada, una juventud no más dichosa; y ahora que está formada su naturaleza y su vida, ahora que se ha madurado su talento, ahora que principia á tener fama y recursos y quizá gloria, ¿qué necesita más que trabajar? ¿En nombre de qué ha de adoptar precauciones? Y en esta confianza he vivido hasta que ha muerto, hasta que he visto desvanecerse en mis brazos tanta esperanza, tanta riqueza artística, tanto genio, amigo mio, tanto genio! Porque Valeriano (proseguia, tomando aquel torrente de verbosidad que le era propio), Valeriano ha muerto sin que lo conozcan, sin que puedan ni adivinar quién era. Dentro de unos dias me vendré de la casa que habitábamos en la Venta del Espíritu Santo, y entónces convocaré á los amigos para que vean los apuntes y los cuadernos de Valeriano. Allí hay un gran pintor, y él se ha muerto sin pintar; hay un gran dibujante, y él se ha muerto sin publicar

 di-

dibujos; hay un artista consumado, y él se ha muerto sin dejar la prueba. Todo lo que un ingenio peregrino tiene que hacer para manifestarse, todo lo tenia hecho. Sus carteras son un arsenal copioso de donde con el lápiz ó el pincel pudiera haber sacado mi hermano en dias, en horas, tesoros de valor y de riqueza. Los tipos que habia sorprendido del natural en esas provincias de Castilla la Vieja y Aragon; los paisajes que habia contemplado en su pérpetuo andar por nuestros lugares; las decoraciones que le habian inspirado nuestros templos y nuestros castillos; la originalidad española de que él era poseedor y que tan bien sabia vaciar sobre la superficie de un carton ó de un lienzo, todo esto se queda perdido en el mundo, porque falta la mano de Valeriano que lo anime. Yo me propongo darlo á conocer, á los amigos, al ménos, enseñando esas carteras con las explicaciones que él me hacia, con los proyectos que él acariciaba, con las ingeniosísimas ideas que de aquellos embriones habian de salir sin duda alguna. Yo haré que, por lo ménos, unos pocos sepan quién era Valeriano! »

Y al llegar aquí, las lágrimas rodaban ya por sus mejillas, y su palidez era marmórea, como si sufriese y presintiese el cuerpo, que ántes de tan breve cita habria bajado él tambien á la tumba.

 —Para

—Para dar una idea del genio de mi hermano (añadió, sobreponiéndose á la debilidad física que le agoviaba), voy á referir lo que pasó años atrás con un amigo. Habíale encargado el Sr. Cueto (D. Leopoldo Augusto) que le pintase seis lienzos con seis alegorías de los seis teatros primeros del mundo. Una de las obras á que daba más prisa era la representacion de *Ofelia*. Mi hermano corrió á verme, y me dijo: ¿Quién es Ofelia? Yo entónces tomé la pluma, como acostumbraba en casos semejantes, porque él me dibujaba mis versos y yo le versificaba sus cuadros, tomé la pluma y dije:

«Como la brisa que la sangre orea
Sobre el oscuro campo de batalla,
Cargada de perfumes y armonías
En el silencio de la noche vaga;
Símbolo del dolor y la ternura,
Del bardo inglés en el terrible drama,
La dulce Ofelia, la razon perdida,
Cogiendo flores y cantando pasa.»

—Valeriano (continuó) hizo por impregnarse del espíritu de estos versos, lo cual le era familiar; y poco tiempo despues Cueto recibia á la dulce Ofelia de Shakespeare, como si el autor hubiese tenido dentro del alma las imágenes del gran

 poe-

poeta. Él, sin embargo, no leyó el *Hamlet* sino mucho tiempo más tarde.»

Así se expresaba Gustavo Becquer haciendo la crítica artística de su pobre hermano. Y su juicio era muy respetable, áun descartado el amor fraternal, porque él tambien era artista; su lápiz corria por el papel con la misma viveza, con la misma exactitud, con el mismo ingenio que su pluma; habia ilustrado periódicos, habia hecho críticas excelentes de arte, habia merecido de los jóvenes artistas contemporáneos, ser electo jurado libre en la Exposicion de 1866, cuando su nombre literario era oscuro. Él hubiera sido un admirable mentor de su hermano, y entre uno y otro, con tanta crítica y tanto genio, hubiesen dado á España gloria abundante. Eran dos hermanos que además son amigos; dos almas que aspiran á refundirse en un solo cuerpo: por eso se murieron en pocos dias; y ¿de qué se murieron? Un amigo cariñoso de ambos, un ingenio privilegiado tambien, Ramon Correa, que ha puesto al frente de las *Obras de Gustavo Becquer* (obras que se han impreso y se venden para ayudar á la educacion de cinco huérfanos) páginas elocuentísimas de pasion y de verdad, vió morir á Gustavo, y lo dice: —«Gustavo murió de muerte.»

Gustavo Becquer murió, como dicen que muere

 la

la palmera cuando ha muerto la otra. Él, que no creia en la muerte, nos engañaba á todos, pues sus obras descubren hoy que el pensamiento del no sér, ocupaba constantemente la existencia del pensador. ¡Qué bien canta en sus *Rimas* la *Muerta de Piedra!* ¡Con qué fervor cristiano nos dibuja el campesino muerto en *El cementerio de la Aldea!* ¡Con qué potente imaginacion y fuerza de colorido traza *Las tumbas de los guerreros* en los cláustros y naves de nuestras basílicas! Y, sobre todo, ¡cómo describe su propia tumba!

Busque el lector esas páginas; adquiéralas para encanto propio y consuelo indirecto de unos niños sin padres, y en ellas encontrará el digno cementerio que aquí no halla; las bellas tumbas que podian cobijar honrosamente á cuantos, como genios perdidos, lloramos y enaltecemos en esta triste visita.

IV

Por fin tenemos á la vista algunos cenotafios: son verdaderos monumentos vacíos, pero siquiera son monumentos.—El de Manzano llena toda una sala de la Exposicion de Bellas Artes de 1866. Sus obras reunidas parecen un pequeño museo: sobre la pared hay colgada una corona de mirtos y laureles: debajo se ven los trazos de su rostro, delineados por un amigo: el corazon del público palpita ante aquellos cuadros que viven, y ante aquellos crespones que anuncian luto. ¡Estos muertos, siquiera, tienen ya escrita su historia!

La de Manzano, en efecto, es perfectamente co-

nocida. Hijo de Madrid y discípulo de su Escuela, comenzó á estudiar para ingeniero, decidiéndose despues por el cultivo de la pintura; circunstancia esta no despreciable ante la crítica, porque las obras de Manzano, exentas de vulgaridad, no abundan tal vez en esos arranques de genio que caracterizan al jóven impetuosamente inspirado.

Hizo su educacion artística en París, dependiendo de sus propios recursos; y desde sus primeros pasos trazóse la senda de pintor nacional, áun en medio de estudios extranjeros, como quizá ninguno de nuestros jóvenes artistas ha sabido ó querido conservarla. Manzano, estudiando en francés, aprendió á pintar en español: es sin duda su rasgo distintivo.

Españoles, por consiguiente, habian de ser sus cuadros, no sólo en los asuntos que eligiera, sino en el modo y forma de darles vida. La historia patria, más que en sus puntos culminantes y clásicos, en sus episodios novelescos y de género noble, obtuvo su predileccion cuantas veces las circunstancias le permitian dar rienda suelta á sus instintos. Pertenecen á este linaje de obras sus grandes cuadros de exposicion, *Rodrigo Vazquez visitando en la cárcel á la familia de Antonio Perez*, *Cisneros enseñando sus cañones á los grandes de España*, y hasta el último de *Don Juan de*

 Aus-

Austria, que la muerte no le dejó concluir. A historia legendaria nacional pertenecen, asimismo, *Los últimos momentos de Cervantes, Don Quijote leyendo libros de caballería*, *La muerte de Felipe II*, y otros. Hasta en las obritas exclusivamente de costumbres, como *La reja del convento, El Confesonario*, *La Antecámara,* y muchas más que sin asunto histórico pintó Manzano, siempre presidia sabor de época española, tipos españoles, atmósfera, color y sentimientos de España.

Es, bajo este punto de vista, la muerte de Manzano una mayor pérdida de lo que parece; pues nuestros jóvenes pintores, educados, premiados y solicitados en el extranjero, suelen incurrir en prácticas y amaneramientos extranjeros tambien, olvidándose de que hay una gloriosa escuela, múltiple en sus encantos, fecunda en originalidades y sello local, que se llama escuela española. Él la cultivaba con fruto, y sabia además adornarla con condiciones de color, que en sus lienzos recuerdan á los coloristas venecianos del mejor tiempo.

Tan raras dotes le valieron ser elevado á una plaza de profesor de la Academia de San Fernando, en el desempeño de la cual, y lleno de ilusiones y proyectos sin número, fué presa de un ataque fulminante de cólera morbo el 11 de Oc-

 tubre

tubre de 1865, entre la horrible pena de unos padres, una esposa y unos pequeñuelos, que cifraban en él su gloria y su ventura.—Sus amigos le lloran tambien aún, y con sus amigos la patria: ¡sólo en el cielo puede haber alcanzado dicha!

Ruiperez era más jóven que Manzano, y aunque no tan conocido en España como éste, disfrutaba mayor renombre en el extranjero. Tambien comenzó en Múrcia, su país, el estudio de una carrera científica, teniendo como adorno ó aficion de muchacho el cultivo de la pintura; pero eran tales las disposiciones que demostraba en el dibujo y jugueteo de colores, que su familia lo mandó á Barcelona con ánimo de que desarrollase el entusiasmo artístico que le dominaba. Bien pronto Barcelona fué estrecho campo para las exigencias de su númen; y vuelto á Múrcia donde se dedicó al estudio del natural en las gentes y panoramas de su hermosa huerta, la Diputacion de la provincia lo envió á París, en cuyo centro artístico conquistó lo más difícil de alcanzar por entónces, un primer puesto en el estudio del célebre Meissonnier.

Ruiperez, por el contrario de Manzano, se hizo en París pintor francés. No importa que tuviese predileccion por los asuntos de España y por los tipos españoles, singularmente de su país: adoptó

 el

el *género* como única expresion de arte, y dentro del genero pretendió rivalizar noblemente con el gran artista que áun ciñe en Francia el cetro de la moda en la pintura de salon.

El éxito coronaba cada dia los propósitos del jóven murciano; pues sus obras eran disputadas por los compradores y premiadas en los certámenes, que es lo mayor á que puede aspirar en el dia el que procura abrirse paso en tierra extranjera.

Su patria lo conoció y honró en las Exposiciones de 1862 y 64, donde hizo figurar unos *Jugadores del tiempo de Luis XV*, *Don Quijote arrojando los libros por la ventana*, y una *Escena de Gil Blas*, representando el momento en que le llevan los trajes á la cómica. Posteriormente, y en concursos nacionales y extranjeros, exhibió cuadros ya célebres, como *El Tocador de violin*, *Un Caballero del siglo* XIV *poniéndose los guantes*, *Un Lego asomado á la galería de su convento*, *Mosqueteros jugando sobre un tonel*, *El Tocador de guitarra*, *Un Naranjero*, y multitud de obras más que adornan gabinetes de Francia, Inglaterra y Bélgica, donde radicaba el mercado de Ruiperez. Porque su fama y voga en los cortos años que vivió, se extendian hasta haber contratado con las casas de Goupil y Durand, negociantes de primera línea en obras artísticas, el mo-

monopolio de cuanto pintase; y eso que Ruiperez disponia de vena y facilidad tan pasmosas, que ningun año entregó ménos de doce lienzos ó tablas, cuyo precio fluctuaba entre dos y cuatro mil francos cada uno.

Cuando podia, por consiguiente, volver á su patria, como lo verificó, á disfrutar de gloria y de fortuna; cuando dulces recuerdos del alma sembrados en el corazon del niño, le traian anheloso en busca de una amada mujer, con quien iba á compartir la existencia, esa fiebre maldita, esa fiebre avara de bondades, lo condujo cristiana y resignadamente al sepulcro.

Pintó Ruiperez en Múrcia poco ántes de morir uno de sus mejores cuadros, que la familia guarda en recuerdo. Es el interior ó patio de una posada, donde un arriero dá de beber á sus borricos. Allí depositó toda la gracia de sus concepciones, toda la exactitud de su ojo absorbente, todos los encantos de su color y de su estilo. Dejó además en su patria algunas copias de sus propios cuadros, y dibujos de mérito, entre los que merece hacerse mencion de *Un Cuerpo de guardia de mosqueteros*, que dedicaba á su amigo el aficionado del país señor Atienza, cuya obra quedó sin acabar cuando vino la muerte por el artista en Octubre de 1867.—Entre su familia, pues, y

 sus

sus amigos se hallan como debian los últimos alientos de Ruiperez.

Zamacois fué más desdichado aún que los anteriores; pues con ménos elementos que ellos para seguir la carrera que sus instintos infantiles le señalaban, la muerte vino á arrebatarlo, en edad más temprana que á ellos tambien, y cuando apenas comenzaba una vida de gloria que se debió exclusivamente á sí propio.

Eduardo Zamacois tuvo un padre más fecundo en hijos que en fortuna; pero por una especie de compensacion, los hijos nacieron artistas y se bastaron á sí mismos para hacer su carrera. Eduardo, á los diez y siete años, ya se consideró en vías de marchar á París para ser pintor, porque dibujaba jugando lo que se le antojaba, y porque un secreto presentimiento le decia que su suerte estaba allí. Con tan escasos elementos desembarcó el mozo en la gran ciudad.

Pintando acuarelas primorosas y retratos llenos de frescura y de gracia, Zamacois pudo en poquísimo tiempo llamar á París á una gran parte de su familia. Pero él tenia elevados designios con respecto á su arte, y la admiracion que tributaba á Ruiperez le impulsó á desear las lecciones del maestro Meissonnier. El memorial en que pidió esta gracia fue un cuadrito donde dos chicuelos

(sus hermanos) se encaramaban á coger fruta en la huerta de un convento, mientras un fraile (su padre) acechaba con malicia á los merodeadores. Cuando Meissonnier vió este cuadro, exclamó:— «El que así pinta, puede ser, no sólo discípulo mio, sino ántes de mucho mi compañero.»

Tal ha sucedido efectivamente: cincuenta obras de género picaresco, aunque noble, de ese género que forma lo que podemos llamar estilo contemporáneo, y que arrancando de Teniers, y pasando por Goya, termina en los Philip de Inglaterra, Tideman de Noruega, Stevens de Bélgica, Meissonnier de Francia y Fortuny de España, brotaron del pincel de Zamacois con la facilidad y engrandecimiento progresivos á que su fecundo ingenio le invitaba desde sus primeros pasos. Los emperadores de Francia, los reyes de España, los aficionados ingleses y rusos que viajan en busca de vejeces y novedades artísticas, todos se consideraron en la obligacion de obtener un cuadro de Zamacois, como ya lo habian obtenido de Ruiperez, como ahora aspiran á obtenerlo de Fortuny.

Imposible seria averiguar aquí el catálogo de esas obras, ni áun dar una idea aproximada de ellas. Todos saben que su gran reputacion la debe especialmente el artista á sus últimos cuadros: *Los Bufones*, *La Educacion de un Príncipe*, *El* *ne-*

negro que contempla la estátua de mármol blanco, *Los quintos*, *La vuelta al convento*, y tantos otros que han hecho á la vez memorables la crítica y la fama.

Requerido de amores por una esposa bella y un hermoso muchacho de cuatro años, solicitado por marchantes de arte, admirado y mimado por la sociedad y los amigos, gracias al encanto de las prendas de su alma, Zamacois vuelve á Madrid durante la guerra franco-prusiana en busca de pensamientos nacionales con que proseguir la carrera de sus triunfos; y cuando ha sacado una bella vista del *Salon de Embajadores* del palacio de Madrid, cuando bosqueja el *Sitio de Zaragoza*, cuando recibe encargos de todas partes y toma un estudio para fijarse entre nosotros, una fiebre, una angina, una fatalidad, más bien, corta de improviso aquella preciosa existencia de veintinueve años.

¿Qué es esto, volvemos á decir ahora: ¿por qué el destino persigue con implacable saña á la juventud artística española? ¡Dios lo sabe!

Ello es que por las calles de este cementerio no encontramos más que esperanzas perdidas.—Cárlos Esquivel va á proseguir las buenas tradiciones de su padre; en pocos años asciende á profesor; pinta con incansable afan y adelantos vi-

visibles numerosas obras; atrae la atencion pública con aquel *Asistente de un oficial muerto en la guerra de África*, y en seguida, sin saber cómo, se viene aquí. Pagniucci y Bellver parece que regeneran el arte dormido de la estatuaria; dan vida á Penélope, á Ulises, á Pelayo, á Matatías, á Viriato, á Fray Luis de Leon; comienzan á adornar el palacio de las Córtes, el primer edificio monumental que se levanta en su época; y cuando han vencido las dificultades, y la Academia los llama á su seno, ellos ¡desgraciados! se vienen aquí. Aquí donde ya tienen fosa Esquivel, Balaca, los hermanos Ferrant, Lúcas, Piquer, Lopez, y otros tantos antiguos maestros; aquí donde se abre sepultura lo mismo á los Madrazo y á los Ribera ancianos, que á los Belmonte y á los Gimeno niños, cuyas obras póstumas han figurado aún en la exhibicion artística del año presente.

¡Adios, pues, muertos á quienes para desdicha conocimos; y vosotros tambien, muertos á quienes por mayor desdicha olvidamos quizá: dormid tranquilos en esas tumbas provisionales que os tiene abiertas el amor de vuestros amigos y la admiracion de vuestros contemporáneos; que si la sociedad descuidada no os ha destinado todavía eterno y monumental descanso para gloria mútua

 de

de quien lo proporciona y lo recibe, hállanlo modesto en estas páginas, que, por poco que vivan, han de vivir más que los ladrillos deleznables de esa fosa comun á donde os arrojan!

HISTORIAS VULGARES.

No hace mucho tiempo que un ingenio insigne del otro mundo (el anglo-americano Poe) asombró á la generacion presente con sus *Historias extraordinarias*. Basadas éstas en un principio filosófico, á que no se sustrae ni se sustraerá nunca el corazon humano, cual es la sublimacion de lo maravilloso, el hábil narrador pudo conmover y amedrentar al orbe literario, áun habiendo existido Hoffmann largos años ántes que él. Y es que Hoffmann partia de lo fantástico para llegar naturalmente á lo maravilloso, mientras que Poe partia de lo real y efectivo en busca de la maravilla; cuyo procedimiento perturba el alma con mayor violencia que otro resorte alguno, por lo mismo que se halla en condiciones completas de verosimilitud.—Si de los *Cuentos fantásticos* de Ernesto Hoffmann ha podido decirse que están locos, de las *Historias extraordinarias* de Edgardo Poe puede decirse que están borrachas. El vértigo

que se habia apoderado del autor al concebirlas, se apodera del lector al recorrerlas: uno y otro pierden el sentido vulgar para elevarse al sentido extraordinario; despues de leer estas historias no es posible dormir.

Nosotros, á quienes el malogrado escritor robó más de un sueño al robarnos más de unas horas de calma, experimentamos desde los primeros momentos de su lectura un ánsia de protesta contra el método seguido por el ingenio, que, á haber dispuesto de un númen semejante al suyo, hubiéramos acudido en el instante al palenque, oponiendo lo vulgar á lo extraordinario: esto es, contando las historias que sabíamos, pero garantizando el sueño despues de la lectura.

De entónces data la primera de las historias que ponemos aquí: la segunda es la última que hemos escrito: entre una y otra hemos echado al mundo la más predilecta de nuestro corazon, que hoy se abre camino á través de la sociedad perturbada.—Si el género llegase á adquirir boga, ¡con qué gusto nos dedicaríamos á escribir *Historias vulgares!*

 CUER-

CUERDOS Y LOCOS.

I

¿Habeis visto en la plaza de vuestro pueblo un hombre de mediana estatura, entrado en carnes, treinta y cinco años poco más ó ménos, rostro bonachon, ojos alegres, calzones y chaqueta de paño burdo, encapado en Agosto, y que todo lo inspecciona, por todo se maravilla y todo parece de su agrado?

Pues ese es el héroe de nuestra historia.—No nos pregunteis cómo se llama, porque es muy fá-

cil que no acertemos á decíroslo. Nosotros le llamamos Don Diego, como pudiéramos llamarle Don Cándido ó Don Simplicio. Vosotros podeis decirle como os diere la gana.

Nació en un pueblo de Castilla, porque tal fué la voluntad de su padre, ó mejor dicho, porque allí acometieron á su madre los últimos quebrantos; y decimos los últimos, en razon á que Diego fué el unigénito de su casa. Heredó, siendo ya muy talludo, los pingües bienes que con hartos sudores habian adquirido los causantes de su existencia, y dijo para su coleto:—«Cuando los padres no pueden trabajar, trabajan los hijos en su nombre; luego cuando los padres han trabajado mucho, deben los hijos descansar en su memoria.»

Por honrar, pues, la memoria de sus laboriosos padres, decidió Don Dieguito pasar la vida rascándose las narices: y áun si este pensamiento lo hubiera practicado al pié de la letra, buenas y gordas, porque al fin lo mismo es que haya un Don Diego nason que desnarigado; pero lo que en último extremo decidió rascarse fué los bolsillos, para lo cual comenzó santa y bonitamente á convertir en plata sus tierras de pan llevar.

Pues señor, es el caso, que Don Diego (nadie le llamaba otra cosa despues de la herencia) se fué cansando poco á poco de la ingrata sociedad de

 sus

sus compañeros de arado; y sin encomendarse á Dios ni al diablo, que es lo peor que un hombre puede dejar de hacer ántes de resolverse á algo, tomó una mañana el petate para la ciudad, y con el petate una taleguilla repleta de doblones de á ocho, decidido, cual nunca jamás hombre alguno lo estuvo, á correr tierras y ver el mundo de los hombres. Esta ocupacion le pareció digna de sus riquezas.

Deciros que Don Diego era un hombre sin instruccion, sin letras y sin gramática, seria haceros tan ignorantes como él; pero deciros que tenia viveza natural, chispa á su modo, y un ojo observador como cualquier lince de corte, será tanto más oportuno, cuanto que vosotros ignorais que él era en su pueblo quien ponia los motes de más gracia, quien daba las bromas de peor especie y quien enloquecia á las mozas de mejor trapío. De nadie, como de Don Diego, podia decirse con el célebre maestro de escuela: — «¡Qué lástima que teniendo tanto talento, fuera tan bruto!»

Una de las cosas de que más carecia Don Diego, era de memoria local; porque como desconocia todos los idiomas (excepto el castellano), é ignoraba la geografía, y no habia leido ningun libro, ni hablado con persona más instruida que él, dicho se está que ni tenia pensado nunca á dónde

 diri-

dirigirse, ni qué podria observar en los puntos á donde fuera, ni por qué camino habria de volverse al pueblo de donde salió.

Don Diego veia parado un coche á la puerta de una administracion de diligencias.

—¿A dónde va ese coche? (preguntaba).

—A tal parte (le respondian).

—¿Y qué hay que ver en tal parte? (volvia á decir).

—Esto y lo otro (tornaban á replicarle).

—Pues bien, déme usted un asiento y vamos allá.

Don Diego tomaba el camino y hacia su viaje.

—¿Dónde ha estado usted? (le preguntaban á la vuelta).

—He estado (respondia él) en tal parte.

—¿Y qué ha visto usted allí?

—Esto y lo otro.

Don Diego, á la verdad, ni sabia bien dónde habia estado, ni sabia dar razon buena ó mala de lo que habia visto; pero al cabo de poco tiempo intentaba un nuevo viaje: echábase en brazos de la casualidad, ó por mejor decir, en los almohadones de una góndola, y allí era conducido unas veces cerca, otras veces á los pueblos más remotos.

Cierto dia (hallábase entónces en Madrid) vió

una silla de postas próxima á partir de la casa de Correos; llegóse presuroso á la administracion, pidió un billete, asaltó la berlina, acomodóse lo mejor que pudo, y desapareció en alas de seis caballos matalones.

—¿A dónde iba Don Diego?

—A tal parte.

—¿Y qué vió allí?

—Esto y lo otro.

II

Nuestro carácter de historiador nos impone el deber de ser francos con el público. La relacion que vamos á hacer no nos ha sido comunicada directamente por Don Diego. El bueno del propietario refirió sus viajes á un amigo nuestro, y es posible que, al referírselos, exagerase algun tanto sus aventuras; nuestro amigo, al darnos participacion de ellas, es regular que añadiese algunos lances de su cosecha; y nosotros, que no nos confesamos limpios de toda culpa, pecaremos tal vez de novelista al contar por tercera mano lo que aconteció á Don Diego en sus viajes. El lector, por

 con-

consiguiente, con ese buen juicio que le es habitual, sabrá despojar nuestro relato de lo absurdo é inverosímil que contenga, reservando tan sólo para su uso la parte de probable y hacedero que en él note; seguro de que, áun así y todo, habrá de tragarse sendas y morrocotudas mentiras.

Sentado este precedente, que pocos historiadores de viajes tienen la abnegacion sublime de sentar, digamos que Don Diego, al tomar en la casa de Correos la silla de postas que habia de conducirle á Francia, ignoraba el objeto de su viaje, cuanto más el punto á donde se dirigia. Nosotros, que conocemos ambas cosas, porque estamos impuestos hasta en los menores incidentes de su marcha, vamos á llenar ese vacío con la mayor escrupulosidad que nos sea posible.

El carruaje, como hemos dicho, era el que con el nombre de la Mala salia de Madrid, ántes de la existencia del ferro-carril del Norte, para la frontera del Pirineo. Allí Don Diego renovó su billete hasta París, y de carruaje en carruaje, ya por tierra, ya á impulsos del vapor, se alargó sin decir esta boca es mia, hasta no sabemos qué pueblo de Alemania.—Llevábale el deseo (y aquí principiamos á solicitar indulgencia del lector para nuestro hombre), llevábale el deseo de visitar una corte esplendorosa y rica cual no suelen

 ha-

hallarse en los países regidos constitucionalmente. Y si este deseo se hubiese quedado en tal, pase y repase, porque de ánsia de ver cortejos reales se hallan llenos á todas horas los humildes corazones de las gentes del campo; pero como el deseo de Don Diego se extendia á otro punto, por él se entenderá la razon de que teniendo corte en su país, y no de las más modestas seguramente, fuese á buscarla tras de quinientas leguas de camino. Don Diego queria además (fuerza es ya revelarlo), visitar una buena casa de locos; y como en la corte de dos mundos no hay casa de dementes, sin duda porque, como dijo el otro, si á encerrarlos á todos fueran, no habria quien se quedase con la llave, de aquí la necesidad en que se vió nuestro castellano viejo de alejarse mucho de su país.

Que Don Diego llegó á la corte de no sabemos qué imperio, que allí se alojó en una fonda donde ninguno hablaba español, que en ella le sisaron de lo lindo, que se aburrió á las pocas horas, que renegó de sus ánsias de viajero, y por último, que no perdió su afan de visitar el hospital y el palacio, de ver á los cuerdos y á los locos, cosas son todas estas tan ciertísimas, como que provisto de su palo, faja en cinto, calzon de paño pardo y sombrero redondo, enderezó por calles y por plazas sin más guia que su buen instinto, ni más cice-

cicerone que su idea dominante y fascinadora:—«Yo quiero ver el palacio del rey; yo quiero ver la casa de los locos.»

Calles andaba Don Diego y por plazas discurria, tan desconocidas como la jerga del país, cuando héte aquí que á lo largo de una alameda umbría y majestuosa divisó nuestro hombre un inmenso corralon cercado de barandas de hierro, enfrente del cual se hallaba situado el más enorme y sólido edificio que humanos ojos columbraron jamás. Don Diego derramó su vista por todas partes, y no fué poco su asombro cuando distinguió por entre los fuertes barandajes de aquella ferrada cerca, multitud de soldados á pié, fusil en mano, y otros á caballo, lanza en cuja, como temerosos unos y otros de dar frente al enemigo.

—«¡Demonio! (murmuró para sí el bueno del castellano): ¿á qué clase de gentes encerrarán en esa fortaleza, que de tantos guardias necesitan y de tan activa vigilancia han menester? ¿Será acaso este edificio una cárcel ó cosa parecida?»

Pero no sonaba ruido en su interior; los transeuntes apenas tocaban sus umbrales; y el aseo, la compostura, el órden, todo desmentia el prematuro juicio formado por Don Diego, de que aquella casa fuese una reclusion. Además, algunos de los dependientes del castillo encantado, que de

 vez

vez en cuando aparecian en puertas y balcones, vestian con cierta dignidad un uniforme galoneado de oro, que denotaba claramente la clase de servicio que en el interior debian desempeñar. Aquella fortaleza era un edificio del régio patrimonio.

—«Tate (volvió á murmurar nuestro viajero): ya está aquí alguna de las cosas que yo buscaba. Ó en este caseron destartalado se encierra el amo de estos pueblos, ó aquí es el sitio en donde él encierra á los pobres de sus vasallos que pierden la razon. Aunque bien mirado (añadia para sí Don Diego), soy un porro en dudar un instante: ¿cómo es posible que el señor de estas tierras hiciese jaula de su palacio y colocase en sus puertas tal número de armados, que no parece sino que temen acometidas de todas partes? Si esta fuera la casa del rey, el amor de sus súbditos y no las tropas, guardaria la entrada. ¡No, si cuando yo fuí alcalde hubiera necesitado tener siempre al alguacil en el zaguan!»

Ya se ve; Don Diego ignoraba que las numerosas guardias de los palacios reales, más que de defensa, sirven para engrandecimiento y ostentacion del monarca.

—«¡Pero, bestia que soy! (dijo por fin golpeándose la frente): estas piedras macizas y estos re-

recios barrotes, bien claro hablan sobre las gentes que pueden forzarlos. Además, los centinelas de infantería sirven para que ninguno se salga, y los de á caballo están prevenidos para alcanzar al que lograra escaparse. Bien pensado (repetia), bien pensado. Y en verdad que no me engañaban en Castilla, cuando me aseguraron que en estos países se trata á los pobres dementes á cuerpo de rey.»

Embelesábase Don Diego en la contemplacion del edificio, sacándose conceptos nuevos á medida que entraba en nuevas meditaciones; y así hubiera permanecido largas horas, si un regular estacazo que en mitad de las espaldas sintió caerle, no le hubiese distraido de su arrobamiento. Volvióse repentinamente entre cari-acontecido y rostri-plácido, porque á vueltas de su dolor físico acababa de experimentar un placentero acorde, como si la vibracion de la estaca dependiese de mano castellana. Y en efecto, sólo un paisano suyo se habria insinuado de aquel modo, para demostrar sin el auxilio de la lengua, lo sorprendente y dichoso de tan inesperado encuentro. Nuestro hombre se hallaba cara á cara de Juan Pedro Nolasco, su compañero de pedreas en Castilla.

Dejémosles por algun tiempo explicarse á su modo las extrañas aventuras que á uno y otro les

 ha-

habian conducido hasta allí, y digamos simplemente que Juan Pedro, quinto que cayó en su pueblo cuando la guerra de la Independencia, se pasó á los franceses en la primera accion huyendo de las balas, siguióles fuera de España por miedo de los palos, no quiso pelear con ellos en la toma de Viena porque pegaban, se pasó á los alemanes porque huian; y licenciado ya, restaurada la Europa, y llegando la hora de la recompensa á los buenos, el emperador ó rey de los dominios en que estamos, pagó con una conserjería de su patrimonio y una cruz pensionada, las dos deserciones y el nunca desmentido miedo del castellano: ¡que no es de ahora ni de altas jerarquías militares, esto de recibir condecoraciones por no haber peleado, y grandes empleos por desertar de sus antecedentes!

—¡Válgame Dios! (díjole Don Diego á su paisano): ¡con que en vez de haberte ahorcado por dos veces en nombre de las banderas á que faltaste, te encuentras nada ménos que caballero de yo no sé qué Orden, y conserje de esta casa de locos que tenemos delante!...

—Dices bien (contestó el veterano), que una casa de locos y no otra cosa es lo que miramos. Ahí no hay nada que marche en órden, ni asunto que tenga piés ni cabeza: más bien á broma y á

risa que á seriedad y respeto inducen los negocios de ahí dentro. Y si dudas de mi palabra, no tienes más sino venir conmigo, que en dia de fiesta llegas, y ya no han de tardar los convidados en ir viniendo, pues la noche está cercana, lo cual en estas tierras equivale á decir que comienzan los placeres.

—Mucho que me holgaré de ello (repuso alborozado nuestro hombre); porque debo decirte que el espectáculo á que me convidas, era uno de mis principales sueños en el viaje que he emprendido. Vamos allá.

—No tan de prisa, Diego; que ántes tengo de prevenirte algo, para que no faltes á lo debido ni comprometas mi condescendencia. Ante todo debo advertirte que aquí se ve, se oye y se calla; que á nadie ni por nadie dirijas una pregunta, palabra ó gesto; que de nada de cuanto mires te des por asombrado, y que así cuentes ó refieras ni una tilde de lo que pase, como denunciaras tu cabeza á un tribunal despues de cometer un delito.

—En cuanto á eso, Juan amigo, no tienes que decirme una palabra: demasiado sé las gentes con quienes voy á habérmelas, para que dude de las precauciones que debo guardar. Un dia en Toledo me dieron ganas de decirle al rey Don Sebastian

que por qué habia escogido el oficio de pastelero cuando se retiró á Madrigal de las Torres, y esta es la hora en que me estoy frotando la cara con vinagre, del pastelazo que el muy bruto me estampó en las narices.

—En primer lugar (continuó Juan Pedro), te daré un uniforme de lacayo para que te disfraces.

—Eso no (interrumpió el castellano viejo): por nada del mundo me pongo yo una librea, aunque fuese para ir á cenar con el mismo emperador.

—¡Tonto que eres! Eso mismo decia yo ántes de venir aquí, y el dia que me la dieron se me hacia tarde para ponérmela. Además, las libreas son como todas las cosas, que así honran más ó ménos, segun las gentes ante quienes se visten. En cierta corte cercana á esta, por ejemplo, los hijos de los más grandes señores tienen á dicha sin igual el vestir la librea de los lacayos más subalternos, para servir dulces y helados al rey durante los bailes ó conciertos de palacio.

—¡Pero siempre se distinguirán en algo!

—No tal; y la prueba de que no se distinguen, es que en más de una ocasion algun extranjero, confundiéndoles con los otros criados, les ha detenido para servirse dulces ó refresco; pero todo está previsto, porque entónces los nobles jóvenes abren las manos, y dejan estrellar contra la al-

 fom-

fombra cuanto llevan, probando así que ellos no son criados más que del rey.

—Pues ni del rey ni del roque (dijo amostazado Don Diego). ¿Dejarán acaso esos señoritos de lastimarse las manos con los bordes de la bandeja, de llenarse los dedos de dulce y de ir con cuidado para no tropezarse, ni más ni ménos que cualquier lacayo de vecino? Pobre soy yo en mi lugar de Castilla, y no he querido ser criado sino de la Congregacion de Santiago Apóstol; pero un dia que tuvimos que llevar á cuestas el santo, me metí en la cama y pagué siete pesetas porque llevaran mi parte.

—Ello es que si no te vistes (añadió imperturbable el conserje) no podrás venir conmigo, y entónces estamos perdiendo la conversacion; mientras que disfrazado, te quedarás al pié de la escalera para ir viendo los señores que pronto comenzarán á llegar, y despues haré porque subas á los salones altos para que, áun cuando sea por detrás de una vidriera, mires y observes todo lo extraño que para tí ha de acontecer esta noche.

—Sea, pues (dijo trabajosamente el castellano viejo, en quien la comezon de ver lo extraordinario que le anunciaban, pudo al fin más que su repugnancia lacayuna). ¿Pero de qué señores me hablas?... ¿Vienen por ventura esos señores de

 otras

otras casas como esta, á pasar la noche haciendo locuras?

—Sí que vienen, aunque no de casas tan principales, pues ésta es la mejor y más grande del imperio; y en cuanto á lo de locuras, no lo digas muy alto, porque en estas plazas hasta los vientos oyen, y ninguno se tiene por loco ni mucho ménos, sino ántes bien por la gente más cuerda de todo el mundo.

—Esa es manía general (murmuró Don Diego con aire de hombre experimentado): lo que ménos nos gusta que nos digan, es lo que verdaderamente somos. Un clérigo amigo mio decia que no le importaba que le llamasen borracho; pero se ofendia mucho de que le dijeran dormilon. El tal cura era hombre honradísimo, lo cual no estorbaba para que se durmiese diciendo misa.

—Pues lo mismo les pasa á estas gentes (repuso Juan Pedro); y así, punto en boca, y vámonos hácia mi aposento, en donde te arreglaré y dispondré de modo que nada falte á tu deseo.»

Embrazáronse, pues, ambos castellanos con el regocijo natural de quien se dispone á enseñar algo bueno, y de quien se prepara á ver mucho maravilloso; salvaron la primera verja, atravesaron un jardin, ganaron pórtico y recibimiento de un palacio magnífico, por uno de cuyos huecos

 de

de escalera, y á merced de cierto toque de nudillos, se abrió la más mezquina puerta que á tugurio de conserje pudo conducir jamás. Encima de ella y en caractéres ininteligibles para el castellano, decia de esta manera:

CUARTO DEL PRIMER BARRENDERO.

III

Vestido á regañadientes con una librea de planta baja, y medio oculto entre la oscuridad y agibamiento de la barrendería, esperaba Don Diego sin despegar sus labios á que diera comienzo la funcion fantasmagórica que se le habia anunciado. Su compatriota y amigo Juan Pedro Nolasco le habia dejado solo, por tener que asistir al ejercicio de su instituto. Pero pocos instantes tuvo que permanecer el castellano en la inaccion, pues el ruido de un carruaje que paraba á la puerta del hotel (Don Diego se habia afrancesado algo en sus viajes) íbale á proporcionar de corrido pasto á los ojos y trabajo á la admiracion y al entendimiento.

 Efec-

Efectivamente: tres personas aparecieron á la vista de nuestro hombre; pero no tres personas en traje natural y *cristiano* (palabra del historiador), sino tres figuras vestidas al modo y manera de arlequines, que tal risa daba de mirarlas, como si para risa y broma se hubiesen adornado. Llevaba la primera zapato de charol con hebilla de oro, media de seda coloreada de rosa y un tanto abultada por bajo las corvas; calzon de raso negro, corto y con charreteras; chupa blanca bordada á lentejuela fina; doble chorro de encaje amosqueado al pecho; casaca azul y grana con reverberos por botones; grandes cintas en banda con dijes y santos en las puntas, y por último, tal lluvia de oro en toda su periferia, que habia que entornar los ojos para mirarle con detencion. —Iba el dueño de esta figura muy rizado de pelo y con sombrero al brazo, contoneándose ni más ni ménos que si le tocaran música para marcar el compás; inclinábase con cierta dignidad cómica cada vez que los centinelas le echaban arma al hombro, ó los lacayos se quebraban para saludarle; y todo ello en tales términos, que á ignorar el castellano *la clase de gente con quien se las habia*, este primer anuncio se lo hubiera revelado por completo.

Pero la traza de sus acompañantes era áun más es-

estrambótica.—Figuráoslos vestidos poco más ó ménos como su predecesor, si bien rebajado el mérito y finura de las telas; figuráoslos con enorme pantorrilla al aire, zapato-barquichuelo con hebilla de piedras blancas, chupa y chorreras de algodon idem, casaco de difunto más voluminoso, y por remate y término de esta forzada compostura, sendas monteras de tres candiles con grandes borlas, y una especie de guiones de madera negra con porras de plata que entre mano y brazo traian; cuyo conjunto, unido á la poca marcialidad del continente y agarrotamiento de su acompasado vaiven, les asemejaba á figuras de organillo, engrandecidas por un lente mohoso y desconchado.

Marchaban estos tres fantasmas, que en lo silencioso y grave lo parecian, equidistantes entre sí; hasta el momento en que, llegado el de delante al pié de la escalera, se corrieron los de atrás, y colocándose facha á facha, descubriéronse con la mano izquierda, doblaron el cuerpo en ademan de servidumbre, y dieron tres golpes sobre el pavimento con los regatones de las varas negras; música á la cual el primero debia estar muy acostumbrado, cuando pasó en medio de ella sin inmutarse.

Don Diego miró aquella gangarilla con verdadero

dero asombro, y no porque lo extravagante del lujo le deslumbrara, sino porque áun cuando sabia que en ciertas naciones se cura á los dementes dejándoles llevar todo género de manías, áun las más costosas, nunca creyó que la esplendidez llegase, en este punto, á la inconcebible altura en que la encontraba.

Por de pronto no se atrevió ni á asombrarse con demasiada fuerza, y se contentó con redoblar su atencion para lo restante.

Tras de la primera comparsa venia otra del género femenino y sentimental.—Un señor de los de segundo órden, esto es, de los de zapato-barquichuelo, y holanes de algodon, pero á quien en lugar de sombrero de tres candiles cubria una mitra quincuangular con borlas, marchaba delante con baston de puño de plata, y entre los brazos un cojin de terciopelo recamado de oro; insigne muestra y honrosísima distincion de la noble persona que venia detrás. Era ésta una señora, mujer debiéramos haber dicho, que apenas pasaria de los sesenta años ni de catorce libras de peso. Los pellejitos de su cara y de su pecho, únicos que se le veian hasta la confluencia de los ataderos supra-abdominales, revelaban bien oscuramente, y no porque iban mal pintados, que aquella beldad habria sido poco más ó ménos como entónces

en los mejores dias de su juventud. Iba vestida de raso blanco desde la cintura hasta vara y media despues de los talones; encajes y cintas adornaban en caprichosos lazos su falda y cola, salpicadas de trecho en trecho por gruesas perlas; un collar de rubíes y granates, engarzados en filigrana de oro, escondia por entre las sinuosidades del cútis una crucecita con aspas; primorosas flores entrelazando espiochas de azules brillantes, disimulaban la cortedad de un mechoncillo de pelo que hácia la parte posterior de la cabeza traia; y los huesos de sus hombros, la brevedad de su estatura, lo alto de su talle, amén de otras cosas que se veian, ó por mejor decir, que no se veian, cuando alzaba demasiadamente su vestido, todo ello completaba la noble figura á que servian como de pedestal, dos pajes bizarramente ataviados, que con grave prudencia sostenian y pisoteaban la cola.

A la vista de este espectáculo, que á la verdad nada tenia de ordinario, Don Diego no pudo contenerse, y áun cuando para sí, murmuró de este modo:

—«¡Bruto de mí, si por no ponerme la librea hubiese perdido mascarada como la que tengo delante! Bien dicen que los locos no tienen frio. No; si no vengan los que lo duden, y verán cómo

esta buena señora, en medio del invierno, á las seis de la noche y con vara y media de nieve sobre las calles, va enseñando el estómago tan fresca, y vestidita de blanco y rosa, para que hasta el color haga tiritar! Miren la indina y cómo se abanica con la una mano, mientras con la otra ahueca y levanta la falda para que mejor la entre el airecillo colado de esta escalera. Alegrárame de tenerla más cercana, á ver si sobre esos pellejos le sale *carne de gallina*, que es la última prueba á que habia de sujetarla.»

Y Don Diego hubiese confirmado su juicio más y más en acercándose, porque el charol y los polvos no le dejaran percibir carne de gallina, ni áun la propia carne ó pellejo de mujer.

Mucho hubiera hablado aún el castellano viejo de esta segunda aparicion, si una y más grave tercera, no le hubiese sorprendido repentinamente.—Porque en justicia, ¿no es para sorprenderse el ver llegar entre la dama de que hablamos y otras, y otros galanes de que no hacemos mérito, un reverendo prelado, vestido con su traje apostólico, y acompañado de servidumbre clerical con ropas talares como es uso?—Esto y no otra cosa fué lo que á Don Diego dejó mudo y sin facultad apenas para decirse en lo más recóndito de sus adentros:

 —«¡Vi-

—« ¡Vivir para ver! Nunca hubiera creido que se permitiese en estos lugares seguir la aficion, siquiera sea con santo fin, de hacerse el obispo, como este pobre señor se viene haciendo.»

Y tanto más raro debió parecerle á nuestro hombre esta figura y su comitiva, cuanto que ninguno de ellos ridiculizaba con sus modales las ropas que vestia, como lo iban haciendo los anteriores; sino que, por el contrario, guardaban toda la compostura, dignidád y recogimiento propios de su noble carácter.

Subieron, pues, lentamente la escalera, sin que Don Diego ni nosotros debamos decir más en el asunto, y á seguida invadió el portal numerosa tropa de militares, que tal lo parecian, en animada bulla y confusion entretenidos. Iban, como es propio, lo que se llama de gran uniforme; y en efecto, que si nada más del caso para la fiesta á que eran venidos, tampoco nada más cómodo y ligero para escaramuzas y peleas. Largos espolones tras una bota fina de charol; calzon ancho, gordo y largo; casaca no muy corta, pero con bastante vuelo; cintura muy estrecha y apretada; una correa sobre los hombros, otra correa al cuerpo y por entre las piernas; otra correa al costado para sostener una balija de cuero, otra correa á la espalda con su gancho correspondiente para el mo-

 rrion;

rrion; y por ultimo, entre carne y ropa muchas correas. Contaban además con un sable muy largo y muy pesado; con una gran pistola al cinto; con un casco de hierro en las manos, que con dificultad llegaria á la media arroba; y con esto y el aire marcial que les daban los pelos muy rizados, los bigotes muy retorcidos, acabando en aguja de zapatero, y cierto olor á agua de colonia que iban desprendiendo al paso, hubiérase dicho que venian de defender las Termópilas, á ignorar, como Don Diego no ignoraba, el punto en que se veian.

Mucha gente iba ya subiendo, y mucho de alegre y divertido prevía el castellano que debia acontecer en los salones principales; por lo cual, aprovechando una de las ocasiones en que su amigo Juan Pedro Nolasco entró en la conserjería para dejar una espuerta, cuyo contenido ignora todavía nuestro héroe; aprovechando, decimos, una de estas ya repetidísimas ocasiones, le suplicó que abreviase el plazo de hacerle gustar los placeres de la fiesta, á cuya solicitud accedió de buen grado Juan Pedro, quizá porque á aquella hora no quedaria ya ningun caballo que se parase á la puerta.

Con locas esperanzas de divertirse mucho, llevadas, se entiende, en el corazon, y con un enorme

me cepillo negro de rabo largo que el conserje le hizo tomar á su amigo en las manos, emprendieron escalera arriba hasta un lujosísimo gabinete, que á la sazon se hallaba á media luz; desde donde Don Diego, no sin prepararse á barrer la alfombra con el cepillo si le sorprendian, vió y habló lo que á renglon seguido va á saberse.

IV

Jamás cabeza cuerda ha concebido locuras semejantes á las que se estaban practicando en el enorme, esplendoroso y concurrido salon que Don Diego tenia á la vista. Antes de detenernos á especificar algunas de ellas, séanos permitido trasmitir al lector el indescriptible asombro del castellano.

Y asombro disculpable; porque tanta luz, tanto oro, tanta mujer hermosa, tanto hombre distinguido, lujo y riqueza tantas, deberian emplearse, al sentir de nuestro héroe, en casos y cosas más puestos en razon que los allí presentes.

 —«Mu-

—«Mucho vale la salud de los hombres (pensaba para sí); pero si el conseguir esa salud y hacer que se gobiernen como es justo y vivan en paz y en gracia del rey, ha de costar tanto brillante, tanta perla y tantos brocados y sederías, paréceme mejor dejarlos como vaca sin cencerro por esos campos, y al modo que, segun ciertos libros, andaban nuestros primeros padres.»

—¿No te parece, Juan Pedro? (exclamó el castellano en voz inteligible para su acompañante, olvidando el carácter mental de su razonamiento).

—¿Qué es lo que me preguntas? (dijo éste, ménos incomodado de lo que debia esperarse, en razon á que el gran ruido de afuera absorbia completamente el imperceptible que con su diálogo pudieran producir ambos amigos).—¿De qué me hablas, si es que algo me querias decir?

—Tienes razon que no sé lo que te hablé, ó por mejor decir, que no acierto de qué comenzar á hablarte; porque confieso, amigo Juan, que estoy como lelo.

—Habla, pues, y pregunta cuanto quieras (replicó el conserje algun tanto animado); que ganas tengo de satisfacer á tus preguntas, y no soy tan zote que en los años que llevó aquí, deje de haber aprendido mucho de cuanto ignoran la mitad de los que andan por esas calles.

—Á propósito (gritó Don Diego señalando á un punto bien distante): ¿quién es aquel señor de ropa larga y cola de teatro, que se sonrie con todos cuando los mira, y despues queda sério como una estátua?

—¿Cuál?

—Aquel que de vez en rato dá á besar una mano, mientras con la otra sacude como migas de pan que se le hubieran quedado entre los dedos, y va abriendo calle por donde pasa, que no parece sino que lleva...

—Calla, bruto de tí; ¿pues no conoces que es el rey?

—¡Ah! sí, tienes razon; que siempre hay entre éstos uno que la echa de rey. ¡Bárbaro que soy! ¡Debí caer en ello!

—Pero este (añadió Juan en tono grave), no sólo la echa de rey, sino que sabe serlo como ninguno. Hoy le pilla de gracias, y por eso ha venido temprano, y está entre todos como si tal cosa; pero meses enteros se le pasan sin salir de sus habitaciones, ni que cristiano nacido le vea la sonrisa. Es un señor de mucho carácter. Un dia que estaba de mal humor, recibió cierto recado poco respetuoso de un primo hermano suyo que gobierna aquí al lado; y ¿sabes lo que hizo para infundir respeto?, le declaró la guerra, y mandó

un ejército que en ménos de dos meses no dejó plantío con espiga ni familia sin ropa negra. Anda, pues esta es la hora que ningun otro pariente se le ha desvergonzado.

—Razon tienen para medir sus palabras, Juan amigo (exclamó Don Diego temblando); pero no seré yo quien conteste mal á ese amable jefe de familia, ni quien se acerque á pedirle un empleo, siquiera sea de broma. Bien conozco que si fuese otro el estado de su genial, comprenderia el buen señor que más partido se saca de ser cortés, y en ocasiones hasta indulgente, que de echar los piés por alto, como decimos en Castilla, al primer *quítame allá esas pajas;* ¡pero vaya usted á hacerles comprender eso á reyes de esta clase!

—Ni nadie se atreveria, Diego. ¿No ves aquel otro señor que se le acerca medio doblado, y apenas se permite mirarle de solapa arriba? Pues ese es el consejero del rey, su secretario privado y su primer ministro. Mírale bien, porque es uno de los hombres más importantes que hay en estas tierras.

—¿Se pone muy furioso? (preguntó el castellano asombrado).

—Sí que se pone, pero no delante del rey, sino delante de los que le buscan y de los que le sirven. Eso es práctica de todo secretario: necesitan

vengar en otros, las humillaciones y malos modos que sus amos les hacen sufrir. Pero es hombre de mucho talento.

—¿Qué oficio tenia?

—¡Cómo qué oficio!

—Quiero decir, ¿qué era ántes de estar como está hoy?

—¡Ah! ya te entiendo. Nada.

—¿Y de nada queria pasar á ministro? ¡Vé por qué está así!

—Pues precisamente por eso lo está (añadió Juan Pedro): los hombres que aquí se dedican al gobierno de los Estados, no ejercen profesion ninguna, ni se entregan á ramo especial, sino que los abarcan todos...

—Y por eso llegan (interrumpió el castellano) á verse como ese se vé.

—Cabalmente.

—¿Sabes, Juan amigo, que si el oficio no tuviera las contras que presumo, no deja de ser cómodo y descansado?

—Pues casi lo mismo pasa en todas partes (continuó sencillamente Juan Pedro): los hombres que se llaman de gobierno, no han gobernado nunca ni su casa siquiera; porque necesitan toda su atencion, su tiempo y sus luces, para llegar al punto de hacer la felicidad de su patria.

 —¡Pe-

—¡Pero cuando él aspiraba á ministro, seria por lo ménos abogado!

—Creo que sí; mas nunca se ocupaba de pleitos.

—Seria escritor ó publicista, que llaman.

—Tenia fama de ello, pero no escribia.

—¿Explicaba en alguna cátedra?

—Hubiera podido hacerlo, segun dicen, pero nunca enseñó á nadie.

—¡Oh! ya veo que este hombre seria un sabio, pues bien recordarás el refran de Castilla: de... ningun tonto...

—¡Ah! por supuesto; ningun tonto aspira á ministro, ni mucho ménos lo consigue ser. Este hombre veia, oia y callaba. Cuando álguien iba á verle, siempre estaba muy ocupado. Preguntaba á todo el mundo lo que sabia, y él no le dijo jamás á nadie lo que pensaba. Durante las épocas de agitacion pública, solia decir á alguno que otro:—«Ya verá usted la que se arma.» Si subia al poder un nuevo ministro, murmuraba entre dientes:—«Ya caerá.» Si el rey estaba bueno mucho tiempo seguido, decia:—Él se pondrá malo.» Y amigo mio, el tal personaje era un oráculo: á poco de predecir las agitaciones, venian las agitaciones; á poco de anunciar la caida de un privado, caia el privado; á poco de prever la enfermedad del rey, el rey se sentia enfermo. Unos decian

 que

que era conspirador; pero tan hábil, que jamás se le encontró en reunion secreta, ni se le pillaron papeles, ni se le descubrieron cómplices; otros opinaban que con el poder de su talento empujaba invisible y forzosamente á los ministros por la senda del mal, para que se desacreditasen y perdieran el favor del monarca; otros, por último, le creian hasta hechicero y cabalista, con lo cual obraba los maleficios en la corte y comprometia la vida del rey. A él se le persiguió, se le desterró, se le encausó, pero todo inútilmente; porque metido en su rincon, y sin hablar con nadie, y sin meterse, al parecer, en nada, ello es que habia descontento en el pueblo, intrigas en palacio, guerras, carestías, epidemias, conspiraciones... ¡qué sé yo! En fin, para acabar pronto: cansado el rey de tener siempre esa sombra delante de sí, le llamó un dia... y cátate á Periquito hecho fraile.

—¡Sabes que es ingeniosa la tema, Juan! ¿Y todo eso lo cuenta él?

—No, tonto: él se lo calla ahora; pero muchos lo saben, y no faltan gentes que le ayudáran un dia, y que hoy al ver los resultados, se lo cuentan á todo el mundo.

—¡Lástima de hombre! (exclamó Don Diego compungido).

—¿Y por qué lástima?

 —Por-

—Porque si á ese señor no le hubiera dado por ser ministro, podria haber sido un buen administrador de casas, ó un excelente abogado de pobres, ó tal vez maquinista de ferro-carril ó maestro de obra prima, que para todo demostraba disposiciones, segun el talento que dices tenia y la fama que alcanzaba entre las gentes. ¡La pícara ambicion, qué de hombres útiles pierde! ¿Y aquel otro que acaba de romper el traje de aquella dama con las espuelas?

—A ese le dió por ser general, y se ha salido con su tema.

—Ya lo creo. ¡Seria muy valiente!

—Todo lo contrario; por eso no queria ser soldado, ni oficial, ni coronel siquiera, sino tener la faja y poder figurar en el estado mayor de los que se indisponen con el gobierno cuando va á haber guerra, para que no los manden allá.

—No, pues ese no seria tonto...

—Aquí no hay ninguno que se mame el dedo.

—Pero dime, ¿cómo se explica él esa subida á general sin más de que por quererlo, serlo?

—Yo no sé cómo él se la explica, Diego; pero si tuviéramos lugar, yo te la explicaria satisfactoriamente.

—¡De todas maneras, ese hombre ha tenido lo que se llama una fortuna loca!

—Y tan loca, amigo Diego: de esas hay aquí un millar.

—Seguramente: ¡si aquí no las hay!... Calla... mira aquel señor gordo que con todos se rie y á todos les dá un golpecito en la espalda, y todos le cercan y le hablan y le adulan... ¿Quién es ese?

—Ese es millonario; es un banquero.

—Necesitaré que me expliques lo que la palabra *banquero* quiere decir por aquí; pues yo no he oido hablar en Castilla de más banqueros que los del monte, treinta y una, y demás.

—Banquero (prosiguió Juan, como quien sabe de memoria el cuento), es aquí poco más ó ménos lo que en Castilla; sólo que la *banca* á que estos señores se dedican, suele dar más ocasion á reirse de ella que á tomarla como aquí se toma por lo sério. Explicaréte, Diego, lo que á este buen hombre se le ocurrió para ser rico, y verás si la cosa es ó no risible.

—Cuéntamela á seguida, que ya sospecho, viniendo de estas gentes, que será asunto para divertirse mucho.

—Pues oye en cuatro palabras toda la historia. Este hombre llegó aquí hace seis ú ocho años hecho un perdido, ó con una mano atrás y otra adelante, como decimos en nuestra tierra.

—¡Siempre andan estos pobres (murmuró el

 cas-

castellano) hechos unos adanes por esos mundos!

—Tan perdido estaba el de que te hablo, que tuvieron que abrir una suscricion entre cuatro amigos para vestirle. Pero apenas pisó la tierra con algun desahogo, ¡qué va y hace!... pide autorizacion al gobierno para fundar una sociedad anónima. El gobierno, que, como puedes suponerte, no hacia caso de él, la concedió por empeños de álguien, sin meterse á averiguar lo que concedia. Dueño de esta concesion, se dirigió nuestro hombre á diez ó doce personas notables de las que comen bien, y de las que gozan por su posicion social de crédito en el país:

—«Señor mio—les iba diciendo á cada una:—¿le gustan á usted los cangrejos?

—»Sí que me gustan.

—»¿Cree usted que son hoy todo lo gordos que debieran ser?

—»No, seguramente, pues á mí me los suelen traer muy flacos.

—»¿Prestaria yo un servicio si engordara los cangrejos, multiplicase su número y abaratase su precio?

—»Ciertamente que sí.

—»Pues necesito su nombre de usted para plantear mi obra.

—»¿El nombre sólo?

 —»Sólo

—»Sólo el nombre.

—»Ahí está.

—»Muchas gracias.»

Concluida esta sencillísima operacion, anunció al público:

«LA CRUSTÁCEA:—SOCIEDAD ANÓNIMA PARA MEJORAR LA RAZA DE LOS CANGREJOS.—*Capital social:* 20.000.000 *de reales*, *representados por* 10.000 *acciones de á dos mil reales cada una.*

»JUNTA DE VIGILANCIA:—*El príncipe* H, *el banquero* B, *el duque de* J, etc.—PROPIEDADES DE LA COMPAÑÍA: *El soto de Migas Calientes* (por ejemplo), *una gran parte de las Riveras del Manzanares*, y etc., etc.—DIRECTOR GENERAL: *Don Fulano de Cuadros* (él), *bajo la inmediata vigilancia del Gobierno y con sujecion á las leyes.*—EMISION DE ACCIONES CON EL 25 POR 100 DE DESEMBOLSO, etc., etc.»

—Formada así la sociedad (añadió Juan Pedro), invirtió los primeros fondos en poner su casa, comprar alhajas para su uso, trajes para una señora que le cuidaba, berlina y caballos para ambos, amén de cuatro ó seis comilonas para la Junta de Vigilancia y primeros accionistas, en que se pusieron todos chispos brindando por la prosperidad de LA CRUSTÁCEA. Con el dinero que sobró, que ya fué poco, se salia á las afueras de la ciudad,

dad, y compraba á buen precio todos los cangrejos que venian al mercado; tiraba los pequeños, hacia lavar los grandes, y ponia estos últimos á la venta, mucho más baratos que hasta entónces se habian conocido. La admiracion, como debes suponer, fué grande desde el primer dia:—«¡Ya no hay cangrejos malos (gritaban); ya no hay cangrejos chicos; ya no hay cangrejos caros; y sobre todo (añadia el director), ya no hay cangrejos más que en mi casa!»—Así las cosas, y visto el empuje de la naciente sociedad, nadie se extrañó de que pidiera un segundo 25 por 100; con el cual repartió un 15 de prima á los accionistas, quienes al ver rédito tan fabuloso y cangrejos tan inmejorables, no titubearon en aflojar el 50 por 100 restante, para ensanchar las operaciones de la Compañía. Pero aquí entra lo gordo, Diego. Un mes despues, y á propósito de no sé qué sabañon que le dolió al rey ó á uno de sus hijos, bajaron los fondos de la deuda pública: los periódicos comenzaron á hablar de crísis mercantil, de carestía de plata, de depreciacion del oro, de mercados de la China y del Japon, con no sé cuántas causas más, por cuyos motivos (aseguraban los economistas) desgraciadamente habian de sobrevenir quiebras tan imprevistas como irremediables. Una de las

 pri-

primeras, ¿qué me canso en decírtelo? fué la de La Crustácea; sin que bastasen á remediarla los esfuerzos de su digno director, ni algunos préstamos que bajo su fé se tomaron y que figuran aún en el pasivo de la Sociedad, importante, segun se dijo entónces, diez y seis millones de reales. Desde aquella época es banquero ese señor, y goza fama de muy entendido en asuntos mercantiles. Ahora se acerca mucho á la corte, porque pretende que lo hagan ministro de Hacienda.

Calló Juan Pedro; y Don Diego, que habia estado con la boca abierta durante su relato, aguardó, mirándole de hito en hito, que el narrador sonriese, para soltar su carcajada, que retozándole venia en el cuerpo. Pero visto que el conserje se quedaba tan serio, díjole al fin el castellano:

—¿Es por ventura positivo y real cuanto me cuentas, ó sólo figuracion y fantasía de ese pobre hombre toda la historia?

—Holgáranse los accionistas de La Crustácea (repuso Juan), de que fueran figuraciones las que te he referido; pues áun cuando patraña y locura parece el cuento, no es sino una verdad de á folio.

—Pero el loco, amigo Juan, no era ciertamente el mejorador de los cangrejos, sino el mentecato que hacia asunto serio los extravíos de su razon, has-

hasta el punto de dar dinero con semejante garantía.

—¿Y te he dicho yo acaso que no fuera una locura? Pero de estas son las que se ven á cada paso, y lo que extraño yo grandemente es tu extrañeza.

—Razon te sobra para decírmelo... ¡Ver para saber!... ¡Y venir á estos sitios para admirarse!

No paró aquí el diálogo de nuestros buenos castellanos; ántes por el contrario, muchas otras figuras diéronles ocasion para sabrosas y admirables pláticas que, á no pecar de prolijos, referiríamos con no poco contentamiento del lector. Pero concretándonos al grupo general de gentes que nuestros amigos contemplaban, haremos notar la admiracion y asombro de Don Diego al ver que roto el baile, y colocadas que estuvieron en fila las parejas, toda aquella masa de hombres venerables, de ancianos encanecidos, de militares serios, de magistrados imponentes, comenzaron, ni más ni ménos que chicos de escuela, á contonearse, denguear y hacer piruetas atrás y adelante, ora haciendo como que se juntaban, ora como que huian; unas veces á si subo y me quedo, otras á si bajo y no subo más. Hasta entónces no acabó de penetrarse nuestro viajero de que el hombre puede perder la razon sin hacer daño, y de que

 bien

bien dirigido el ménos cuerdo, es una figura más digna de estudio que de lástima.

—«Hé aquí (se decia para sus adentros) en lo único que se diferencian los locos de los cuerdos. Esta gente, que á cualquiera podia haber dado un chasco hace media hora, ya no se lo daria á nadie en el momento. ¡Quién al verlos vestidos, á éste de magistrado, á aquél de general, á estotro de abate, no hubiese dicho que iban á sentenciar un pleito, á dar una batalla, ó á cantar una antífona, si sus propios ojos no contemplaran ahora, como los mios, que á lo que se preparaban era á dar saltos y brincos, los unos con las piernas, con la vista los otros, ante mujeres medio desnudas y charoladas! ¡Vivir para ver!... ¡Ver para admirarse!»

Estas y otras razones luchaban en el interior de Don Diego, cuando su amigo le advirtió precipitadamente que tomase el cepillo de rabo largo y le siguiera á una pieza contigua, en donde les aguardaba el último espectáculo.

En efecto, un criado de gran librea acababa de pronunciar desde el centro del salon y en altas voces, palabras ininteligibles para el castellano; pero traducidas que fueron por su acompañante, le advertian que iba á abrirse el ambigú ó refresco, que decimos acá.

¡Vírgen santa, y qué luz abrió en la imaginacion de nuestro observador la apertura del *buffet!* No ya como gente contenida en los límites de cierta ley, sino como verdaderos insensatos, á quienes despues de largas hambres se les abriese la puerta del frutero, así se arrojaron en confuso tropel y espeso torbellino todas aquellas apuestas damas y todos aquellos lujosísimos galanes, que en el primer tercio de la noche habian representado tan cuerdamente sus papeles.

Cada uno á porfía del que le rodeaba, asaltando al que le precediera y conteniendo con codos y talones á los que venian detrás, se echaba sobre los vistosos y repletos aparadores en que fiambres, pastas, confites, vinos y licores se ostentaban en profusa y caprichosa forma colocados. Nadie se cuidaba del vecino, fuesen cualesquiera su edad, sexo ó representacion; nadie presumia que le alcanzasen más deberes que los de comer mucho y aprisa, para beber despues en cantidad y á escape lo que su estómago pudiera sustentar. Quién cogia una zanca de pavo que á la señora de atrás iba dirigida; quién derramaba un vaso de licor colorante sobre las galoneadas ropas de su vecino, sin permitirse siquiera la más leve excusa de su falta; quién desgarraba con sus botones los encajes de una reina de la hermosura,

 por

por llegar primero que ella á la bandeja de los pasteles; quién, en fin, ó por mejor decir, todos á una, desarrollaban, exponian, evidenciaban sin género alguno de reserva el verdadero estado de su exaltacion.

—«¡Ahora lo veo claro! (se decia Don Diego). Vista usted de juez al gato; que por bien amaestrado que esté, en viendo pasar al raton tirará la toga y el birrete, para perseguirle en el escondrijo de la cocina.»

Pero á vueltas de esta idea se le vino otra al castellano no ménos aguda:

—«Si esta gente bebe mucho (pensó), ¿qué se va á armar aquí á última hora?»

—Vamos, Juan Pedro (gritó entónces á su paisano): ponme en la calle y camino de mi casa, que bastante tengo con lo que he visto, y por satisfecho y harto me doy de todas veras. Salgamos de aquí cuanto ántes, y para mañana te reservo la determinacion que acabo de tomar; pues cosas llevo en la cabeza, de esta sola noche, que darán ancho espacio para la admiracion y regocijo de Castilla.

V

El lector conoce ya demasiado los antecedentes de Don Diego y su manera de viajar, para extrañarse de que á las veinticuatro horas de vivir en un pueblo, cuyo idioma ignoraba, cuyas bellezas no comprendia, y cuyos usos y costumbres le eran de todo punto indiferentes, deseara marcharse más que á paso en busca de caprichos é ilusiones nuevas, ó á su centro y palomar de Castilla.—Por lo cual, y apenas volvió á avistarse con su amigo, le habló de esta manera:

—Mucho siento decírtelo, Juan Pedro; pero yo no quiero dormir mañana en esta corte.

—¿Y cómo esa resolucion? (preguntóle asombrado el conserje).

—Dejemos explicaciones para despues (contestó Diego), y escucha mi última palabra. Ya sabes el único objeto que me traia á estas tierras; queria ver un buen palacio de rey y una buena casa de locos; y pues la mitad del camino llevamos andado, muéstrame la otra media, que cada hora se me hace tarde para llegar á pueblo en que se hable más despacio, se beba vino ménos endeble y se coma pan algo más duro.

Inútiles fueron todas las objeciones de Juan Pedro Nolasco en contra de la resolucion de su amigo. Ni el ofrecimiento que le hizo de enseñarle muchas y grandes cosas, ni la promesa de que pasando dias serian menores su disgusto y enfado, nada fué bastante á disuadir á nuestro hombre del formal propósito que concibiera. Decidida, pues, la marcha, quedaron emplazados ambos amigos para el dia siguiente, con objeto de satisfacer la segunda parte de los deseos de Don Diego.

Y efectivamente, despues de una madrugada inquieta en que el castellano no pudo pegar los ojos por el rudo embate de las imaginaciones que el espectáculo de la noche anterior le ocasionara, volvieron á reunirse en cierto coche de alquiler,

prevenido al caso, donde cicerone y curioso corrieron varias calles hasta llegar al punto de su empeño.

Era éste una gran plaza adornada con jardines, estátuas, obeliscos y fuentes, que á lo gracioso de su aspecto, unia lo cómodo y agradable de su estancia. En medio dèl laberinto de callejitas enarenadas que formaba el conjunto, divisábase por entre las copas de los árboles un gran edificio cuadrilongo de construccion moderna, escayolado de rosa en los cuartones de su fachada, y perforado, digámoslo así, por tres órdenes de ventanas cuadrangulares tambien, que á la sazon, y por dar el sol de mediodía sobre ellas, aparecian veladas con cortinas de persiana verde.

Don Diego halló en el todo de aquel parque un no sabemos qué de agradable y risueño, que le predispuso en favor de la visita deseada.

—«¡Oh! ¡y qué bien (se dijo) vivirá en este hermoso palacio un rey amado y bendecido de su pueblo, cuando para descansar de las fatigas del gobierno se baje á estos jardines, y coja sus flores olorosas, y pesque los pececillos de estos estanques, y se columpie en estas hamacas de alambre dorado! ¿A que no hay guardias armados por aquí? ¿A que nos dejan entrar sin ningun género de estorbo?»

 Esto

Esto pensaba el castellano, cuando vino á justificar su idea un dependiente vestido con sencillo, aunque galoneado uniforme, quien, prévio el reconocimiento de un papel que le mostró Juan Pedro, se descubrió ante los castellanos, indicándoles con la mayor cortesía el punto á donde habian de dirigirse.

Apenas entrados en el zaguan del edificio, dijo Don Diego:

—¿Y podremos, Juan amigo, ver al mismo rey en persona?

—Se me olvidó advertirte hace un rato (expresó Juan deteniéndose), que si anteanoche te encargaba reserva y silencio durante nuestra visita, todo aquel encargo fué corto comparado con el que tengo que hacerte hoy. Aquí sí que no se pueden despegar los labios sin comprometerse mucho, y sin que el primero que nos oyese hablar más de lo justo, no nos pusiera en la calle: con que, chiton, amigo Diego. Por lo demás, no sólo vas á ver al rey en persona, sino que él será probablemente quien nos acompañe á visitar todo su palacio, es decir, el palacio que tiene por suyo.

—¿Pues no lo es?

—¡Cómo habia de serlo si este edificio pertenece á la nacion!

—«¡Bien pensado! (reflexionó para sí nuestro

 hom-

hombre). Una cosa es que el rey sea quien disfrute el palacio, y otra el que ese palacio pertenezca á la nacion que lo ha costeado. Veo que por aquí marchan las cosas en regla.»

Y no sólo imaginó esto Don Diego, sino que la idea emitida por su amigo de que el rey en persona les enseñaria el palacio, predispuso á su vez el ánimo del castellano en favor de tan condescendiente y bondadoso monarca.

El rey, en efecto, fué la primera persona con quien los amigos tropezaron; pero un rey que, á no haber declarado él mismo que lo era, difícilmente lo sospechara ninguno. Estaba vestido con sencillez, punto ménos que campesina, pues un pantalon ancho de hilo crudo con listas azules, una especie de blusa de la misma tela, y un gorro de seda encarnada y verde que en la mano llevaba, constituian todo su traje. Lo único que hasta cierto punto denotaba su dignidad y jerarquía, era una como diadema dorada que traia sobre la frente, y una gran placa de hermosas piedras, que él se apresuró á descubrir sobre su costado izquierdo, separando los pliegues de la blusa.

El rey, despues de significarles que lo era, inclinó la cabeza ante los dos amigos, y éstos por su parte se descubrieron reverentemente, sin que

 nin-

ninguno fuese osado de dirigirle la palabra. El monarca fué el primero que anudó las explicaciones.

—Mucho celebro (dijo) tener la honra de hallaros aquí. Y digo la honra, porque nunca está más honrado un rey que cuando es visitado por sus buenos vasallos.

—¡Señor! (murmuró el conserje inclinándose).

—He dicho la verdad (añadió el rey), y no consiento que se me den las gracias.

Juan Pedro se guardó muy bien de repetir su cortesía.

—Llegais (prosiguió el monarca) á hora en que ya he despachado mis negocios de por la mañana, y no tengo graves ocupaciones hasta la hora de comer. Yo duermo poco, y así es que me levanto muy temprano: dedico algunos instantes á mi arreglo personal, breves; despacho despues los asuntos de mi casa; almuerzo á las ocho, y llamo en seguida á mi primer ministro, con el cual paso las tres más útiles horas del dia; por manera que á cosa de las doce, cuando otros reyes están en el segundo sueño, puedo yo salir á pasear por mis jardines ó á enseñar mi palacio á algunos de los que, como vosotros, desean frecuentemente verlo. He despedido las guardias, porque tengo notado que más gente se agolpaba

aquí á incomodarnos cuando estaba prohibida la entrada, que hoy en que, gracias á mi prevision, dignamente secundada por mi primer médico de cámara, se deja entrar á todo el mundo. Seguidme, pues, y os enseñaré y explicaré cuanto gusteis.

Don Diego quedó atónito con el discurso del monarca. Jamás pudo figurarse tanta sencillez, tanta afabilidad, tanta cortesanía. Él, que esperaba ver á hurtadillas el palacio, por la planta baja, se entiende; él, que presumia la figura del rey resguardada tras siete habitaciones de impenetrables puertas; él, que si soñó hallarse alguna vez en su presencia, fué arrodillado, tembloroso y aguardando una órden de fusilamiento (que tal y tan torpe idea tienen de la majestad mundana los ignorantes como Don Diego), quedó halagüeñamente sorprendido ante el aspecto del bondadoso rey, y prendado de sus primeras reflexiones.

—«¡Buen rey! ¡Excelente rey! (decia para sí el castellano). ¡Incomparable rey!!»

—Observareis con sorpresa (repuso el monarca mientras iban andando) el gran silencio y la quietud que se nota en mi palacio real, tan contraria á lo que es de costumbre en las casas de mis primos; pero no os extrañe, porque yo sigo diferente método que ellos. Los dias de labor, es de–

decir, hoy, toda mi numerosa servidumbre está ocupada en trabajos útiles: los músicos estudian ó componen; los cronistas y poetas, que de todo tengo, escriben; las damas de mi esposa y de la real familia, cosen, bordan ó hacen calceta; mis chambelanes y gentiles hombres trabajan en ebanistería, herrería, maquinaria ó fabricacion, al tenor de sus gustos y aficiones; todos, en fin, están ocupados en su oficio, desde la hora de almorzar hasta la de comer. Este es tambien consejo de mi primer medido de cámara. Como ellos se levantan á la hora que yo, tienen tiempo sobrado, ántes del desayuno, para ocuparse en lo que concierne á las reales personas; y concluido esto, se entregan cada cual á su tarea, siempre útil y productiva; lo cual proporciona la ventaja de que casi se ganan lo que cobran, no siendo por lo tanto gravosos á la Corona ni al Estado, sino ántes bien, utilísimos, porque con su ejemplo y natural adelanto, ayudan al progreso artístico de la nacion.

—«¡Excelente rey! (volvió á murmurar Don Diego). ¡Incomparable rey!»

—Lo primero que voy á enseñaros ahora (continuó éste impertérrito), es un hombre que se dedica á la ciencia de la gobernacion del Estado; un ministro en ciernes, como si dijéramos: mirad.

Y levantó el pestillo de la primera puerta que en el espacioso corredor donde se hallaban habia, dejando ver una bonita estancia, adornada con sencillez; en medio de la cual se les cuadró en ademan imponente un hombre, jóven todavía, de corta estatura, ojos negros salientes, largas guedejas, y vestido con la misma ó parecida modestia que S. M.

—Aquí teneis (dijo el monarca señalándole) un hombre que aspira á ser ministro.

—¡Perdonad, señor (repuso el aludido inclinándose): un hombre que lo ha sido, que casi lo es, que lo será siempre!

—Yo he dicho y repito (expresó el rey dando una fuerte patada en el suelo), que aspirais á ser ministro mio y nada más.

—Teneis razon, poderoso y muy alto señor: todavía no he tenido la fortuna de ser vuestro ministro; pero sí tuve la desgracia de serlo en otra parte. Yo he sido ministro en el mejor de los pueblos, en la más gloriosa de las naciones, en donde dos mundos se prosternan sumisos, en donde jamás se pone el sol.

Ni Pedro Nolasco ni Don Diego se determinaban á terciar en el interesante diálogo entablado entre los dos poderes. Mirábanse ambos amigos, y nada más.

 —Fuís-

—Fuísteis allí ministro, decíais; ¿y por qué dejásteis de serlo?

—Ya lo sabeis, señor: yo fuí ministro, siguiendo una costumbre ya establecida, cuando apenas habia salido del colegio; cuando ignoraba la historia de mi país y la historia de los otros; cuando hablaba de los hombres y de los pueblos por el pueblo y los hombres con quienes me crié; cuando creia, en fin, que la Puerta Otomana tenia cerrojo. Yo era lo que se llama un mozo de esperanzas, y comenzaron por hacerme ministro. ¡Y qué bella es, señores (dijo el jóven dirigiéndose á los tres y echándose hácia atrás la rizada melena), qué bella es la posicion de ministro á mis años, con mi figura, y en el pleno uso de mi lozano entendimiento! ¡Qué ascendiente se tiene sobre las damas, qué envidia se causa á los galanes, que humillaciones se les hacen pasar á los viejos! ¡Yo mandaba en jefe sobre mi país; ponia y quitaba á mi antojo las autoridades de mi pueblo; hice consejeros á mis hermanos, presidente de un alto tribunal á mi padre, gobernadores á mis primos, condesa á mi madre, marquesas á mi novia y dos amigas suyas; yo dí el abasto del pan á los que me habian sacado diputado, jubilé á un profesor de latin que me habia castigado mucho en la Universidad, agrandé

 la

la calle en que vivia, me hice noble, y, en fin, no me olvidé de nadie ni de nada que pudiera conducir al bien de la patria que me vió nacer y á la prosperidad y engrandecimiento de los pueblos cuya direccion se me habia encomendado! Pero ¡oh adversidades de la suerte!... ¡Oh ingratitudes humanas!!... ¡Un dia me encontré relevado sin saber cómo; sin que se me dieran satisfacciones por ello; sin que se consignaran, como era justo, mi patriotismo, mi lealtad, mis servicios: entraron otros hombres, me pidieron cuentas, emigré; me abandonaron todos, y hoy es el dia en que ninguno se acuerda de mí y me dejan preso en esta fortaleza extraña, cuando más pensamientos tengo en la cabeza, cuando mayores y más fecundos planes podria realizar! Hoy...

—Basta, basta (interrumpió el rey con tono imperioso): habeis contestado á mi primera pregunta; dejadme ahora que satisfaga la justa curiosidad de estos señores.—El que veis aquí (añadió dirigiéndose á los castellanos) era, como habreis podido conocer, un mal ministro, un ministrillo de tres al cuarto, propio únicamente del país ese de donde nos le trajeron. Pero yo lo he tomado por mi cuenta, con la ayuda de mi primer médico de cámara, y pensamos hacerle un gran ministro. En primer lugar, se le ha mandado que

 es-

estudie; despues, se le ha prohibido salir para que no se distraiga, por una parte, y para que no adquiera relaciones, compromisos y enemistades que luego son fatalísimas en el gobierno: con la quietud, el estudio y la soledad, se fortificará su razon, se desvanecerán locas ilusiones que áun conserva, y pasarán los años, que es principalmente lo que necesita; pues los años se llevan consigo una porcion de defectos que impiden pensar y gobernar bien. Con un sistema como este, nos prometemos ántes de mucho poder elevarle á la categoría de nuestro consejero de Estado.

—¡Gracias, señor (dijo el ministro profundamente conmovido): yo quiero serlo cuanto ántes; yo quiero ser útil á mi patria mejor hoy que mañana; yo quiero que se me presente ocasion de sacrificarme por el país!

—La tendrás, la tendrás (murmuró el rey abandonando la estancia. Y dirigiéndose despues á los curiosos, les dijo por lo bajo): el mayor defecto que éste tenia, era su poca conciencia para ciertos asuntos; pero aquí se le está acostumbrando á la escasez y moderacion de la vida, con lo cual espero que será con el tiempo hombre de pocas necesidades.

—«¡Excelente rey! (pensó para sí Don Diego). ¡Incomparable rey!»

—Este otro que teneis delante (pronunció ya el monarca en alta voz, abriendo una nueva puerta), es el general en jefe de mis ejércitos. Miradle bien.

Don Diego abrió los ojos, más por temor que por verdadera curiosidad; pues el guerrero, que todo lo parecia menos eso, estaba sentado frente á una mesa, con los codos apoyados sobre la tabla y los carrillos sobre las manos, sin que la voz del rey ni la presencia de sus acompañantes le hubiese sacado de su arrobamiento.

—Veo con placer (exclamó el rey), que os admira la ilusoria incompatibilidad que se nota entre el hombre y la apariencia de este mi antiguo servidor; pero en pocas palabras os lo explicaré todo. Este insigne vasallo, cuya actitud meditativa y vulgar presencia os extrañan, ha mandado más ejércitos, asaltado más ciudades y rendido más reinos que cien historias pudieran registrar en sus anales. Él ha talado campos, ha incendiado aldeas, ha pasado á cuchillo generaciones poderosas de hombres; él ha adquirido, en fin, más gloria por sí sólo, que todos los Césares y Escipiones juntos. Pero ¡oh instabilidad de las cosas humanas!—como dice mi presunto ministro;—él, á quien tanto debe mi corona, á quien tanto ensalzan los presentes, y á quien tanto glorifica-

rán los futuros, ha dado, por término de sus grandes empresas, en la mayor melancolía que mi primer médico de cámara ha conocido jamás. No sale de la posicion en que le veis, ni acude sino de tarde en tarde á nuestros consejos y reuniones; come poco, no duerme nada, y se le va el tiempo suspirando. Yo al principio hube de inquietarme por su salud; pero bien pronto recobré la calma, y hoy es el dia en que no le distraigo de sus meditaciones, por todos los imperios del mundo. ¿Sabeis lo que medita? Pues es nada ménos que el arte de la paz. Él, que ha dominado la guerra; él, que se saciaba en la destruccion; él, que reducia á volcanes las campiñas, no piensa hoy más que en los medios de hacer inútil su arte mismo. La sombra de los muertos dice que se levanta á cada paso pidiéndole vida; en todas partes vé madres que le demandan hijos perdidos, esposas que reclaman esposos, doncellas que piden honra, familias que reclaman hogar. Y en fuerza de estos pensamientos, su cabeza se turba, sus ojos miran sangre, sus oidos no perciben más que agonías; todo lo cual, como presumireis, constituye sus arrebatos de cólera, hasta que Dios y el tiempo le permiten caer en el sopor que hoy tiene, gritando enronquecido: «¡Paz! ¡paz! ¡paz!!!» Yo le dejo que la goce por largos años,

y contribuyo, con mi primer médico de cámara, á que termine cuanto ántes su gran pensamiento sobre la pacificacion de la especie humana. Presumo que he de ser el primer rey que dé al mundo el espectáculo de un ejército de labradores. ¿Qué os parece ahora de mi general en jefe?

—«¡Excelente rey! (murmuró Don Diego por lo bajo). ¡Incomparable rey!»

—Venid, venid (gritó luégo tomando por el brazo á ambos amigos): venid á ver la perla de mi palacio, el tesoro de los hombres, la personificacion de la virtud. Os llevo á la cámara de mi gran limosnero, del jefe de mi capilla real, de un arzobispo *in partibus infidelium*, que apenas oye mi voz se desata en voces pidiendo que le haga justicia. Mirad.

Y en efecto, apenas abierta la cámara del pastor, que en verdad muy poco se diferenciaba de las otras, se arrojó al dintel un hombre alto y delgado, de cabellos blancos y endebles, sobrecogido con un manto talar y cubierto con una especie de mitra, que á Don Diego pareció de papel al pronto, pero que no lo seria, gritando á todo su gritar:

—Señor, señor, yo quiero ir á donde me llama mi título; á civilizar, á catequizar, á bautizar á los infieles, á morir, si es necesario, por la reli-

 gion

gion del Dios grande y del Dios único de la tierra. Yo no puedo consentir estar cobrando mis haberes en la corte, mientras la cóngrua pontificia que llevo en mí me señale otro puesto entre los salvajes. Dadme un báculo y una cruz, con licencia para que me dejen salir, y yo vuelo á apacentar el rebaño que me espera. ¡Justicia, señor, justicia!

—Calmad, venerable hermano (dijo el rey), vuestros santos ardores. No en balde me llaman el justiciero, y yo prometo haceros justicia. Pero vuestra salud, monseñor, está deteriorada; vos exagerais vuestros deberes hasta un punto dañoso. Vuestras carnes están casi descubiertas, porque dais el vestido á los pobres; vuestra naturaleza está flaca, porque os quitais el alimento de la boca para los necesitados; vuestro bolsillo está exhausto, porque dais vuestra renta en limosnas: y ¿cómo quereis que consintamos, yo y mi primer médico de cámara, que marcheis contra infieles en el mísero estado en que os hallais? Reponed vuestra salud, excusad algun tanto los cilicios, acortad hasta cierto punto las oraciones, y confiad en mí; que cuando ménos lo penseis os mandaré en mision á vuestro deseado martirio.

Dijo el monarca, y cerró el departamento del arzobispo, añadiendo á los castellanos á media voz:

 —Yo

—Yo conozco todo lo que este buen pastor haria en rebaños infieles; pero lo guardo en medio de mi corte para norma y espejo de prelados.

—«¡Excelente rey! (dijo Don Diego callandito). ¡Incomparable rey!»

El hombre á quien nuestros amigos fueron á visitar despues, por indicacion de su guia, hubiérales parecido desde luego un matemático que buscaba la cuadratura del círculo, si el monarca no les hubiese advertido que era un miembro de la alta administracion de justicia. Tenia en la mano un cordon, y frente á sus ojos una pizarra, en la cual se veian dibujados con yeso, un cuadrado y un círculo de proporciones semejantes. Parábase un momento á contemplar las figuras; afianzaba entre los primeros dedos de ambas manos su cordoncito de seda, y aproximándolo alternativamente, ya al círculo, ya al cuadrado, decia:—«Nada, nada; siempre lo mismo.»

Aquel hombre tenia la espalda vuelta á los espectadores, y hablaba solo.

—Dejadlo (dijo el rey), que él os explicará mejor que yo sus ocupaciones y pensamientos.

—«Nada, nada (repetió); ¿y por qué nada? ¿Por qué no ha de ser exacta la relacion del diámetro y la circunferencia? ¡Desdichados!... y se creen que saben algo del mundo moral é impal-

 pa-

pable, cuando en el mundo físico y tangible andan á oscuras! Yo tambien sé fallar. Al que roba poco, cárcel: al que roba más, presidio: al que mata, garrote; al que grita, fusilamiento. Pero ¿y al que va á robar? ¿Y al que va á matar? ¿Y al que va á gritar? Para esos policía. ¿Y al que puede robar? ¿Y al que puede matar? ¿Y al que puede gritar? Para esos nada, nada, siempre nada... Es necesario hallar la relacion entre el diámetro y la circunferencia moral del hombre. ¡Es necesario imitar á Dios!»

Y el magistrado dejaba el cordon de seda, inclinaba la cabeza sobre el pecho, cruzaba los brazos hácia delante, y permanecia así largo espacio, embebido en su honda y metafísica meditacion.

—Ahí teneis (dijo el rey) al mejor magistrado de mi imperio. Abandonó el Tribunal supremo de Justicia donde cobraba un crecido sueldo, y se vino, ó le trajeron aquí, en medio de esta miseria que le rodea, á resolver la gran cuestion del siglo. —«Yo no quiero —decia— alcanzar más gloria sentenciando: yo quiero alcanzar una poca evitando sentencias.» —Y así lo teneis de dia y de noche, resguardado por mí, que no pienso sacarlo de esa cámara, hasta que me dé la fórmula para cerrar de una vez los tribunales.

 —Ex-

—¡Excelente rey! (gritó por fin en voz alta Don Diego). ¡Incomparable, inimitable rey!!

El monarca volvió los ojos con cierta excitacion hácia el castellano, y encarándose con él, le dijo:

—Si tus elogios son sinceros, ven y te ahogaré entre mis brazos de alegría; pero si son falsos, voy á mandarte matar por adulador.

Juan Pedro, que conocia al rey, tembló de todas veras por la vida de su amigo; y áun cuando quiso mediar entre ellos para separarles, ya tenia el castellano viajero tres cardenales monárquicos en la espalda, producto de la régia efusion.

—Seguid, seguid conmigo (añadió entusiasmado) al departamento de mis chambelanes y gentiles hombres, al de las damas de la reina, y á los de mis servidores y criados de planta baja; que áun os queda que ver lo mejor de mi reino, y la honra y prez de mi palacio.

Pero tres golpes de campana que sonaron entónces, haciendo vibrar su eco en todo el edificio, interrumpieron la excitacion del rey y sus expansivas promesas; haciéndole virar de costado, y poniéndole en fuga tan inexplicable como precipitada. Era, segun dijo Juan Pedro, la hora de comer.

Don Diego, temiendo que el monarca variase de opinion y se restituyese al seno de su espalda con el acendrado ímpetu que acababa de usar momen-

 tos

tos ántes, instó á su amigo para que abandonaran el palacio sin pérdida de tiempo; *pues estos señores* (son palabras del castellano), *si no la hacen á la entrada, la hacen á la salida.*

Juan fué de la misma opinion, y se adelantó á buscar el carruaje que habian traido; el mismo que les sirvió para tomar el billete de retorno de Don Diego, quien, fiel á su promesa, y considerando realizado su antiguo deseo, dejó aquel mismo dia la corte donde estamos para trasladarse á la nuestra, en la cual contó su viaje;

Y si, lector, dijeres ser comento,
como me lo contaron te lo cuento.

EL SOBRINO DE TÁNTALO

I

Los diez reales diarios que el padre de Lorenzo le enviaba á éste para que siguiera con cierto desahogo el cuarto curso de medicina en el colegio de San Cárlos de Madrid, eran distribuidos de la manera siguiente:

Treinta reales mensuales para tabaco y peluquero.

Sesenta reales para vicios.

Sesenta idem para gastos extraordinarios.

Quince para atenciones de la carrera.

Y los cuatro reales y medio restantes, para satisfacer con desusada puntualidad á una patrona de tercer órden el hospedaje, á coste y costas, de una alcoba interior, de un cuarto interior, de una casa interior que existia en una calle bastante interior del exterior de la coronada villa.

Lorenzo, como se vé, era un estudiante poco comun. El rasgo de los quince reales para atenciones de la carrera, el de pagar puntualmente á la patrona, y el de haberse dado un pinchazo sospechoso, sirviendo de ayudante para una operacion quirúrgica en las clínicas del hospital, demuestran que era digno de los sacrificios públicos de su padre, de las dádivas privadas de su madre, y de los enaltecimientos de la historia.

Efectivamente: Lorenzo iba á cátedra casi todos los dias, estudiaba casi todas las semanas, escribia á su casa casi todos los meses, y ganaba su curso casi todos los años. ¿Puede pedirse más? Tenia pocos amigos, pero constantes; requebraba á pocas muchachas, pero con acierto; jugaba pocas veces, pero con conducta; se enloquecia en contadas ocasiones, pero con la posible reflexion despues de la zambra. Habia pocos estudiantes como él: sus compañeros aseguraban que acabaria en misántropo. Casi le tenian compasion.

Y es que los estudiantes de medicina son, sobre to-

todos los estudiantes, los primeros en trocar el sencillo candor de la aldea, por el malicioso aturdimiento de la vida canalla. Si no hay estudiante bueno, los de medicina suelen ser rematados.

Esto consiste en la clase de estudios á que se dedican unos y otros.—Los estudiantes de teología, por ejemplo, comienzan desde el primer curso á abordar cuestiones sérias y graves, en que la imaginacion se levanta, sin quererlo ella misma, á objetos y latitudes que prestan vivacidad al espíritu. Los de ciencias exactas, áun cuando nacen á la razon materializando en cierto modo su númen, aspiran de contínuo al descubrimiento de verdades sublimes; son, digámoslo así, ideólogos de la materia, y lo que pierden desdeñando cuestiones morales, lo compensan con una especie de culto instintivo hácia el órden y la exactitud. Los estudiantes de derecho, los de administracion pública, los de ciencia militar, los de bellas artes, todos, en fin, cuál más, cuál ménos, adquieren desde sus primeros pasos nociones de historia en que creen, hábitos de respeto á que se ajustan, caudal de verdades preestablecidas ante cuyos orígenes se doblegan; costumbres, en una palabra, de subordinacion moral, que no pueden ménos de traducirse siempre en el ejercicio de las costumbres particulares.

 Sólo

Sólo los estudiantes de medicina se encuentran desde el primer momento cara á cara con la naturaleza carnal, con el hombre podrido, con el alma disecable. El dia que entran en el aula, les enseñan, en vez de un entendimiento, un cráneo; en vez de unos ojos, unas órbitas; en vez de un corazon, un músculo. Se familiarizan con el hombre muerto ántes de haber conocido al hombre vivo; aprenden primero á prescindir del dolor que á remediarlo; se les inspira mayor interés hácia una deformidad horrible que hácia una perfeccion académica. Un brazo, por ejemplo, puede ser para los otros estudiantes el brazo de la justicia, el brazo del guerrero, el brazo del sacerdote, el brazo de la estátua: para el estudiante de medicina, el brazo mejor es un brazo roto.

Ven planteada sobre el tapete, desde la primera hora, la cuestion de espiritualistas y materialistas, de creyentes é incrédulos, de preconcepcion divina ó de generacion espontánea. Si un poco de ungüento fabrica vísceras, natural parece no conceder mayor preponderancia al Creador que al boticario. Si el cadáver presenta la tienda del cerebelo encallecida, forzoso es confesar que aquel humano tenia el alma de piedra.—Los chistes de la impiedad preceden en la erudicion de este estudiante á los aforismos de Hipócrates.

 La

La medicina debia enseñarse despues de otras ciencias, y entónces los mejores moralistas serian los médicos. Pero enseñada ántes que ninguna, suelen los médicos salir los racionalistas más contumaces del mundo. Sobre todo, el médico embrionario, el estudiante queremos decir, es casi, sin excepcion alguna, incrédulo, rebelde, osado, alborotador, entrometido, revolucionario y más liberal que Riego.—Despues de todo, casi siempre es un infeliz.

Volvamos á Lorenzo.

La vida doméstica del estudiante se regulaba así:—Por la mañana chocolate de familias, de ese chocolate en cuya confeccion no entran ni la canela ni el cacao, por ser productos tropicales que irritan. A las dos de la tarde, sopa variada (fideos las más veces); un soberbio cocido abundante de carne y mollejas, con sus patatas correspondientes, una ensalada y su postre. Al anochecer guisado frugal pero abundoso: judías, berzas, brécoles, ó lo que daba el tiempo. Tres panecillos y agua á discrecion: tales eran los deberes de la patrona y los aprovechamientos del huésped.

Si á esto se añade una taza de buen café, y tal cual tostada de manteca, con mucha manteca, que se permitia en momentos difíciles fuera de casa, se formará juicio axacto de las disposiciones

gastronómicas de Lorenzo, y de la amplitud con que acertaba á satisfacerlas.

Su calle estaba retirada, pero piernas jóvenes todo lo andan; su casa era humilde, pero los estudiantes no viven en palacios; su cuarto era muy interior, pero tampoco tenia ruido; en fin, su alcoba era oscura y estrecha, pero él no la necesitaba más que para dormir. Despues de todo, ¿qué quieren ustedes que tuviera por cuatro reales y medio?

La cosa iba perfectamente, hasta que el pinchazo de la operacion se convirtió de sospechoso en alarmante. El infeliz Lorenzo se habia inoculado por amor á la ciencia: hinchósele la mano, despues el brazo, más tarde le amagó la dolencia al pecho; y gracias á una fuente que le abrió su catedrático junto al hombro izquierdo, que era el atacado, pudo conseguirse que la enfermedad degenerara, de mortal y aguda, en rebelde y fastidiosa.

La última vez que le operó el catedrático, dijo á sus compañeros:—«Aquí no hay ya nada más que hacer, sino quietud, cuidado y paciencia.»

Las primeras semanas no le faltó, efectivamente, ni reposo, ni asistencia, ni distraccion. Los compañeros, al salir del aula, se dirigian á la alcoba de Lorenzo, como quien se dirige á un

 ca-

casino de la facultad. Allí habia su poquito de broma, su poquito de juego, y su poquito de operacion quirúrgica. El caso no era comun, para que dejase de inspirar interés á los aprendices de carnicero científico.

Mas como el hábito de estar en la cama embota la asiduidad de los asistentes, bien pronto el desdichado enfermo se fué encontrando sin visitas. Á la abundancia sucedió la escasez, á la escasez la miseria absoluta. El mismo practicante que lo curaba le dijo una mañanita poniéndole la venda: —«Amigo mio, tú te puedes curar ya solo. El hospital está muy léjos y hace mucho calor. Vendré á verte cada ocho dias.»

Lorenzo, pues, se quedó solo; solo con su brazo malo y su cuerpo no bueno; solo con su patrona que no le tenia gran aficion; solo con su escasez y sus desengaños.

Los compañeros estaban en lo justo: Lorenzo se sintió atacado de misantropía.

II

Los estudiantes antiguos no dicen nunca á sus familias que están enfermos: temen que el padre ó la madre aparezca de improviso y se los lleve al lugar. Mientras pueden manuscribir la carta en que se acusa el recibo del mes, callan todas las dolencias por graves que se presenten. Sólo cuando están ya buenos, es cuando escriben pidiendo dinero para pagar la cura.

Lorenzo, que estudiaba el cuarto año, no habia dicho nada á su familia; por lo cual el abandono era absoluto en toda la extension de la palabra. Hasta su patrona vivia en una especie de inco-

 mu-

municacion respecto al estudiante.—Expliquemos por qué.

Cuando Lorenzo ajustó la casa, dijo que muchas veces no comeria allí, que por la noche no estaba nunca, que de dia tampoco paraba más que lo preciso, y, en fin, que era un verdadero huésped para sus patronas. Pero desde que cayó enfermo, faltó naturalmente á todo el programa: ocupaba su cuarto todas las horas, comia todos los dias, gastaba luz todas las noches, consumia todos los trapos de la vecindad, y molestaba á cada minuto á la patrona. A pesar de esto, ella no hubiera sido cruel, si un pícaro sargento de artillería que frecuentaba la casa, no hubiese dado en tener celos del estudiante. Era necesario, pues, manifestarle cierto lujo de desatencion. En cuanto se pusiera bueno, se le iba á decir que buscara vivienda.

Gracias al hermoso estómago de Lorenzo y á su sueño infantil, las veinticuatro horas de cada dia se acortaban considerablemente durmiendo y comiendo; pero siempre quedaban ocho ó diez en que no habiendo qué comer, y no pudiendo dormir, era necesario pensar.

La alcoba del estudiante se prestaba poco á meditaciones placenteras. Consistia en un cuadrilongo de sucias paredes, dentro del cual cabian con alguna estrechez el catre, la palangana, dos

 si-

sillas y un baul. Sobre la cabecera de la cama habia un ventanillo con reja de hierro, inaccesible al cuerpo humano; y como el tal ventanillo por añadidura daba á un patio estrecho y altísimo, más que tragaluz hubiera podido llamarse tragasombras. En suma, el cuarto de Lorenzo era una despensa exagerada.

Los pensamientos, pues, que en este tugurio pudieran ocurrir, pertenecian á la clase de los de preso celular. Ideas de campo, ideas de amplitud, ideas de concurrencia, ideas de bulla; y por contraste de esa soñada perspectiva, realismo de estrechez, realismo de oscuridad, realismo de silencio. El estudiante, por consiguiente, se iba haciendo lúgubre.

Pero la Providencia no desampara nunca á los desgraciados.—Se cuenta de un prisionero español que, cuando lo encerraron en su calabozo, se le privó de todo objeto que pudiera distraerle ó consolarle: sólo por burla se le permitió conservar una Biblia alemana, que tenia entre sus libros, y que por su gran tamaño, así como por no entenderla, le servia de asiento y de almohada. Cuando el prisionero recobró su libertad, al cabo de mucho tiempo, habia aprendido aleman, aunque ignoraba el modo de pronunciarlo. Él sólo se inventó su gramática.

 Lo-

Lorenzo no estaba para invenciones de esta clase; pero la suerte le habia proporcionado un tabique de vecindad, que clareaba en ocasiones la conversacion y los ruidos de una familia. No siempre llegaban á él claros y distintos los ecos de las cosas y de las personas; mas en este mismo nublado de accidentes, encontraba el pobre, durante sus largas horas de fastidio, pretexto para la invencion de asuntos y dibujo moral de caractéres.

Si él cuando estaba bueno hubiese sido más apegado á la casa, y hubiera hecho relaciones de vecindad, ahora le serviria grandemente su experiencia anterior para el casamiento de chismecillos y vicisitudes domésticas. Pero jamás habia tratado de conocer á sus vecinos, ni de investigar si existian; por cuya razon, en el caso presente, las averiguaciones y deducciones eran más difíciles y enmarañadas.

Hemos dicho ántes que el cuarto de Lorenzo era el más interior de un piso interior de una casa de barrio; y para mayor esclarecer los precedentes de esta verídica historia, debemos ahora decir que el patio por donde se filtraba la ténue claridad del tugurio, era uno de esos patios de aprovechamiento comun á que sacan balcones ó ventanas los verdaderos dueños del terreno, no permitiendo

sino tragaluces con rejilla, ó paredes completamente cerradas, á sus limítrofes. Desconocia, pues, nuestro estudiante su verdadera situacion topográfica. Nosotros tenemos noticias de ella, y vamos á dibujarla aquí:

Pared cerrada.

Patio.

Balcon.

Habitaciones

Casa

Tragaluz.

de

la patrona.

Alcoba

de

Lorenzo.

Tabique.

de

los vecinos.

Pasillo.

El torpe plano que nos permitimos bosquejar, contraviniendo á las leyes de arquitectura civil, dá una perfecta idea del punto en que acaecen los sucesos que narramos; y explica á la vez de un modo satisfactorio (que es lo que más nos importa), el cómo hallándose Lorenzo abandonado de su familia por ignorancia, de su patrona por malicia, de sus amigos por cansancio, y del mundo entero por necesidad, áun no se contaba completamente solo cuando derramaba la vista sobre su tabique.

III

Poca cosa parecerá al lector la compañía de un tabique, cuando considera al hombre abandonado del resto de sus semejantes; pero prisioneros célebres ha habido que se contentaban con ménos, lo cual prueba que la soledad es una de las ideas más relativas de la existencia humana. Prisionero hubo que se creyó bien acompañado por una araña: húbolo que no se juzgó solo desde que vió crecer una florecilla entre dos piedras: hálos habido que se tenian por felices con el eco de una campana de ermita, el ladrido de un perro de ganado ó el canto monótono de un trajinante.

Además, un tabique no es cosa tan baladí como parece á primera vista. El tabique es el emblema de la sociedad: el hombre civilizado se diferencia del salvaje en que tiene tabiques. Suprimidlos con la imaginacion, y caereis en la vida nómade de los antiguos ó en el falansterio de los modernos; las dos barbáries de la humanidad. Las fronteras aseguran la independencia de los pueblos: los tabiques constituyen la independencia de los individuos. Por eso los pueblos más cultos respetan tanto la frontera de la casa como el tabique de las naciones. César pasando el Rubicon no hizo más que romper un tabique.

Los tabiques pertenecen al parecer al órden físico, y sin embargo tienen ménos de físico que de moral.—¿No es un tabique, acaso, el traje de la mujer que vela las codiciadas formas de la hermosura? ¿No es un tabique el casco de la nave que separa al hombre de la inmensidad? ¿No es un tabique la nube del espacio á través de cuya endeble contextura se desea penetrar inútilmente en el misterio de los cielos?—Preciso es convenir en que el tabique merece los honores de una meditacion profunda.

Cuando en el insomnio de la noche no nos acompaña nada más que el embate turbulento de nuestra alma, el tabique suele representar pape-

 les

les muy singulares. Los turbios ecos que nos deja percibir por los cuatro puntos cardinales de nuestro aposento, nos ponen en relacion ténue, pero viva, con cuatro estancias diferentes á que en el acto prestamos condiciones de sociabilidad. El alma no está ya sola, que está ó con las suyas ó con las extrañas.

Si vivimos en casa aislada, el menor ruido que propaga un tabique despierta sensaciones de sobresalto. ¿Es la madre que vela? ¿Es el hermano que padece? ¿Es el niño que dormita? ¿Quiénes perturban el reposo? ¿Quiénes demandan auxilio? ¿Quiénes ó qué causas adversas combaten aquellas almas queridas, con torcedor parecido al de nuestra alma que juzgamos doliente?

Si habitamos en casa de vecinos, las sensaciones primeras son de curiosidad ó de enfado. El vecino canta, el vecino riñe, el vecino se queja. ¿Qué sucederá casa del vecino? ¿Por qué será tan imprudente el vecino? ¿Cómo no se fabrican los tabiques más fuertes, para impedir la comunicacion fastidiosa con vecinos groseros?

Pero hay ocasiones en que los ruidos no son completamente perceptibles, ó simulan actos que se salen de la esfera normal. Entónces es el terror el que se apodera de nuestra alma. ¿Estarán horadando el tabique? ¿Querrán abrir mi puerta? ¿Pre-

¿Preparan un asalto á mi independencia ó á mi dicha interior? — Aquellos tabiques que espían por la parte de afuera, denuncian por la parte de adentro: hacen el oficio de guardas; pero de guardas torpes, que ya que saben denunciar no saben defender. Son unos chismosos impotentes: avisan el daño, y no lo pueden impedir ni remediar. ¡Malditos tabiques!

Las fronteras de las casas debian estar constituidas como las fronteras de las naciones: un rio, una montaña, una fortaleza, un idioma; es decir, una pared maestra, un foso, un jardin, una medianería sorda. Con esto, y un derecho privado municipal á semejanza del derecho público internacional, los hombres vivirian más tranquilos, más independientes, más autónomos. — Los ingleses viven así: son los más aislados dentro de la familia, y por consecuencia los más libres dentro de la sociedad. Ellos no temen que el vecino se deje la puerta abierta, y que facilite un robo por descuido; ni que le pegue fuego á la casa por distraccion, y facilite una catástrofe con su torpeza; ni que se cante una boda en el piso de arriba, mientras se auxilia á un moribundo en el piso de abajo. Los ingleses viven consigo propios, que es la mejor manera de vivir en paz con el resto de los hombres. Ellos proscriben el tabique,

 y

y hacen muy bien. ¿No les parece á ustedes que hace falta discutir y votar una ley sobre los tabiques?

Y eso que el ingenio moderno se ha adelantado al legislador para precaver muchas y grandes cosas. Los tabiques de los conservatorios de música se rellenan de serrin, porque el serrin es la materia ménos conductora de las ondulaciones acústicas: los tabiques de las cárceles se construyen dobles tambien, y se rellenan de arena cernida, para que los presos cuando quieran escalar se encuentren con un aluvion de tierra que no tienen donde esconder: por último, los tabiques de los tesoros están llenos de agua, para que en momentos dados puedan producir una inundacion que impida el robo violento de las multitudes.—Se va pensando en los tabiques más de lo que parece.

Por desgracia, ninguno de estos adelantos habia adquirido carta de naturaleza en Madrid, cuando Lorenzo alquiló su alcoba con aquel tabique. Y no sabemos si decir por desgracia ó por fortuna; pues áun cuando el tabique era muy incómodo por su sonoridad y desvergüenza durante el tiempo en que el estudiante tuvo salud y compañía, hoy que éste se hallaba enfermo y abandonado, pudo parecerle providencial la existen-

cia de un medianero indiscreto y tumultuoso que le permitiera creer, como nosotros creemos sinceramente, que al quedarse aislado de las criaturas, no se quedaba aislado del mundo.

Estando Lorenzo con su tabique, no estaba solo.

IV

En efecto: las largas horas de meditacion forzada á que condena una dolencia que exige inmovilidad, abren horizontes nuevos á la inteligencia de las criaturas. ¿Quién podria creer que el contar las vigas de un techo, ó los cristales de una vidriera, ó las florecillas de un papel pintado, habia de ser un entretenimiento, no sólo divertido, sino de extensa complicacion para la fantasía de un jóven calavera? Sin embargo, lo es, y puede repetirse con igual encanto, tantas veces como en el estado de salud se repite el goce de con-

contemplar en un paseo á las muchachas hermosas de una ciudad.

Por otra parte, los sentidos afinan sus percepciones segun la gimnasia á que se les sujeta. Los ojos descubren mucho en la oscuridad, cuando se les ha acostumbrado á la penumbra; los oidos oyen los ecos más imperceptibles, cuando se les ha acostumbrado al silencio. De dos personas que atraviesan un campo, el cazador vé una pieza, donde el que no es cazador apenas ha vislumbrado una mata. Los directores de orquesta oyen la desafinacion de un solo violin, donde el público no nota más que un acorde sonoro y perfecto.—Nosotros creemos que á Don Pedro de Castilla se le oia el crujir de las choquezuelas, porque todos los que se ponian á su lado guardaban el silencio del terror.

Lorenzo veia como un lince en su alcoba oscura, y oia como un indio en la superficie de su desierto silencioso. Bajo esta doble afinacion de sus sentidos, su tabique y su lucana no tenian precio.

Ya hemos explicado cómo estaba situada esta última, encima del cabecero de su catre: el tabique correspondia al lado izquierdo del cuarto, y evidentemente estaba construido de cascote. Porque los tabiques de ladrillo, ó son acústicos ó sor-

sordos, ó refieren los sonidos tal y como se expresan, ó trasportan el murmullo sin la claridad necesaria para la percepcion; mientras que los tabiques de cascote, ora apelmazados por una argamasa dura, ora cavernosos por el mal asiento de dos superficies desiguales, son á la vez acústicos y sordos, parladores y murmuradores, confidentes exactos del secreto vecino, ó torpes rápsodas de una confusa revelacion. Ya que aquel tabique era indiscreto, ¿por qué no estaria construido de adobes tónicos y trasparentes?

Así es que Lorenzo, cuya soledad le habia avezado á recoger y reconstruir los sonidos que podríamos llamar de tras-tabique, se lamentaba á veces de que ciertas tonalidades llegaran á su oido claras y distintas, al paso que otras se borraban en los poros groseros del cascote, produciéndole dudas, confusiones y curiosidades.

Lo que llevaba observado á la época de nuestra narracion, era como sigue:

La pieza que confinaba con su cuarto era una alcoba tambien como la suya. Debia ser más grande, segun el alejamiento gradual de los sonidos y segun la mayor cantidad de muebles que en las horas de arreglo se habian dibujado al chocar con las paredes.

—«Una alcoba como esta (pensaba), no podria

 con-

contener una cómoda de tres cajones; y yo siento abrir y cerrar el mueble con la mayor exactitud. Además, en este cuarto no se puede desarmar una cama, y ahí se ha armado y desarmado diferentes veces sin llevársela del aposento. No hay duda (se decia); esa alcoba es mucho mayor que esta.»

La alcoba, pues, que debia ser grande, comunicaba con una sala, quizá no tan grande como ella; porque la sala tenia un balconcillo estrecho que daba al patio, y este balcon ni siquiera ocupaba el centro de la escueta pared. Así es que Lorenzo, cuando con mil trabajos se empinaba sobre una silla, que solia colocar en la cabecera del catre, hasta poderse asir con su mano buena á los hierros del tragaluz, no veia del balconcillo más que la mitad de las barras, y la mitad tambien ó ménos de la figura que pudiera asomarse á él; y eso haciendo una horrible mueca con sus ojos hácia la derecha y abajo, como quien quisiera verse, sin mover la cabeza, el pernil derecho del pantalon. Ni la ventana ni el balconcillo estaban volados hácia fuera: ¿por qué se construirá de este modo ingrato la vivienda del pobre?

Hacia dias que en aquella alcoba habitaba un enfermo. El enfermo era una mujer; y la mujer, que debia padecer mucho, era sufrida y prudente. Además de la enferma habia en aquella casa otras

tres personas: dos mujeres y un hombre. Lorenzo compuso de esta manera la familia: un marido, una mujer, una hija y una criada. Visitas no se habia sentido ninguna.—¿Quién será la enferma?

Todo esto lo tenia por seguro el estudiante, en fuerza de percibir entonaciones y ruidos. El hombre paraba poco en la alcoba; una de las mujeres entraba y salia mucho con estrépito; la otra entraba poco y salia poco con gran parsimonia, sólo revelada por alguno que otro suspiro; finalmente, la enferma se quejaba bajo, pero se quejaba. Lorenzo compuso de este modo la situacion: el marido pasa la vida fuera; quien entra y sale haciendo ruido es la criada; quien entra poco y sale poco es la madre: no hay duda, pues, en que la enferma es la hija. Pero ¿qué enfermedad padece?

Aquí echó mano Lorenzo de sus estudios de facultad, y se dijo:—«Esta dolencia era crónica y ahora es aguda. Era crónica, porque no ha presentado caractéres de invasion: ni la caida repentina en cama, ni el aturdimiento de los primeros instantes, ni la llamada del facultativo, ni la confeccion de medicamentos perentorios, acusan la invasion de una enfermedad inesperada. Por el contrario, la persona que dormia en esa alcoba solia quejarse ántes á media noche, solia levantarse, solia pasear, solia entretener un insomnio

morboso. Ahora que ocupa el lecho constantemente, no se ha advertido extrañeza en la familia, ni se han redoblado las atenciones: no viene médico, y si viene es mientras yo duermo, porque no lo he sentido. Las medicinas además son pacíficas: sólo alguna que otra cuchara que menea líquido en un vaso, un jarabe tal vez. Es seguro, por consiguiente, que se trata de una enfermedad crónica, y quizá incurable, que se ha agravado por estos dias. Esos pobres esperan la muerte, y... ¡Dios mio!... ¿será de la muchacha?»

Entónces Lorenzo trajo á su imaginacion algunos antecedentes.

Un dia que se asomaba á su difícil observatorio, vió en el balconcillo un vestido de muselina de rayas, modesto, pero limpio y bien planchado: era evidentemente un traje de muchacha soltera, y de muchacha pulcra y cuidadosa. El traje estaba puesto, porque ondulaba con la vida de una persona; pero la persona no se distinguia, á pesar de hallarse asomada de frente hácia el patio: ni áun siquiera se denotaba alguna vez el rebajo fruncido de la cintura.—Tales datos, aunque tan incompletos, inspiraron al estudiante este raciocinio:

—«La figura es de una muchacha, porque ninguna madre de familia, pobre, tiene á estas ho-

horas puesto un vestido tan bien planchado. La muchacha debe ser linda, porque de jóvenes lindas suele ser cierta presuncion y coquetismo, áun en la soledad. Es delgada, porque no llena el balcon ni áun estando de frente. Es alta, porque no se le dibuja la cintura ni áun al borde de los hierros. Es juiciosa, porque no hace ruidos ni provoca riñas de sus padres. Es séria, porque no canta. Acaso está triste, acaso está enferma, acaso es víctima de una presion brutal de su padre, acaso es imbécil ó muda... ¿qué sé yo? (se dijo aquella mañana Lorenzo): preciso es averiguar quién es esa muchacha.»

Y como el estudiante habia discurrido de ese modo el dia de su descubrimiento, aunaba ahora aquellos antecedentes con esta situacion, y añadia para sí:

—«No hay duda: la muchacha está enferma; padece del pecho: por eso no cantaba; es delgada y alta como las que sufren esa cruel enfermedad; es linda como las que escoge el destino para arrancarlas frescas de la tierra; es encantadora, sí, buena, santa, digna de las mayores atenciones y cuidados; digna de amor, del amor de un jóven entendido, resuelto, hábil; de un hombre que sepa sacrificarse por ella, aliviarla, consolarla, salvarla... ¡ah! si yo estuviese bueno, ya me ha-

 bia

bia presentado á la familia. ¡Y ese bruto de padre la estará curando por la homeopatía quizá...!» añadió el estudiante fuera ya de sí, recordando el sonido monótono de la cuchara sobre el vaso de vidrio.

Confesemos que á Lorenzo le preocupaba grandemente la situacion de sus vecinos. La casa física no la habia comprendido bien aún, pero la casa moral se la retrataba clarísimamente en su entendimiento.—El padre debia ser un perdido: no paraba en casa más que para comer y para reñir con groseras entonaciones: la madre era una mártir, de esas que no han sabido sobreponerse desde el primer dia á las agresiones perpétuas de un marido mal educado: la criada era respondona y bachillera como muchas criadas: la niña, en fin, era la flor que se marchita y deshoja dentro de la atmósfera deletérea de una covacha inmunda. Tras del tabique habia un drama feroz, y era menester averiguarlo.

Lorenzo ya no dormia sino cuando se hallaba rendido por las cavilaciones.

V

A pesar del respetuoso entredicho que, como ya sabemos, existia entre la patrona y el estudiante, éste no pudo dominar su deseo de obtener noticias sobre los vecinos del lado, áun á riesgo de un sofion de aquella, ó de más serios peligros por parte del sargento de artillería.

Tomando, pues, chocolate la mañana siguiente á una de las mayores cavilaciones nocturnas, dijo Lorenzo como quien suelta al aire sus palabras:

—¡Qué noche me han hecho pasar esos vecinos del lado! ¿No los ha oido usted, patrona?

La mujer contestó secamente:

—Yo no he oido nada.

—¿Quién diablos vive ahí? (añadió el estudiante afectando indiferencia, aunque arrepentido de todo corazon por la palabra *diablos).*

La mujer volvió á contestar:

—Yo no sé quién vive ahí.

—¿Hay álguien en casa? (dijo entónces con cierta malicia Lorenzo).

—No señor; estoy sola.

Tranquilo con esta independencia, prosiguió nuestro jóven en su interrogatorio:

—Pues yo creia que aquí, en los cuartos interiores, todos los vecinos se conocian unos á otros.

—Es que ese cuarto no corresponde á esta casa.

—Bien; pero corresponderá á la de más arriba.

—Tampoco.

—¿Cómo es eso?

—Ese cuarto (dijo la patrona), ni siquiera es de esta calle. Nuestra casa llega al fondo de ese patio, y ese patio es de otra casa que está muy léjos de aquí. Nunca he tenido curiosidad por saber quién vive.

—Pues como sigan así, voy á dar parte al celador del barrio para que les haga tener más compostura.

—Hará usted muy mal, y yo no lo consentiré; porque ese hombre es un bruto y su criada una

 ba-

bachillera, que ya me han dado un sentimiento, y no quiero otro.

—Pues ¿y eso?

—Nada; que porque até una soga á ese ventanillo para colgar un tendedero desde la despensa mia, armaron un belen el muy animal y la muy puerca, diciendo que les tapaba las luces... ¡Mire usted qué luces!

—Y el ama y la jóven... (murmuró tímidamente Lorenzo)... porque se me figura que hay tambien una madre y una hija... ¿no se metieron en nada?

—¡Qué se habian de meter las infelices! (repuso la patrona, asintiendo á la observacion del estudiante), si son dos mártires del cielo. Ahí no grita nadie más que la criada y el bestia del amo.

La patrona salió con la jícara del chocolate casi llena y el pan casi intacto. Lorenzo no tenia ganas de almorzar.

Cuando quedó solo, experimentó primeramente un sentimiento de satisfactoria vanidad, por ver comprobada la exactitud con que habia hecho sus cálculos. Despues se dijo en alta voz:

—Mi gozo en un pozo. Esa casa pertenece á otra calle: mi tabique no es tabique, es medianería: por eso está hecho de cascote. ¿Cómo se llama esa calle? ¿cuál será el número? ¿tendrá portero? La patrona no sabe más, ni me hará

averiguacion ninguna. ¡Si quisiera mi compañero Felipe encargarse de dar los pasos...! Se lo diré cuando venga á curarme.

Y Lorenzo volvió á quedar pensativo, por el doble embate de una conquista de su númen y una decepcion de sus esperanzas.

Habia acertado, en efecto, la conformacion social de la familia. ¡Pobre hija y pobre madre! Lo demás lo acertaba tambien.

Un pensamiento extraño, pero que no carecia de utilidad práctica, se le ocurrió en aquel instante. La entrada de Felipe para hacerle la cura favorecia su ejecucion. No trataba ya de encomendarle averiguaciones indiscretas y casi imposibles; ¿qué resultado práctico iban á producir por entónces? Quizá la burla y nada más de sus compañeros. Lo que ahora urgia era estrechar las relaciones directas con los vecinos por medio del tabique.

—Buenos dias, Lorenzo (dijo el recien llegado con semblante jovial). Te veo triste y de mal color, amigo; ¿qué es eso? ¿qué te pasa?

—Nada; que voy perdiendo algo las ganas de comer, y que no pillo con facilidad el sueño por la noche.

—No me extraña que te suceda eso; ¡tantos dias encerrado en este cuartucho! Dentro de poco

 verás

verás cómo sujetándote bien el brazo, puedes hacer un pinito. Vamos, descúbrete.

—Felipe (dijo Lorenzo dirigiendo á su amigo una mirada enérgica): ¿quieres hacerme un favor?

—Habla.

—Pues vé al Rastro y cómprame una barrena.

—¿Estás loco?

—No estoy loco.

—¿Piensas suicidarte como los corchos de las botellas?

—Pienso (murmuró el estudiante medio avergonzado) hacer un experimento que se me ha venido á la cabeza durante mi soledad. No me lo preguntes, porque no te lo diré hasta que esté acabado.

—Con que una barrena...

—Sí, una barrena larga y todo lo más gruesa posible; pero larga, muy larga.

—Hombre, ¡te la compraré!

Curó Felipe á su amigo, cuya herida encontró un poco rebelde, y en el acto se fué á buscar la barrena. Cuando volvió con ella, le dijo á su amigo:

—Cuidado, Lorenzo, no vayas á trepanar al sargento de artillería.

El lector comprenderá que apenas quedó solo el estu-

estudiante, se arrojó de la cama, cerró su puerta con pestillo, y comenzó á horadar la pared á la altura que juzgaba conveniente para sus inspecciones. Parecia un ladron, un prisionero y un inválido. ¿Quién habia de creer que era sólo un amante?

Mientras el escalo se referia á su propio tabique, no tuvo consideracion alguna ni con el ruido ni con los escombros. La pared seria doble, y nada importaba su perforacion primera; pero cuando observó que ya traspasaba el límite de sus dominios, contuvo la violencia del barreno, y pensó en que dentro del otro cuarto silencioso se iba á sentir el ruido por la enferma. ¿Qué hacer? ¿Cantaria? Era imprudente y además inútil. ¿Armaria un escándalo? ¿con quién?

De estas perplejidades lo sacó un escándalo, en efecto; pero un escándalo como él lo necesitaba, por la parte de allá, no la de acá.

La criada reñia violenta y descaradamente con una mujer, ó por mejor decir, con dos mujeres; porque las voces de ambas, aunque turbias, se entrelazaban con los gritos groseros de la alcarreña. Las voces finas parecian de paz y de súplica; la voz agreste semejaba el discutir de una plazuela de verdura.

Lorenzo, preocupado ménos de la dolorosa agre-

sion que debia suponer en la alcoba de sus vecinos, que del ánsia de aprovechar los instantes para agujerear el tabique, horadó y horadó con violencia, valiéndose hasta de la mano mala, cuyos dolores se le figuraron digno sacrificio de la gran accion que se disponia á ejecutar.

La barrena, por fin, se deslizaba sin obstáculo en el vacío del otro dormitorio: la perforacion estaba consumada. ¿Sacaria la barrena? Nó; la luz, el ruido, un desconchado, cualquiera cosa podia malograr el éxito. Era preferible esperar á la hora del anochecer, para sacar la barrena durante el crepúsculo de las habitaciones. Descansó y escuchó.

El escándalo seguia. Las voces de la criada se unieron á las del marido, que visiblemente apoyaba á aquella contra las dos prudentes criaturas cuyo eco ya se habia perdido. Siguió un poco de alboroto en la salita inmediata á la alcoba, que comunicaba mejor las palabras por el tragaluz de Lorenzo; y el estudiante pudo percibir que lo que el amo hacia era aplacar la cólera de la criada. Esta repetia:

—¡Me voy! ¡me voy!!...

Y el amo cerró el balcon.

VI

Tres dias despues de esta escena, hubo visita en la alcoba de los vecinos. El taladro de Lorenzo no proporcionaba grandes ventajas para la vision, porque ni era muy redondo, ni lo suficientemente ancho para dirigir la vista con desahogo. Lo que sí habia facilitado era la percepcion de los sonidos, que en ocasiones llegaban al estudiante, aplicando la oreja, casi tan seguros y claros como si estuviera presente en la pieza taladrada.

La visita era de hombre anciano y sesudo que pronunciaba palabras de consuelo, envueltas algunas veces en ciertas frases religiosas de las más

 cono-

conocidas. Lorenzo no llevaba el hilo perfecto de la conversacion; pero se puso lívido al cruzar por su mente una sospecha aterradora. ¿Seria un sacerdote? No pudo verlo.

Pasada la conferencia, sintiéronse nuevos ruidos en la alcoba. Esta vez no era escándalo de palabras, no eran sollozos ni ayes de sufrimiento: eran muebles que se movian; eran clavos que se clavaban; eran entradas y salidas silenciosas como de gentes que disponen ó ejecutan algo grave. Por desgracia, uno de los clavos que se clavaban lo fué en el agujero abierto por Lorenzo; con lo cual el dolor del estudiante fué como si hubiesen taladrado su propio pecho, pues perdia, en momentos tan decisivos para su angustia, la posibilidad de ver y el consuelo de oir lo que tanto y tan de veras interesaba á lo profundo del corazon.

La noche vino con sus tristezas naturales para quien la siente venir desde el fondo de un calabozo, y con nuevas tristezas que esta vez arrastraba para un infeliz sumido en la incertidumbre.

Lorenzo no encendió su vela de sebo, porque queria estar solo hasta de la luz. La ventanilla de su alcoba, sin embargo, se iluminó de repente con los reflejos de luces extrañas. Puso la silla sobre la cabecera del catre, y con mil trabajos se enca-

 ramó

ramó á la lucana, sacando esta vez su brazo derecho por entre los hierros de la cruz. Parecia aquel brazo desde el patio, una mano misteriosa que se alargaba á álguien.

Una campanilla vibró acompasadamente en el interior de aquellas habitaciones, cuya existencia se sospechaba: las luces se movian proyectando sombras como si tuvieran figura corporal; esquilas de plata y cobre resonaban con tiembre solemne y cadencioso cada vez más cerca; las luces tambien se multiplicaban con resplandor fuertísimo, como el patio aquel no habia disfrutado nunca; un canto, por fin, entre salmodia y rezo popular, revelaba sin género de duda la próxima celebracion de un sacramento extremo.

El jóven se bajó, confundido por las imaginaciones de la tremenda ceremonia, y arrodillándose sobre su cama con el cuerpo vuelto hácia la medianería del aposento, hundió la cara lacrimosa sobre sus dedos crispados, y con efusion cristiana de que no se hubiese considerado capaz, y dolor de corazon amante como nunca hubiera sospechado, asistió inmóvil y con el aliento comprimido á la gran escena de que le separaba el mundo entero moral y una miserable pared de tierra.

Lorenzo rezó, Lorenzo lloró, Lorenzo concluyó por desfallecer.

A la mañana siguiente estaba calenturiento y postrado. Su herida le mortificaba como los primeros dias, su apetito habia desaparecido por completo. Soñó que estaba enamorado de un fantasma; que una porcion de fantasmas pequeños bailaban al rededor de él y se reian; que la criatura angelical, cuya sombra habia hecho objeto de sus amores, vagaba por el aire para subirse al cielo; que en su ascension se deslizó por la pared de un patio, y tropezando con una mano cariñosa se asió á ella, la llamó su mano, la estrechó con la ternura imponente de unas nupcias sagradas, la soltó despues con frialdad marmórea, y desapareció entre el ruido de unas campanillas que crujian, de unas salmodias que se entonaban solas, de unos coros de rezo que se perdian en el aire; anunciando todo ello la muerte de la dicha, la muerte del amor, la muerte del ángel.

En efecto: á la mañana siguiente, decíamos, los sollozos le avisaron que la catástrofe temida se habia consumado. Lanzóse del lecho; introdujo la barrena por el agujero del tabique, y con indiscreto ímpetu hizo saltar el clavo mal seguro de la otra habitacion. Sonó un ruido á la parte de adentro, como si el clavo al caer hubiese llevado tras sí algunas otras cosas que sostenia: paróse entónces el febril estudiante, temeroso de que los de

allá se asombrasen de aquella agresion inesperada; pero nada se oyó ni nadie parecia tomar acta de ruidos ni invasiones. Quedó, pues, libre el agujero, libre como el primer dia, y á él pegó el jóven primero el oido, despues los ojos, el cuerpo entero en seguida, como si pudiese caber por tan estrecho anillo. Nada vió, nada oyó: decimos mal, vió resplandor de blandones, olió cera que ardia; oyó silencio y abandono de muerte.—Las personas de aquella casa habian huido del cadáver, como es costumbre, y nadie sospechaba que un extraño pudiera querer acompañarle con alma y vida. Allí estaba él, el desconocido, el amante ignorado, el defensor ineficaz, el amigo inútil; él, que queria morir al lado de la muerta.

Felipe entró en aquel instante á hacerle la cura, y esta vez creyó efectivamente que su pobre amigo se habia vuelto loco. La cama estaba deshecha; Lorenzo medio desnudo, parecia haber pasado la noche en el rincon de la alcoba, como los insensatos; su herida brotaba sangre, su palidez revelaba una exaltacion febril.

—Felipe, mi querido Felipe (dijo Lorenzo abalanzándose al cuello de su amigo): corre, por Dios, á esa calle, no sé á qué calle, á la calle que debe haber detrás de esta; llega al número... ¡qué sé yo!... al número que debe haber detrás

 de

de este número; pregunta en qué casa se ha muerto hoy, ayer, esta madrugada, no sé cuándo, una mujer, una jóven, una desgraciada, que no sé quién es ni cómo se llama; pero que me interesa mucho. ¡Corre, Felipe, corre y me harás el favor más grande que se le ha hecho en la vida á un infeliz que está para volverse loco!

Dijo Lorenzo estas palabras con tal entonacion, y con tan íntima fuerza de buen raciocinio, que á pesar de su incoherencia y de su disparatada forma, Felipe creyó ver en ellas algo respetable que le impulsaba á cumplir las indicaciones de su atribulado compañero.

La vuelta fué rápida, porque el estudiante amigo de Lorenzo era tan diligente como avisado.

—¿Qué es lo que te interesa (entró gritando) de cuanto me has dicho? Todo lo sé; pregunta, habla.

Lorenzo vaciló, como vacila por lo comun la incertidumbre próxima á ser despejada.

—¡La muerta!... (exclamó), el nombre de la muerta, su clase, su estado, sus desdichas; ¡eso es lo que quiero saber!

—Pues bien: prepárate á escucharlo. La muerta es la señora que vivia en esa casa de atrás. Su marido y su hija están recogidos en el cuarto exterior mientras se llevan el cadáver. ¿Quieres saber más?

 Lo-

Lorenzo, demostrando esta vez verdaderamente las absurdas alternativas de un poseido, puso una cara placentera en vez de la cruel que Felipe esperaba; y arrojándose en el lecho, murmuró dirigiéndose al tragaluz de la alcoba:

—¡Dios la perdone! ¡Aun puedo ser feliz en la tierra!

VII

Felipe curó esta vez á su amigo con mayor esmero que de ordinario; y áun cuando le hizo multitud de preguntas sobre lo que acababa de oir y de ejecutar, no consiguió obtener respuesta alguna satisfactoria.

Terminada la cura se fué á la escuela de medicina, y allí en alta voz dijo lo siguiente á sus camaradas:

—Señores: Lorenzo está muy malo; no come ni duerme, pensadlo bien, no duerme. Pasa las noches medio desnudo en un rincon de su alcoba; me ha encargado que le compre una barrena muy

larga; llora las dolencias de los vecinos que no conoce; me comisiona con lágrimas en los ojos, para que averigüe si se ha muerto una mujer, y cuando le digo que sí, se sonrie diabólicamente, y exclama que áun puede ser dichoso. ¿Qué pensais, pues, de Lorenzo?

—¡A Leganés, á Leganés! (gritaron casi á una voz los estudiantes).

—Convengo con vosotros en que hay que llevarlo á alguna parte; pero ¿no os parece que seria oportuno dirigirle primero un interrogatorio?

—Que se nombre una diputacion con ese objeto.

—Pido (comenzaron á decir alternativamente los estudiantes) que la diputacion no sea muy numerosa si ha de caber de piés en la sala del trono.

—Pido que sea robusta, por si se encuentra con el sargento de artillería.

—Pido que la diputacion lleve consigo una camisa de fuerza.

—Advierto (dijo uno) que no sea de las mias, porque cuando hago fuerza saco los codos.

—Pido (añadió otro) que se me dé un voto de confianza y ocho cuartos por cabeza, para realizar una idea que se me ocurre.

—Aquí están cuatro mios.

—Que diga la idea.

 —Que

—Que la diga.

—Señores, no puedo revelarla, porque pertenece al dominio de los grandes recursos. Que se me asocien dos diputados capaces de garantiros la inversion de cuatro pesetas.

—Pido ser de la comision.

—Y yo.

—Y yo.

—Compañeros: propongo que sean los dos más chicos, porque serán los más malos.

—Bien; bravo por la ocurrencia.

Felipe entónces puso órden en el concurso, y designó las dos diputaciones: la que debia visitar á Lorenzo, y la que, provista de tantos reales como barbas, debia marchar, segun el propósito de su autor, á LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA. Ambas comisiones partieron. Nosotros seguiremos á la que se dirigia casa del estudiante.

No se equivocaba mucho el que designó á la alcoba con el nombre de salon del trono. Cuando empujaron la puerta, vieron sobre la cabecera del catre una silla, que parecia colocada como para recibir diputaciones de la escuela de medicina.

—Señor: (gritó uno de los comisionados haciendo una cómica reverencia á la silla vacía).

Pero Lorenzo estaba de pié cerca de la cama, y con su actitud doliente y aspecto demacrado, con-

tuvo la irrupcion de aquellos bárbaros del estudio.

—Venimos, Lorenzo (dijo uno en diferente tono), á que se acabe de una vez esta enfermedad que se sostiene con el auxilio de una mentida ciencia. Puede tolerarse que los médicos prescriban reposo y encerronas á sus clientes particulares, porque en ello va el lustre de la profesion y la cuantía da la paga. Pero para los que estamos en el secreto, las enfermedades no deben durar más de lo que quiera el facultativo. ¿No reparas que en la clínica se dá de *alta* á los enfermos, segun la necesidad de las camas? El sargento de artillería necesita este cuarto, y nosotros venimos á darte el alta.

Lorenzo procuró sonreir mientras el estudiante más hablador le dirigia este discurso; pero su sonrisa era forzada, y ni todo el poder de la vergüenza consiguió colocarlo á la altura jovial de sus compañeros.

—Os agradezco (dijo), amigos mios, esta visita; pero me atrevo á suplicaros que la hagais corta, y que me dejeis en paz con mis dolores y con mi calentura.

—Observo (exclamó uno) que habla como los libros. Pido que hable como los habladores.

—Os hablo como los enfermos (añadió el estudiante, procurando aún mantenerse en tranquila

actitud): ¿no recordais que ellos suelen alternar poco en nuestras bromas de la visita?

—Es verdad; pero por eso cuando se enfadan, se les quita la racion ó se les ponen cáusticos.

—Pues quitadme la mia, que poco me importa.

—Al contrario; te vamos á hacer comer carne.

—Difícil será.

—Veremos.

—Veremos.

Y al llegar á este punto del altercado, Lorenzo experimentó una conmocion súbita, dirigiendo los ojos extraviados hácia el tabique de la izquierda. Un ruido, imperceptible para los escolares, aunque claro y elocuente para el enfermo, le hizo adelantarse, en ademan de taparles la boca, exclamando:

—Callad, por Dios, callad y marchaos: necesito estar solo, ¿lo entendeis? solo y sin bromas ni ruidos en este cuarto. Tengo una obligacion sagrada que cumplir; os suplico que os marcheis: marchad.

Y acompañando la accion á las palabras, Lorenzo arrojaba á sus amigos de la alcoba, con las formas decisivas del que demuestra que á pesar suyo tendrá que ser agresivo.

Los estudiantes, temiendo que la broma de Felipe fuera realmente una verdad, desocuparon la es-

estancia entre serios y joviales, no atreviéndose á proseguir en situacion tan absurda; pero apenas trasponian el umbral, todos se repitieron por lo bajo, con aires de conviccion, las palabras que de mofa habian proferido en la escuela:—«¡Á Leganés, á Leganés!... Este muchacho ha perdido el juicio.»

Con mayor razon pudieran decirlo todavía, si en vez de marchar todos, se hubiera quedado alguno á la puerta; porque Lorenzo, en cuanto se vió solo, acercó un oido al tabique, como ladron que espía ruidos subterráneos; separó despues el oido y acercó un ojo, como asesino que acecha el momento de descargar el golpe; llevóse despues la mano á la frente, como reo que vacila entre acometer ó huir en momentos de persecucion; y, por último, cayó al suelo de rodillas y levantó su brazo derecho suplicante, como quien pide gracia á los que lo sorprenden.

Cada uno de estos movimientos, sin embargo, se hallaba muy distante de significar lo que hubiera parecido al observador; pues ellos correspondian á emociones legítimas que, dados los antecedentes ya conocidos, se ajustaban bien con el terrible cuadro de la casa inmediata.

Era la hora en que se llevaban el cadáver de la mujer.

VIII

Los sepultureros son como los sacristanes: en fuerza de tratar diariamente las cosas más sagradas, pierden el respeto á lo temporal y á lo eterno. Unos y otros suelen proceder con cierta mesura, cuando forman parte de una ceremonia; pero cuando trabajan por su cuenta, lo mismo tiran de las narices á un muerto, que abofetean á un santo para limpiarle el polvo.

No es la última infelicidad humana el *morirse sin luz y sin moscas;* hay otra última, y es la de ser amortajado é inhumado sin que presencie estas escenas alguna persona querida. Los sepul-

 ture-

tureros son feroces: su oficio de difuntos se reduce á tabaco, vino y malas palabras. Por eso cuando alguno los observa fortuitamente en uno de estos lances, no puede ménos de sentir lacerado el corazon.

Así le sucedia á Lorenzo al observar, ó mejor dicho, al sentir que se llevaban á su vecina muerta. La zambra de los enterradores ya le habia conturbado, y ella le movió á echar de la alcoba á sus amigos; pero lo que le heló el alma fué el golpazo del cadáver sobre la media caja, y el *¡ahupa!* de subírselo en hombros.—Allí nadie tenia respetos más que él; nadie estaba en la ceremonia más que él; nadie sentia ni lloraba ese último y tremendo viaje, sino él. Cuando cayó de rodillas y elevó la mano derecha al cielo, era sacerdote.

Por fortuna la operacion fué breve, como todo lo barato, y los tormentos del vecino iban á experimentar un paréntesis de larga duracion. Esto era lo presumible.

No fué así, sin embargo; pues apenas se dejaron de percibir las patadas de los enterradores, un nuevo ruido atrajo con irresistible poder la atencion de Lorenzo hácia el tabique. Los trastos de la alcoba vecina eran movidos con violencia; los colchones eran tirados al suelo, así como las tablas

 de

de la cama; la cómoda era abierta y vaciados sus cajones con prisa; todo se ponia en revolucion por unas solas manos, al parecer, y todo, hasta el silencio, era profanado, al compás de una copla de fandango alcarreño que clara y distintamente se oyó en esta forma:

Si te he visto, no sé cuando;
si lloras, no me dá pena:
al que se fué, buenas noches;
y al que se muere, lo entierran.

¡Contraste cruel! Los que vivian cerca de la difunta, los que la trataban y debian dolerse de su triste fin, hacian escarnio de la muerte; mientras que un desconocido, un extraño, una sombra, asumia, por artes misteriosas de la casualidad, deberes, recogimiento y lágrimas.

La cantora trajinante era la criada, y este dato proporcionó á Lorenzo nuevas revelaciones.

—«No me cabe duda (decia para sí), que ella está cohibida entre dos barbaries. Si fuese libre en sus actos, si dispusiese de su propia voluntad, ella no se hubiera separado de su madre, ella le habria cerrado los ojos, habria dispuesto su traje de muerte, habria acompañado su última salida, ha-

habria sollozado y gemido sobre su lecho vacío. Ella está presa, no hay que dudarlo.»

De tal manera reflexionaba el estudiante, cuando su patrona entró bruscamente á decirle que una mujer queria verle: tras de la patrona asomó, no una mujer, sino una dama, una dama de esas que Lorenzo no habia visto en su vida más que en coche. Quedó perplejo en su presencia, y procuró ordenar con algun cuidado las ropas de su cama, balbuceando algunas excusas por el estado en que le sorprendia.

—No hay que molestarse por nada (dijo la señora con soltura y desembarazo sumos): estoy hecha á entrar en todas partes, y á ver cuartos y camas de enfermos.

Dicho lo cual, se sentó, puso en el suelo una bolsita que traia, y dirigiéndose al estudiante con el mayor cariño, añadió mirándole fijamente:

—¿Cómo estamos? ¿Qué pasa aquí?

—Señora (contestó Lorenzo algo cortado): estoy bien en lo que cabe; mi brazo sigue mejor; dentro de algunos dias podre salir á paseo, y espero, Dios mediante, que esto estará concluido pronto.

—Eso es lo que es menester (repuso la dama); pero para curarse del cuerpo, es necesario curarse del espíritu. ¿No tiene usted familia, ni parientes,

tes, ni amigos que le asistan y consuelen en esta larga enfermedad?

—No, señora... Es decir, tengo y no tengo. Mi familia no sabe nada; y en cuanto á los amigos... ya se han cansado de tanta impertinencia y tantos meses. Además, como ellos...

—Sí, lo sé todo, y sospecho lo que no sé. Pero la cabeza firme, ¿no es esto?

—Sí, señora: la cabeza, por fortuna, no ha tomado parte en mi dolencia.

La dama pareció como que se tranquilizaba con esta revelacion. Lorenzo se atrevió á añadir:

—Usted me perdonará, señora; pero quisiera saber...

—Sí, es verdad, que no le he dicho á usted quién soy ni á qué vengo. Yo soy... pero despues de todo, ¿qué le importa á usted saberlo? Yo soy una mujer que sabe mucho de lo que pasa aquí; que sospecha escasez, necesidad de cuidados, y más que nada, necesidad de consuelos y de compañía: esta mujer dispone de algo de lo que aquí falta, quizá de mucho, y viene á ofrecérselo á usted. Hélo aquí todo.

—Y ¿usted no me conoce?

—No.

—Y ¿tampoco conoce á mi familia?

—No.

 —¿Ni

—¿Ni será usted probablemente amiga de ninguno de mis amigos?

—No.

—Con que entónces ¡hay ángeles!

—No: hay pecadores. Pero así como hubo ángeles que pecaron, hay tambien pecadores que en circunstancias dadas pueden parecer ángeles.

—¿De modo (añadió Lorenzo asombrado), que cuando uno se figura que está solo en el mundo, puede haber álguien que se esté ocupando de su soledad?

—¿Quién lo duda? ¿No se ha ocupado usted nunca de algo ó de álguien sin interés?

Lorenzo recordó entónces que él ocupaba su vida entera en cosas y personas á quienes ni áun siquiera conocia, y creyó ver en esta reciprocidad la mano invisible de la Providencia.

—Es cierto, señora (continuó diciendo), que hay quien se acuerde de los desgraciados sin más interés que el que le inspiran sus desgracias; pero yo iba creyendo serlo tanto, que nadie se acordara de mí.

—Pues ya vé usted cómo se equivoca. Además, mi visita no tiene gran mérito: he tenido que venir aquí cerca á desempeñar una comision de alguna importancia, y de paso recordé lo que habia leido en el periódico, y me llegué aquí.

 —¿En

—¿En el periódico? Pues qué, ¿ha habido algun periódico que se ocupe de mí?

—Sin duda: ¿cómo, si no, habria yo podido saber...

Lorenzo se incorporó con violencia al modo de quien se siente picado de viva curiosidad, mientras que la dama recogia el bolso del suelo, sacaba un número de *La Correspondencia de España*, y leia de este modo:

« Se llama la atencion de las personas caritativas hácia un estudiante de medicina que padece hace mucho tiempo una cruel enfermedad, de cuyas resultas se halla postrado y desvalido, sin socorro de nadie y próximo á perder la razon. El jóven vive calle de *tal*, número *tantos*, y las limosnas se recogen en la portería de la Facultad, calle de Atocha, etc.»

—Ya vé usted (prosiguió la señora), que el anuncio no deja lugar á duda.

—Pero, señora, ¿quién ha puesto eso? Yo no tengo ninguna parte en tal anuncio: eso es una picardía.

—¡Picardía la llama usted! Comprendo que le sorprenda si, como no dudo, carece de antecedentes sobre el aviso; pero llamar picardía á lo que revela intencion de sernos útil, me parece un poco ligero. Hace un instante hablábamos de esas ma-

manos ocultas que suelen tendérsenos cuando más olvidados nos creíamos.

Lorenzo reflexionó, y despues dijo:

—Tiene usted razon, señora; he estado ligero; y además, ¿á quién, sino al anuncio, debo yo ahora el honor y la caridad de tenerla á usted en mi compañía?

—No lo he dicho por tanto (replicó la dama); pero permítame usted que le advierta que, sin apelar á recursos maravillosos, se tocan á cada momento resultados consoladores, sin más que ejercer pequeñas caridades. Yo misma, por ejemplo, tendré el gusto quizá de ser útil en este propio barrio, á una jóven que necesita de todo el mundo, y que no tiene á nadie. Ella, sin embargo, no me conoce á mí.

—¡Una jóven!

—Sí, una muchacha, lindísima por cierto, y del más bondadoso carácter, á quien circunstancias extrañas hacen bien infeliz.

—¡Una jóven linda en este barrio! (exclamó el estudiante con vivo interés). ¿Quiere usted, señora, ser más explícita conmigo? ¿Qué es lo que le sucede á esa jóven?

—Despacio, señor mio, despacio: no puede decirse todo lo que se sabe, ni habria cordura en revelar á cada momento las desdichas privadas que

no nos pertenecen. ¿No se quejaba usted ahora mismo de que álguien hubiera hecho públicas sus penas?

—Es verdad. Pero circunstancias, extrañas tambien, me movian á interesarme por esa jóven.

—¿Conoce usted alguna en este barrio?

—No, señora; no conozco á ninguna.

—Pues entónces...

—Ahí verá usted. No conozco á ninguna, y sin embargo, hay alguna que embarga todos los instantes mi imaginacion.

—¿Será posible?

—Y tan posible, señora. Los enfermos solitarios nos pasamos las horas forjándonos historias y felicidades absurdas.

—Pues algo parecido le debe suceder á ella (repuso la dama con la animacion propia de quien ha hallado un motivo agradable de conversacion). Ignoro si esa jóven conoce á alguna persona por aquí; pero sospecho que por no conocerla, ó desesperanzada de encontrarla, es por lo que se inclina á adoptar una resolucion, cruel hasta cierto punto.

—¿Una resolucion cruel? (preguntó Lorenzo alarmado).

—Sí, cruel hasta cierto punto, he dicho.

—¿Cuál, señora, cuál? ¿Se va á hacer monja?

 —No,

—No: áun es más duro su propósito.

—¿Podré saberlo?

—Sí, en prometiéndome que esta sea la última pregunta de hoy.

—Lo prometo.

—Pues quiere hacerse hermana de la caridad.

IX

Estas palabras fueron, efectivamente, las últimas que se cruzaron sobre el asunto entre el estudiante y la señora desconocida. Las demás se refirieron á los pormenores de la enfermedad, situacion, familia y necesidades propias de Lorenzo. La dama se felicitó de que no le fueran necesarios otros socorros que los morales, y prometióle ser tan asídua en sus visitas como las circunstancias de sus deberes se lo permitieran. Al marcharse dejó sobre la cama una tarjeta que decia así:—*La Marquesa del Campo.*

Lorenzo, pues, volvió á quedar solo; pero esta

vez su soledad era muy acompañada. Quedaba solo con aquella tarjeta, que era la representacion viva de una amistad tan seductora como incomprensible; quedaba con la ilusion de una jóven, que podria no ser la suya, que no era la suya, pero que representaba una existencia real, cuya verosimilitud hacia verosímil la de su fantástica amante; quedaba con el misterio de unas manos amigas que procuraban rodearle de cuidados y recursos de toda especie; quedaba, en fin, con un aislamiento tan concurrido, con un abandono tan recordado, con una soledad tan bulliciosa, que por el pronto creyó tener su mísera estancia llena de ruidos y de gentes.—La que estaba llena de gentes y de ruidos era su débil imaginacion.

Para colmo de ventura, el cartero le trajo una carta de su familia; y esta carta, que era muy larga y cariñosa, contenia además recursos extraordinarios. Su buen padre se expresaba de la siguiente manera:

«Mi querido hijo Lorenzo: sé por un muchacho que ha pasado por aquí, que no gozas de una cabal salud, como yo para tí deseo. Lo primero que se me ocurre es mandarte unos dineros para que comas bien, te diviertas lo posible y estudies poco. Con dineros poco se estudia. Despues te mando la conversacion que hemos tenido tu madre y yo.

 »Ya

» Ya sabes que las madres dicen una porcion de tonterías, pero que si las hiciéramos, otro gallo nos cantara. La tuya dice: ¿á qué estudiar medicina ese muchacho? Hay más médicos que enfermos, y luégo si no se vota en las elecciones le echan del partido. Él ya ha estudiado bastantes cosas para no ser un bruto, como el hijo del marqués: además se ha divertido y visto tierras: que recoja los trastos y se venga aquí á cuidar de su heredad, que es muy hermosa, y con eso él se tiene y nosotros lo tenemos.

» Yo digo lo mismo, Lorenzo, salvo tu mejor opinion: ya con lo que sabes, puedes curar, si no á gente rica, por lo ménos á los pobres. El médico de aquí es de tercera clase y ha estudiado ménos que tú: lo que dice el alcalde: para nosotros basta.

» Á tu madre le pica la idea de si tendrás ó no alguna noviecilla; pues bien, lo que dice ella: que se case y *laus deo*. Una hija más.

» Con que, Lorenzo, si es verdad que estás malo con esos pícaros aires de Madrid, que matan á una persona y no matan un candil, avísamelo; te mando cuartos para que te equipes y pagues lo que debas (que siempre será alguna cosa), y con tus padres que te aman de corazon y ver desean,

LORENZO GOMEZ. »

Esta carta, así como las emociones anteriores, condujeron natural y lógicamente á nuestro estudiante á verificar una recopilacion del estado de sus asuntos.

—«Hace un momento (se decia) me juzgué, y no sin motivo, el más infeliz de los hombres. Ahora todo parece que ha variado. Tengo familia, y familia cariñosa que no se ocupa más que de mí; tengo amigos, y amigos tan desinteresados, que me colman de atenciones sin querer ni áun dar la cara para que se lo agradezca; tengo una ilusion flotando por los aires, y que á pesar de las borrascas no se la lleva el viento; tengo, por fin, lo único que necesita una criatura para no poderse llamar infeliz: tengo esperanza.»

Y partiendo de ese epítome en que se refundian sus memorias presentes, ampliaba luégo cada uno de los puntos, en la forma y manera que indica el siguiente extracto:

Es una vulgaridad creer que no hay virtud. Virtud existe, y por fortuna, donde quiera que se vuelven los ojos: lo que hay es un vicio ostensible que se complace en renegar de la virtud, y una virtud latente que hace gala y manifestaciones de vicio.

Esta señora, por ejemplo, pertenece á la clase más tachada de la sociedad; y sin embargo, qué

muestras de valor, de ternura y de prudencia no acababa de dar al estudiante.—Dícese que las damas de esta especie hacen la vida caritativa por vana ostentacion; que ejercen la beneficencia en descargo de culpas propias; y que si derraman el bien por bohardillas y sótanos, es con el dinero de los pisaverdes y viciosos que, como parásitos, pululan en nuestro mundo elegante. Todo ello podrá ser cierto; pero ¡bendita la vanidad que lleva recursos y cuidados al seno del infeliz que muere en el abandono! ¡Bendito el arrepentimiento que para descargo de culpas propias se emplea en mitigar y corregir desdichas ajenas! ¡Bendita la exaccion impertinente que distrae el dinero de los vicios, para llevarlo al socorro de la virtud!

¿Qué necesidad tenia esa señora de abandonar su casa y sus comodidades á una hora tan intempestiva, y correr por barrios extraviados, entrar en habitaciones sucias, exponerse á los malos modos de una gente ordinaria, é inmiscuirse en asuntos que no pueden ménos de ser desagradables? ¿Dónde está, despues de todo, la vanidad de ciertos actos oscuros que, como el de Lorenzo, no habian de ser sabidos por nadie, á no mediar la circunstancia de esta historia?

Además, la prontitud con que la dama habia tenido noticia del estado del estudiante, signifi-

caba un sistema de investigacion que revela verdadero afan de ser útil á las gentes. La propia muchacha á quien la señora habia visitado allí cerca, no era verosímil que tuviese amigos que anunciaran en los periódicos su desdicha; y, sin embargo, su desdicha era bien conocida, é iba á ser prontamente remediada en lo posible. ¿Sabria la dama toda la historia? Indudablemente que sí. ¿Seria cuerdo exigir de ella cooperacion y ayuda?

Lo primero que habia que hacer ahora era contestar á la carta de ese buen padre, de ese sublime Lorenzo Gomez, cuya sencilla rudeza revelaba un corazon tan hermoso y tan sano; tranquilizar á la buena madre y seguir sus tiernos consejos, inspirados contra sus propios intereses, por la ternura y el saber maternal: despues era tiempo de volver á la dama misteriosa, y al tabique no ménos extraño, aunque en esta ocasion sordo ya y sin rumores.

La herida de Lorenzo parecia mucho más aliviada. ¿Será posible que tenga el alma una botica, cuyos bálsamos curan con más rapidez que los ungüentos químicos?

Lorenzo se levantó, se vistió y comenzó á tararear una jota que habia ensayado el año anterior para salir de comparsa. Pidió el chocolate y se comió todo el panecillo. La luz que entraba por la

 luca-

lucana le pareció tambien más penetrante y más pura. Su cuarto, despues de todo, no era ni con mucho el peor de Madrid.

Llamó á su patrona y le dió la letra que contenia la carta de su padre, encargándola que se cobrara de ella, no sólo la cantidad que él ya debia, sino todos los gastos extraordinarios que hubiera hecho en los últimos meses. La patrona, esta vez muy amable, se ofreció á Lorenzo en todo y para todo.

El estudiante, entónces, sacó sus avíos de escribir, y con mucho ménos trabajo del que él mismo pudo figurarse, escribió las siguientes cartas:

«Madrid, etc.

» Mis más queridos padre y madre: he recibido la carta de usted, padre, y me apresuro á decirle que estoy bastante bien de salud, y que dentro de poco estaré mucho mejor con el importe de la letra que era adjunta. Se cura uno más pronto con dinero que sin él.

» Tiene usted razon, madre, al decir que no todos sirven para una carrera, y mucho ménos la de medicina cuando uno la vé por dentro. Ya le con-

contaré á usted despacio lo que he visto y lo que me ha sucedido en el colegio de San Cárlos.

»Yo tengo mucha gana, padre, de verlos á ustedes y de vivir en ese pueblo, donde por todas partes entra el sol. Aquí no lo veo casi nunca, ni se sabe cuándo amanece, porque ni siquiera canta el gallo á la madrugada. Estoy mejor.

»¡Si viera usted, madre, qué ojo me ha abierto lo que me dice padre de la novia! No la tengo, es decir, como si la tuviera; pero ¿es verdad que ustedes se alegrarian de tener una hija? Contésteme usted pronto sobre esto.

»Tengo que hacerme ropa nueva y componer la antigua. No pido nada; pero si viene algo, me parece que ahorco los libros. De todas maneras, no he perdido aquí el tiempo.

»Expresiones á todos, padre y madre queridos; y usted, madre, reciba el corazon de su hijo

LORENZO.»

«Señora marquesa del Campo.

»Muy señora mia y dueña: con ménos vergüenza ahora porque no está usted delante, voy á hacerle una confesion. Usted vino á mi casa creyendo que yo habia perdido el juicio; despues

 se

se tranquilizó al ver que no era verdad; y ahora tengo yo que decirle que estoy loco. Sea usted tan buena leyéndome, como lo ha sido escuchándome.

» Habria que dudar de los favores de la Providencia, y yo creo en ellos con los ojos cerrados, para no conocer que mi fortuna la tiene usted á su disposicion. Ni yo mismo entiendo esto que digo, pero aguardo que usted me entienda cuando le cuente mi historia.

» Yo soy de un pueblo de Aragon; pueblo de pocas casas, pero muy alegre y con un campo muy hermoso. Mi padre fué jornalero, y por su buena cara y buena conducta, logró casarse con mi madre que tenia alguna cosa. El trabajo del uno y la hacienda de la otra, han sido bendicion de Dios para el pegujar de mi abuelo materno; pues de una nada que era, es hoy de las mejores fincas del partido. Baste decir que mi padre ha sido nombrado alcalde dos veces, por ser de los que más pagan.

» Mi madre sabe más que mi padre y es la que lo gobierna todo. En el pueblo no hay otra. Le hablo á usted con el corazon. La susodicha señora, mi madre, queria que yo me dedicara á la labor y á la cria de ganado; pero mi padre se empeñó en que siguiera carrera para que no fuera un ignorante como él. Así lo decia, aunque yo no creo

 que

que sea ignorante. He seguido la carrera de médico, y ya sabe usted que la llevo mediada; pero en esa carrera todo lo que me han enseñado es contrario á lo que yo aprendia en el pueblo: los hombres por fuera me gustaban más que los hombres por dentro; y las florecillas del campo me parecian mejor que las que venden en las boticas.

»Así y todo, hubiera hecho el gusto de mi padre, si la enfermedad de que estoy convaleciente (porque ando mucho mejor) no me hubiera inclinado poco á poco á otra vida que no sé cuál es, pero que usted puede adivinarla. Si usted entre sus relaciones conoce á alguna jóven que haya nacido para mí, es decir, á quien yo pueda ofrecer lo que soy y lo que tengo; una casa grande, una huerta hermosísima, un padre que la saque á paseo cuando yo no pueda, una madre que la contemple y la mime cuando yo salga, y, sobre todo, un corazon de quien pueda decirse que la amó ántes de conocerla, no dude usted en juntar nuestras personas, en la seguridad de que nuestras almas pueden haberse ya juntado.

»Perdone usted, señora, todo lo que le digo y todo lo que le callo, y hasta la ridícula comision que le doy, en gracia de su caridad. Porque, ó usted entiende esta carta, ó no la entiende: si no

 la

la entiende, ella le probará á usted que estoy loco; y si la entiende, comprenderá desde luego que puedo volverme más loco, pero de alegría.

» Muchos perdones otra vez. S. S. S.

EL ESTUDIANTE DE LA CALLE DE TAL.»

« Querido amigo Felipe: hazme el favor de preguntarle al catedrático si puedo ponerme en la herida emplasto de diaquilon gomoso, porque ya la tengo simple; y si, con una buena venda, podré entónces salir á la calle. Si te contesta afirmativamente, tráeme el emplasto del que ahí dan para los enfermos, y ven á sacarme á paseo, por cuyo favor te preparo un regalo que te hará reir mucho.

» Sabes que te quiere tu amigo

LORENZO.»

Escritas estas tres cartas, en cuya operacion empleó el estudiante casi todo el dia, dió órden á su patrona (que ya con el endoso de la letra podia dar órdenes) para que fueran echadas al correo. La de la marquesa del Campo podia llegar seguramente sin señas á su destino. Despues se acostó como un patriarca, y durmió once horas de un solo trago.

X

Inútil es que informemos al lector de lo que pasó por nuestro hombre durante muchos dias. Las cartas llegaron á su destino, como sucede en los negocios felices, y todos contestaron á ellas.

Decimos mal: la marquesa del Campo no contestó á la suya, pero respondió con una tarjeta que, despues del nombre, decia así: —«Recibida la carta. Enterada de todo. Contestaré.»

La respuesta de Felipe fué venir á ver á su amigo con las instrucciones del catedrático, las cuales, por cierto, eran ménos felices que las que el estudiante se prometia. Ni era tiempo aún de cer-

rar totalmente la llaga, ni era cuerdo echarse á la calle con peligro de retroceder. La carta de su madre hay que copiarla íntegra, y estaba concebida en los siguientes términos:

«Mi querido hijo de tu madre: te llamo así, porque aunque te escribe tu padre, soy yo la que te escribo. Ya sabes que él aprendió á hacerlo y yo no pude. Pero no tengas cuidado, que las cuentas de la labranza las llevo yo, y ni por casualidad me roban nunca una peseta. Eso de escribir á mis años, entorpece en lugar de adelantar.

»He echado este año un lienzo muy hermoso en casa, y en cuanto tu padre me leyó la tuya, principié á cortar sábanas. Tengo que hacer un viaje á Zaragoza, y allí compraré puntilla de algodon para las almohadas. ¡Hijo mio, por Dios, que no sea fea la novia! Ya que no es rica, y lo supongo cuando no es lo primero que nos has dicho, deseo que tenga buena cara; no por mí, ya lo comprenderás, sino por los nietos; aunque siendo hijos tuyos me gustarán probablemente.

»Yo no sé por qué, me figuro que tú no has andado muy bueno estos meses. Por eso le encargo á tu padre que te mande mejor una onza de más que de ménos. A tu vista se arreglarán

 to-

todas las cosas. Te envío cuatro camisas de hilo y dos jamones.

» Recibe expresiones de tu padre, y un abrazo y ciento y mil de tu

MADRE.

» P. D. Que seas tú el que abra el lio de las camisas.»

Un solo contratiempo experimentó en toda esta temporada el estudiante, y fué que la letra venia á ocho dias vista y no quisieron pagarla en el acto. Pero ¡cosa singular! cuando el sargento de artillería trajo esta mala nueva, un mozo de cordel entró con doscientos reales para Lorenzo, sin decir de parte de quién venian ni aceptar su devolucion por ningun estilo.—La fortuna se entraba por las puertas.

El tabique, en tanto, permanecia sordo y mudo. La marquesa no resollaba. Felipe no traia la órden de salir. Del pueblo no le escribian ya. Todo experimentaba, al parecer, una de esas crísis soñolientas, por término de las cuales se obtiene la resurreccion ó el sepulcro.

Vamos á decir en las ménos palabras posibles todo lo que acaeció al final. Ya es tiempo de salir de tantas incertidumbres.

El drama de los vecinos acabó en boda. El amo brutal se casó con la criada bachillera.

Un dia ántes de este hecho, que ni áun las leyes aceptan con tal precipitacion, la hija del viudo, María Isabel, se hizo depositar por las Damas de Honor y Mérito en un colegio de la asociacion.

La marquesa en persona llevó á Lorenzo á la celda de la Buena Madre, directora de la escuela referida, para que allí pudiesen verse y hablarse cara á cara, los que ya se conocian por poderes. Isabel y Lorenzo se gustaron.

Los estudiantes de medicina corrieron una broma con el dinero recogido en la portería de la Facultad, para socorro del jóven demente; y picados un tanto en la conciencia, remitieron al estudiante, por vía de restitucion, los diez duros que sobraron.

Los padres de Lorenzo vinieron á Madrid á casar á su hijo, y á comprar de paso algunos muebles de casa de cierto lujo.

El dia que salieron de Madrid Isabel, Lorenzo, el señor Gomez y su esposa, estuvo Felipe convidado á comer; y á los postres, queriendo el estudiante dejar á su amigo un recuerdo de aquella vida extraña, le regaló la barrena.

 ——————————————— Fin.

ÍNDICE.

OBRAS DEL AUTOR.

Cartas Trascendentales (Primera série).

Cartas Trascendentales (Segunda série).

España en Lóndres.

España en París (con grabados).

Los Cuartetos del Conservatorio (con retratos).

La Novela del Egipto.

La Capitana Cook.

Cuadros Contemporáneos.


0 022 011 479 A